

Frantz Delplanque
Elvis o la virtud



Lectulandia

¿Quién es Jon Ayaramandi?

El antihéroe que cautivó a Amélie Nothomb y a BCNegra.

Dos cadáveres de mujeres caen del cielo. Son miembros del grupo de música liderado por Valentin, el fiel escudero de Jon Ayaramandi. Entre los Pirineos y el Atlántico, los muertos se multiplican dejando un reguero de migas de pan. Jon, antiguo asesino a sueldo, roquero por los cuatro costados y jukebox andante, sale a la caza de los asesinos y atraviesa el País Vasco en un Lamborghini Murciélago con Mylène en el pensamiento y rabia en el corazón. No habrá piedad para los enemigos de Elvis.

Lectulandia

Frantz Delplanque

Elvis o la virtud

Jon Ayaramandi - 2

ePub r1.0

Titivillus 06.10.16

Título original: *Elvis et la vertu*
Frantz Delplanque, 2013
Traducción: Juan Carlos Durán Romero
Diseño de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mis padres y hermanas,
esta broma pesada

Pero la experiencia enseña que el mundo sin Dios se convierte en un infierno donde prevalecen el egoísmo, las divisiones en las familias, el odio entre las personas y los pueblos, la falta de amor, alegría y esperanza. En cambio, cuando las personas y los pueblos acogen la presencia de Dios, lo adoran en verdad y escuchan su voz, se construye concretamente la civilización del amor, donde cada uno es respetado en su dignidad y donde crece la comunión, con los frutos que esto conlleva.

BENEDICTO XVI, «Mensaje a los jóvenes del mundo»
(Madrid, 6 de agosto de 2010)

Desde que la bofia se ha pasado a la jornada de treinta y cinco horas semanales, su rendimiento no ha mejorado nada. Louise llevaba desaparecida casi un año y yo todavía no había visto ni la sombra del hocico de esos tristes sabuesos apuntar hacia mí con intención de olisquear lo que andaba cavilando. El juzgado de Bayona había abierto un expediente judicial por detención ilegal y secuestro y yo ni siquiera figuraba entre la decena de testigos interrogados.^[1]

Solo mi amigo Jean-Luc Taureau tuvo que responder a las preguntas de un inspector de la seguridad departamental. Lo abordó en la terraza de su propio bar, un búnker perforado por unas cuantas cristaleras que permiten disfrutar de las vistas al océano entre trago y trago de cerveza. La entrevista había durado una media hora, sin contar las interrupciones para servir a los clientes o cobrar las consumiciones.

—¿Y bien?

—Nada, Jon. Le expliqué que la desaparecida era una cliente ocasional. Que se presentaba siempre con la misma amiga. Le dije que habían intentado convencerme de que sirviera el agua Perrier con una rodaja de limón, pero que yo las reservo para el Martini.

—¿Estás de coña? ¿Le contaste eso?

—Sentí la necesidad de decirle la verdad.

—¿Eso es todo?

—Me dejó en paz cuando le expliqué que el Cap'tain Bar es una zona de «recalificación emancipada del poder terrestre»: «Sin duda, señor comisario, debido al hecho de que esta edificación fuera levantada en su momento por los nazis para que ahora venga la gente en pantalones cortos y polo rosa a comprar helados con los niños».

—Bien dicho.

—Y añadí: «Espacio de cohabitación no temporal, señor comisario. El territorio de las Landas es un reloj de arena volcado en los confines de la Tierra: el tiempo está congelado aquí desde hace millones de años; el tiempo real, quiero decir, no el que se mide con el reloj».

—¿Y no se lo tomó a pitorreo?

—Qué dices... Añadí además que con el paso de los años había visto cómo se iba encogiendo el alma de mis clientes: «Y eso, señor comisario, debo decirle que es irreversible, y no solo por culpa de todas esas ondas que circulan por el aire, sino también, y sobre todo, porque no hemos sabido adaptarnos a la inmovilidad del tiempo».

Yo me mondaba... Lo sé, utilizo expresiones raras, es que nací en 1942.

—Vamos a tardar en verle asomar sus narices de nuevo por aquí.

Nada deja más aturdida la mente de un poli que las divagaciones de un espíritu

libre.

Y, de hecho, al cabo de tres semanas el expediente fue archivado por el juzgado, a falta de elementos suficientes. Ni siquiera se había pasado el aviso a la Oficina para la Represión de Actos Violentos contra las Personas, especializada en desapariciones inquietantes. Tampoco a la brigada que la Policía Judicial de Burdeos tiene en Bayona. Seguramente la desaparición de Louise no había sido considerada «inquietante».

Una mujer que se volatiliza, sin duda movida por un repentino capricho, es como un gorrión posado en una rama que se echa a volar.

Tampoco es cuestión de montarse una novela.

*

Había vuelto a ver a la compañera de terraza de Louise frente al bar de apuestas de la plaza de los Mártires de la Resistencia, en compañía de otra mujer, pelando la pava como si las estuvieran grabando para la tele. Creo que se llamaba Stéphanie, una vez oí a Louise llamarla «Steph». Había hecho como si no me reconociera y no parecía para nada asustada; quiero decir, no parecía que me tomara por un asesino. Solo me había dedicado una pequeña dosis de desprecio, aunque suficiente para matar a un caballo. Pero yo no soy un caballo. Resultaba evidente que Louise no le había confesado nunca nuestro idilio. Steph se había encontrado una nueva mejor amiga. Una que no corría el riesgo de seducirme, con su cara de fotomatón y una sonrisa que parecía funcionar con una pila de nueve voltios.

Se lo conté a Jean-Luc:

—Ni siquiera nos saludamos. Era como si la sabelotodo esa no me hubiese reprochado en su vida que me gustara el rock duro, como si nunca hubiésemos compartido (Louise, ella y yo) ninguna broma, como si nunca me hubiera visto ligar con su supuesta mejor amiga.

Jean-Luc se encogió de hombros:

—Me da que simplemente ha pasado página. Hay gente así, a la que la desaparición de un amigo le afecta lo mismo que un terremoto en un país lejano.

*

A pesar de todo, me costaba comprender que a nadie se le hubiese ocurrido orientar a los investigadores hacia mi modesta persona. ¿Acaso en Largos^[2] no había ni un solo testigo que me hubiera visto del brazo de esa guapa rubia de apenas cuarenta años? ¿Nadie había reparado en el viejo Jon Ayaramandi borracho como una cuba, al amanecer, deambulando con la cara partida y los puños ensangrentados, sembrando el horror entre las personas de bien?

¿Era yo demasiado viejo para interpretar ese papel?

Eso parecía pensar todo el mundo.

«No, ese no. No va a ser ese viejo de pelo blanco.»

¿Me sentía herido? Sí.

¿Aquello me beneficiaba? Más aún.

Podría decir incluso que me venía de perlas.

No obstante, había sido el amante de aquella mujer maravillosa.

Y no había sido precisamente el periodo de mi vida en el que había pasado más desapercibido. Rebotaba entre bares de mala muerte y discotecas, me pegaba con cualquier tipo que me mirara mal, trataba con gitanos cocainómanos, recuperé el contacto con mis antiguos compañeros sicarios. Aullaba como un lobo a la luna... Afortunadamente, nos habíamos mostrado más prudentes en el terreno amoroso. Louise ya había alcanzado una edad en la que hasta una mujer sabe lo que el ardor debe a la discreción. No habíamos demostrado nuestra pasión ni en la playa, ni por la calle, ni en ningún lugar público. La relación entre un monstruo espantoso de sesenta y ocho años y una espléndida cuarentona no es un espectáculo que se desee airear delante de toda la parroquia, ¿verdad?

Así que nos habíamos amado en mi casa. A resguardo de las miradas. Ayudados por la música soul y los estimulantes. Y, créanme, había sido como tocar la eternidad.

Una corta semana de amor a la que se le amputó un día, esa fue la felicidad a la que tuve derecho. La eternidad menos un día. Y mi corazón despedazado para siempre.

Quizás con un poco más de tiempo habríamos podido llegar a pasear juntos de la mano. A besarnos de pie frente a una puesta de sol, como en la canción de Joe Dassin:

Et l'on s'aimera encore

lorsque l'amour sera mort...^[3]

Ahora que les he metido esa cancioncilla en la cabeza va a ser difícil quitársela de encima, ¿verdad?

*

No dejaba nunca de pensar en ella.

Eso me ponía triste. Y se notaba.

—Jon, tienes cara de muerto, deberías tomar antidepresivos.

Jean-Luc se limitaba a la farmacopea clásica.

Paco, mi colega gitano, tenía cosas mejores que proponerme.

—Con la cocaína, hasta un cadáver puede parecerse a un buen recuerdo.

Nos echábamos unas risas.

Paco me traía una o dos botellas de alcohol cada vez que venía a visitarme. Alcohol de malísima calidad, pero fuerte, muy fuerte. El tipo de brebaje que habría podido colocar a niños de quince años, si no se encargase ya de eso un 24 horas que estaba junto al centro comercial y los supermercados.

Jean-Luc me traía lo mejor de su bodega: grandes cosechas de Saint-Estèphe, viejos armañacs, botellas de champán de reserva. No nos quedaba vida suficiente para bebérselas todas.

A no ser que...

Paco y Jean-Luc. Cada uno en su estilo, pero con ambos podía uno reírse hasta llorar. Se entendían cada vez mejor. Teníamos esos momentos en los que acabábamos los tres cogidos de la mano, como en el corro de la patata.

Qué quieren que les diga. Nunca he sabido resistirme a la gente que sabe reírse. Tanto el uno como el otro tenían los ojos arrugados de la gente feliz. Mi tristeza, con ellos, sobrevivía a duras penas, me resultaba imposible encontrar el lugar donde había guardado el botín de mis lágrimas. Nunca he podido llegar a tocar fondo, soy un depresivo de poca monta.

Una mujer con los hombros al aire, un trago de vino blanco sobre una docena de ostras, un nuevo grupo inglés que me recuerde la energía de los inicios, y me vuelvo a poner en marcha. Y toda esta maldita pena, directa al saldo de una cuenta en números rojos.

Perle también había pasado a verme, todos los días, como quien visita a sus viejos.

—¡Anda que...! Espectacular.

—¿El qué?

—Lo tirado que se te ve. Pareces un vejstorio que agoniza.

—Gracias.

Luna tampoco se quedó corta:

—Abuelo, ¿en qué piensas?

—En nada, cariño.

—No es que no pienses en nada, es solo que no quieres decírmelo.

—Sí, tienes razón, es eso. ¿Te gusta esta canción?

(Al Jarreau, «Rainbow in Your Eyes».)

—Me gusta casi tanto.

—¿Tanto como qué?

—No he dicho «tanto», sino «casi tanto», abuelo.

—Sí, pero si dices «me gusta casi tanto», significa que la estás comparando con otra cosa. Así pues, ¿con qué la comparas?

—Menudo barullo tienes en la cabeza en este momento, ¿eh, abuelo? He dicho «casi tanto» para que comprendieras que no es «completamente», nada más.

Luna, la nieta de cinco años y medio (da mucha importancia a ese semestre) más perspicaz del mundo. Perle la había peinado con coletas, hacía una eternidad que no había visto unas, parecían antenas para captar mis pensamientos secretos.

Uno se queda mirando a la hija de una amiga y piensa que...

—¿Me meterás el tema de Fūgu en mi iPod, abuelo?

Fugu: pez comestible, muy apreciado en Japón, cuyas vísceras contienen un violento veneno.

—Sí, lo haré, te lo prometo.

*

Dos meses antes, Perle me había anunciado, con la cabeza gacha:

—Me voy a mudar, Jon.

—Es lo que siempre te he dicho, guapísima.

Tener una mujer joven como esa de vecina había bastado para hacer de mí este hombre de corazón desolado, y eso que antes de conocerla no tenía siquiera corazón ni ganas de tener un alma gemela.

Seis años antes, ella me había desvirgado el alma. Había abierto una vía de agua, de ternura en su caso, en mi línea de flotación. Y aunque me había sacado del coma afectivo para hundirme en el caos..., aquello por lo menos me hacía sentir vivo.

Lo había perdido todo intentando salvarla, salvo a ella misma:

—Me gusta estar cerca de ti, joder.

Hizo como si no me hubiese oído.

—Me voy a vivir con Al.

Encajé el golpe y dije:

—¿Muy lejos?

—A treinta y cuatro kilómetros.

—¡Treinta y cuatro kilómetros!

—¡No me vengas con cuentos, Jon! ¡Treinta y cuatro kilómetros no son nada! Veinte minutos de coche.

—Ya no tengo coche.

—Arreglas el Volvo y listo.

Lo tenía todo pensado. Hasta me había buscado la ruta.

—Tres euros diez de peaje, tres euros setenta y nueve de gasolina: podrás venir a vernos por la módica suma de seis euros ochenta y nueve. Hemos encontrado una casa grande con vistas al océano, pondremos una cadena de música en la habitación de invitados, te compraré un cepillo de dientes y...

—No volveré a ver a Luna a diario...

Sabía que la batalla estaba perdida, pero tenía ganas de hacerla sentir culpable. No podía impedírmelo; al envejecer, resulta evidente que hay cartas que jugar en ese aspecto.

Desde que Al había vuelto a hacer de cirujano, su princesa se había cubierto de pasta como la nata cubre una fresa hasta hacerle perder su sabor original. Digamos que ella corría un riesgo cierto de aburguesamiento y que yo experimentaba al respecto sentimientos contradictorios: el orgullo de ver a Perle moverse en un entorno mejor, es cierto, pero también un punto de amargura, porque nunca me ha gustado la gente más rica que yo.

La clínica del doctor Di Vica, el socio de Al, era un establecimiento moderno reservado a una clientela de posibles, y siempre estaba llena. El gilipollas de Al no volvería a dedicarse a la asistencia social.

—Al nunca se ha dedicado a la asistencia social, Jon.

—Sí, es verdad, siempre le han interesado los peces gordos.

—Y encima para echarles el anzuelo. Mi hombre no es un bondadoso altruista. Solo me quiere a mí. Y eso le encanta a mi lado punk.

Vale, a mí tampoco me gustan los hippies; son unos hipócritas y unos mentirosos, gente que piensa que ser un blandengue y llevar ropa de pobre típica de un país cualquiera es suficiente para ser mejor persona. Si las cosas le marchaban bien al matasanos, mejor para él. Las había pasado bastante putas como para merecer una revancha. Perle también había tenido un golpe de suerte: se había liado con un pescador enfermizo y sin trabajo que de pronto había resultado ser un cirujano extremadamente diestro.

Cuando pienso en el violento beodo con el que andaba antes de conocer a Al...

Sin querer dárme las de nada, yo había sido el origen de lo mejor que le había pasado en su vida.

—Jon, te estás haciendo una paja mental, se te ve en la cara.

Hay que ver cómo me conoce.

—No, simplemente acabo de darme cuenta de que me lo debes todo.

Cambió de tema bruscamente, como si lo que acababa de decirle no tuviese la menor importancia.

—Sé que esto no te va a gustar, abuelo, pero tengo que triunfar en mi vida de pareja. No debería molestarme en explicártelo, es imposible que lo entiendas.

En efecto.

—*¿Triunfar en tu vida de pareja?*

La jerga psicológica actual es como una infección que afecta a todas las bocas. No sé cómo se contagia uno, pero yo debo de estar inmunizado de manera natural.

—¡Vale ya, Jon!

—Quiero la custodia compartida.

—¿Cómo?

—Quiero pasar con Luna por lo menos un fin de semana de cada dos.

—¡Pero si tú no eres su padre, Jon! No te debo nada...

—¿Puedes repetir eso?

Hace un tiempo me cargué al padre de Luna. Tuve una muy buena razón para

hacerlo. El día en que conocí a su mamá, ese cabrón estaba violándola encima de una mesa de formica; huelga decir que no se daban las condiciones mínimas de comodidad.

La pobrecilla se puso a gritar pidiendo ayuda, y acabé presentándome en su casa.

Hice lo que todo buen vecino habría hecho: le clavé al tío los pulgares en los ojos, hasta la segunda falange.

Después, Perle y yo lo dejamos tumbado sobre los raíles que había al fondo de los jardines, y el tren de cercanías se encargó de pasarle por encima. Todo un detalle por parte del servicio público. Como su sangre tenía la tasa de alcohol de un vino dulce, todo el mundo llegó a la conclusión de que era un borracho al que la curda había hecho la jugada definitiva. Así que gracias a ese golpe maestro conseguimos educar a nuestra princesita lejos de la mala influencia de su progenitor.

Durante mucho tiempo pensé que la niña había escapado del atavismo del crápula de su padre, pero estaba equivocado.

—Abuelo, debes aceptar la decisión de mamá.

¿Aquello no era un golpe bajo?

—Cariño, a tu edad no hay que inmiscuirse en las conversaciones de los adultos. No sabes de qué estamos hablando...

—Sé perfectamente lo que estoy diciendo. Mamá necesita amor y tú no soportas a Al porque es un impedido. ¡Estarías mejor si también necesitaras amor!

—¡Luna! —exclamó Perle enrojeciendo.

—¡Pero bueno! Nada de eso, soy demasiado viejo, no me vengas con esas.

*

Me pasé los días siguientes poniéndole mala cara a Perle.

No abiertamente, sino más bien de forma sutil.

—Jon, hace una semana que me das la espalda cuando intento saludarte.

—¿Ya ha pasado una semana?

—No creas que voy a ceder a ese chantaje afectivo.

Bien, lo haré una semana más.

—¡No eres su padre, joder!

Y pienso: estaba a tu lado en el parto, cuando no eras más que una pobre madre soltera que daba a luz el fruto de la violación y la perdición. Pero será mejor que todo eso me lo guarde para mí, ¿no?

Esta vez a Perle le cuesta contener la sonrisa. Me conozco esa cara. Me tiene alguna cosa guardada. Algo trama.

—Jon, tengo que pedirte un favor.

¿Un favor? Y le pongo cara de póquer.

—Oh, no te preocupes, no te voy a pedir otra vez que mates a alguien.

—Menos mal.

—Es para la niña...

Para Luna sabía que me podía pedir lo que fuera.

—¿Podrías quedártela los miércoles?

Mi turno de sucumbir irremediabilmente a la sonrisa. Siento cómo me atraviesa la cara hasta alcanzarme las orejas.

—¿Quieres decir todos los miércoles?

—Sí.

—Sí.

—Y si pudieras ir a buscarla directamente al colegio...

—Sí.

Acamparía delante del colegio, si hiciese falta.

—Ven que te dé un abrazo.

—Te quiero, Jon.

—Yo también, Perle.

—Tanto como quiero a Al.

—Aún más, si quieres mi opinión.

*

Las buenas noticias provocan en mí más o menos la misma sensación que las malas: bebo tanto para celebrar como para olvidar. Lo siguiente fue que aparecí de noche, tarde y lejos en el aparcamiento de uno de esos garitos de mierda curiosamente bautizados como el Broadway o el Manhattan. Estaba más arrugado que la foto de un marido pillado en flagrante delito de adulterio, el alcohol me salía por las orejas, otra vez asomándome al borde del precipicio, sobre el acantilado abrupto de la vida.

Y unas ganas de hacer daño en forma de tartamudeo.

El caso es que la velada había empezado bien. Después de marcharse Perle había experimentado uno de esos momentos de paz interior que me hacen pensar que quizás me haya convertido en otro hombre. Me pasé por el Cap'tain a recoger a Jean-Luc.

Mi cara seguía atravesada por una sonrisa estúpida.

—Tienes la misma pinta que el tío que ganó la lotería.

—Es algo mejor, Jean-Luc.

—¿Perle ha roto con Al?

—No, sigue pensando en mudarse el mes que viene... ¡Pero me encargaré de Luna todos los miércoles!

Su reacción estuvo a la altura de mis esperanzas.

—Voy a instaurar un menú para los miércoles, especial Luna —dijo—, y le prepararé una *playlist* semanal.

—Yeah.

—La vamos a pervertir a conciencia.

—Yeah.

—Tenemos que hacer que la pequeña comprenda que es la más grande Star of Largos.

—Va a ser una consentida de cuidado.

—La vamos a hacer más narcisista que Lady Gaga.

Y después nos pasamos por donde vivían los gitanos.

A la entrada del campamento descubrí los nuevos carteles:

CHATARRERO:

LE LIBRAMOS DE TODO TIPO DE

(Faltaba un trozo de frase.)

Desde que Jean-Luc había realizado una petición formal al Ayuntamiento, el campamento había adquirido una existencia oficial. Se había convertido en la «Zona habilitada para nómadas de Largos». Incluso habían colocado un cartel que duró unos días, hasta que fue requisado para servir paella.

El Ayuntamiento había aprobado créditos de inversión para equipar el lugar con servicios sanitarios y luz eléctrica, pero Paco ya había vendido la grifería, las tapas del alcantarillado y las farolas.

—El campamento está mucho mejor iluminado con los faros de los coches —se había justificado.

—Vale, pero ¿y los grifos?

—No comprendo por qué se revenden tan fácilmente, son menos prácticos que una manguera.

El alcalde no había insistido más.

Había gente, pero que mucha gente, en el campamento.

—Unos primos de Poitiers —suspiró Paco— van de peregrinación a Lourdes... Se marchan mañana.

Me había sentado a su lado, en uno de los viejos asientos de Mercedes plantados sobre el asfalto. Se acercó a mi oído y añadió:

—Una pandilla de gilipollas que ni siquiera saben tocar música. Nos ponen de los nervios, y cada vez que pasan por aquí esto acaba en bronca. Pero son primos... y tengo que acogerlos, es mi obligación.

Llevaba la camisa abierta. A la luz de los faros, su vientre lucía con el esplendor de un trono que le confiriese una autoridad real. Sentí ganas de comentárselo, pero me contenté con un:

—¡Qué calor, leche!

—Es el tiempo que preferimos los gitanos. Podemos divertirnos toda la noche esperando a que estalle.

Contemplamos el cielo, tan preñado de abalorios como una chiquilla de trece años. Las pilas de contenedores, convertidos en casas móviles, me parecieron más

inestables que nunca. Las caravanas, obligadas a estar quietas, evocaban la nostalgia de un viaje que tenía como meta los confines del mundo.

Frida, la vidente, vino a sentarse junto a nosotros. Aquella joven de rizos dorados había roto recientemente el confort de mi viejo escepticismo aportándome la prueba de que era realmente capaz de predecir el futuro.^[4] Desde entonces, me había fijado en que el «gabinete de videncia» que mantenía en el polígono industrial estaba siempre lleno. Me ofreció un porro con una leve sonrisa diciendo:

—Los pájaros que no vuelan son los más infelices de los seres vivos. No me gustaría ser una gallinácea.

—Quizás las gallinas no se den cuenta de que pertenecen a una especie que debería volar —respondió Jean-Luc.

Paco se inclinó para darle una palmadita en la rodilla.

—Los que han probado la libertad una vez nunca vuelven a ser los mismos.

Y añadió con una carcajada:

—Por eso los gitanos tenemos que salir siempre pitando de todas partes —y su carcajada se rompió con un ataque de tos.

Un ternasco brillaba por encima de las brasas. La luz blanca de los faros de coche a ras del suelo (conforme a la nueva reglamentación europea) confería al humo cargado de olor a carne una dimensión misteriosa; parecía que estuviéramos dentro de una película. Reconocí el buen olor que a veces impregnaba la ropa de Paco cuando venía a visitarme a casa. Pero el humo irritaba los ojos.

—Vamos a dar una vuelta —propuse.

Caminamos hacia la parte abandonada del puerto industrial.

Hangares de acero oxidado, vacíos y liberados del duro trabajo de los obreros. Montones de escoria medio cubiertos de malas hierbas. Charcos de gasolina que reflejaban la luz de una farola, cerca de los barriles de petróleo. Dos buques cercanos imponían su masa de sombra. Estaban cargados de troncos de pino hasta alturas impresionantes, como si formasen parte de un proyecto para trasladar todo el bosque de las Landas, pero el bosque parecía firmemente decidido a quedarse allí, y el muelle desierto inspiraba tranquilidad.

Era uno de esos paisajes que hablan, y dicen:

—Nuestra civilización se muere.

Paco había pronunciado aquellas palabras sin emoción alguna, como una simple constatación.

—Esta herida sana al mundo —añadió, señalando con un amplio gesto aquel yermo industrial.

En lo más alto de la escombrera, que domina el campamento y le da aspecto de valle secreto, unos niños se lo estaban pasando bomba. Se lanzaban por la negra pendiente montados en trineos de plástico.

—Los han encontrado en el vertedero. ¿La gente los tira porque aquí no nieva lo suficiente?

Volvimos a sentarnos. Nos sirvieron la carne sin guarnición alguna, pero, joder, ¡qué buena estaba!

—¿Tú no comes? —pregunté a Frida.

—Es cordero. ¿Has visto jugar en un prado al bebé blanco y rizado de una oveja?

Los primos llevaban ya más de una copa encima. La conversación se iba calentando. Paco daba una voz de vez en cuando para calmar los ánimos, y la cosa funcionaba. La autoridad de su barrigón sobre sus súbditos era legendaria.

Cuando dimos cuenta de la garrafa de whisky que Taureau se había traído del bar, Paco sacó una botella de ginebra. La bebíamos de la misma forma que uno se lava los dientes cuando no queda dentífrico: horrible, pero ¿qué hacer si no?

Una chiquilla de apenas quince años se puso a cantar, con una voz simuladamente rota. Las guitarras sonaban sin gracia alguna y varios chavales empezaron a dar palmas desacompañadas. Un fracaso absoluto.

—Es flamenco de Poitiers.

—¿Nos largamos? —propuse.

—Imposible. Si los dejo solos, son capaces de liarse a mamporros antes de que amanezca.

Me quedé una hora más por educación, pero ya no estaba a gusto. Jean-Luc Taureau se encontraba en un estado tan lamentable que tuve que abandonarlo a su suerte.

—Amparo se ocupará de él —dijo Paco.

—¡Vale! —dijo Amparo estrechándolo contra su hombro.

Sus curvas se correspondían con cánones de siglos pasados, pero tenía una preciosa melena rizada, grandes ojos negros y una bonita piel morena. Jean-Luc me había contado que olía tan bien que daban ganas de lamerla de la cabeza a los pies.

Había oído decir que cada vez pasaba más noches con ella.

—Coge mi Mercedes —dijo Paco tendiéndome unas llaves de coche que colgaban de un puño americano.

Bonito llavero.

—No, gracias —dije—. Me sentará bien volver andando.

—¡Una hora de caminata, en plena noche! Solo a ti puede gustarte eso.

*

Desde mi último encuentro con las fuerzas del mal, no salía de casa sin arma. Si me cruzo con el fantasma de Burger o de la viuda Martínez^[5] o de cualquier tocapelotas que venga del pasado a aplacar su sed de venganza, más le vale andarse con cuidado.

Como la pistola dentro del cinturón me molestaba al andar, me la metí en el bolsillo interior de la chaqueta. Pero me golpeaba las costillas y me seguía fastidiando.

¿Estaría demasiado borracho como para llevar un arma de forma conveniente? Acabé dejándola en el bolsillo exterior, lo suficientemente hundida para que no asomara.

Al final, la noche se había vuelto fría y la tormenta se había caído del programa: tiempo cambiante, agujetas. La carretera desierta, alumbrada de tanto en tanto por farolas de sodio, daba una impresión de claroscuro.

Vi a un mochuelo. Acababa de lanzarse sobre el asfalto y huía volando con una culebra en el pico.

Recuerdo esos detalles, pero no el hilo de los acontecimientos. ¿Qué es lo que hizo que sintiese ganas de darme una vuelta por el Cobra Club?

Simplemente pertenezco a esa especie que no sabe volver a casa a acostarse.

El garito acababa de cerrar. Había permanecido allí un tiempo indeterminado. Apestaba a tabaco, a perfume de mujer y al menos a tres alcoholes infectos. A mi lado tenía a un tipo, un sexagenario como yo. Mala calaña. Mala gente.

En el aparcamiento, una mujer estaba vomitando sobre el capó de un Cadillac XLR blanco.

—¡Joder, el buga del patrón! —exclamó mi compañero de fortuna.

Vi cómo avanzaba hacia ella. Parecía un asno agresivo erguido sobre sus patas traseras. Su equilibrio era precario y no dominaba sus nervios. Tres pasos más y el culo de la beoda estaría al alcance de sus pezuñas.

—Lárgate de aquí, puta de mierda. ¿Quieres que te haga el coño pedazos? ¿Eso es lo que quieres?

La calidad de su prosa me ofreció una bocanada de placer, aunque también habría podido hacerme llorar, si no hubiera sido porque las moléculas de felicidad me engrasaban las sinapsis. Cuestión de posología.

Cuando la mujer se dio la vuelta, tuve el tiempo justo de ver que nos estaba apuntando con una pistola. Plaqué al tipo en el suelo mientras ella vaciaba el cargador, disparando a un punto frente a ella, como durante una sesión de meditación.

Las balas pasaron por encima de nuestras cabezas y se fueron a perder en la noche. Al terminar la refriega, el tipo se levantó y se sacudió la chaqueta diciendo:

—Esta tía está loca.

Yo me quedé un momento tumbado en el suelo. Era imposible no reírse. Llevábamos tal curda que ni siquiera habíamos sacado las pistolas.

El fulano era un asesino, como yo lo había sido durante mucho tiempo, pero supongo que él seguía en activo.

—Esa mujer me gusta —dije.

—Esa zorra merece un escarmiento, querrás decir. Le voy a partir los dos brazos y después nos largamos de este sitio de mierda.

El tío vivía en una pesadilla permanente, conozco bien ese universo. Ya hacía bastante con dejarla con vida. Me senté para verle hacer.

La mujer era morena de pelo y de piel. Una cuarentena borrosa. Llevaba el escote

cubierto de vómito, y la minifalda arrugada por encima de los muslos. Sin duda había tenido eso que llaman un cuerpo de ensueño, pero la anorexia o la droga le habían pasado factura.

El menda la agarró de un brazo. Oí un crujido. La mujer estaba tan borracha que no lanzó un solo grito.

—Bah, el otro se lo perdono, ni siquiera siente nada, me da asco.

Excelente elección.

Había cargado mi pistola, no hubiese soportado un brazo roto más.

Tengo mis límites.

Vete a saber por qué, empecé a cantar «Ask the Angels» de Patti Smith por el camino de regreso. Quizás por esos brazos tan delgados.

*

No valgo gran cosa, un remordimiento me basta para redimirme, y sin embargo me costó pegar ojo. Mi último pensamiento lúcido había sido para aquella mujer del brazo roto. No le guardaba rencor, no hay nada que reprochar a una mujer que dispara instintivamente a tipos como nosotros.

En el mejor de los casos, ahora estaría en el hospital, calentita, con el brazo escayolado. Eso esperaba. Pero no estaba seguro.

Me había dado tiempo a poner *Radio Ethiopia* de Patti Smith y dejarme caer en el sofá, pero en cuanto cerré los ojos empecé a sentir mis famosos saltos mortales hacia atrás, y tuve que volver a abrir los párpados a toda prisa. Al tercer intento, me precipité hasta el váter. «Pumping (My Heart)» no había terminado aún y yo ya estaba sentado en la taza echando las tripas (¿no es una expresión maravillosa?) directamente en la bañera. Es la ventaja de tener un cuarto de baño minúsculo. Se puede vomitar tranquilamente sentado en el trono.

Al final conseguí dormirme a eso de las seis de la mañana, preguntándome cuánto tiempo soportaría mi viejo cuerpo tales excesos.

Me quedé atónito al verme ya despierto a las...

¿Seis y cincuenta y siete?

Me cago en la puta. ¡Menos de una hora de sueño!

Y ni hablar de volver a dormirse. Imposible quedarme en la cama sin empezar a cavilar.

El sueño de un viejo es como el servicio público, se va degradando cada día más. Se diría que retrocede bajo amenaza.

*

Salté de la cama y salí al jardín. Sin nada debajo de la bata. Reluciente como un

pez fuera del agua. Me sentía *fuera del aire*.

Ya había amanecido, pero el cielo conservaba ese matiz de final de noche que no sería posible definir con un color. Los pájaros cantaban sin parecer preocuparse los unos de los otros, como una orquesta que afina justo antes de un concierto. Una gatita de tres colores se lamía la pata sin prestarles atención. Inspiré profundamente una vez, después otra, y luego varias veces más, sin conseguir hacer desaparecer la sensación de ardor en los pulmones y el esófago. Mi cráneo estaba alojando una migraña tan punzante como una sucesión de olas rompiendo contra el puerto. La gravedad era más fuerte que nunca. Tenía una visión extrañamente clara pero ondulante, como si ya no fuese capaz de fijar la mirada en un punto preciso. Y luego estaba esa risita idiota que me entraba por momentos.

En fin, una resaca de campeonato.

Caminé hasta el sol, hacia el fondo del jardín, más allá de la sombra de la casa. La hierba cubierta de rocío me mojaba los pies. Una vez al sol, me sentí mejor. Todo es relativo.

Me apoyé en la portilla que separa el jardín del bosquecillo de pinos atravesado por la vía del tren.

Un trozo de las Landas. Todo un ejemplo de belleza sencilla.

Percibí un movimiento de gaviotas unos cien metros a la izquierda. Me acerqué por curiosidad. ¿Estaban dando cuenta del despojo de algún mamífero —ardilla, rata, pequeño erizo— aplastado por el tren? Imposible vislumbrarlo.

Los raíles brillaban entre las altas hierbas.

Por allí ya solo pasaban los trenes de cercanías desviados del camino recto para transportar a los paletos hasta la improbable estación de Largos.

Me senté sobre el metal todavía frío.

El rumor del océano, de intensidad media, indicaba un viento del oeste moderado y olas no mayores de un metro. Joder, Jon Ayaramandi, ¿te crees que eres Laurent Romejko?^[6]

Empezaba un bonito día.

Debía reconocerlo: el mundo sin Louise se parecía al mundo de antes.

Me levanté para ir a mear en un zarzal. Apunté a las moras más altas, las que están al alcance de la mano de los paseantes: llevo haciéndolo desde que cumplí diez años.

La gata me había seguido y me miraba.

El tiempo habría podido permanecer en suspenso hasta que me hubiera decidido a entrar para desayunar.

PERO NO FUE ASÍ.

*

Las putas sirenas de la policía me sacaron de mi ensoñación.

Dios sabe cuántas ocasiones he tenido en mi vida de escucharlas.

Esta vez eran bastantes. Procedían de al menos tres vehículos distintos. Aquello montó un jaleo impresionante en el silencio matinal de la barriada más senil del suroeste.

Apenas el tiempo de oírlas por primera vez a lo lejos, por encima del rumor del océano, después más cerca..., y ya estaban en mi calle.

La línea de casas adosadas que separaba la calle de los jardines amortiguaba el escándalo, pero no me costó comprender que las fuerzas del orden acababan de pararse en seco a pocos metros de mi casa. No exactamente delante. No podía verlas, pero era capaz de imaginar la escena a la perfección: coches camuflados, faros giratorios en el techo y policías con chaleco y el arma preparada, hambrientos como perros de presa. Venían a por mí, no había duda. Mis pensamientos matinales a propósito de la inutilidad de los investigadores no me habían traído suerte. La vida conoce todos los golpes bajos.

Un velo de confusión flota siempre en este tipo de escenas y mi cerebro intentaba atravesar la bruma. Si la pasma no había aparcado frente a mi puerta, es que no tenía mi dirección exacta... A no ser que... ¿fuese una estrategia? Pero, en ese caso, ¿para qué montar tanto escándalo?

¡La Gendarmería Nacional! Solo los gendarmes podrían venir a detener a un asesino con todas las sirenas puestas.

Comencé a correr en sentido opuesto, por puro reflejo. Me alejé del jardín. Salvé de un salto una zarza que crecía entre dos pinos. Mi tobillo tropezó con una rama repleta de espinas y me caí de bruces. ¡Ay! Me miré el pie, desgarrado de un tajo y todavía enganchado al arbusto.

Mientras me levantaba, una cuarta sirena procedente de la carretera de Bayona me obligó a aguzar el oído. Era diferente de las primeras.

El SAMU. La sirena del SAMU en medio de todos esos policías. Intenté activar mis débiles capacidades de deducción.

Cuando la poli viene a arrestarte, pocas veces lo hace acompañada por el SAMU (o a lo mejor estaban ensayando nuevos métodos: ¿disparar al sospechoso, herirle de muerte y dejar que la ambulancia se lo lleve a urgencias?).

Por tanto, era probable que los policías no estuviesen allí para efectuar un arresto...

Permanecí prudentemente detrás de la zarza.

¿Un accidente? Pero... tres coches de policía para un accidente, ¿no era abusar un poco? El niino-niino de las sirenas se detuvo de golpe.

El silencio que siguió me hizo tomar conciencia del jaleo que montaban mis neuronas. Los pájaros se habían callado. La gata había desaparecido. Yo esperaba ver surgir de un momento a otro a uno de esos tipos del GIGN,^[7] vestido con chaleco antibalas y armado con un fusil con mira telescópica. Pero no. Ni un movimiento. Ni en el techo, ni en el jardín. Nada. Solo el silbido de la destrucción neuronal

atravesando mi cerebro arrepentido.

De nuevo se acercó una sirena: otro vehículo de socorro, aparentemente otra ambulancia. Todo se parecía más a un dispositivo desplegado para un accidente de carretera que al arresto de Jon Ayaramandi. Empezaba a pensar que mi hora no había llegado todavía. Volví muy despacio sobre mis pasos, tratando de no hacer ruido alguno. Atravesé el jardín y me introduje con la prudencia de un ladrón en mi propio porche. Pasé por el salón. Subí la escalera tratando de evitar el escalón que crujía.

Ya en la habitación que me sirve de despacho —una de las que dan a la calle—, aparté suavemente la cortina.

Tres coches de policía y dos ambulancias.

Por muy increíble que pareciese, esos tíos no se habían desplazado por el asesino de Largos. Habría podido asomarme a la ventana y gritarles: «¡Cucú!». No era más sospechoso de un crimen que una hermanita de la caridad armada con su rosario. Estaban allí por otro anciano.

El que estaba tumbado en la calzada.

Su cabeza —o lo que quedaba de ella—, bañada en un mar de sangre.

*

Tres bomberos se afanaban alrededor del vejestorio. Los mendas intentaban reanimarle con un desfibrilador último modelo. Y sin embargo, no había que ser muy ducho en medicina para saber que intentar devolver a la vida a un fulano con la cabeza hecha pedazos no tiene ningún sentido. Tuve ganas de gritarles: «¡Dejaos de circos! ¿Dónde habéis visto que se pueda vivir sin cabeza? Si el tipo se pusiera a correr ahora, solo sería porque es tan idiota como una gallina».

Pero no hice nada, por supuesto. Conocía bien al viejo, él y su mujer eran mis vecinos desde hacía siete años. Si el corazón de ese gilipollas no se paraba en ese instante, era porque no hay nada de justicia en este maldito mundo, algo que por otra parte siempre he pensado, no solo ahora.

Tras apartar un poco más la cortina, distinguí un segundo cuerpo. Desnudo y dislocado. Era una joven negra, aunque desde donde estaba no podía ver su cabeza.

La chica debía de haber sido magnífica, pero era evidente que le habían roto la mayoría de los huesos.

A juzgar por la enorme cantidad de hemoglobina que bañaba todo aquello, las dos víctimas habían fallecido por hemorragias imposibles de calificar de internas.

Las ambulancias estaban aparcadas al lado de los cuerpos. Dos bomberos empezaron a introducir a la mujer en una gran bolsa, lo que les llevó sus buenos cinco minutos. Después, ataron la bolsa a una camilla y la metieron en la ambulancia. Los policías se rascaban el forro a dos manos.

Vi un perro blanco, rociado de sangre y tirando de la correa como un poseso. Al otro lado de la correa, sin duda estaba mi vecina, pero no podía verla desde mi

posición. No me atrevía a imaginar en qué estado de nervios se encontraba.

Entreabrí la ventana. No necesité esforzarme mucho para distinguir las palabras de la vieja, que casi gritaba:

—... ¡un tremendo ruido, señor comisario! Como una explosión. Para despertar al barrio entero. Vi a la negra caer del cielo directamente sobre mi marido.

El policía tomaba notas en un cuaderno. Un enfermero se acercó con expresión apenada; en lo referente al viejo, los objetivos debían revisarse a la baja:

—No conseguiremos reanimarlo.

Su compañero estaba guardando el material.

—¿Está muerto?

El enfermero se rascó la cabeza, como si tuviera que tomar una decisión difícil.

—Sí.

Diez minutos más tarde, todo el mundo se había esfumado ya llevándose los dos cadáveres. La vieja se había quedado en el sitio, con su perro tan rojo como un tampón usado.

—¿Y quién va a limpiar toda esta porquería?

Bajé a la calle, simulando que iba a meter los cubos de basura en casa. Vi a la izquierda a dos policías en un Clio camuflado. Se habían quedado allí de plantón, como suele decirse. Uno de ellos, joven, estaba conversando animadamente por su móvil. Se lo veía bastante emocionado.

—Estamos esperando a la brigada científica, mamá... Ya te digo, un auténtico escenario de crimen como en las series. Hasta hemos acordonado la calle con cinta y todo. Incluso hemos pintado las siluetas del cuerpo en el suelo, para anotar su posición y todo eso.

Podía imaginarme a la madre al otro lado de la línea (¿se han fijado en que esa expresión no ha sido reemplazada aunque los teléfonos funcionen con ondas?) sin poder creerse lo que su hijo le estaba contando.

—Es alucinante, mamá. Parece ser que va a venir un montón de gente. Espero que nos envíen refuerzos para controlarlo.

El segundo policía permanecía petrificado en su asiento, como el rehén de un atraco a mano armada que no se atreve a pronunciar palabra.

—Si lo vieras, mamá, la sangre ha salpicado hasta el primer piso. Es asqueroso. Prefiero no mirar, sería capaz de ponerme a vomitar.

Tras las ventanas de su cocina, la anciana debía de estar lavando a su perro, porque los oía gruñir a los dos.

Vamos, que no se trata de dotar a un personaje de toda la parafernalia del rock ni hacer que cite letras de grupos punk para que el libro sea eso, rock.

NELLY KAPRIËLIAN, *Les Inrockuptibles*

T'es rock, coco!^[8]

LÉO FERRÉ

Hay que aclarar que antes de verme en este lío yo había conocido un largo periodo de tranquilidad. Un año de vida de abuelete, sosegada, la vida de un jubilado de Largos. Un año siendo tan bonachón e inofensivo como un viejo carnero que solo se dedica a pastar en su prado.

Había recuperado mi gorra de marinero y me había dejado crecer mi famoso collar de barba blanca, el que hacía que me pareciese a un enano de jardín gigante. Ya tenía mis buenos sesenta y nueve años y ese estupendo aspecto de capitán Haddock me permitía pasar por lo que aspiraba a ser por encima de todo: un tranquilo jubilado de Largos como todos los tranquilos jubilados de Largos. Fundido en carne y hueso con aquella masa informe de perdedores.

Hasta me había comprado un poncho impermeable.

Perle se había escandalizado:

—El viejo ex-más-guapo del País Vasco, el famoso asesino de gran corazón, ¡se ha convertido en un hortera!

Y esa zorra de Mylène, la peluquera ninfómana del Bosque de las Hadas, había exclamado:

—Verle con ese aspecto es como si..., no sé..., como ver a George Clooney vestido del Decathlon.

Pero de repente se me ocurre ir a beber algunas botellas a la salud de mi pequeña Luna y después... el crepúsculo se alza de nuevo frente a mí, cubriendo con su enorme sombra cualquier atisbo de luz. (Cálmate, tío. ¿Te crees poeta o qué?)

El alcohol siempre me ha afectado de esa manera tan extraña: el mundo se trastorna, la realidad parece tan maltratada como mi organismo; el universo y mi estómago, seres unidos por el caos.

Todavía estaba impresionado. Y no se me había pasado del todo la borrachera.

Decidí retomar mi jornada allí donde la habían interrumpido el canto de las sirenas y la mujer caída del cielo. Y proseguirla tal y como había querido comenzarla. Tomé el desayuno en el porche, me puse unos pantalones cortos y una camiseta, agarré una toalla de baño y atravesé de nuevo el jardín.

Hay que decir que soy un tipo algo testarudo.

Tras salir por la parte de atrás de la casa, como hago siempre —la puerta de entrada se usa en contadas ocasiones porque los pocos amigos que frecuentan mi casa dan la vuelta—, caminé con paso firme hasta el balasto de la vía férrea.

Mi paseo ferroviario es el no va más, no me cruzo más que con niños y algunos indígenas que desafían la prohibición. Llegado a un punto, se puede uno dirigir hacia el puerto —con la posibilidad de desviarse hacia la playa a unos quinientos metros— o bien al centro de la villa, y entonces se llega a la plaza de los Mártires de la Resistencia, con su bar de apuestas, su supermercado, su marquesina de autobús... Les juro que vale la pena darse una vuelta por allí.

Me dirigí a la derecha, directamente hacia la playa. Necesitaba no cruzarme con nadie, respirar, dicho de otro modo, airearme. Lástima del café de las ocho en el bar de apuestas hípicas. No tenía ganas de encontrarme en medio de conversaciones del tipo:

—¿Te das cuenta? ¡Esa mujer cayó del cielo!

—Ya te digo.

Prefería ahorrarme el cara a cara con el pensamiento hipodromófilo, una corriente filosófica demasiado profunda para mi limitada capacidad de abstracción.

*

Olas magníficas. El viento del este las levantaba dibujando curvas perfectas. Eran poderosas y lisas como en los mejores anuncios de Hawái o Honolulu.

La playa estaba bastante llena de esa clase de veraneantes que madrugan: parejas jóvenes a las que sus hijos pequeños arrancan de la cama, jubilados que buscan sosiego y empedernidos aficionados al jogging.

La zona no disponía de socorrista hasta las diez.

Desplegué mi toalla, me quité los zapatos y la camisa, y me lancé al agua.

Después de coger una buena docena de olas boca abajo, sentí que había vuelto a encontrar esa famosa inmadurez que me preserva de pudrirme prematuramente. Entusiasmado por la velocidad, pasé revista a lo más granado de la música californiana, los Beach Boys por supuesto, pero también Steely Dan y Tuxedomoon —lo que seguramente ignoran es que esos tipos eran de California—, todo un programa que iba de la euforia a la neurosis, pasando por la fuerza bruta; pero siempre con un sol insolente en el cielo, sin una nube en el horizonte. La dura tarea de vivir en una pureza de lo más empalagosa.

«59 to 1.»

«Cincuenta y nueve segundos de cada minuto de miseria», habían cantado esos vivales de Tuxedomoon.

Yuhu.

Seguramente me quedé una hora larga dentro del agua —no me molesté en cronometrarlo— antes de volver a sentarme sobre la toalla. Contemplar, ahora y

siempre, las inextinguibles series de olas, perfectas y armoniosas. Sabía que, desde la terraza del Cap'tain, Jean-Luc estaba sintiendo lo mismo que yo, y —aunque él no se bañara— era como si pudiese escucharle: «El océano es el encuentro del infinito y la eternidad, en la simplicidad del agua y la sal».

Apreciaba los poemas de mi colega Taureau; un hombre al que nunca había visto en bañador, pero que en todo caso era tan oceánico como yo.

Debo decir que a veces tiene narices la mala suerte. El tajo que me había hecho en el tobillo al intentar saltar la zarza no se había cerrado todavía, y la sal había efectuado su trabajo de corrosión.

Sabía que la herida tardaría en cicatrizar, así que cuando decidí ponerme a correr, aquello me pareció razón suficiente para alejarme de la orilla y pisar sobre la arena seca. El ejercicio me costaba, pero estaba completamente decidido a no dejarlo: no me gusta la idea de renunciar a la juventud.

En mi cabeza daba vueltas «Beastmaster», el formidable corte de Relaxed Muscle, y les juro que aquello me daba un impulso impresionante. Bramaba en mi fuero interno —¿o quizás lo hacía en voz alta?— cada vez que los aullidos de hombre lobo surgían para acompañar el estribillo.

Pero siempre llega ese momento terrible en que la mala suerte se ceba contigo. Una barra de hierro oxidada, surgida de ninguna parte.

No la vi.

Me la llevé por delante con el empeine del pie derecho. Fue tal el golpe que me caí y rodé un instante por los suelos acordándome de todos sus muertos:

—¡Me cago en la puta madre que te parió!

Me senté para verme el pie.

Tenía el cuerpo cubierto de arena, incluyendo el pelo. Un pescador se había dado la vuelta para observarme. Con toda seguridad yo tenía aspecto de tipo sospechoso.

Agarré mi pie e intenté girarlo en todos los sentidos, pero no pude terminar el gesto:

—¡Ay! ¡Joder! ¿Qué pasa aquí?

Empecé a mover los dedos uno por uno, comenzando por el más pequeño. Los cuatro primeros no me dolieron, pero cuando llegué al gordo la cosa cambió, tuve que gritar al intentar doblarlo.

Subí hasta el Cap'tain cojeando lamentablemente.

—¿Te duele la pata? —preguntó Jean-Luc.

Tampoco él tenía muy buena cara: la noche con Amparo no le había sentado bien. Olía vagamente a amor, a problema hepático y a jabón español.

—Pues sí. El dedo gordo del pie derecho. Ya no puedo doblarlo.

Me derrumbé en el primer sillón que encontré. Vencido.

—A veces el fallo de una pequeña pieza puede dar al traste con un bólido de competición.

—Te agradezco la comparación. Deprisa, sírveme un reconstituyente.

Vino con dos vasos y una botella de Jurançon seco en una cubeta con hielo.

—¿Sabes lo que me gustaría de verdad? —dije.

—¿Ya te apetecen ostras? ¡Pero si acaban de dar las diez!

—Siempre es buena hora para las ostras.

—No te esperaba tan temprano, todavía tengo que abrirlas.

Normalmente corro durante una hora y las degustamos hacia las once y media.

—Tráelas y lo hago yo, mientras terminas de preparar la terraza.

—Voy a poner música. Algo suavecito, que le siente bien a tu pie.

¿Conocen ustedes mucha gente que piense que la música es buena para los pies?

*

La verdad es que la música no cura nada, no protege de nada, ni siquiera de visitantes no deseados.

¿Creen ustedes que «Leaders of Men» de Joy Division es una especie de repelente contra esos estorbos? Pues no.

Una familia en bermudas. Impresionante. Tres hijos, todos por encima de los ochenta kilos, el más joven ya con aspecto de pequeño cachalote. Venían rodeados de una mezcla de olores: *fast food*/chanclas/crema solar.

—Se acercan, ¿qué hacemos?

—Voy a subir el volumen; si eso no basta, les tiraremos piedras.

Me reí, pero me dolía el pie.

Jean-Luc me leyó el otro día esta frase admirable, extraída del periódico *Le Monde*: «El mundo engorda». Muchos escritores soñarían con ser los autores de tal aforismo. El artículo hacía balance de la obesidad a nivel mundial. Les juro que aquello estaba impreso en ese periódico considerado serio; yo había lanzado un silbido de admiración.

Los niños pidieron patatas fritas.

—Sería mejor que comieseis más verdura —dijo Taureau.

Los padres fingieron no haberle oído. Estaban en plena discusión. Mientras Jean-Luc se dedicaba en la cocina a vaciar una enorme bolsa de patatas fritas en la freidora que ni siquiera había precalentado (no lo estaba viendo, pero me conozco su forma de proceder con los clientes que no le caen bien), no tuve más remedio que escuchar su conversación:

—Esto es increíble. ¡Una mujer que cae del cielo en medio de Largos!

—Y además negra.

—Si no estamos seguros ni siquiera en Largos...

—Sin embargo, hasta ahora era un sitio tranquilo.

—¡Y a ese pobre viejo le cae en la cabeza!

—No debió de darse cuenta de lo que pasaba.

—Eso seguro, pero su viuda... ¿Tú te crees, la pobre, ver cómo explota la cabeza

de su marido?

—Mamá, ¿cómo puede explotar una cabeza? ¿Es que tiene pólvora dentro?

—Cállate, imbécil.

La madre se volvió hacia mí con aire incómodo:

—Discúlpele, señor, no se da cuenta de lo que dice.

Así que estábamos en una conferencia y yo era su público. ¡Nos quedaba mucho por escuchar sobre esa víctima de la fuerza gravitatoria! Cuando Jean-Luc volvió para servirles sus patatas fritas, retomaron el tema:

—¿Usted puede entender que una mujer caiga del cielo?

Me miró, incrédulo. Yo, que lo conocía bien, pude adivinar: «Pero ¿de dónde han salido estos lelos?».

Quedé subyugado por su talento para la improvisación:

—¿Una mujer que cae del cielo? Pues, yo qué sé. Quizás sea un ángel alérgico a las plumas al que le ha dado un síncope.

¡Qué poeta este Jean-Luc! (Te quiero, Taureau.)

Pero resultó que el poeta no era el que pensábamos.

—¡Eso sí que me extrañaría! —dijo el señor gordo.

—¿Y por qué habría de extrañarle? —contesté.

Yo estaba dispuesto a defender con uñas y dientes la exégesis taureauniana.

—¡Pues porque los ángeles no pueden ser negros, evidentemente!

*

El sol estaba ya lo bastante alto como para que Taureau y yo pudiésemos calzarnos las gafas de sol sin pasar por excéntricos. Llegaron nuevos clientes. Hicieron una señal al patrón, como si fuera a levantarse para atenderlos. ¿Es que no veían que estábamos ocupados?

Estaba claro que el servicio del Cap'tain se había degradado en estos últimos tiempos; las noches con Amparo tenían parte de culpa.

El tema siguiente era «Dead and Gone» de los Black Keys. Jean-Luc subió el volumen. Lo suficiente como para remover los cimientos del cielo y la tierra.

Alguien escribió que «no es el rock 'n' roll el que envejece, sino tú», a menos que... ¿no lo escribiera nadie?

Debíamos de parecer dos viejos chavales que se creen roqueros.

—¿Puede bajar la música? Es imposible escucharse aquí.

—¿Cómo?

—Que si puede bajar la música, no nos oímos.

—¡No le oigo!

—Hay que ver, los veraneantes son cada año más estúpidos —constaté.

—El nivel cultural no mejora. La telebasura está causando estragos en los cerebros y los corazones.

Slurp. Las ostras eran maravillosas, como siempre en esa época del año —los famosos meses con erre—, carnosas con un regusto a avellana y un leve toque de amargura que no atravesaba siquiera el borde de los labios. Slurp. En menos de un mes acabaría la temporada. Se volverían lechosas, empalagosas, cargadas de colesterol. Mientras tanto, tenían el color del mar. Y el jurançon, el del cielo.

Un suave viento del sur barría la terraza del Cap'tain. El océano susurraba su secreto a nuestras fosas nasales. Me había olvidado de la herida del pie, de mi vecino despachurrado y de todo lo demás.

—Y aparte, ¿qué historia es esa de la tía caída del cielo?

*

Mis explicaciones no me llevaron más de un cuarto de hora, pero no omití ningún detalle: no me apetecía volver sobre el tema.

—¿Te das cuenta de que es algo completamente inusitado que haya caído precisamente en ese sitio?

—Hum.

—Y tú pasas tres horas conmigo, ¡y no me cuentas nada!

—¿Qué puede importarnos que una mujer caiga del cielo? El único problema es que ha sucedido en mi calle y que ahora tengo a la poli acampada delante de casa.

—¿No te das cuenta de que habrías podido ser tú el que...?

—Bueno, ya está, ahora cambiamos de tema, ¿vale?

Debo reconocerlo, nada me molesta más que la curiosidad de la gente por lo que les pasa a los desconocidos, yo carezco completamente de ella. No comprendo la pasión por la crónica de sucesos. Quise levantarme y marcharme, pero apoyar el pie en el suelo me arrancó un grito de dolor.

—¡Joder!

No fui capaz de caminar más allá del final de la terraza.

—Espero que no haya nada roto —dije.

—Te llevo en la Harley.

Temía que todavía intentase sacarme más sobre el tema (tiene cascos con intercomunicadores incorporados), pero cuando giró la llave de contacto escuché aliviado la guitarra de Brian Setzer: «Rock This Town» sonaba en pleno solo, en una versión en directo. El guitarrista de los Stray Cats es el más grande de todos los tiempos en la categoría rockabilly, e incluso más allá. Estaba seguro de que Jean-Luc no sería capaz de cortar ni ese tema ni el siguiente.

Al final de «Blast Off» llegamos ante la zona delimitada por la cinta policial. Quedaba una treintena de curiosos junto a la policía.

—No se puede pasar.

—El señor vive al lado. Acaba de hacerse daño en el pie.

—Ah... En ese caso puede pasar, por supuesto.

Jean-Luc me sostuvo hasta la puerta. Yo sentía las miradas de la policía y del gentío mientras claudicaba miserablemente. No son ninguna joya esos viejitos.

Largos, villa agónica, capital de los cojos.

En cuanto abrí la puerta, Jean-Luc se metió dentro sin ser invitado.

—¿Y tú? ¿Qué piensas de este asunto?

Me senté en el sofá y me quité los zapatos. Al estirarme hacia atrás, conseguí atrapar el directo de los Stray Cats de la serie «Genios del Rock».

Volver a escuchar «Rock This Town» desde el principio.

Sin embargo, no bastó para cerrarle el pico.

—¿De dónde crees que viene esa mujer negra? De la Luna seguro que no ha caído.

Su voz era tan grave y sus ojos tan rojos que era posible preguntarse si de verdad se le había pasado la borrachera.

—Escucha, Jean-Luc, sería mejor que te echases una siestecita en vez de pensar en todas esas estupideces.

—¿Cómo quieres que duerma después de una cosa así? Habría que ser un extraterrestre sin alma para no mostrar interés, pero yo solo soy un *humano* sin alma. Seguro que has pensado en ello desde esta mañana. Venga, dime lo que crees.

—Extraterrestre... Pues eso debo de ser, porque no he vuelto a pensar en ello ni un solo instante. La calle está llena de gente investigando: no tienes más que ir y decirles que te interesa el tema. Quizás te digan cómo se presenta el caso.

Había alzado el tono sin darme cuenta, no estaba de humor para prolongar aquella conversación. Era muy raro que mi amigo Jean-Luc me provocase ese efecto. Cualquiera otro sí, pero no él.

—Lo siento, Jean-Luc.

Siempre he creído que hay que saber disculparse cuando se habla mal a un amigo.

—Vale, me largo.

Quizás lo mejor sería no hablar mal nunca a un amigo.

—Perdona que no te acompañe —dije, señalando mi pie.

Pero no hizo ademán de marcharse. Se balanceaba de un lado a otro. Parecía una peonía a punto de abrirse.

—Normalmente, cuando vengo a tu casa me prestas un libro...

Cogí el primer volumen que tenía a mano y lancé una rápida ojeada a la portada. No estaba nada mal.

—¿Te apetece una historia de bandidos chinos y fantasmas?

Y le tendí *Los cuatro bandidos de Huabei* de Ku Lung.

*

Me desperté sobre las siete de la tarde, tras dormir como un tronco unas cinco horas. Penoso despertar, sensación de irrealidad. Vamos, lo que se llama estar

desubicado.

Sin mejora visible en el dedo gordo. Blando, gris oscuro y del tamaño de un topo. Doloroso.

Y tenía hambre.

Comer me sentó bien: una lechuga entera y un pedazo de atún frío con una sabrosa mayonesa.

¿Y la música?

«Meet Me in the City» de Junior Kimbrough, un viejo tema cuyo *loop* vocal recordaba el *Love Supreme* de Coltrane.

Me sentí francamente mejor.

Ha llegado el momento de confesarles algo.

Soy un jubilado como los demás, salvo por tres puntos:

1) Todavía me gusta el rock 'n' roll y nadie me impedirá ser una auténtica *jukebox* andante.

2) No tengo la misma forma de ver la vida; quiero decir, la vida humana, la importancia que en cierto modo la gente le da a la vida.

3) Mi pensión no me la paga la Seguridad Social...

Me dedico simplemente a chantajear a mi antiguo jefe...

Empieza a ser demasiada la gente que sabe que soy un exasesino a sueldo, pero por diversas razones ninguna de las personas implicadas parece dispuesta a presentarse en la gendarmería más próxima para proclamar: «Conozco a un tipo que finge ser un inofensivo pensionista pero que ha matado a treinta y nueve personas y a un perro».

He sido fiel a Marconi durante toda mi larga carrera. Nunca he ido a ofrecer mis servicios a otro jefe. Nunca le he hecho la menor jugarreta. Sin ánimo de vanagloriarme, yo no era un delincuente del montón. Sin antecedentes penales. Especialista del crimen perfecto. Capaz de abatir a quien fuera sin temblar, excepto por una regla de oro que ambos compartimos: nada de crímenes racistas —se puede matar a gente de cualquier raza pero nunca por esa lamentable razón— y nada de niños.

Así pues, cuando estuvo claro que había llegado la hora de dejar de trabajar, simplemente fui a visitar al jefe y le solté que había escrito la crónica de mis crímenes y que un editor había aceptado esperar a mi muerte para publicarla.

Le reclamé una pensión mensual de apenas tres mil euros. No quise abusar.

Pero la siguiente ocasión en que nos vimos me pidió que se la dejase leer:

—Para saber por qué te pago.

Y me previno:

—No dudaría ni un segundo en meterte una bala en la cabeza, y lo haría yo mismo, si me enterara de que me estás tomando el pelo.

Marconi no era de los que bromeaban con el honor. Un italiano ofendido es como la pasta demasiado cocida: inconsolable e inhumano. Me convenía estar a buenas con

él: había visto a ese tío trabajar a personas más o menos vivas con la navaja durante más de una hora sin dejar que la palmasen antes de tiempo.

Suficiente para estimular mis habilidades literarias.

*

El problema es que en la época estelar de mi epopeya ni tomé notas ni escribí un diario íntimo. Así que tuve que echar mano de mis recuerdos. Curioso ejercicio al final de mi vida. Pero debo decir que le cogí el gusto.

Mi ordenador contenía ya varias decenas de textos más o menos esbozados, en su mayor parte sin terminar; tantos como archivos aparecían alineados en el escritorio de la pantalla cuando se encendía.

No seguía el orden cronológico, porque lo cierto es que soy un ser anacrónico.

Estaba relatando uno de mis episodios más gloriosos. Me puse de nuevo con ello, quizás no con placer, pero sí lo más concienzudamente que pude.

De interés general (I)

Ejecución de un funcionario pretencioso (abril de 1997)

Antes que nada debía buscar a su víctima cuidadosamente. Debía ser lo más rica y antipática posible. Por ejemplo, un funcionario corrupto y manifiestamente desprovisto de conciencia. Agredir a un personaje como ese no podía afectar a los sentimientos de nadie.

KU LUNG, *Los cuatro bandidos de Huabei*

En aquella época, a Valentin todavía le quedaban unos meses como el chófer con más talento de Marconi, tan hábil a la hora de respetar los límites de velocidad como a la de atravesar un pueblo a ciento cincuenta con la poli en los talones.

Pero la primera maqueta de su nuevo grupo, con los diez temas que dispararían su carrera, estaba a punto de empezar a sonar en la radio. Recuerdo que estaba grabada en una casete Memorex.

Deja de reír, mi amor,

me gusta mucho más cuando lloras.

Me conquistó desde las primeras notas. Esa mezcla de punk y música disco me parecía condenadamente buena.

—Es condenadamente buena —dije.

Se echó a reír.

—Condenadamente buena, ¿eh?

Yo no sabía qué le hacía tanta gracia.

—No sé qué te hace tanta gracia.

Rio con más fuerza aún, se le saltaban las lágrimas.

—Todo un honor, Jon Ayaramandi.

Le di un buen puñetazo en las costillas para enseñarle respeto. Dio un peligroso bandazo.

—Será mejor que sujetes bien el volante. ¿Ya tienes nombre para el grupo?

—Los Fucking Puppets.

Subió el volumen aún más. Aquel tema era mortal.

—Pues bien, te garantizo que tus marionetas no van a dejar de follar. Y yo estaré encantado de ver cómo te libras para siempre de mi perniciosa compañía y de la de todos esos maleantes con los que nunca debiste codearte.

—¡Déjate de gilipollecés! Tengo más de treinta años, tengo chepa y soy calvo, ¿crees de verdad que doy el tipo de estrella del rock?

—Elvis Costello, Joe Jackson, Brian Eno... No serías el primer caso de calvicie prematura en la historia del rock 'n' roll. El tupé y las patillas serían un extra, pero no

una obligación. Estamos en 1997, Valentin, tengo cincuenta y seis años y he visto nacer la música pop. Si a finales del 98 no eres famoso, será que has hecho las cosas con los pies.

—¿Con los pies? Jon, deberías comprarte un diccionario de expresiones del siglo XX.

El tiempo me daría la razón. «Deja de reír» se convirtió en la canción del verano. La juventud francesa bailarían al ritmo de la voz desafinada y repelente de Valentin. En ese puto casete estaba grabado el pop más irónico jamás concebido.

Íbamos camino de Pau. El trayecto en coche no llevaba más de hora y media, pero Marconi había insistido en que pasáramos la noche allí.

—No quiero huella alguna. Por eso te mando con el chico, formáis un buen equipo. La víctima es un pez gordo, el más mínimo patinazo sería fatal. No os volváis inmediatamente: la A64 es demasiado solitaria por la noche, os haríais tanto de notar como dos salchichas en un cuscús.

Añadió:

—El tipo al que os vais a cargar no es peligroso, es un viejo funcionario achacoso, sería incapaz de defenderse si a su anciana madre se le metiera en la cabeza estrangularlo. Quince mil francos para ti. Ocho mil para el chófer.

Marconi es un tipo que nunca ha pensado que un asesinato es otra cosa que lo que es: un juego de niños. Siempre estás en el lado bueno. Matar a un tipo al que se ha cogido por sorpresa, cuando se sabe hasta qué punto es fácil mandar a un humano a la tumba..., no tiene nada de brillante. Pero, al fin y al cabo, ¿cuál es la proporción de trabajadores que pueden sentirse realmente orgullosos de su profesión?

Los honorarios eran correctos, no valía la pena negociarlos. Asentí con la cabeza.

—Aquí está su foto. Es el secretario general de la Prefectura de Pirineos Atlánticos. Le faltan dos años para retirarse. Normalmente sale de su oficina bastante tarde, pero tenéis que estar allí a las cinco porque nunca se sabe. Lo ideal sería terminar el asunto la primera noche.

Me dejó tiempo para digerir la información y prosiguió:

—Otra cosa. El cliente exige una puesta en escena bastante complicada. Se trata de hacer creer que ha sido asesinado por uno de sus colaboradores.

Dibujé una sonrisa estúpida y él sonrió a su vez. Marconi sabía con precisión el placer que yo sentía. Me entregó un sobre de papel y una bolsita hermética que contenía algunos objetos.

—Fotos del sujeto para poder identificarlo, una tarjeta magnética que permite acceder a la Prefectura y el palito de una piruleta para dejarlo cerca del cuerpo. El palito hay que manipularlo con guantes de látex, parece ser que lleva las huellas del futuro acusado.

—Bonito negocio —dije.

La foto mostraba a un hombre de unos sesenta años con pinta de sabueso, pero no

de detective, sino de animal.

—Sabemos que va a organizar una reunión con su equipo a partir de las cinco de la tarde, pero no sabemos cuándo terminará, ni lo que hará después. No tiene demasiadas costumbres fijas tras la jornada laboral. No es raro que se quede en el despacho hasta las nueve o incluso más tarde, pero no es sistemático.

No había terminado. Consultó sus notas y dijo:

—Hay alguien que no nos gustaría que se presentase en la escena del crimen. Una secretaria a la que se tira de vez en cuando. Una joven madre soltera a la que tiene prometido un ascenso; parece ser que es muy sensible. El cliente ha insistido en que tu intervención no la deje impactada de ninguna manera, así que habrá que procurar que el cuerpo del funcionario sea descubierto con rapidez, para estar seguros de que no lo encuentre ella. Aquí tienes un número al que llamar desde la misma oficina de la víctima, ya se encargarán de enviar a alguien.

Deduje que una persona bienintencionada velaba por la oveja descarriada. En todo crimen siempre queda espacio para la sensibilidad.

—¿Y cuándo se presenta por allí el hada Campanilla?

—De improviso, cuando la convoca. A veces por la tarde, pero en la mayoría de los casos al empezar la jornada, antes de que lleguen los demás funcionarios. La llama y ella acude corriendo. Tarda exactamente once minutos en llegar desde su casa al despacho de su mentor.

—Tarda poco.

—Lo que pasa después lleva aún menos tiempo.

Me dedicó la mejor de sus sonrisas, la que significa algo así como: qué gratificante es nuestro trabajo, ¿verdad?

—¿Cómo se llama el paciente?

A veces, un asesino debe dirigirse a su víctima para discutir con ella los detalles de su ejecución.

—Señor secretario general.

—¿Cómo?

—Así le llama todo el mundo.

—Así que si digo «señor secretario general», ¿responde? Quiero decir, aunque no me conozca de nada.

—Sí.

—Ah.

Qué curioso.

Como ya me iba, Marconi me detuvo.

—Lo olvidaba —dijo tendiéndome otra bolsita hermética que contenía un objeto alargado—. Aquí tienes el arma del crimen. Un cuchillo de deshuesar Pradel.

—¿También tengo que trocear al paciente? —bromeé.

—Tiene las mismas huellas que el palito de la piruleta, las del «asesino»; no lo toques sin guantes.

Uno de los principios fundamentales de la profesión es que cuanto menos sabes mejor te va, pero Marconi parecía lanzado a dar explicaciones.

—El pobre tipo que hará de cabeza de turco es un agregado que también se tira a la secretaria.

—Pues sí que desea ese ascenso.

—Cuando se cría sola a un hijo, hay que hacer malabarismos para tener qué llevarse a la boca.

—Nunca mejor dicho.

Nuestras risas formaron un dúo extrañamente afinado.

—Arréglatelas para que parezca obra de un aficionado. Y recuerda que la secretaria no puede quedar «impactada». Ni siquiera en el plano emocional. No es ella la que...

—Vale, lo he entendido. No es necesario repetirlo. No soy Burger el Malo.

Se rio.

—¿Crees sinceramente que confiaría un asunto así a Burger?

*

Un agente de uniforme hacía guardia ante la entrada principal. Sus competencias policiales se limitaban a permanecer de pie mientras dormía profundamente, como los caballos.

A pesar de ello, no quise correr riesgos y me dirigí hacia la entrada trasera con la tarjeta que Marconi me había procurado.

Cuando entré en su despacho, el secretario general levantó la vista del ordenador. Tras un instante de sorpresa, clavó su mirada en la mía, por encima de sus gafas de leer. Adoptó de entrada un tono desagradable:

—El guardia no debió dejarle pasar, solo recibo con cita previa.

Me tomaba por un cincuentón inofensivo y extraviado.

—Precisamente —dije— tiene usted cita con la muerte.

Resultaba un poco pomposo, pero podía permitírmelo. Me miró con desdén, con expresión de sorpresa y un punto de incredulidad. Su ego estaba cubierto por una espesa capa de desprecio. Había rebasado la sesentena pero seguía siendo atractivo, con su traje oscuro y una condecoración en la solapa. Le colgaba un poco la papada. Se creía alguien de excepción, y se notaba.

—Muy divertido —dijo—, pero no puedo perder el tiempo. Salga de mi despacho.

Di un paso al frente.

—¿Qué está haciendo, señor? Le he pedido que salga.

Sin embargo, el terror se reflejó en su rostro en cuanto apunté a sus narices con mi .38. En el fondo del bolsillo sentía el mango del Pradel entre mis dedos enguantados. Se acercaba el desenlace. Me quedaba disponer la puesta en escena.

—Vamos a salir de aquí.

Obedeció sin dificultad, sin intentar comprender; ante la amenaza de un arma, la mayoría de la gente no consigue razonar. Cuando pasó ante mí, empuñé el Pradel y le asesté varias cuchilladas en la espalda. Para dar la impresión de que era obra de un aficionado, golpeé de forma desordenada, a los dos lados de la columna vertebral y sin apuntar a las zonas que aseguran una muerte inmediata de la víctima. Procuré también doblar las rodillas, porque Marconi me había avisado de que mi cabeza de turco medía un palmo menos que yo.

La hoja atravesó varias veces los pulmones del secretario general, que no emitió sonido alguno: el famoso neumotórax, que deja sin aliento y vuelve tan locuaz como un mejillón de Bouchot. Se dio con la frente contra la puerta, aunque se mantuvo de pie, ligeramente inclinado hacia delante. No hubiese podido pedir nada mejor, ni que se me hubiera tumbado en una camilla para facilitarme el trabajo. No me costó nada clavarle la hoja entre dos vértebras. Entonces pude estamparle la etiqueta de *definitivamente muerto*.

Ya había ocurrido en el pasado que la empresa Marconi sufriera el desagradable inconveniente de una resurrección imprevista, y créanme, no deja muy buenos recuerdos.^[9]

Un murmullo procedente de la calle me indicó que el gentío seguía aumentando, pero no me molesté en comprobarlo por la ventana. En mi fila de casas soy el único que no ha instalado doble acristalamiento, así que el rumor de la calle era ensordecedor.

Uno debe reconocer sus propios límites. En general, basta con mirar alrededor para saber exactamente dónde nos encontramos. Estaba claro que yo no era más que un viejo perdedor poco equipado. Mi PC tenía más de cinco años. Tres estantes de formica soportaban una colección de novelas policiacas tan viejas que no las habría querido ni un traperero; y, sin embargo, recordaba haberlas comprado nuevas. Un póster de los *Fucking Puppets* amarilleado por el sol. Ninguna foto de familia o de mujer, ningún bibelot, ni florero, ni flores. Ningún frasco de perfume femenino abandonado en el cuarto de baño.

«Say Goodbye to Love» de Kenna empezó a sonar en mi cabeza, una canción aparentemente alegre y pegadiza pero tan maléfica como un árbol de Navidad.

Me dije que al menos poseía:

Algunas fotos de Perle y de Luna en mi habitación.

Libros infantiles comprados para la pequeña al cabo de los años.

Varias armas de fuego y una colección de puñales, bien escondidas.

¿Acaso no era un hombre feliz?

Bajé y me hice un té tras haber bebido uno tras otro cuatro vasos de agua llenos. Seguía doliéndome el dedo gordo, lo que me obligaba a caminar sobre el talón. Llamaron a la puerta. En segundo plano: polis/curiosos/periodistas/equipos de televisión... En primer plano, es decir, exactamente ante mis narices: un tipo de unos treinta años, con aparente prisa. En el límite de la mala educación.

—Buenas. Necesitamos electricidad para la emisión.

Algo más lejos, mi vecina disertando ante una cámara, con un micro debajo de la nariz. En plena forma.

—Soy cuáquero, no tengo electricidad.

Y le cerré la puerta en las narices.

Anduve cojeando hasta el sofá y puse el canal 3. Acababan de empezar las noticias locales.

Mi calle apareció en la pantalla. Aunque debía habérmelo imaginado, tuve un sobresalto al ver la ventana tras la que estaba mirando la tele. Era la primera vez en mi vida que podía participar de forma tan activa en una *mise en abyme*.

Mi vecina resumió los hechos con brillantez:

—La negra estaba en pelota picada, completamente desnuda, y mi marido iba en pijama, estaba sacando la basura. La sacamos por la mañana, antes de que pase el camión, eso evita que los perros la vuelquen, esto está lleno de perros callejeros, el Ayuntamiento no hace gran cosa para agarrarlos. Es un Ayuntamiento comunista: si

se hubiesen preocupado de erradicar a los perros, mi marido seguiría con vida... El choque de las cabezas hizo un ruido espantoso.

¿No había nadie en ese canal público que censurase un testimonio tan pornográfico en horario de máxima audiencia?

Me asombraba lo irónico de la situación: una cámara grabando la casa de un peligroso asesino y nadie lo sabía..., o casi nadie. El teléfono empezó a sonar, me levanté para contestar:

—¿Ahora te hacen las entregas a domicilio?

Perle.

—Sí, es el nuevo crimen perfecto. Rezo y la víctima cae del cielo. Aparte de eso, ¿a qué debo el placer?

La voz de Perle se volvió lastimera:

—Tengo miedo, Jon. Tengo un mal presentimiento.

A veces me cuesta reconocer a Perle en esa cabeza hueca en la que se ha convertido desde que convive con un burgués.

—Estoy ocupado, Perle, tengo unas claras a punto de nieve que se me van a deshacer.

Se quejó de mis modales, pero acabó decidiéndose a despedirse.

—¡Eh, Jon! —dijo cuando me disponía a colgar—, lástima que la vieja no estuviese debajo también.

Al final, ya no estoy tan seguro de que pueda convertirse algún día en una auténtica burguesa.

*

Llegó la publicidad. Me quedé como un tonto viendo a un hombre en calzoncillos rociarse de after shave, pensando en el comentario tan premonitorio que había formulado Gandhi en 1942: «Querer crear un número ilimitado de necesidades para satisfacerlas de inmediato es igual que dedicarse a perseguir el viento. Este falso ideal no es más que una trampa».

Entonces la imagen de Carole Gaessler apareció sobre fondo azul:

—Buenas tardes y bienvenidos a las noticias de las siete.

Conseguí salir de mi sopor. Esa mujer con ojos de husky tiene el don de excitarme. Nada parece poder afectarle. Con ella, ver el telediario me parece un acto aún más inmoral.

Entonces aparecieron...

Vuelvo a empezar:

ENTONCES APARECIERON...

En primer plano.

¡LOS FUCKING PUPPETS!

La cámara permaneció un buen rato enfocando a Alison M'Bow, la increíble

bajista que Valentin había contratado, junto con su hermana a la batería, para su último álbum, *Dios el Hijo*, y la gira que lo seguiría.

El comentario de Carole me llegó ligeramente en diferido, como el trueno tras el rayo.

—Acabamos de conocer en este momento la identidad de la joven caída del cielo. Se trata de Alison M’Bow, bajista del grupo de rock los Fucking Puppets...

¡Me cago en la puta!

—Llevaba desaparecida varios días, al igual que su hermana gemela Roxane M’Bow, batería del mismo grupo.

Conocía bien a esas fantásticas chicas. Destacaban tanto por sus extravagancias como por su negra belleza, y por la manía que tenían de tocar desnudas de cintura para arriba.

Había sido invitado por Valentin al espectáculo a puerta cerrada ofrecido con ocasión de la salida del disco, y había salido cachondo como un chaval de quince años.

—Valentin, has acertado de lleno con las nuevas adquisiciones.

—*Las nuevas adquisiciones*, ¿eh?

—Los Fucking Puppets van a ser la repera. Un bombazo.

Valentin se divertía como un diablo desplumando a un ángel.

—Eso está claro, *la repera, un bombazo*.

Y ahora, Alison aparecía en los titulares del telediario, pero aquello no era la promoción del álbum o de la gira. Aunque, pensándolo bien...

Esperaba ver aparecer la diabólica jeta de mi amigo de un momento a otro, pero nada. Hasta que Carole acabó soltando este comentario inquietante:

—Hemos intentado ponernos en contacto con el líder de los Fucking Puppets, sin éxito. Parece ser que tampoco él ha sido visto en los últimos tiempos.

¿Qué quería decir?

¿Valentin había desaparecido?

Así de inquieto estaba cuando el teléfono sonó de nuevo. Pensé que Perle me volvía a llamar, como hace tan a menudo desde que se mudó. ¡Cinco o seis llamadas diarias!

Descolgué suspirando.

—¿Has olvidado decirme algo?

Pero no me respondió la voz de Perle.

—Jon.

Era una voz masculina, una voz conocida pero ligeramente deformada, como distorsionada.

—¿Valentin?

Su voz sonaba angustiada, un fenómeno inédito que la volvía irreconocible. Valentin me había acostumbrado a no flaquear nunca. Me disponía a enviarle una de esas pullas bien afiladas que dan encanto a nuestras conversaciones. Pero no me dejó

tiempo.

—Acaba de pasar algo terrible.

—Lo sé, tengo tele —dije.

Decididamente ese timbre tembloroso le era del todo ajeno. Hasta dudaba de que de verdad se tratase de él.

—Lo que tú no sabes, porque la tele no ha podido mencionarlo, es que...

Las palabras que siguieron cayeron como un zarpazo.

—Esta mañana han arrojado a Roxane, la hermana de Alison, en mi jardín.

*

—Así que te encuentras en Saint-Léon.

Su segunda residencia, en las Landas; normalmente vivía en Bayona, en un loft contiguo a los estudios Abeille Rôde.

—Sí. He pasado toda la noche solo en el *airial*.^[10] Prefiero no imaginarme qué habría pasado si hubiese habido más testigos...

Me puse a pensar lo más rápidamente posible, pero él fue más veloz.

—Cuando me enteré de que habían arrojado a Alison en tu calle, comprendí que no solo acababa de perder a mi bajista y a mi batería, sino también que tú y yo estamos de mierda hasta el cuello, Jon.

Masqué silenciosamente esa reflexión en mi cabeza.

—Joder, ¿te das cuenta? ¡Los he visto tirar el cuerpo!

—¡Los has visto! ¿Qué quieres decir? ¿Has visto el avión?

—Era un helicóptero. Me despertó. Salí de la casa y lo vi.

Podía imaginarme el estruendo que habría provocado un helicóptero en el silencio de la noche en las Landas.

—No comprendo la relación entre tú, yo y las dos hermanas —prosiguió Valentin. Todavía no habíamos llegado a esa parte.

—¿Qué has visto exactamente?

—El helicóptero se detuvo justo encima de la casa. Me dio la impresión de que esa gente intentaba lanzar a Roxane para que cayera sobre el techo.

—¿Estaba viva? ¿Se resistía?

—Estaba viva, de pie, pero no se resistía. La sostenían por un brazo, me pareció que intentaban apuntar justo al pararrayos.

Traté de visualizar aquella escena incomprensible.

—¿Quieres decir que intentaban ensartarla en el pararrayos?, ¿como una salchicha de cóctel en un palillo?

—Yo diría que como una morcillita antillana. Afortunadamente los obligué a huir.

—¿Qué quieres decir?

—Fui a buscar mi escopeta y disparé. El helicóptero tomó altura y tiraron a Roxane. Sus brazos empezaron a girar, lo que prueba que estaba viva. Y ¿sabes qué?

Estuvo a punto de caer en el pozo. Cayó de espaldas sobre el brocal. Fue horrible...

Esta vez, Valentin lloraba abiertamente.

Por muchas vueltas que le diera, todo aquello escapaba a mi comprensión.

—¿Y dónde está ahora esa pobre mujer?

—La he enterrado al fondo del jardín.

Sollozaba como un niño. Intenté consolarlo:

—Piensa que si se hubiese quedado clavada en el pararrayos, habría sido todavía más complicado.

—Roxane y Alison eran amigas mías, Jon.

«Lo sé —pensé—, no me jodas con eso». Cuando los monstruos han entrado en la habitación y la luz no quiere encenderse, no es el momento de flaquear. Y si tienes algo de ironía, es muy recomendable aferrarse a ella para este tipo de cosas.

—Lo de enterrarla en tu jardín ha sido una idea completamente estúpida.

—Lo sé. Por eso te llamo. Me entró el pánico..., pero ahora me doy cuenta de que la he cagado.

—Empieza a desenterrarla. Voy para allá.

*

Permanecí durante un buen rato tan atónito como un extraterrestre que acabase de descubrir la existencia del camello.

Hasta Carole Gaessler había perdido su atractivo.

Por primera vez, al imperturbable Valentin le costaba ocultar su inquietud. Yo, por el contrario, estaba lejos de perder mi propia flema. Cuanto más nervioso estoy, más despacio me muevo. De todas formas, mi pie me lo recordaba a cada instante. Estaba condenado a la lentitud. Pasase lo que pasase, me movía tan lento como un panda persiguiendo una rama de bambú, aunque me consolaba pensando que aquello daría impresión de calma aparente. Anciano hastiado que ha llegado al colmo de la indiferencia.

Apagué la tele y subí a buscar mis pistolas sin dejar de cojear, ya que me era imposible apoyarme en el dedo herido.

Al entrar en mi despacho me invadió una sensación extraña. No hubiese podido describir lo que me molestaba.

Mi ordenador se había quedado encendido y emitía su resplandor de acuario. ¿Qué era lo que tanto me intrigaba?

¡El silencio! Se había hecho de golpe. El rumor de la calle había durado todo el día, para culminar con la llegada de las televisiones, y ahora...

Cojeé hasta la ventana y eché un vistazo.

La calle estaba desierta.

Los periodistas, los curiosos, la poli..., toda esa gente se había marchado. Ya no había nada que ver, Largos había tenido su hora de gloria. Lancé un suspiro de alivio.

Era poco probable que la policía volviese para interrogar a los habitantes de un suburbio cuya única culpa era haber recibido pasivamente y al azar una mujer caída del cielo. Largos y mi barrio podrían retomar su lánguida vida.

Me costó horrores embutirme el zapato derecho. Al final, opté por unas alpargatas.

Date prisa, Jon Ayaramandi. Tienes que plantarte en Saint-Léon.

Abrí la puerta de entrada y me di de bruces con mi vieja vecina.

Sola. Hablando con el perro.

¿Me sentí conmovido? No.

¿Me sentí sublevado porque nadie se había preocupado de que tuviese asistencia psicológica en un momento así? Quizás. Pero ¿para qué puede servir un psicólogo en general y ante un ser tan poco psicológico en particular?

¿Debía deseárselo una «feliz resiliencia»? Me daban más ganas de exclamar: «¡Eh, vieja! ¿A qué esperas para reunirte con el maleducado de tu marido?».

Pero, en lugar de eso, dije amablemente:

—¿Ha conseguido recuperar a su perro?

Me dedicó una sonrisa. La primera en los siete años que llevábamos siendo vecinos. No la más luminosa del mundo, pero una sonrisa al fin y al cabo.

—¿Vio en qué estado estaba?

Lo llamó con autoridad:

—¡Georges!

El chucho se lanzó a sus brazos (un perro obediente) y ella lo alzó para mostrármelo en su totalidad.

Era de una blancura resplandeciente.

—Ni una mancha —dije—, un auténtico perro de concurso.

*

El tema se titulaba sobriamente: «Dios es hijo de Papá Noel». Los *riffs* parecían sacados de los Sonics, la melodía tenía la textura gomosa de Devo, una bonita voz femenina se encargaba de soltar el estribillo como si nada:

Dios es machista,

Dios es fascista,

y encima es eterno.

Dios es un hortera,

Dios es un guaperas,

Dios es hijo de Papá Noel.

No era la mejor canción del álbum. Prefería sin dudarlo «Paga tus deudas y después ya veremos» —la historia de un desgraciado al que su mujer le impide suicidarse, pero que al final lo consigue en un musicalmente desenfadado final feliz—, y sobre todo «No seas lerda, Lourdes», el magnífico éxito que había vuelto a poner de actualidad a los Fucking Puppets.

Subí el volumen del equipo de música y aproveché una larga recta a través del bosque de pinos para ponerme a ciento sesenta. La calzada era estrecha y abombada, pero estaba desierta, y la visibilidad era excelente. Aunque fuese una hora en la que la probabilidad de cruzarme con un ciervo podía alcanzar un quince por ciento, mi viejo Volvo, con su prominente parachoques, sabría devolver al animal a su entorno sin obligarme siquiera a agarrar el volante con más fuerza.

El único problema era que no podía pisar el acelerador con la punta del pie, sino con el talón —se perdían matices—, y no sabía qué pasaría en el caso de verme obligado a frenar.

Me vinieron a la cabeza las imágenes del vídeo de «No seas lerda, Lourdes». Pronto haría seis meses que lo retransmitían una y otra vez en todos los canales musicales, provocando la ira de las autoridades religiosas, de las que nadie parecía preocuparse en los comités de programación. El mismo Papa lo había mencionado en su homilía dominical, evocando «las irresponsables blasfemias de un *artista de variedades* francés que ni siquiera tenía la excusa de la juventud». Valentin, un poco molesto, había respondido en un plató de televisión que a los hombres de Iglesia les parece viejo cualquier chico mayor de doce años. Las autoridades eclesiásticas habían preferido abandonar la partida. Algunos conciertos en París habían sido perturbados por manifestaciones de católicos integristas, pero la marea de fans de los Fucking Puppets los había borrado del mapa.

En cualquier caso, el vídeo era desternillante. Recordaba haber visto a un Cristo sexy en plena orgía con los apóstoles, a Bernadette Soubirous contemplando un *peep show* de la Virgen María, mientras Dios padre se arrancaba el pelo desde lo alto de su nube y lanzaba sus plagas pasadas de moda.

Ni demasiado malvado, ni demasiado original, si no fuese porque los Fucking Puppets habían llegado a ser, como los Beatles en su época, más célebres que Jesucristo. La gran popularidad del clip explicaba la amplitud del escándalo. Sin contar con las pérfidas revelaciones de Valentin: el film había sido rodado en un auténtico club de intercambio de parejas de Lourdes, a menos de dos kilómetros del santuario.

—Podré comprarme una casa nueva —resumió sobriamente Valentin—. Estoy harto de mi cuchitril perdido en las Landas. Tengo ganas de Mediterráneo.

Pero por el momento estaba claro que no había tenido tiempo de ocuparse del tema. El cubil que le servía de segunda residencia seguía estando en lo más profundo del pinar. Al final de un largo camino de arena aparecía una pequeña granja de paredes encaladas, incluidas las vigas, en medio de una vasta pradera salpicada de robles y de todas las construcciones tradicionales: horno de pan, cercado para ovejas, gallinero elevado, pozo con polea...

Conocía el lugar pero solo había puesto el pie en él una vez, en 1999, cuando Valentin le acababa de comprar la granja a Marconi. Me costó un horror encontrarla en aquella época, a pesar de llevar un mapa militar.

—Casi media hora por un camino forestal, seguida de veinte minutos por un camino de arena... No te arriesgas a que vengan a molestarte.

—Y lo mismo por el otro lado hasta la carretera departamental. Y el vecino más cercano está a ocho kilómetros. Podríamos organizar combates de gladiadores y nadie se enteraría.

—He visto pocos *airials* tan hermosos. ¡Y la granja está maravillosamente reformada! —exclamé.

—Eso es cosa de mi nueva chica, hemos decidido *compartir nuestras vidas*. Fue ella la que se encargó de todo. Un día te la presentaré, pero por ahora está ocupada en el estudio, produce el último álbum de Kan.

—¿El grupo alemán?

—Qué va. Kan, no Can: el cantante de rap de Hénin-Beaumont.

—La piscina es inmensa —observé.

—Me gusta nadar sin tener que dar media vuelta cada treinta segundos.

No hice pregunta alguna sobre la razón por la que una casa que había pertenecido a un antiguo asesino —y de la más despreciable especie— había acabado en sus manos. El fallecimiento de aquel compañero de profesión se remontaba a más de diez años y me contenté con constatar con placer que Valentin no había reparado en gastos: la prosperidad de los Fucking Puppets había dado un nuevo salto tras el lanzamiento de «Como me hayas rayado el Mercedes».^[11]

—Estoy forrado.

Debo decir que la canción trataba del importante problema de la gente que estropea los coches de los demás y las ganas que nos dan de eliminarla.

Voy a hacerte llorar lágrimas de sangre,

solo te queda rezar para que se borre.

Como me hayas rayado el Mercedes

me comportaré como un SS de mierda.

Sí.

Confieso que me gustaba Valentin, su estilo y sus canciones.

Eso sí, seguía sin encontrar su puta casa. Avancé por el camino sin ver la estaca de madera, sin pintar siquiera, clavada en la arena y de un ridículo medio metro de altura, que se suponía indicaba la entrada. Si no se conoce el lugar, no hay posibilidad alguna de encontrarlo.

Quise dar media vuelta, pero no me fiaba del arcén. La arena de las Landas posee más que ninguna otra una perversa tendencia al hundimiento. Y ni hablar de arriesgarme a tener que llamar a Valentin pidiendo ayuda.

Recorrí otros tres kilómetros para poder dar media vuelta en el siguiente villorrio. Quizás dispusiese de alumbrado público —nunca se sabe— para poder consultar mi viejo mapa de al menos treinta años.

Me había imaginado un pueblo desierto, pero en cuanto pasé la señal que indicaba la entrada a la comuna de Saint-Léon, tuve la impresión de desembarcar en el teatro de operaciones de una lejana batalla. ¿Había estallado la guerra con el pueblo vecino? Conociendo el pacifismo reinante en las Landas, era poco creíble. En Bearne sí; aquí, no.

Divisé un aparcamiento abarrotado de caravanas, delante de una pequeña iglesia de estilo local. Al verlos desde más cerca, reconocí los vehículos de producción de varios canales de televisión. Había un centenar de curiosos reunidos, sin duda la población de la localidad al completo.

Justo cuando iba a dar media vuelta, pude escuchar por la ventanilla bajada la voz de un famoso presentador —aunque no recuerdo su nombre—, estridente y bastante irritada:

—Pero, joder, ¿es que ni uno de estos paletos conoce a los Fucking Puppets?

Acabé encontrando la famosa estaca. Apagué los faros. El camino de arena blanca iluminaba lo suficiente bajo la luna como para rodar sin luces.

Esa pandilla de gilipollas tardaría todavía un rato en encontrarnos.

*

Me había parecido percibir una lágrima en el rabillo del ojo de Valentin, pero enseguida se había repuesto. No me habría gustado que se pusiera a llorar.

—Me llamaban viejo pervertido inapetente. Eran unas chicas muy inteligentes. Y, joder, qué desvergonzadas. La última vez que las vi con vida, estaban tirándose en su camerino a dos tíos felices como príncipes recién coronados.

Recordé el eslogan en letras amarillas que encabezaba la página de inicio de la web de los Fucking Puppets:

EL SEXO ES IRRACIONAL, FEO Y AGRESIVO.

Valentin siempre tuvo sentido de la comunicación. Su teórica pertenencia al movimiento No Sex es la intoxicación más grotesca que jamás se haya intentado hacer tragar a los fans de la música pop. Se suponía que «No seas lerda, Lourdes», por ejemplo, era una «denuncia del clima de hipocresía en el que se desarrollaba el actual frenesí sexual», o al menos eso es lo que Valentin creyó necesario explicar en la revista femenina *Marie-Chantal*. La lectura del artículo, reproducido en su web, me había procurado tanto placer que había reído hasta llorar.

—Siento no haber aceptado sus insinuaciones. Ahora es demasiado tarde.

Me sirvió un café y me llevó al jardín.

—No he acabado de desenterrar el cuerpo. Tuve que hablar por teléfono con Victoire durante media hora para calmarla. No comprende que le haya pedido que no diga a nadie dónde me encuentro. Me preguntó si había hecho alguna estupidez y...

—¿Y la has hecho?

—¡No irás a empezar tú también!

—La última vez que me ocultaste algo, podía considerarse una auténtica estupidez, ¿verdad?

—¿Me creerías si te dijera que mi integridad ha sido irreprochable desde hace un año?

—Puedes intentarlo.

Me miró directamente a los ojos y me dijo sin pestañear:

—Jon, no comprendo qué está pasando. No estoy implicado en nada turbio, te lo juro.

—Vale, te creo. No tenías por qué jurarlo.

Nos acercamos al cuerpo de Roxane.

—¿Cómo se te ocurrió enterrarla en tu propio jardín?

—Fue una reacción pésima. No me gusta la idea de verme metido hasta el cuello en un asesinato y que la policía venga a husmear en *nuestro* pasado.

—Te voy a decir lo que habría pasado si simplemente hubieses llamado a la policía: no habrían sospechado que hubieras arrojado a esa chica sobre tu propia casa, y como nunca hemos dejado ninguna huella de nuestros actos...

—Es imposible no dejar ninguna huella, Jon. Están los recuerdos, y los recuerdos no se borran, hay gente en el ajo que podría largar más de la cuenta...

—Vale. Pero en nuestras correrías pasadas no hiciste más que conducir, Valentin. Tú nunca has puesto la mano encima de una víctima u objeto de la escena de un crimen. Tu ADN, a diferencia del mío, no está por todas partes. No corres absolutamente ningún riesgo.

—Te olvidas de Burger.

La excepción que confirma la regla. Valentin había asesinado una sola vez y lo había hecho para salvarme la vida. Me había encontrado en la montaña en el momento en que nuestro antiguo compañero Burger se disponía a meterme una bala en la cabeza. En lugar de eso, Valentin había disparado primero.

Le puse la mano en el hombro.

—Me voy a ocupar de limpiar esta mierda.

La tumba destacaba tanto como un panteón antiguo. Tres metros cuadrados de tierra revuelta, que formaban una ligera protuberancia y que se convertirían en un agujero la próxima vez que lloviese.

Enterrar a la chica al final del jardín era un reflejo de cantante pop. Evidentemente, las drogas suaves y el éxito le habían desconectado de la realidad. La había transportado en la carretilla hasta la linde del bosque, hasta el lugar exacto donde la policía buscaría en primer lugar.

Empezamos a excavar.

—Victoire lo sabe. Sabe lo de Burger. Sabe que eres un asesino. Sabe que yo era tu chófer. Sabe hasta el nombre de Marconi.

Tal confesión le había dejado consternado.

Así que de ahí procedía su pánico.

Victoire podría derrumbarse y largarlo todo.

—No vamos a matarla por eso —bromeé—. Pero ¿por qué se lo contaste?

—Porque se lo merecía.

Vale. Incomprensible.

Mi pala tocó el cuerpo. Continué con suavidad para no dañarlo. En poco tiempo, Roxane M'Bow apareció en su totalidad.

Me sequé la frente con la manga.

—¿Por qué no me llamaste desde un principio? Nos habríamos evitado todo este trabajo.

—Es que..., francamente, sin ánimo de ofenderte, cuando temes haberte metido en un mal asunto, la primera idea que te viene a la cabeza no es llamar a un asesino.

Lógico.

—Y entonces, ¿por qué me llamaste después?

—Tras enterrarla, estaba tan cansado que me dormí en el sofá del salón. Cuando me desperté, puse la tele y ya era la hora del telediario. De golpe, me enteré de que a ti te habían lanzado a la hermana. Y pensé: «Jon está también hasta el cuello». El resto ya lo conoces.

—Venga —dije por fin—. Estoy deseando coger en mis brazos esta hermosa brizna de chica.

Esos esclavos son negros de los pies a la cabeza, y tienen la nariz tan aplastada que es casi imposible compadecerlos. No se concibe que Dios, un ser tan sapientísimo, haya puesto un alma en un cuerpo tan negro, y un alma buena es aún más inconcebible en un cuerpo semejante.

MONTESQUIEU, *Del espíritu de las leyes*

A mi edad, es importante ejercitar la memoria. Mi tarea de escritura me estaba ayudando desde hacía casi un año. No tuve que hacer mucho esfuerzo para encontrar en mi mente el episodio relacionado con la residencia de Valentin en las Landas, que había archivado aquel invierno en un archivo titulado «guerra-de-skins.doc» y había guardado en el disco duro de mi ordenador junto con otra treintena de archivos relacionados con mi famosa crónica.

El antiguo propietario de la granja se había visto *implicado* en esa «guerra de skins». Conviene precisar que si las cosas se hubiesen desarrollado de otro modo, ese pobre hombre habría continuado viviendo allí, y ni Valentin ni yo estaríamos en su jardín enfrentándonos a ese feo asunto que supone siempre hacer desaparecer el cadáver de una chica guapa.

«Implicado» es lo menos que podría decirse.

Un chiste bastante mejor que el tío que me lo contó: «¿Qué diferencia hay entre “estar relacionado” y “estar implicado”? En un plato de huevos con jamón, la gallina está “relacionada” y el cerdo “implicado”».

Gracioso, ¿verdad?

En el episodio de la guerra de skins, Jean-Claude —ese era su nombre, pero le llamaban Mort Shuman, porque se pasaba el tiempo cantando «Allô Papa Tango Charly»— se había visto realmente *implicado*.

Y he aquí cómo:

Mort Shuman era uno de los personajes más catastróficos que he conocido nunca, ¡y Dios sabe que en mi profesión uno no hace más que cruzarse con cretinos!

No solo cantaba a Mort Shuman, también tenía el pelo rizado y ligeramente escaso, era adiposo (*is your love*) y tenía un bigote inglés. En cambio, era menos encantador que el auténtico Mort Shuman y su higiene dejaba que desear. El señor se había convertido en un ermitaño desde que su mujer le había dejado y se había llevado a sus cinco hijos con ella. Solo salía de su agujero para matar al prójimo, siempre que con ello obtuviese unos ingresos complementarios que no necesitaba, ya que se beneficiaba de una pensión más que razonable (un retiro de teniente coronel) y se negaba a pagar la menor pensión alimenticia. De ahí que viviese, para escapar de toda búsqueda policial, en un lugar sin dirección ni vecindario en el fondo de un

bosque, ¿me siguen?

En la época en que vivía allí, la granja no era más que una choza miserable medio en ruinas. Ni agua corriente, ni más electricidad que la que producía un grupo electrógeno que contaminaba el aire tanto como una circunvalación de gran ciudad, haciendo un ruido de mil demonios. A eso hay que añadir que las ratas campaban a sus anchas por las habitaciones; Mort Shuman pensaba incluso que robaban la carne mientras se asaba en la chimenea.

—¡No hay nada peor que las ratas! ¡Salvo los ratones! ¡Ja, ja, ja! ¡Y mis hijos! A esos no los quiero volver a ver, nunca más, pandilla de traidores. Se pusieron de parte de la puta de su madre. Como si no tuviesen nada que ver con esto —decía tocándose el bajo vientre.

Tampoco le gustaban ni el movimiento de liberación de la mujer, ni los intelectuales, ni las lesbianas.

—Desde Mayo del 68 no aguanto la primavera. Ni tampoco a los civiles. Me gusta la vida, ¿sabes?, pero el mundo me da asco. Si fuese por mí, lo volaría todo y empezaríamos de cero. Dejaría solo una pareja, como Adán y Eva.

En su estilo, un revolucionario.

Pero vayamos hasta nuestra última colaboración.

Marconi nos había confiado una misión formidable. Debíamos tomar al asalto un búnker en una playa de las Landas, lejos de toda civilización.

Era de noche. A lo lejos, hacia el norte, apenas se distinguían las luces de Biscarrosse.

Aquel vestigio de la Segunda Guerra Mundial encerraba en su interior un grupito de festivos skinheads. Tenían poco de comando y mucho de pandilla de pirados con el cráneo afeitado y símbolos nazis tatuados detrás de la oreja. Nostálgicos del Tercer Reich llegados del norte de Francia, blancos como culos, atiborrados de cerveza de la mañana a la noche. Un batallón de zombis errantes con sus cazadoras bomber y sus Doc Martens en una playa desierta. Todo el mundo sabe en qué ocupan los skins su tiempo libre cuando están en su casa: peleas callejeras/ajustes de cuentas/incendios de edificios de okupas y de albergues... Pero estos habían decidido pasar unas vacaciones por aquí; a menos que lo suyo fuera un regreso a la naturaleza inspirado por los hippies...

Sea como fuere, en el suroeste no nos gustan este tipo de forasteros.

—¿Una asociación ciudadana ha reunido dinero suficiente para echarlos? —bromeé.

—No, un generoso mecenas —bromeó a su vez Marconi.

Resultaba evidente que en realidad se trataba de una maniobra política encubierta: los diputados locales sabían realizar demostraciones de fuerza cuando se acercaban las elecciones legislativas.

—Seguro que ese mecenas es un sucio judío —dijo Mort Shuman completamente

en serio.

Marconi y yo intercambiamos una mirada de complicidad. La estupidez de aquel tipo era tan robusta como un electrodoméstico alemán.

A pesar de todo, el jefe lo había puesto al frente de la operación, pues se suponía que aquel alelado era su especialista en operaciones de comandos. Lo cierto es que yo no tenía confianza alguna en él. La ecuación era la siguiente:

Exmilitar = tipo inmaduro → poco autónomo y completamente inflexible

Seguir a un exmilitar = cavar la propia tumba → ni hablar de seguirle

Me disponía a hacer aproximadamente lo contrario de todo lo que me pidiera.

Los mentecatos forman una gran familia, se reconocen sin necesidad de olisquearse el ano, al contrario que los perros, que al menos han desarrollado un protocolo de identificación. Así que Jean-Claude había decidido colocarnos a Roberto, un guardia civil retirado, reconvertido al negocio de los fuegos artificiales.

—Excelente elección. Don Pim-Pam-Pum los hará salir de su agujero, ya lo estoy viendo —había profetizado Marconi, que me había incluido en la operación sin que yo supiese por qué.

A pesar de todo, nos había advertido:

—Cuidado, esos payasos están armados hasta los dientes.

Había tenido pocos contactos con skinheads en mi vida. No entra dentro de la cultura local. Si te cruzas con algún skin por aquí, es una verdadera mala suerte. No olvides informar al Ayuntamiento más cercano, te librarán de ellos.

Solo los había visto de cerca una vez. Ya hacía algunos años. Me había desplazado a París —siguiendo a una preciosidad a la que debía vigilar y asesinar en la primera ocasión, pero eso es otra historia— y me encontré por casualidad en un vagón de cercanías justo en medio de un grupo que se dirigía a la «fiesta de la bandera».

Mi futura víctima había dado media vuelta precipitadamente al ver dónde se iba a meter, y, sin tiempo para reaccionar, las puertas se cerraron ante mí y me quedé dentro.

Maldije.

—¿No quieres venir con nosotros, tío? ¿Tienes miedo de los buenos franceses? No temas, no nos metemos con los blancos.

Eran una media docena. Se reían de forma repugnante. Los otros pasajeros, que habían quedado atrapados al igual que yo, bajaban la mirada, incómodos, maldiciéndose por encontrarse allí.

—No serás maricón o hippie, ¿verdad? No te sienta muy bien el pelo largo, ¿sabes?

No reaccioné. Esperaba con impaciencia llegar a la siguiente estación, tanto para librarme de esa pandilla de chalados como para intentar coger el siguiente tren y, con un poco de suerte, atrapar a la estupenda nena a la que tenía que dar el pase.

Desgraciadamente, no tengo remedio, odio la estupidez. Solo me gusta la crueldad cuando se ejerce con buen criterio.

Había dos individuos de raza negra en el vagón. Habían subido al mismo tiempo que yo. Un padre joven y su hijo de unos seis años, sentados en medio de aquella panda de cretinos. El hombre intentaba desesperadamente pasar desapercibido. Su hijo estaba muy contento y hablaba de los animales del zoo de Vincennes, con toda la exaltación de un pequeño parisino dirigiéndose a pasar una tarde guay con su papá.

Pensé que no podía hacer nada por ellos.

Vamos, Jon, ¡siempre se puede hacer algo! Bastaba con permanecer lo más cerca posible. Acechando.

El niño tenía grandes ojos y rizos negros. Era guapo y enternecedor, como todos los niños.

El cabrón que hacía las veces de gracioso del grupo dijo:

—¿Así que el monito vuelve al zoo?

Miraba al padre fijamente, con odio. Tenía la misma complexión que el palo de un bombón helado, mientras que el negro era alto y fuerte.

Todos rieron, pero vi que la mitad de ellos se sentían incómodos.

Un tipo más fuerte, con grandes labios brillantes, añadió:

—¿Pequeño Macaco tener grande colita como su papá?

Volvieron a reír.

Hasta entonces no había visto a nadie meterse con un niño delante de mí. Por supuesto, sé que existe ese tipo de gente. Sé todo el daño que hacen a los niños. Pero ver aquello, en directo... ¡Llamar mono a un chiquillo delante de su padre!

En mi fuero interno, rezaba: «¡No digas nada, camarada! ¡Sobre todo no reacciones!».

Si el padre se hubiese rebelado, podría haberse dado por muerto. Al día siguiente, los periódicos habrían titulado: «Crimen racista en la línea A de cercanías».

El chavalín se puso a llorar cuando dejaron precipitadamente el vagón:

—¡Me lo prometiste, papá! Me prometiste que iríamos a ver a los leones.

Vi cómo temblaba el padre en el andén, abrazado a su hijo. Por la ventanilla. Porque, en lo referente a mí, me quedé en el tren, con los patriotas. En cuanto a mi hermosa víctima, ya vería después. Acabaría encontrándola, simplemente me llevaría un día más.

Los fascistas estaban muertos de risa: ¡joder, qué gracia había tenido aquello! Horas después, cinco de ellos estaban simplemente muertos.

Apuñalados entre el gentío. Uno tras otro.

Me llevó el resto de la tarde, pero al final de la jornada estaba satisfecho. Siempre me ha gustado esa capacidad de matar a quien me dé la gana, cuando me dé la gana.

Todo eso para decir que aquella pequeña expedición de castigo en la playa no corría el riesgo de pesarme en la conciencia.

Iba silbando una canción perfecta para la ocasión: «Les fachos font chier»,^[12] de Lefdup & Lefdup. Tenía prisa por pasar a la acción.

El problema es que mis colaboradores no compartían precisamente mi estado de ánimo.

Roberto se había pasado todo el trayecto diciendo que le daba pena tener que «meterse con unos chiquillos».

Mort Shuman, que se interesaba por la dimensión sanitaria de nuestras sociedades, acabó respondiéndole:

—Piensa que están enfermos.

Misterioso, ¿no?

—Es un rebaño enfermo y nuestra obligación es sacrificarlo.

Ah, bueno. Eso estaba más claro.

—Quizás sean un poco *demasiado excesivos*, pero de ahí a decir que son ellos los enfermos, yo diría más bien que es la sociedad la que está enferma...

—Cierra la boca, Roberto, no estamos aquí para parlotear como marujas —atajó Jean-Claude.

Yo estaba *casi* de acuerdo en ese punto. Valentin subió el volumen y «So You Want to Be a Rock 'n' Roll Star» de los Byrds invadió el habitáculo. El sonido era lo bastante fuerte como para ahogar los suspiros exasperados de nuestros reaccionarios.

Transportábamos todo un arsenal de bengalas, bombas chinas y fuegos artificiales.

Así se resumía la estrategia de Mort Shuman:

—Roberto monta su espectáculo. Esperamos a que todos hayan salido para ver de qué se trata y los cazamos como conejos.

Una idea pirotécnica, aunque no fuera brillante.

—Yo, en su lugar, me parece que no me precipitaría al exterior del búnker para ver unos putos fuegos artificiales en plena noche sobre una playa desierta. Me olería algo.

—Eso es porque no piensas como un skinhead —me respondió Mort Shuman.

Aquello tenía sentido.

Al cabo de un largo trayecto por un camino de herradura, Valentin detuvo el coche y nos contempló mientras nos alejábamos por las dunas envueltas en la claridad de la luna.

—Roberto, ¿crees que podré ver desde aquí tus fuegos artificiales?

Mis compañeros de equipo padecían una prodigiosa falta de concentración.

—Seguro que te mola lo bío —soltó Mort.

Roberto estaba colocando una especie de morteros de cartón a nuestro alrededor. Yo me había apostado detrás de una zanja que había formado la última marea y observaba la entrada al búnker con los prismáticos. Estábamos apenas a cincuenta metros del guateque skinhead, pero como ahí dentro había un ruido infernal —música atroz, exclamaciones, carcajadas y eructos diversos—, nuestro jefe de operaciones no consideró necesario bajar la voz.

Se estaba ocupando de desenrollar las mechas bajo la supervisión de Roberto.

—Llévalas hasta allí y después pones esto en el otro lado.

Por mi parte, me había negado a obedecer. Se limitaron a ponerme mala cara. No bastó para impresionarme.

—Pues lo del bío, joder, pues vale, no entiendo en qué puede perjudicar a nadie —dijo Roberto.

—Estaba seguro. A ti también te ha convencido alguna niña para ponerte en plan hippie. No conozco un solo asesino que no coma sano y equilibrado, en plan agricultura biológica, té verde y filetes de tofu.

Interesante punto de vista. Me guardé mucho de intervenir en la conversación.

—¿Te crees que es mejor comer carne atiborrada de vacunas, antibióticos y antidepresivos?

Los antiguos franquistas ya no son lo que eran. ¿De quién nos íbamos a fiar?

—Lo que ignoras, tío, es que lo bío está empezando a matar en Occidente. El cultivo ecológico solo es posible porque está protegido por los demás cultivos, que utilizan tratamientos sanitarios modernos. En cualquier sitio subdesarrollado, donde todo es forzosamente ecológico, la gente muere por culpa de las bacterias, de las epidemias o de hambre. Si lo ecológico se extiende en nuestros países, las bacterias asesinas se extenderán también, y entonces los cultivos serán insuficientes y acabaremos muertos de hambre nosotros también. ¡No es tan difícil de entender!

Yo observaba las sombras que se movían alrededor del búnker. La claridad azulada que emanaba de la construcción debía de proceder de lámparas de acampada.

Roberto hizo una propuesta:

—¿Y si lanzo una bomba a su nido? Los tipos salen completamente sonados. No tendríamos más que abatirlos a medida que saliesen.

Estrategia genial.

—Marconi nos ha avisado de que hay por lo menos veinte —dije—. Por muy estúpidos que sean, me extrañaría que saliesen todos a una cuando hayamos empezado a dispararles. Y aunque lo hicieran, como no llevamos armas de repetición, no habríamos matado ni a cinco antes de que el resto hubiera vuelto a parapetarse dentro, dispuestos a responder.

Marconi se había negado a que llevásemos kaláshnikovs. O mejor aún, una ametralladora con un trípode, que hubiese acabado con el asunto en un abrir y cerrar de ojos. En lugar de eso, ni siquiera llevábamos fusiles, solo armas cortas.

—Nada de artillería pesada —había precisado—, hay demasiados controles de

aduanas móviles ahora que están buscando a esos tipos de la ETA. No tengo ganas de que descubran todo un arsenal de un simple vistazo al maletero con una linterna. Y, de todas formas, no son más que skinheads borrachos, no la Sección de Asalto del Tercer Reich.

En ese momento Roberto había tenido la fantástica idea de los fuegos artificiales.

—Si nos detienen, tengo todas las autorizaciones en regla. Soy artificiero con certificado K4. He tirado más bengalas en estas putas playas que furcias dice haberse tirado Jean-Claude. Estoy autorizado a transportar más de treinta y cinco kilos de material explosivo.

De ahí que eligiéramos ir, por si acaso, un 14 de julio, y no por «razones simbólicas», como tituló la prensa al día siguiente.

Todo aquello parecía muy divertido, pero una vez metidos en harina, yo tenía la sensación de que iba a terminar complicándose.

—Vamos a hacer lo que ha dicho Roberto —decidió nuestro bien amado jefe.

Roberto se frotó las manos. Dos majaras.

Roberto apuntaba bien. La primera bomba explotó en el interior del búnker, como había predicho. Era una jodida bomba ensordecedora, de cien milímetros, según nos había comentado. Pensé por un instante que no habría supervivientes. Después empezaron las bengalas, una cortina entre ellos y nosotros, iluminando la salida en pánico de los primeros fachas. Los tíos titubeaban levantando la mirada hacia las columnas brillantes, la mayoría de ellos tapándose los oídos con las manos. Seguro que esos tipos se quedarían sordos el resto de sus vidas, que de todas formas no durarían mucho más de quince minutos, según mis previsiones.

Empezamos a disparar a través de la cortina de luz.

Los cinco primeros que salieron cayeron sin problemas, pero dos listillos consiguieron huir por los flancos y los otros volvieron inmediatamente a su guarida.

La respuesta no se hizo esperar.

Empezaron a llover tiros. Pero un poco al azar. Enfrente no teníamos a soldados, sino a unos simples pajilleros exaltados.

—Los niñatos se defienden —dijo Roberto.

—Sí —respondió Mort Shuman—. Y no se ve mucho a través de toda esta humareda.

Dispararon los dos varias docenas de balas que rebotaron en el hormigón. Una bala levantó arena entre nosotros. Era el momento de reparar en que a nosotros nos protegía un poco de arena y a ellos un búnker.

Imposible saber cuántos quedaban dentro. Y detrás de la fortificación, yo seguía con inquietud la silueta de los dos tipos que habíamos dejado escapar, escalando las dunas a la luz de los fuegos artificiales que iban extinguiéndose. Esos ya estaban fuera de nuestro alcance.

¿Y si se daban de bruces con Valentin?

Hum.

—No parece que estén muy armados —dijo nuestro carismático líder—. ¿Te quedan cohetes?

Los disparos eran esporádicos, como dicen en los telediarios.

—No, pero te apuesto mi paga a que son perdigones —dijo Roberto.

Le respondió un golpe seco y endeble.

—Sí.

Ocurre a menudo que los individuos estúpidos, por el hecho de que les falta imaginación, son también muy valientes. Terminados los fuegos artificiales se hizo de nuevo la oscuridad, más espesa por culpa del humo, en medio del olor a pólvora y cartón quemados. Jean-Claude y Roberto se levantaron como un solo hombre y corrieron directamente hacia la entrada del búnker.

Yo me quedé detrás de mi montículo de arena, preguntándome si de verdad debía continuar participando en la operación. ¿Estaba a tiempo de anular el contrato?

No.

¿Me sentía capaz de salir de aquella situación?

Sí.

Me lancé a mi vez al asalto. Pero realizando un rodeo por la derecha, para poder entrar en el búnker por un lado. Repté bajo el humo para ocultarme.

Escuché disparos, gritos y a un tipo que aullaba:

—Joder, quiénes sois, host...

A juzgar por el sonido que acababa de emitir, había recibido una bala en la garganta.

Me pegué de espaldas al hormigón, justo al lado de la entrada, recargué mis dos armas, respiré hondo y me lancé de bruces al interior, dispuesto a todo.

Había menos confusión de la que me había esperado. Roberto a cuatro patas, buscando su arma en la arena. Unos tipos tirados en el suelo a la derecha. Mort Shuman tumbado de espaldas.

Nadie apuntaba ningún arma en mi dirección, ni me amenazaba. Faltaban dos tipos por matar.

¡Pum! ¡Pum!

La calma volvió al búnker y Roberto dijo:

—Mort está herido.

Este lo confirmó con un gorgoteo, y lanzó una salva de vómito (probablemente rojo) sobre la última lámpara de acampada que quedaba encendida.

—Ahora Mort está muerto —dije.

Cogí la lámpara y la limpié con la camiseta de un skinhead. La levanté para inspeccionar el lugar y distinguí dos siluetas oscuras, casi invisibles. Un cuerpo tendido e inmóvil y otro acurrucado y ligeramente tembloroso. Quizás la palabra más apropiada era «vibrante».

—¡Piedad! ¡Piedad, señor!

El acento no era el de un skinhead al uso.

Acerqué mi linterna, cual Diógenes el Cínico.

El hombre que había pronunciado aquellas palabras tenía las manos atadas a la espalda y era negro.

—Hay que cargárselo también —dijo Roberto, amartillando su pistola.

—¿Te crees que es un skin negro? —respondí apuntando mi arma hacia su corazón insensible.

—Ya sabes las reglas: nada de testigos —se obstinó.

—Debemos respetar el espíritu del encargo, Roberto. Nos han enviado aquí a matar fachas, no a comportarnos también como fachas.

Bajó su arma. Yo seguía apuntándole.

Apreté el gatillo y la bala le atravesó el corazón, como había previsto.

—Debemos respetar el espíritu del encargo —dije.

Había otro negro. Estaba fatal.

—Le han obligado a beber cerveza en mal estado —me explicó su compañero, apuntando a una botella con el dedo.

Levanté la botella y la olisqueé. Tenía un fuerte olor a lejía.

—Hay que obligarle a vomitar. Quizás estemos a tiempo.

Dos horas más tarde salíamos de dejar a ambos en urgencias. El Mercedes de Valentin apestaba a vómito, sangre y miedo.

—Joder, qué peste —dijo.

—Es el olor del fascismo —respondí.

Tomamos la circunvalación Bayona-Anglet-Biarritz, la famosa BAB, en dirección al océano.

—Ahora ya puedes cambiar de música.

Ya estaba un poco harto de escuchar a Salif Keïta. Era una delicadeza por su parte, pero tampoco era necesario abusar.

Un instante después, «Little Wing» nos sacaba por fin del infierno.

Sacar de la tierra un cadáver caído del cielo es una actividad que predispone a la reflexión metafísica: ¿qué significa pertenecer a la vida?, ¿dónde se detienen las fronteras del mundo?, ¿dónde se sitúa el límite entre el abajo y el arriba, la sima y la cima?

Este ser en otro tiempo vivo que sostenía entre mis brazos no había sido concebido ni para ascender al cielo con su cuerpo, ni para caer a esa velocidad.

El esqueleto de la joven estaba triturado y podía sentirse al cogerlo. Daban ganas de llorar.

—Vuelve a explicarme lo que viste desde el principio —dije.

Valentin aspiró una larga bocanada de aire. El interrogatorio había comenzado. Yo necesitaba recoger cada una de las piezas y unir las de todas las maneras posibles, hasta encontrar —o no— los dos o tres elementos que nos pusiesen sobre una pista.

—Hacia las cinco de la mañana me desperté bruscamente. Un helicóptero daba vueltas por encima del *airial*. Estas cosas no ocurren nunca. Primero pensé que eran paparazis que me habían encontrado. Sin embargo, la casa está registrada con el apellido de soltera de mi madre y nadie sabe que me pertenece. Me levanté, fui a buscar mi escopeta de caza y disparé en su dirección.

—Suerte que no derribaste el helicóptero.

¡Imagínense el panorama!

—Es una escopeta de perdigones, no tiene más de quince metros de alcance, no les habría hecho mucho daño, pero vista desde arriba podía dar el pego.

Recuperé el aliento antes de continuar:

—Es una suerte que mis guardeses ceilandeses se hayan vuelto a su país precisamente hace un mes; son gente muy fiel y muy discreta, no sé si algún día volveré a encontrar guardeses como ellos, pero esto los hubiera dejado helados, sin duda.

Guardeses ceilandeses... ¡Carajo!

La capacidad de aburguesamiento de las estrellas del pop no deja de impresionarme. Es como si siempre hubiesen nadado en dinero. Desde el principio del movimiento, todos esos jóvenes roqueros hijos de la clase obrera se han ido convirtiendo, de la noche a la mañana, con el éxito, en auténticos aristócratas.

—¿Victoire no estaba contigo?

—En este momento está viviendo con una amiga. Lo nuestro se ha enfriado un poco.

—¿Por fin ha decidido ser razonable? ¿Te ha largado?

Hacía tiempo que nos respondíamos mutuamente a los sarcasmos. Seguí concentrado en su relato:

—Salí corriendo al jardín y vi el helicóptero inmóvil justo encima de la casa. Hacía un ruido infernal. El aparato tenía todas las luces apagadas, excepto un foco

que apuntaba al pararrayos. Antes incluso de que arrojaran a Roxane, ese helicóptero era en sí una alucinación. Tuve tiempo de pensar: «Joder, esos tíos deben de estar grabándome». Y yo dando el espectáculo: en calzoncillos, con una escopeta de perdigones en la mano, ¡la viva imagen del glamour! ¡Ese look ya lo tiene cogido Elmer Food Beat! Retrocedí hacia la casa para ocultarme bajo el toldo y disparé. En ese momento la silueta de Roxane apareció recortada contra la luz del foco, de pie. Bajé mi arma, el helicóptero ascendió bruscamente y, un instante después, vi cómo se precipitaba agitando los brazos y se golpeaba contra el pozo haciendo un ruido atroz.

Le costaba respirar.

—Continúa —dije.

—El helicóptero desapareció sin que pudiese ver ni su aspecto. Sería incapaz de decir de qué color era. No sabía si esa mujer estaba viva o muerta. Ignoro cuánto tiempo me quedé allí, sin valor para acercarme. Y cuando lo hice, me di cuenta de que era...

Su voz se quebró en mil pedazos. No estaba seguro de soportar verle hundirse. Busqué unas palabras de consuelo y solo acerté a decir:

—Si esos cabrones hubiesen conseguido ensartar a Roxane en el pararrayos, todavía estaría allí, habría quedado divina.

—Debieron de ver la escopeta y tuvieron miedo de descender.

—En ese caso, más bien es que no estuvieron lo bastante cerca para verlo.

Cazar helicópteros con una escopeta de perdigones, aunque sea una Sagittaire de primera, es como intentar suicidarse con una pistola de agua.

*

No era agradable contemplar el cadáver, con los ojos y el pelo llenos de arena.

—No podemos trasladarla en el maletero —dije—, la zona está infestada de periodistas y curiosos. Me pregunto cómo habrán llegado hasta aquí.

—¡Los fans siempre te encuentran! Basta con que uno de ellos me haya reconocido al pasar en coche o paseando por el bosque, haya presumido de ello en su blog y se acabó...

—También vendrá a interrogarte la poli. Eres el líder del grupo en el que tocaban las hermanas y su fama te la deben a ti. El hecho de que pertenecieran a los Fucking Puppets puede haber originado el crimen. Aparte de las repugnantes canciones que les hacías interpretar, ¿ves alguna otra razón por la que pudiesen tener enemigos? Quiero decir enemigos de verdad, capaces de invitarlas a dar una vuelta en helicóptero y lanzarlas al vacío en plena noche.

Valentin nunca responde a las preguntas directas. He llegado a la conclusión de que no es algo reciente y que seguramente le dio problemas en el colegio.

—¿Cuánto tiempo crees que tardará la poli en localizarme? —dijo.

—Me imagino que seguirán a los periodistas más que ir por delante de ellos. Si

piensan que también has sido secuestrado, no se les ocurrirá buscarte en tu domicilio, sino en alguna parte mirando al cielo. Eso nos puede dejar cierto margen. En cambio, los periodistas son más intuitivos, y para los medios de comunicación tú eres el tío más susceptible de hacer subir la audiencia esta bonita noche. Si no apareces antes del telediario vespertino, serás el responsable de varias crisis de nervios en las redacciones. Ya están sobre tu pista, me los he cruzado en Saint-Léon cuando venía.

—En ese caso, la jodimos. No tardarán en encontrarme. Los de por aquí saben que un chiflado compró «la casa del ermitaño»... Los paparazis les tirarán de la lengua.

Aquello era un fastidio, pero la realidad es a menudo así.

En estas reflexiones estaba mientras dejaba a Roxane sobre la mesa de la terraza, a resguardo bajo el toldo.

—Me muero de sed.

—Perdona, tío, qué mal anfitrión soy.

Lo seguí hasta el interior de la casa y no pude evitar un silbido de admiración.

—¡Joder! Bonita choza.

Desapareció detrás de una cocina americana, puso dos vasos sobre la barra, abrió la puerta del frigo, cogió dos botellas de cerveza y llenó los vasos.

Mientras lo hacía, me dio tiempo a echarle un buen vistazo al enorme salón.

—¿Fuiste tú el que hizo poner este suelo?

—Sí, antes vivía aquí Mort Shuman... Ya sabes, el tío que en realidad se llamaba Jean-Claude, pero al que llamaban Mort Shuman porque estaba todo el rato cantando sus estúpidas canciones. El que murió en el tiroteo del 14 de julio de 1989...

—Lo recuerdo muy bien.

¿Cómo olvidar un bicentenario tan hermoso?

—Marconi le prestaba la casa. Y este a su vez se la había comprado a dos viejos de las Landas, gente muy pobre que solo hablaba gascón. Mort Shuman no hizo ni una sola reforma en todo el tiempo que vivió aquí. Cuando se la compré a Marconi, la casa no tenía ni electricidad ni agua corriente, exceptuando un grupo electrógeno asqueroso que...

—Sí, sí, me sé la historia... ¿Y qué había antes en el suelo?

Valentin me miró perplejo, pero por una vez respondió a mi pregunta:

—Tierra batida. ¡Sí, sí! ¡Putas tierra batida! ¿Te das cuenta?

Me daba cuenta.

*

Las minúsculas estrellas ocupaban el firmamento como caspa sobre el pelo; el cielo ya no parecía capaz de evocar el infinito.

El cadáver no se había movido.

Ahí, sobre la mesa.

Desnudo.

Impresionante.

Valentin estaba tan pálido como un aprendiz de cirujano en su primera disección. No le dejé tiempo para que flaqueara:

—Vas a ir a Saint-Léon y vas a responder a todas las entrevistas que te pidan. No olvides que Roxane no está muerta. Oficialmente esta mujer solo está desaparecida. Vas a hablar largo y tendido sobre la muerte de Alison. Creo que no necesitarás esforzarte para demostrarles que estás conmocionado. No tienes más que dejarte llevar. En cambio, debes decir que estabas descansando en tu segunda residencia, que te acabas de enterar hace un momento, zapeando en la tele.

Apuré la cerveza. Él no había tocado la suya.

—Los citas aquí para mañana por la mañana —añadí.

Sacudió la cabeza negando:

—No conoces a los paparazis... No esperarán tranquilamente a la hora de la cita, me seguirán. En cuanto haya vuelto, tomarán el *airial* y sitiarán la casa.

—Entonces te quedas allí, dándoles palique, ganando tiempo. Los retienes al menos tres horas. Es lo que necesito para librarme de ella. Y si la policía anda cerca, tomas la delantera, pides hablar con ellos. Les cuentas todo lo que sabes sobre tus músicos, la vida de una estrella del rock, la carrera del grupo, cómo te llega la inspiración... Lo que te dé la gana con tal de que los disuada de hacerte preguntas.

Hizo una señal con la cabeza en dirección a Roxane.

—¿Qué vas a hacer con ella?

—Volverla a enterrar aquí, ya que no podemos llevárnosla.

Tenía el mismo aspecto que un ciclista al que acaban de decirle que hay un zombi sentado en la cesta de su bici: tan incrédulo como cagado de miedo.

Me apresuré a añadir:

—Mientras tanto, ayúdame a meterla dentro de la casa.

—¿Vas a *esconderla* en la casa?

¿Acaso imaginaba que iba a acostarla en una cama con el edredón tapándole la cabeza, o a meterla en el congelador, cortada en pedazos..., o ese tipo de cosas?

Me puse a cuatro patas en medio del salón, lo que no hizo más que confirmar su impresión de que Jon Ayaramandi estaba sufriendo un accidente cerebrovascular.

Francamente, no habría habido un peor momento.

—Me tomas por un viejo chocho, ¿verdad? ¿Quién ha dicho que la vamos a esconder?

Lo que pensaba era *enterrarla*, en el sentido literal de la palabra. Las granjas tradicionales landesas están todas construidas de la misma manera: no tienen sótano ni cimientos...

—Fue una idea estupenda colocar este parqué —dije levantando una tabla con el puñal que llevaba.

Introduje mi antebrazo bajo la tabla y conseguí tocar la tierra batida. Había un

hueco entre el parqué y el suelo de tierra.

—Victoire se negó a que pusiesen suelo de hormigón en una granja tradicional landesa. Era una cuestión de principios: ella piensa que tarde o temprano la casa acabará derrumbándose y la naturaleza terminará por invadirlo todo.

¡Viva la ecología lunática!

Fingí murmurar una plegaria:

—Victoire, eres un hada, te bendecimos. Ahora tú te vas a Saint-Léon y yo me pongo manos a la obra. Y no vuelvas antes de que haya terminado el trabajo.

Al fin tuvo la revelación, lo constaté por la cara de asombro que puso cuando me miró.

—¿Vas a enterrar a Roxane en el salón, debajo del parqué?

—Es el único sitio donde a nadie se le ocurrirá mirar.

Se rascó la cabeza y acabó sonriendo.

—Eres un genio, Jon Ayaramandi. Pero creo que voy a tener que vender esta casa.

—No te preocupes, te la voy a meter bien dentro.

Por fin conseguí arrancarle una débil risotada:

—Es la primera vez que me dicen eso para tranquilizarme.

*

Ya amanecía cuando dimos el trabajo por terminado.

Valentin había vuelto sobre las tres de la mañana y me había ayudado a acabar.

—No ha venido la policía. He intentado seguir hablando el mayor tiempo posible, hasta que los periodistas se han quedado contentos y han dejado de preguntar. Cuando ya era evidente que no había nada más que decir, he tenido que regresar.

La policía no se había molestado en desplazarse.

—Así que tú tampoco tendrás apoyo psicológico —divagué.

Estaba agotado.

—¿Cómo?

—No, nada.

—Pero hay algo malo, Jon. Me han seguido algunos paparazis. Dos caravanas y una moto. Me puse hecho una fiera y conseguí que se quedasen en la entrada del *airial*. Pero los más audaces no tardarán en darse un paseo alrededor de la casa y hacer fotos por las ventanas.

No había un minuto que perder. Cerramos las persianas y dije:

—Es el momento de sacar tu Sagittaire.

Dio la vuelta a la casa, armado con su prestigiosa escopeta; un arma magnífica, mítica, con la que sentirse perfectamente seguro frente a cualquier perdiz.

Le oí gritar, y luego disparar al aire varias veces.

Genio y figura.

Volvió contento y orgulloso.

—Creo que han comprendido el mensaje.

Terminamos el trabajo con dos lamparitas de noche, para evitar que se viese la luz a través de los intersticios de las persianas y no despertar sospechas. No quedaba más que volver a clavar las tablas de parqué que había desmontado, y dejarlo todo limpio.

Había lavado la carretilla y las herramientas antes de la llegada de los periodistas, pero no había tenido tiempo de nivelar el sitio en el que Valentin había excavado la primera sepultura. Aquel era el punto flaco de nuestro dispositivo, pero tampoco era algo demasiado inquietante. Si un día a la policía se le ocurría excavar allí, no encontraría nada. A menos que...

—¿No habrás tirado alguna pulsera en el agujero?

—Iba tan desnuda como el día que vino al mundo. No era de las que llevan joyas. ¿No has visto en YouTube el vídeo que hicieron con su primer grupo, Las Calenturientas? Se llamaba «¿Tengo cara de llevar collar?», ¿no te acuerdas? Musicalmente tenía algo de Cat Stevens versionado por los Ramones, pero en cuanto a la letra, estaba más cerca de Arlette Laguiller.

—Hum. En ese caso, creo que hemos terminado.

El punto flaco de Valentin: la charlatanería intempestiva.

Y aquello tampoco tuvo que ponerle las cosas fáciles en el colegio.

*

El olor a cuero viejo del viejo Volvo. Deslizándose sobre una alfombra de arena, en dirección al sol naciente. Seguía de cerca a Valentin, al volante de su última adquisición: un suntuoso Lexus cuyo color recordaba el de un flan de caramelo. Yo no podía esperar para pisarle a fondo.

No había puesto pega alguna cuando le pedí que se llevase ropa para varios días. No quería quedarse solo en aquella casa aislada y localizada por los asesinos, vigilado solamente por una nube de paparazis.

A mi llegada, seis horas antes, había tenido la excelente idea de hacerme aparcar bajo el tejado de un cobertizo detrás de la casa. Tuvimos un segundo de pánico en el momento de girar la llave de contacto. Pero no, los periodistas debían de haber abandonado el lugar, o quizás se habían dormido en sus caravanas. Nadie se lanzó a perseguirnos.

El camino que atravesaba el *airial* y pasaba por delante del pueblo desembocaba en una carretera departamental que tomamos en dirección a la A9.

—Ya no queda más que esperar a las consecuencias —dije en voz alta.

Ahora que me encontraba de nuevo al volante, con tiempo para pensar, parecía que el pesimismo se había sentado en el asiento del copiloto.

Fruncí el ceño en el retrovisor, pensé que debía de tener un aire a Harry el Sucio.

Cada uno se distrae como puede.

Antes de salir, Valentin me había dicho:

—No sé por qué la han tomado con ellas. Puede haber un montón de razones. Empezando por un crimen racista. En este país hay bastantes fachas que se sienten guais y liberados desde que los partidos de extrema derecha se han vuelto a acercar al poder.

No muy optimista Valentin, pero tampoco desencaminado. El tiempo dirá.

—¿Y si esa gente la toma simplemente con famosos? —respondí—. Después de todo, no sería la primera vez. Seguimos sin una explicación racional para el asesinato de John Lennon. Aparte de lo malas que eran sus últimas canciones...

—En ese caso, deberían cargarse también a Brian Ferry por su versión de «Jealous Guy».

Pero ese móvil no nos aportaba gran cosa. Una pista demasiado vasta como para poder explotarla.

Así que me agarré a la idea inicial. Por regla general, no puedo evitar seguir mi primera intuición. El mecanismo de mis pensamientos se parece al del escalador que atrapa una rama para no caer por el precipicio: te agarras a la rama, por muy endeble que sea, y no te preguntas qué coño hace allí ni por qué no pega en absoluto con la escena, porque en realidad estás a dos dedos de dar el gran salto y partirte hasta el último hueso, la proximidad de la muerte despierta en ti un absoluto acojone en el que flota una mota de impulso vital, ¿quién querría soltar lo poco que lo mantiene en ese momento?

—La celebridad de las hermanas M'Bow, el escándalo que habéis provocado con vuestros vídeos y vuestros conciertos... —proseguí— pueden haber exaltado a tipos que quieren que se hable de ellos asesinando a unas roqueras negras.

La combinación de las dos razones me parecía mucho más sólida.

—Déjalo. Tiraron los cuerpos en tu calle y en mi jardín, Jon. El móvil del crimen somos nosotros.

La investigación criminal es ante todo el arte de la recapitulación:

—Fascistas, católicos, gente a la que no le gustan las roqueras negras que tocan con las tetas al aire, y que además son enemigos personales de un asesino retirado y de su antiguo chófer, eso es lo que estamos buscando.

Valentin sacudió la cabeza de forma apenas perceptible. Se trataba de un pequeño sí. Añadí:

—¡Y que además son capaces de conseguir un helicóptero! Todo está más claro, ¿no?

Entonces su respuesta me dejó de una pieza:

—A primera vista, no debería ser tan difícil de encontrar.

*

Ahora ya rodábamos sobre la departamental. Los pinos desfilaban a gran velocidad, su poder hipnótico contra el cielo aterciopelado empezaba a pesar con

fuerza sobre mis párpados. Seguir al Lexus me guiaba... hacia el sueño. Y mis pensamientos tomaron forma de una:

Mujer sin cabeza cayendo de un árbol a mi derecha.

Adormilamiento.

Dos ruedas en la hierba del arcén.

Volantazo.

¡Joder!

Conozco bien ese estado. La somnolencia del viejo alcohólico entre dos curdas es como una ola, puedes surfearla o dejarte llevar.

La investigación se quedaba allí por el momento, ya era bastante conducir sin dormirse.

Deslicé *Applause* de Balthazar en la ranura del lector de cedés. «Morning» es uno de esos maravillosos temas que siguen ofreciéndote, cincuenta años después del nacimiento del pop, la impresión de una primera vez. Oasis y los hermanos Gallagher podían irse al carajo.

Bélgica ha estado siempre preñada de poesía. Los chistes sobre belgas no lo pueden evitar. Esos jóvenes flamencos tenían mi juventud en sus manos. Y el volante.

Con la velocidad, la gran cantidad de aire que entraba por las ventanillas bajadas alborotaba el interior del habitáculo. Mi pelo volaba en todos los sentidos. Tuve que subir el volumen para no perderme nada de la extraordinaria «I'll Stay Here».

El coche transformado en altavoz despertaba a los ciervos y a los pájaros.

—Yuhuuu.

Grité.

—Yuhuuu.

Necesitaba desahogarme.

Valentin disminuyó la velocidad, puso el intermitente y se detuvo al borde de la calzada. Estábamos en una recta tan larga que alcanzaba hasta donde se perdía la vista, dibujada a través de la masa infinita de árboles. Nadie más que nosotros.

—¿Hay algún problema? —preguntó.

Lo miré y me atravesó un pensamiento terrible:

¿Por qué no él?

Podría tener ante mí a su próxima víctima.

—¿Hay algún problema, Jon? —repitió.

Me reí:

—Me has oído gritar, ¿verdad? Y tienes miedo de un viejo que grita. ¿Conoces *El molinero aullador*? Es una novela de Arto Paasilinna, la historia de un molinero del que todo el pueblo quiere desembarazarse porque no puede evitar gritar por la noche. ¿Ves por aquí algún pueblo? Entonces ¿por qué iba a privarme?

*

Fue un milagro que consiguiéramos llegar a nuestro destino.

Pero no estábamos psicológicamente preparados para lo que venía a continuación:

El jardín fresco y húmedo.

El olor a café mientras se hace.

Confitura de albaricoque sobre pan tostado.

El calor ascendiendo suavemente.

Los insectos que esperaban pacientemente a que las flores se abriesen.

Y, para nosotros, la seguridad de ir a meternos en la cama en cuanto nos quitáramos la gazuza de encima.

Todo perfecto.

—¿No te parece?

—Sí, pero eso solo demuestra que somos un par de desequilibrados.

No le faltaba razón. No pudo evitar añadir:

—¿Cómo es posible sentirse tan bien cuando acabamos de pasar del lugar en el que Roxane M'Bow fue arrojada desde un helicóptero a otro lugar en el que el mismo helicóptero lanzó a su hermana gemela?

Me limité a levantarme y a ir a buscar el café. Con mi cojera, aquello me llevó casi un minuto: exactamente el tiempo que Valentin necesitó para echarse en una tumbona y caer en un profundo sueño.

Me senté a su lado y me puse a reflexionar. En voz muy baja. Un susurro que él podría oír, pero no lo suficientemente alto como para despertarle.

En cuanto a mí, se me habían pasado las ganas de dormir, por el momento.

—Si los que han hecho esto querían golpearnos a nosotros, el que hayan utilizado a esas pobres hermanas en vez de a personas que nos importan aún más, como Perle y Victoire... —¡no me atrevía a pensar en Luna!—, demuestra que no nos conocen tan bien... Pero, en ese caso, ¿cómo han conseguido saber dónde vivimos?... O, por el contrario, lo saben todo sobre nosotros pero prefirieron atacar a tus intérpretes, por alguna razón que ignoramos...

Hice una pausa. No era fácil pensar en mi estado, pero hice un esfuerzo:

—Son negras. Son escandalosas. Son miembros de los Fucking Puppets. De acuerdo, pero ¿qué más? ¿Un asunto de sexo? Si no me equivoco, esas chicas eran unas golfas rematadas... ¿Un tema de amoríos? No me cuesta nada pensar que se pueda morir por mujeres de ese calibre, pero ¿matar? Y además, en un crimen pasional solo se mata a una mujer a la vez, ¿no? A menos que hayan compartido el mismo hombre... o varios. Original, pero tú te habrías enterado, ¿verdad?

En cuanto hube empezado a hablar, Valentin se quedó completamente impasible, pero ahora emitió un *plop* húmedo e inició un ligero ronquido.

Si tenía la esperanza de dirigirme a su subconsciente, era el momento de rendirse ante la evidencia de que no iba a funcionar. Sin embargo, proseguí mi cháchara.

—Si el problema solo tiene que ver con ellas, en ese caso ¿por qué intentar implicarnos? Vale —continué—. Otra pista: nosotros dos. Tú y yo, nuestro pasado en

común, todos esos tipos que he matado, transportado por ti hasta el lugar del crimen. ¿El entorno de alguna víctima? ¿Alguien que quisiera vengarse? Hum. Al fin y al cabo, es posible. Pero eso supondría que me han pillado, que alguien ha conseguido encontrarnos...

Emitió otro *plop* y sobre sus labios se formó una burbuja de saliva.

—Sí, es cierto. Bastaría con que uno solo de mis crímenes no hubiese sido perfecto...

Ahora roncaba de forma manifiesta. Todas mis preguntas quedaban sin respuesta. También yo empezaba a sentir cansancio. ¿Echarme allí, sobre la tumbona, al lado de la de mi amigo, o ir escaleras arriba a dormir cómodamente en mi cama? Bastaba con tener la suficiente energía para subir al dormitorio con mi único pie sano...

—¿Y si no fuesen a por Jon el asesino?

Esta vez, la pregunta procedía de Valentin. Se había despertado de golpe al pronunciar esa frase, en completa contradicción con mis conclusiones, aparentemente sin darse cuenta de que se había dormido. Prosiguió su razonamiento:

—Es cierto que tiraron a Alison en tu calle después de haber hecho lo mismo con Roxane en mi jardín, y eso no puede ser casual. Pero quizás no fueran a por *Jon el asesino*. Quizás fuesen a por *Jon el amigo de los Puppets*.

La pista de unos asesinos hostiles al rock 'n' roll y a la depravación... Si quería perder el tiempo, sería sin mí. Me levanté bostezando.

—Subo a acostarme en la cama, deberías hacer lo mismo.

—Fueron a por ti igual que a por mí y...

Lo interrumpí:

—¿Quién iba a tomarme por el amigo de los Puppets?

—Se te cita en el último álbum.

—Ah, sí, la famosa mención: «Disparos: Jon A.». Bonita idea tuviste.

—No quería ser desagradecido: supiste dar tres disparos de rara musicalidad en «No disparéis al organista».

Un viejo sueño de Valentin: transformar los estudios de Abeille Rôde en galería de tiro. Yo había acabado cumpliendo su deseo: ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! El tema evocaba el desengaño de un tipo desesperado por su soledad, y por una vez tenía una letra emotiva, era una hermosa y sencilla canción sobre un hombre perdido en la vida que se refugia en el órgano. Lástima que el tema concluyera brutalmente con tres disparos...

—Habrías hecho mejor si simplemente hubieses pillado un sampler en Internet, como te sugerí —dije—. Pero, sea como fuere, tu razonamiento no se sostiene: ¿quién podría relacionar a ese misterioso Jon A. con un abuelete de Largos?

—Un fan de los Fucking Puppets. Créeme, es inexplicable, pero esa gente es capaz de enterarse de todo sobre su ídolo.

Admitámoslo.

—En ese caso, ¿para qué vas a asesinar a los miembros de un grupo del que eres

fan?

—Esa gente está loca, Jon.

Habíamos llegado a la puerta de la habitación de invitados. Valentin hizo una última tentativa:

—Podría ser un grupo de fachas que no ha soportado que contratase intérpretes negras.

—Y que también odian a los viejos, ¿eh?

—Tengo bastantes fans racistas, como sabes.

El problema, cuando a uno le da igual adónde apunta, es que atrae a todo tipo de gente.

El lazo entre Jon Ayaramandi y las roqueras caídas del cielo no estaba tan claro.

El dedo gordo es la parte más humana del cuerpo humano.

GEORGES BATAILLE, *El dedo gordo*

Mi dedo gordo me obligó a despertarme. Mi dedo gordísimo.

¿O quizás fuese una pesadilla?

Me pareció haber soñado que...

¡Coño! Lo recordé de golpe: estaba en la playa de Largos, caía gente del cielo, en pleno día. Yo corría, obligado a mirar hacia arriba y a apartarme para evitar los cadáveres que llovían sobre mí. Entonces cayó Perle. Seguida de cerca por Jean-Luc Taureau. Había rebotado indolente delante de mí y después...

¡No, joder!

Luna.

Odiaba haber soñado eso.

Odiaba a mi subconsciente.

Odiaba a mi cerebro por contener aquella mierda.

Jon Ayaramandi en plena crisis psiquiátrica...

Más valía concentrarse en ese dedo —tenía el pie derecho entre mis manos—, ese desgraciado apéndice que había doblado su volumen. Estaba rosa e hinchado, feo de narices.

Mientras no lo tocara no me dolía, pero me molestaba el hormigueo.

¿Y si lo cortara, allí mismo, con una navaja?

Esperé a despertarme del todo.

No había erección matinal... Hay una edad para todo. De todas formas, ¿qué hora era? Las dos de la tarde y siete minutos.

Pasados los sesenta, hay formas extrañas de plantar el pie en el suelo al levantarse. Yo apoyé delicadamente el mío sobre la moqueta.

Seguía sentado en mi cama cuando retumbó el grito de Valentin. Un aullido capaz de helarte la sangre.

Di un salto y me arrepentí de inmediato.

—¡Jodeerr!

Bajé la escalera a trompicones, deslizándome por la barandilla, y entré precipitadamente en la habitación de Valentin. Llevaba mi .38 en la mano. No necesito precisar que lo había cogido al vuelo. Deformación profesional.

Apunté mi arma justo delante de mí, como en las películas. O casi. Valentin estaba sentado en la cama, los ojos como platos.

—He tenido una pesadilla jodidísima, Jon: había gente cayendo del cielo alrededor de mi casa. Y Victoire estaba entre ellos, era horrible.

Bajé mi pistola mientras él añadía:

—Entonces me despierto y apareces tú con tu cara de psicópata, apuntándome con una pistola... Para perder la chaveta.

*

Solo teníamos clara una cosa:

—Hay que poner a todo el mundo a salvo.

No creo en los sueños premonitorios, pero... nunca se sabe.

Valentin salió en cueros de la cama y me pidió una toalla para ducharse.

—En el armario debajo del lavabo del cuarto de baño —dije.

Llegado allí, pidió más detalles:

—¿La de flores grandes o la de los patos?

—Ni una ni otra, esas son de Luna. Coge una de las negras.

—Nunca había visto toallas negras. ¿Compraste un lote a una empresa de pompas fúnebres?

No iba nada desencaminado: Mylène las había heredado de un tío enterrador, un tipo medio majara que poseía una gigantesca colección de películas de muertos vivientes. Me había dado la mitad del lote diciendo: «Así, cada vez que se duche, pensará en mí». Fue poco antes de que empezara a tutearme.

En los minutos que siguieron conseguí enfadarme con las personas que más apreciaba en el mundo:

—¿Hola? ¿Perle?

—Hola, abuelo.

—¿No te he despertado?

—¡Son las dos de la tarde, abuelo! Deberías llevar una vida más ordenada.

—Vale. Hum. Cómo decirlo... Estás en peligro. Un poco como Al la última vez, ¿sabes?

—No, no sé.

—Los malos han vuelto.

Pude adivinar el terror en su siguiente pregunta:

—¿Van a meterse otra vez con él?

—Esto..., no. No creo. Esto tiene que ver más bien con Luna y contigo...

¡Joder, qué torpe eres!

—¿Estás... estás de broma?

Intenté concentrarme. Tenía que dejar de ponerla de los nervios inmediatamente. Si no, me metería en un callejón sin salida. Y si llegaba a pensar que Luna estaba amenazada, llamaría directamente a la poli.

—Sí. Es una broma —respondí, divertido—. Buenas noches, Perle.

Gritó tan fuerte que pensé que el teléfono iba a estallar.

—¡Estás completamente borracho, tío! ¡Te estás pasando! Son las dos de la tarde, me gastas una broma pesada y me deseas buenas noches. Me voy a informar para

saber a partir de qué momento se le puede aplicar la eutanasia a un viejo enfermo.

—No estoy muy seguro de que hayas comprendido bien el concepto de eutanasia, cariño...

Me colgó en las narices.

Valentin salió de la ducha. Seguía en cueros. Tenía algo más de barriga, michelines, y me pareció que sus glúteos no eran muy firmes. ¿Estaban sus fans al corriente?

—¿Hola? ¿Jean-Luc?

El contestador.

—Llámame en cuanto puedas.

Esperé un momento con el teléfono en la mano. Después me duché también y... el teléfono sonó justo cuando acababa de enjabonarme.

Jean-Luc dejó un mensaje: «¿Qué pasa? Llámame, estaré pendiente».

Su tono contenía una dosis de inquietud tan generosa como los whiskies del Cap'tain. Otra prueba de que ese tipo tiene intuición.

Por desgracia, cuando salí de la ducha su teléfono seguía ocupado: la clásica situación de los dos idiotas que se llaman al mismo tiempo.

Colgué sin dejar más mensajes y decidí esperar antes de volver a intentarlo.

Valentin pasó por delante de mí, con su móvil en la oreja. Seguía en cueros:

—Hola, Rigor, soy Valentin, llámame cuando puedas, tengo que hablar contigo.

Colgó.

—He hablado con Victoire, pero estaba ocupada, me tiene que volver a llamar.

Nada me disgusta más que los ataques de autoridad del teléfono: ¡ese aparatejo nos maneja a su antojo!

Me preguntaba si merecía la pena tanto esfuerzo... *No reaccionar* suele ser la reacción correcta. Esperar a la próxima víctima, y a la siguiente, hasta tener a esos cabrones enfrente...

Pero una voz cargada con mi recio aliento exclamó:

—Si les pasa cualquier cosa a Perle o a Luna, no te lo perdonarás nunca.

Había llegado la hora de lavarse los dientes.

—Oye, ¿qué es eso de pasear con la polla al aire delante de mi cara?

—No sé, me gusta.

Entonces sonó de nuevo el teléfono.

—¿Jean-Luc?

—No, soy Luna.

Tampoco parecía de muy buen humor.

—No me gusta cuando haces llorar a mamá.

Deduje que Perle no se había quedado satisfecha con mi pseudobroma. Quizás se la hubiera tragado unos segundos, pero no más.

—¿Llora mucho?

—Como una babosa.

—Las babosas no suelen llorar, Luna, más bien babean...

Señal de llamada en espera. Joder, no veía un modo decente de interrumpir la conversación.

—Pues precisamente, también babea, de lo mucho que llora.

Joder.

—Dile que no se preocupe, yo me encargo de todo.

—¡Últimamente fastidias mucho, abuelito! ¡Pero mucho!

Y me colgó en las narices.

Tenía un mensaje de Jean-Luc: «Vaya, qué mala suerte. Ya hablamos».

¡JODER!

Por su parte, Valentin se había puesto un calzoncillo y había conseguido hablar con Victoire: ¡victoria!

—He logrado convencerla para que se vaya de vacaciones. Tiene un avión a las siete.

—¿Bromeas? ¿Cómo lo has hecho?

—Le he dicho que le regalaba una semana de vacaciones donde quisiera y con quien quisiera, y ¿sabes qué me ha respondido?

Contuve el aliento.

—¡Que si yo estaba disponible! ¿No es una maravilla? Bastaría con que se lo pidiese amablemente y volvería al redil a acurrucarse contra su estúpido cantante de rock. A esa chica le cuesta enfadarse más de quince días.

—Y le has dicho que sí, espero.

—¿Estás de coña? Si crees que te voy a dejar solo con este marrón... De todas formas, le he dicho que no podía y tampoco le he ocultado que corría peligro. Le he sugerido un balneario en Córcega, un viaje que teníamos previsto hacer en cuanto pudiésemos.

—Y al final ¿con quién va?

Bajó la cabeza. Me vino a la mente la palabra «lamentable».

—Con un gilipollas que le presentó su mejor amiga con la esperanza de reemplazarme. Me ha precisado que le encontraba atractivo..., pero solo para fastidiarme, ¿verdad?

Hum. Me contenté con dedicarle media sonrisa.

—Sé lo que estás pensando, Jon, pero prefiero eso a encontrármela empalada en el pararrayos de casa.

—Doblo la apuesta.

—¿Cómo?

—Te vas con ella y te pago dos semanas.

Se encogió de hombros y me dio la espalda.

—Vístete, Jon, esa toalla negra te da un aire lúgubre.

En su lugar tampoco habría aceptado.

Pero no estoy seguro de que hubiera tenido su generosidad.

Un auténtico gesto romántico, si quieren mi opinión.

*

Valentin se había puesto un chándal rosa pálido y una gorra blanca. Una vestimenta discreta.

No quedaba más que ponernos en marcha.

Mi plan pasaba por presentarme en el campamento gitano: si debía proteger a las pocas personas que quiero, no encontraba mejor solución que pedirle a Paco que se encargase de ello.

Y mi intuición me decía que se trataba de algo serio.

Por desgracia, ocurre muchas veces que no se puede hacer exactamente lo que se ha previsto, y, para empezar, había algo más urgente aún que proteger vidas —aunque fuesen las de Perle y Luna o la de Jean-Luc Taureau—, una urgencia absoluta: la que concierne a la tripa.

—Tengo que hacer una escala técnica —dije.

—El cuerpo tiene sus exigencias, Jon. Aquel que nunca haya cagado que...

—¡Oh, ya te vale!

La ventana del cuarto de baño es el único sitio de mi casa desde donde puede verse el jardín —mi dormitorio solo tiene un tragaluz que mira al cielo y las demás ventanas dan a la calle—, y para verlo hay que entreabrir la ventana porque es de vidrio opaco, y precisamente se imponía una aireación, si entienden lo que quiero decir.

Allí estaba la mujer, justo debajo, acostada en bragas sobre la tumbona donde Valentin había estado roncando hacía un rato. Llevaba unos cascos en las orejas.

Sus ojos cerrados maquillados de azul, la cinta malva que recogía su pelo hacia atrás, sus senos tatuados con henna..., todo aquello indicaba claramente que Mylène atravesaba su periodo nudista-folk.

No había oído cómo me acercaba, y sin embargo no se sobresaltó cuando le puse la mano en el hombro.

Mi primera idea había sido pellizcarle un pezón, pero estaba seguro de que me habría llamado viejo perverso.

—Hola, viejo perverso —dijo, sin intentar disimular su elegante pecho.

—Hola, Mylène, ¿tu terraza se ha estropeado? ¿Has pensado que la mía funcionaba mejor?

—Estaba esperando a que volvieses y me he puesto cómoda. No he visto parquímetro. ¿Piensas ponerme una multa?

No me había visto salir de la casa, creía que volvía de dar un paseo. Era inútil sacarla del error. Ir por ahí contando la vida de uno tiene poco interés en general, y en mi caso debo añadir que es inútilmente arriesgado.

—Hum —dije.

—¿Qué quieres decir? —dijo.

Mylène y yo tenemos una forma de comunicación a la vez simple y complicada. Desde que no me trata de usted, tengo la impresión de que me habla mi ama, quiero decir, como si ella fuera Lucky Luke y yo Rantanplan.

—¿Qué estabas escuchando? —dije.

—Piers Faccini. Es como decirte que estoy sumergida en plena voluptuosidad melancólica.

—Es cierto que tienes un aire abatido. Y más bien voluptuoso al mismo tiempo, sobre todo a la vista.

Hizo como si no entendiese.

—Qué felicidad estar triste, es como si la vida te acariciase los huesos a través de la piel y los músculos.

Cuando Mylène se pone en plan «pensamiento profundo» el resultado es ese.

Se estiró y sus senos se recolocaron. Los arabescos dibujados sobre su piel pasaron del círculo al óvalo, era un espectáculo de pura belleza. Cuando las montañas cambien de forma durante un segundo al final de los tiempos, ese es el tipo de emoción que espero sentir.

Pues sí, cuento con seguir vivo entonces.

—¿Estás en las nubes, abuelo?

—No, estaba pensando en la forma de decirte que te largues sin ofenderte.

—¡No me irás a decir que estás ocupado!

—¿Y por qué no?

¿Cómo hacer que comprenda que debo proteger a su mejor amiga, a la hija de su mejor amiga y al dueño de su bar preferido de los maléficos planes de unos villanos voladores?

—Estás jubilado, viejo. Cuando uno se jubila, debería tener tiempo para vivir. ¿Por qué los jubilados hacen siempre como que están más ocupados que el resto del mundo? No cuidas el jardín, no estás abonado a Canal Plus y ni siquiera tienes perro que sacar a mear. *Keep cool!*

Esta chica se pasa el tiempo tomándome el pelo. Me toma por un galán pasado de fecha.

Mylène es la única peluquera de Largos. Sin duda la chica más guapa de esta población, pero, si quieren mi opinión, no es la más educada. Con ella, los rumores no sufren la brecha digital. Lo que no pone instantáneamente en Facebook lo anuncia por encima de su secador, y todo el mundo se da bien por enterado.

Regularmente se presenta en mi casa de improviso y me pone negro.

—¿Qué pasa, Jon? ¿Has tenido un infarto cerebral desde la semana pasada?

¿Quieren la verdad? Me encanta que venga a balancear sus bonitos senos ante mis narices. Pero, por una vez, que me cuente a qué debo el honor de sus impertinencias, ¡y que se largue, cojones!

—Vengo por el treinta cumpleaños de Perle. Es el sábado que viene y Al y yo le

estamos preparando una velada sorpresa.

—Vale, participaré en el regalo.

—No creas que te vas a escapar, Jon Ayaramandi.

—Ahórrate la saliva, no voy a ir.

—La velada no podría celebrarse sin ti. Por alguna razón que ignoro, eres la persona que más quiere Perle en el mundo si exceptuamos a su pequeña Luna.

—No te esfuerces tanto, no pienso aparecer.

—¡Su treinta cumpleaños, tío! ¡No creo que te des cuenta del asunto! No te perdonará si te esfumas, aunque seas un consumado fantasma.

—Bueno, si no he comprendido mal, por el momento ni siquiera está al corriente...

—Sí, pero cuando descubra que no te has molestado en desplazarte, vas a pasar un rato muy desagradable.

—Bueno, ¿eso es todo?

De golpe se puso dulce y me cogió de las manos mirándome fijamente a los ojos.

—Yo también quiero que vengas, viejo cascado.

Ese cambio de estrategia resultaba grotesco, pero inmediatamente sentí cómo se embalaba mi corazón y cómo un sofoco recorría mi columna vertebral.

Reconocí la delirante incongruencia de aquel impulso.

—Déjame en paz, Mylène. De verdad que tengo otras cosas que hacer que no pueden esperar.

Me percaté de la ambigüedad de mi declaración y mi rostro enrojeció de golpe. ¿No iría a pensar que...? Puso esa cara de asombro de quien acaba de comprender que el abuelo necesita urgentemente hacer caca.

¡Solo faltaría eso!

Me soltó instintivamente las manos, pero tuvo el buen gusto de callar. Y también enrojeció. Se puso la camiseta y los vaqueros. Esta vez se iba.

—No solo vas a venir al cumpleaños de Perle, Jon; también me vas a ayudar a prepararlo. ¿Y sabes por qué? Primero, porque la lista de invitados contiene un noventa por ciento de personas que, si no vienes, van a pasarse la velada preguntándose por qué no has venido. Dicho de otro modo, eres el único gilipollas que puede aguar de verdad esa fiesta.

—Que te jodan.

—No antes de decirte la segunda razón: Luna ya ha negociado con Al poder acostarse a las diez. Tiene pensado dar su regalo contigo. Esa pequeña está dispuesta a guardar un secreto más grande que ella para dar una sorpresa a su mamá, pero ni siquiera puede imaginarse que le hagas la faena de no venir.

¡Golpe bajo!

—Nos hemos repartido el trabajo. Tú y yo estamos encargados de confeccionar una macedonia de frutas gigante y cócteles para cuarenta personas. Vendré a buscarte el sábado a mediodía para ir de compras. Tendremos toda la tarde para prepararlo,

solos tú y yo, será como si fuésemos una vieja pareja, lo vamos a pasar de fábula. Anótalo bien en tu iPhone. Bueno, quiero decir en la pizarra de la cocina.

Contemplé a Mylène de espaldas, atravesando mi casa. Cerró suavemente la puerta al salir. El ritmo de mi cabeza permanecía estancado en el balanceo de sus caderas. Me costó un rato recuperar el uso de mi cerebro.

Ya he dicho que debe de tener un ángel tatuado en una nalga y un diablo en la otra.

Un día lo comprobaré.

*

Valentin había tenido la excelente idea de no asomarse. En caso contrario, la habríamos liado: Mylène habría aullado como una lunática, se habría vuelto aún más histérica de lo habitual, se habría negado a marcharse...

Bajó la escalera vestido de rosa; yo seguía sin acostumbrarme.

—Tiene el perfil de las chicas que vienen a verme al camerino después de los conciertos.

¿Un roquero de cuarenta y nueve años sigue teniendo *groupies*? Me guardé la pregunta mientras él proseguía:

—Pero no es la *groupie* estándar. Me pareció que tenía un aire a Scarlett Johansson, ¿lo he soñado?

Salí primero para comprobar que los policías habían dejado su puesto de observación. Y que ningún periodista andaba por los alrededores. Ni hablar de permitir que Valentin apareciese en mi calle —la calle del drama que había afectado a su grupo— y saliendo de mi casa. Le habría costado justificarlo.

Me di de bruces con la vecina, que me enseñó a su perro.

—Tiene mejor aspecto que usted. Parece que acaba usted de despertarse de la siesta, ¿me equivoco?

Desde que se había puesto a hablar, esa mujer había resultado ser una auténtica cotorra. Prefería su versión taciturna, antes de que el papagayo de su marido estallase en pedazos.

—Esa música que escucha no es para su edad, si quiere mi opinión.

Me esforcé en articular lo más claramente posible, para asegurarme de que me entendía:

—Pasear un Tampax con correa tampoco es para su edad, si me lo permite.

Me miró con sus ojos de pava menopáusica.

—¡Oh! —dijo.

Y me dio inmediatamente la espalda.

—Que te den por el culo, vejestorio —añadí entre dientes, aprovechando que era prácticamente sorda.

Escupió en mi coche al pasar.

Me alegraba de retomar nuestra relación vecinal allí donde la habíamos dejado antes de todos esos acontecimientos.

—¿He oído bien? —preguntó Valentin sacando la cabeza por la ventana de la planta baja.

—Has oído bien.

—Qué bonito.

—No hay moros en la costa, puedes salir.

*

Una vez más, Valentin y yo condujimos cada uno nuestro coche. Imposible dejar más tiempo un Lexus aparcado en un barrio obrero. Mi idea era que, de todas formas, Valentin y su magnífico coche estarían mejor ocultos en el campamento gitano que en mi modesto domicilio.

Aproveché la calma para profundizar en mis reflexiones.

Toda investigación depende de la calidad de las preguntas planteadas, así que hilvané en desorden las que me venían a la cabeza:

¿Quién podía odiar a las hermanas M'Bow hasta el punto de matarlas?

¿Tenían ellas la culpa de algo o eran simples víctimas con mala suerte?

¿Por qué complicarse tanto para matarlas?

¿Qué significaba aquella puesta en escena?

¿Se trataba de un crimen racista o de una perversión más sofisticada?

¿Qué clase de chalado tiene medios suficientes para procurarse un helicóptero?

¿Por qué el primer cuerpo había caído en el jardín de Valentin y el segundo delante de mi casa?

¿Esos crímenes iban dirigidos a nosotros?

¿Quién conocía el lazo entre Valentin y yo, así como nuestras direcciones?

Decidí dejarlo ahí por el momento y hacer una primera criba, para lo que había que elegir una pregunta del lote: ¿cuál era la más interesante?

Era un método que me había enseñado Marconi.

Pensé un buen rato y al final decidí quedarme con dos: una a la que me parecía posible responder y otra que estaba seguro quedaría sin solución.

La pregunta que quedaría sin solución: ¿quién tenía los medios para procurarse un helicóptero? Era de lo más pertinente, pero solo la policía tenía acceso a la lista de felices propietarios de ese tipo de aparatos volantes. Para mí era tiempo perdido.

La pregunta a la que podía esperar responder era: ¿quién conocía el lazo entre Valentin y yo y nos conocía lo suficiente para tener las dos direcciones?

Esa valía la pena, quizás aún más que la del helicóptero.

Especialmente porque al momento me vino una idea a la cabeza.

Habíamos llegado al campamento.

Valentin salió del Lexus, caminó rápidamente a mi encuentro y dijo:

—Marconi.

Sí.

Marconi.

No sabía cuál había sido su razonamiento, pero ambos habíamos llegado a la misma conclusión.

—Hay que ir —dijo.

—Iré solo. No vamos a meterle presión, no creo que sea capaz de enviarme un cadáver desde un helicóptero, ni siquiera el día de los Inocentes... De hecho, estamos a finales de julio.

—Pero sin embargo podemos pensar que pudo revelar algunos secretos que creíamos bien guardados, ¿verdad?

—Me extraña de él, pero no podemos descartarlo, y de todas formas no veo otra respuesta.

No recordaba haber visto una sola vez a Marconi presumir de su pequeño negocio, como solían hacer el Portugués o también el difunto Martínez Vásquez. Esos jefes se pasaban el día relatando las proezas de sus asesinos... Marconi lo detestaba. Se le podían reprochar muchas cosas, pero no era un fanfarrón.

Dudaba sobre su implicación. Iría a verle solo y con mucho cuidado. Lo que se llama ir de puntillas.

—No descarto totalmente que la filtración venga de él —murmuré.

Me invadían ráfagas de mal humor.

Un poco como Perle cuando tiene la regla.

*

El campamento gitano estaba en calma.

Las cuatro de la tarde: hora de la siesta.

Nos rodearon unos niños que hacían señas de no hacer ruido. Valentin continuó silbando «Como me hayas rayado el Mercedes».

Paco abrió un ojo. Su mecedora se inmovilizó un instante y después prosiguió su vaivén.

Valentin llevaba gafas de sol con cristales malvas.

Paco me cogió la mano y tiró de ella para incorporarse, después volvió la cabeza hacia la entrada de un contenedor cubierta por una mosquitera:

—¡Ven a ver, primo! Tenemos visita.

Jean-Luc apareció sonriendo, pero ruborizándose.

—Tenemos un problema con las telecomunicaciones, tú y yo —me dijo.

—Bueno, ya que estás aquí, asunto resuelto.

A pesar del camuflaje, reconoció a Valentin.

—¡Eh, hola, tío! Me alegro de verte. ¡Largos recibe a una estrella!

Después se volvió hacia mí, claramente incómodo. Ese hombre es incapaz de

disimular sus sentimientos, es una maravilla.

—Querías hablar conmigo, ¿verdad, Jon?

Amparo salió del contenedor y se pegó contra la espalda de su novio. Me alegró constatar que la integración de Taureau en el clan de los gitanos seguía su curso; me alegraba aún más porque esa mujer-amante me parecía la mejor protección contra una eventual tentativa de secuestro. Nadie vendría a buscarlo aquí. Quedaba el problema del Cap'tain Bar, pues sabía que allí estaba solo. Su dulcinea tenía el buen gusto de no imponerse en aquel territorio vedado.

—Solo escucha flamenco —me había confesado—. He intentado iniciarla en el soul... pero ni siquiera se ha interesado por Ann Peebles.

Yo mismo había intentado en vano transmitir a Jean-Luc mi gusto por el cante jondo, pero había permanecido tan insensible como un fanático del fútbol frente al arte pictórico de Velázquez. De todas formas, el cruce de culturas no tiene que implicar su mezcla. Es mejor aprender a ser diferente, es algo que permite tenerse cariño por buenas razones. Es mi opinión.

—¿Te han adoptado los come-erizos? —me arriesgué a decir.

—Amparo y yo vamos en serio.

—Tiene que dejarse el pelo largo —declaró Paco con toda la seriedad del mundo.

Jean-Luc enrojeció como un púber, pero no su novia. Una sonrisa franca iluminaba su hermoso rostro, y sus ojos me retaban a soltar otro sarcasmo. Me pregunté si no había vuelto a ganar unos kilos bien dispuestos.

—Os felicito —dije sinceramente.

—Vamos a beber algo —dijo Paco.

Miró de reojo a Valentin y me soltó:

—¡La pinta de tu amigo no tiene arreglo! Esas gafas de mujer, habría que matarme para ponérmelas sobre las narices.

—¿Estás seguro de que te gustaría que te enterraran con ellas?

Se rio, mientras yo lo llevaba aparte para explicarle que necesitaba que cuidara de Perle y de Luna.

—¿Hay alguna relación con la negra caída del cielo?

—Los que lanzaron a esa tía son por fuerza numerosos, bien organizados y visiblemente desquiciados. En mi opinión, son toda una estructura. Tienes que organizarte en consecuencia.

—¿Y el Fantasma?

Era el mote que los gitanos habían puesto a Al.

—También lo proteges, claro.

¿Había dudado unos segundos?

—Cuida también de Jean-Luc. Si va al Cap'tain, estaría bien que lo acompañase alguien. Pagaré a tus muchachos, pero quiero auténticos profesionales.

—Puedes confiar en mí, se lo diré a los chicos que nos acompañaron a donde tu antiguo jefe el año pasado. Tocar un pelo a tus amigos será tan imposible como si

fueran calvos.

—No sé cuánto tiempo habrá que vigilarlos, quizás necesite facilidades de pago.

—No te preocupes... Los niños son gratis, tarifa reducida para los enfermos, y tampoco te voy a cobrar la vigilancia del novio de Amparo. Solo Perle paga billete completo.

—Nunca has aguantado a mi exvecina.

—Me parece que no es trigo limpio. Si yo fuese el Fantasma..., aun cojo, encontraría una esposa digna de un gran cirujano, no una punky desvergonzada. Por ella serán cincuenta euros al día, y por Al veinticinco.

Seguía siendo precio de amigo.

—No llega ni a la tarifa de un canguro —dije riendo.

Él rio a su vez:

—Y los tres primeros días son gratis.

—Me vendría bien que empezara ahora.

Llamó a un tipo alto al que reconocí de inmediato. Era uno de los gitanos a los que había conseguido meter en un Twingo no hacía tanto tiempo.

Sus ojos verdes, en un rostro moreno, eran a la vez magníficos y sombríamente amenazantes. Lucía en la oreja un rombo con diamantes engarzados, pero su aspecto viril seguía inalterado.

—Esta vez, nada de Twingos, ¿eh? —me dijo tendiéndome la mano.

—Llama a los demás, Gato —dijo Paco—. Vamos a necesitar a todos. Ya os explicaré el trabajo.

Cuando el Gato se alejó, Paco me susurró al oído:

—Con un trabajo de guardaespaldas, se va a divertir de lo lindo. Si yo no lo hubiese retenido, ya sería inspector de policía o algo parecido. Tenía el nivel para pasar la oposición.

—¿Ha aprobado el bachillerato?

—Pues claro. ¿Te crees que los gitanos no van al colegio?

Me guardé para mí que en mis tiempos...

—Siempre fue el primero de la clase. Y su hijo también. Quizás a él lo deje seguir con los estudios; y hasta que se convierta en poli o en prefecto. ¿Quién sabe?

¿Quién sabe?

*

Valentin se había aislado, móvil en mano, y se había encaramado hasta la mitad del terraplén más alto.

Parecía preocupado.

—No consigo hablar con ellos. Hay cobertura pero no responden.

—¿Quiénes?

—Mis músicos: guitarrista, teclado, técnico de sonido, coristas... ¿Has olvidado

que existían?

—Confieso que no lo había pensado.

—Todos los Fucking Puppets están en peligro. La puta pesadilla de esta mañana me ha abierto los ojos. Y no pienso quedarme de brazos cruzados para ver si era una premonición.

Me alegré de no haberle revelado que yo había tenido una pesadilla muy parecida en el mismo momento.

—Las imágenes eran muy claras —prosiguió—. Marcus, mi guitarrista, empalado en el pararrayos... Esta vez habían acertado. Hubo que partirlo en dos para sacarlo de allí.

—¡Tienes unas pesadillas realmente asquerosas!

—Los paparazis hacían fotos. Yo estaba en calzoncillos cubierto de sangre.

—¡Unas imágenes como para arruinar tu carrera!

—Después cayeron uno tras otro. Todos en cueros. Imagínate qué divertido.

—¿Estaba yo?

—Sí, estabas conmigo riendo como un idiota.

—Evidentemente.

—Y, al final, caía Victoire. Fue atroz.

—Pero poco realista, Valentin.

—¿Y cuando se convierta en realidad me dirás: «Lo siento, me he equivocado»?

Ese gilipollas tenía toda la intención de echarme un sermón.

—En lo que a mí concierne, tengo una chiquilla de cinco años y a su madre que proteger. Y no es una pesadilla, es la cruda realidad.

Jean-Luc acababa de llegar. Interrumpimos la pelea.

—¿Qué tal, tíos? Gracias, Valentin, por venir a visitar a los viejos camaradas.

—Sí. He estado echando cuentas: si Jon Ayaramandi vive todavía digamos quince años (en mi opinión es lo máximo), viéndole apenas media docena de horas cada dos años solo me quedan, como mucho, cuarenta y cinco horas con él antes de asistir a su entierro.

Jean-Luc no se molestó en fingir que le resultaba gracioso.

—Tus cuentas no son muy alegres.

—Las matemáticas nunca son divertidas —remarqué.

Valentin prosiguió:

—De esas cuarenta y cinco horas, quince se sitúan por encima de los ochenta años, en un momento en el que visitarle se habrá convertido en una pura tortura. Por eso he decidido agrupar mis visitas los primeros años. Podría incluso consumirlas de una sola vez... Todavía no lo tengo claro.

Jean-Luc nos dejó y volvió a su jovial Amparo. Yo lo entendía perfectamente.

Valentin retomó la conversación donde la habíamos dejado:

—Por el momento, las dos víctimas probadas son miembros de mi grupo. Y no consigo contactar con los demás Puppets...

—¿Has pensado en el hecho de que eres con seguridad el primero de la lista?

Suspiró.

—¿No te parece factible que tú y yo estemos ex aequo en esa puta lista?

—Jamás he tocado la más mínima nota ni lanzado el menor chillido para los Fucking Puppets, que yo sepa. Como mucho se me pueden reprochar tres disparos que nunca debí aceptar disparar, pero ¿quién iba a imaginárselo? ¿Tienes idea de por qué razón ninguno de tus colegas responde?

—Ninguna. Les he dejado a todos un mensaje esta mañana —estaba hablando de su despertar sobre las dos y media de la tarde— y nadie me ha vuelto a llamar ni a enviarme un mísero sms.

Su móvil sonó en ese preciso momento —un golpe teatral que no me hubiese atrevido a incluir en un vodevil— y empezó a hablar alto, muy alto, como cuando a uno le cuesta oír a su interlocutor. Los gitanos, acostumbrados sin embargo a cierto nivel sonoro, se volvieron hacia él burlándose. Lo que pronunciaba era en su mayor parte incomprensible:

—¿El Rey de Bayona?

Me pareció reconocer a una banda como música de fondo. Ya saben: esas famosas orquestas festivas del suroeste.

—¿Qué es todo ese follón? —exclamó.

Los metales torturaban «Another Brick in the Wall» de Pink Floyd.

—¿Ha vomitado alguien a tu lado?

El asesinato de la canción era inminente.

—¿Que tienes beicon en el pelo? ¿Y qué coño me importa que te hayan volcado un plato en la cabeza? Eso, métele las patatas fritas por las narices y el ketchup en la jeta...

Colgó.

—Están en las fiestas de Bayona. Lo había olvidado completamente, y se suponía que tenía que ir con ellos.

—Tu hígado se aprovecha cobardemente de la situación —le consolé.

De pronto, tuve una revelación:

—¿Van vestidos de blanco?

Me miró atónito:

—¿Tan importante es cómo van vestidos, en este preciso momento?

—Responde a mi pregunta.

—Claro que van vestidos de blanco. Hasta yo me visto de blanco, como todo el mundo en las fiestas.

Un fenómeno acentuado en los últimos años. Se ha vuelto imposible festejar nada sin ese uniforme blanco, al que se le añade un pañuelo y una boina roja, si se quiere estar realmente a tono. Personalmente, pienso que la combinación de rojo y blanco carece por completo de sutileza.

—Te veo venir, Jon Ayaramandi, por muy vasco que seas no me vas a hacer el

numerito del uniforme, del chovinismo subyacente, del totalitarismo alcoholizado...

—¿He dicho eso?

—No, pero te disponías a hacerlo.

—Eres libre de fundirte en la masa, tío —respondí, molesto por haber sido descubierto—. Pero que sepas que originalmente la vestimenta de los bayoneses era blanca y azul. Y que la gente que no era de Bayona no tenía derecho a llevarla.

—El blanco es fácil de lavar. Uno puede emborracharse y vomitar sin riesgo de enfadar a mamá.

—En todo caso, a tus colegas se los puede dejar donde están, ya iremos a rescatarlos más tarde. Cuatro tíos vestidos de blanco, borrachos y cantando a voz en grito en las fiestas de Bayona... no podrían estar mejor escondidos, ni siquiera en otro planeta.

Me miró fijamente. Yo intentaba no parecer enfurruñado, pero me costaba.

—Confiesa que estás frustrado por no haber podido desarrollar tu teoría. Apuesto a que te disponías a comparar las fiestas del suroeste con los Congresos de Núremberg.

—Hay una diferencia de grado, no de naturaleza.

—¿Eso lo has escuchado en France Culture, Jon Ayaramandi?

Paco se interpuso. Apuntó un dedo acusador hacia Valentin.

—Esas fiestas de las que hablas son todo lo contrario del sentir gitano. De hecho, los calés no son bienvenidos en las ferias. Nosotros, cuando hacemos fiesta, nos lanzamos poesía, no ketchup a la cabeza.

Me parecía buena conclusión, pero Valentin quiso tener la última palabra:

—¡Os olvidáis de las bandas de música, tíos! ¿Habéis escuchado algo más poético que esas maravillosas armonías tocando «Paquito el Chocolatero»?

En eso no le faltaba razón. A excepción de...

—Una farra loca en el Cap'tain —respondió Jean-Luc sin dudarle.

—Un fin de fiesta a la luz del alba —encadenó Paco.

Habría sido una pena no hacer mi contribución:

—Los bailes de mi pueblo, cuando tenía dieciséis años.

La nostalgia es el dolor que nos causa la proximidad de lo lejano.

MARTIN HEIDEGGER, *¿Quién es el Zaratustra de Nietzsche?*

Los gitanos estaban preparados para salir. Paco había repartido las tareas. Trabajo no iba a faltar: hacer guardia en el aparcamiento de la clínica donde se encontraba Al, vigilar el domicilio de los tortolitos, no despegarse de Perle y Luna ni un centímetro, seguir discretamente a Jean-Luc y mantenerlo el mayor tiempo posible a resguardo junto a Amparo... Todo ello sin llamar la atención, para no preocupar a nadie.

Me sentí aliviado al saber que el Gato se encargaría de proteger a Perle y Luna.

Me preguntaba si Mylène no correría también peligro...

Se lo comenté discretamente a Paco. En su mirada apareció un repentino brillo de lascivia:

—Me ocuparé personalmente —dijo.

Contemplamos cómo las fuerzas de seguridad abandonaban el campamento en dos Mercedes blancos. Los chicos no habían tenido tiempo de despedirse de sus familias. Los niños agitaban las manos en señal de adiós. Es lo más emocionante de un clan gitano: esa ternura que flota en el aire en cualquier circunstancia.

Valentin anunció que se marchaba a Bayona. Aparentemente no había conseguido tranquilizarle.

—Tengo que poner a mis músicos a salvo sin falta. De hecho, no sé cómo me las voy a arreglar... No tengo presupuesto para pagarle un balneario a todo el mundo.

Pensé para mis adentros: «Yo ni siquiera tengo presupuesto para hacer que los vigilen».

—Ya improvisarás algo —dije mientras hacía el ademán de subirme a mi Volvo.

Yo seguía con la idea de tener una charla con Marconi.

—¿No intentas retenerme?

—Ya eres mayorcito.

—Ya era hora de que lo reconocieses.

Le había vuelto la espalda, pero podía imaginarme su cara de indignación.

—¿Tan enfadado estás conmigo que me vas a dejar jugarme la piel solo? Te recuerdo que se supone que soy el número uno en la lista de los asesinos aerotransportados.

—¿Tienes tu pera para lavativas?

Levantó el bajo de la chaqueta y vi sobresalir la empuñadura de su famosa pistola con forma de enema, un modelo ruso cuyo nombre he olvidado, que supuestamente es el principal proveedor de muertos de la era moderna. Ya me había demostrado que sabía cómo utilizarla.

—En cuanto mis músicos dejen la fiesta con tres gramos de alcohol en la sangre,

serán más vulnerables que un puñado de gusanos en una piscifactoría. Tengo que recogerlos antes.

Cuando ya estaba a punto de cerrar la puerta de su Lexus, le hice la pregunta que me quemaba en los labios:

—Aparte de Victoire, ¿estás seguro de que nunca has hablado con nadie de nosotros, Valentin?

No quería hacer el viaje a casa de Marconi en vano, me esperaba una hora y media larga de camino.

—Estoy algo acostumbrado a guardar secretos, ¿no crees?

—Puede haber bastante gente a la que tú o tu chica hayáis podido dar vuestra dirección...

Suspiró mirando al cielo.

—Ya te he dicho que mi dirección solo la conocen Victoire y mis guardeses ceilandeses. Victoire está descartada y te prohíbo interrogarla, ni siquiera por teléfono. Ya ha demostrado su discreción.

—Sea.

Dejé pasar unos tres segundos, durante los que pudo observar cómodamente mis arrugas de preocupación.

—Y tus guardeses..., ¿van a menudo de vacaciones a su país?

—Es la primera vez en diez años.

—Hum.

—¿Qué?

—¿No te parece extraño que estén ausentes justo en el momento en que empiezan a llover cadáveres?

—Tengo que decir que me vino bien. Son gente simple, bondadosa, han aprendido a callar hace mucho tiempo, en su jodido país en guerra. Ser tamil en su isla es tener la cabeza permanentemente colocada entre el martillo y el yunque: si denuncias a un terrorista tamil, estás muerto; si te niegas a denunciarlo, pasas la vida en la cárcel. Esta gente no tiene ojos para ver, ni oídos para escuchar, ni boca para hablar. Podría contar lo que quisiese delante de ellos, sin riesgo alguno. Cuando un tamil ha conseguido huir de su país, se empequeñece tanto que se olvida casi de existir, con el corazón enterrado bajo toneladas de silencio y malos recuerdos. Estoy feliz de que no hayan tenido que pasar por el trago de ver caer ese cuerpo del cielo.

Valentin, sincero y emocionado. Ni una pizca de cinismo. Sabía que me estaba diciendo la verdad, pero precisamente por eso:

—Lo que quiere decir que podías contar cualquier cosa delante de ellos —remarqué.

—¡Eso no significa que lo haya hecho! Te digo que solo he hablado de nuestro pasado con Victoire y nadie más.

—Pero cabe la posibilidad de que os escucharan...

—¡No se lo conté gritando o cantando! ¡Ya me estás tocando las pelotas!

—Vale, vale. Cálmate.

Dio un portazo —si se puede calificar así el hecho de cerrar una puerta que no emite ruido alguno— y giró la llave de contacto —el motor se puso en marcha casi en silencio—, pero todavía tuve tiempo de añadir:

—Deberías dedicarle una canción a esa gente. Quizás conseguirías por una vez hacer algo humano, algo comprometido.

Esa sugerencia pareció hacerle reflexionar.

—La señora Prabhakaran tiene un buen polvo, podría escribir una en la que ella llorase por la infelicidad de su pueblo, la cabeza delicadamente apoyada en mis rodillas. Siempre he soñado con componer una balada lánguida, a lo Scorpions.

Dio marcha atrás procurando no ensuciar sus neumáticos en los charcos, negros de carbón. Cuando ya se disponía a meter la primera, bajó la ventanilla y exclamó:

—¿Nos vemos en Bayona?

—Sí. Y sobre todo, no pases por tu piso. Dirígete a la feria, cómprate un pantalón y una camiseta blancos, y una buena faja roja para esconder la pistola.

—¿Ahora me aconsejas el uniforme completo? ¿No te hartas de cambiar de opinión como de camisa?

Su Lexus se alejó majestuosamente.

Un tipo en chándal rosa pálido en un Lexus color caramelo, no hace falta que lo dibuje.

La discreción personalizada.

Yo también abandoné el aparcamiento, al volante de mi antiguo Volvo. Un abuelo dentro de un coche viejo sin elegancia alguna, aquello sí que era camuflaje. Y le dediqué una plegaria silenciosa al Dios de los cantantes descerebrados: «Dios de los imbéciles, haz que a ese memo no se lo lleven los malos».

*

Eminem sonando en France Info. Una voz que lo interrumpe bruscamente:

Es pues este éxito de Eminem el que un detenido de Guantánamo cuenta haber estado escuchando a todo volumen durante veinte días seguidos, mientras estaba prisionero en la oscuridad. Según ha revelado Rue89, el grupo de rock Metallica fue igualmente utilizado, con su canción «Enter Sandman», en la prisión de Abu Ghraib en Irak. Ese tema en particular violento, usado exhaustivamente durante los interrogatorios llevados a cabo en contenedores bautizados como «La Disco», acabó siendo el número uno de la playlist utilizada por el ejército norteamericano para sus presiones psicológicas. Lo más asombroso es que el tema infantil del célebre programa Barrio Sésamo también estaba incluido.

Apoyé un dedo inquieto en el control del volumen, dispuesto a detener cualquier eventualidad, pero no había ningún corte programado y el locutor prosiguió su relato, atreviéndose a bromear sobre los derechos de autor que habría que pagar a los

artistas, mientras un compañero, casi interrumpiéndole, se apresuraba a cambiar de tema.

Me había costado muchísimo encontrar la frecuencia de esa puta emisora — exclusivamente apreciada por gilipollas a los que les gustaría dejar de serlo, si quieren mi opinión—, pero las circunstancias exigían que me mantuviese al corriente de la actualidad.

Anunciaron un avance informativo a las tres de la tarde; faltaban ocho minutos, tiempo de sobra para hacer otra llamada. Bajé el volumen y busqué el número de Perle, sin desviar los ojos de la sinuosa carretera, aunque en realidad estuve a punto de salirme en varias curvas. Por desgracia, saltó una vez más su buzón de voz. Un largo mensaje supuestamente gracioso, a propósito de su pereza y de sus ganas de contestar o no, de devolver la llamada o no. Irritante; personalmente prefería el mío, con la vocecita de Luna diciendo: «Deja un mensaje y déjanos en paz».

Esperé pacientemente y pronuncié con claridad, procurando vocalizar con corrección:

—Por favor, llámame.

Después marqué el número de Al. Contestó a la primera:

—Hola, Al.

—Hola, Jon, es la primera vez que me llamas. Ignoraba que supieses utilizar el móvil, Perle cree lo contrario... Espero que no sea nada grave.

El móvil era un regalo de Perle. Decidí empezar a darle uso tras mis últimas desventuras, el día que creí perder a mis seres más queridos simplemente porque no tenía forma alguna de llamarlos.^[13]

Desde entonces, mi lema es: una llamada puede salvar una vida.

—No tengo mucho tiempo para andarme con rodeos, Al.

—Además, tampoco suele ser tu costumbre...

—¿Has contado por ahí la parte de tu vida que implica conocer la mía?

—¿Puedes repetir la pregunta más despacio?

—¿Le has contado a alguien que soy un asesino? ¿Has dicho algo como: «Cuando vivía en Largos, me pasó algo increíble: fui secuestrado y conocí a un asesino profesional retirado y a su antiguo chófer, no adivinarías nunca quién es»?

—¿Me tomas por idiota, Jon?

—Responde a mi pregunta con más precisión.

—Me he pasado seis años de mi vida cargando con un secreto, Jon, sin contar mi vida a nadie. ¿Debo suponer que lo has olvidado?

—Hum.

—Si tienes intención de hacerle la misma pregunta a Perle, te aconsejo que lo olvides. Ya está en un estado de nervios suficientemente penoso, y me pareció entender que tenías algo que ver.

Tras aquello, el avance informativo se anunciaba como un momento de relax. Por desgracia, me perdí el principio.

... la desaparición de su hermana Roxane empieza a resultar inquietante. Y aunque nada permite confirmar la hipótesis de un crimen racista, la polémica que lo rodea está a la altura de este caso fuera de lo común, tanto por su atrocidad como por la macabra puesta en escena o el amplio despliegue de medios utilizados.

Las declaraciones del guitarrista de los *Fucking Puppets*, Rigor Mortis, no han contribuido a tranquilizar los ánimos. Durante una entrevista ofrecida este mediodía en directo desde las fiestas de Bayona, no ha dudado en comparar este asesinato con el del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo, que provocó la Primera Guerra Mundial. Escuchemos un extracto de dicha entrevista. No hace falta decir que sus particularmente chocantes opiniones son responsabilidad exclusiva del autor.

—Si la caída de esa estrella negra no provoca un levantamiento en toda Europa, es que esos putos inmigrantes no tienen más cojones que los ancianitos que votan para devolverlos a sus países, ¿eh? Creo que es el momento de empezar una Tercera Guerra Mundial: la del Sur contra el Norte, y en particular la de los negros contra los blancos. Tiene que comenzar esa puta guerra, para resolver de una vez por todas el problema de la pobreza en el mundo, ¿eh? Es necesario que los pobres que han comenzado la conquista de nuestros países consigan colonizarlos. Barack Obama ya está listo, la única cuestión es conocer la posición de los amarillos. ¿Intentarán exterminar primero a los africanos, o empezarán por nosotros?

Algo quedaba claro: los colegas de Valentin no merecían mucho más la pena que él, pero este había enviado al cantante de los *Fucking Puppets* a segunda división.

A continuación, escuchar a Valentin me produjo una sensación extraña. La entrevista había sido grabada mientras yo enterraba a una pobre chica cuyo cuerpo no sería encontrado jamás —o al menos eso esperaba— y cuyo destino jamás conocería nadie.

La voz sonaba baja y ahogada, sin desparpajo.

—Alison era un hada tanto en el escenario como fuera. Tocar con las hermanas M'Bow había empezado a ofrecerme una felicidad que pensaba que duraría mucho tiempo. Estoy hundido por este horrible crimen. Arrojar a una mujer desde un avión... No tiene explicación. No sé qué más decir. Pienso en lo que está sufriendo su familia. Pienso en su hermana Roxane, porque me acabo de enterar de que también ha desaparecido, y estoy como todos, muerto de preocupación.

Las noticias continuaron su curso implacable:

Recordemos que las dos intérpretes fueron vistas por última vez en Pau, donde tocaron algunos temas con el grupo *BB Brunes* invitadas por el Festival de Verano de Pau, cuya directora, Jacky Bert, podría ser la última persona que las vio vivas.

Se escuchó una voz suave, emocionada pero contenida, tan afectada que parecía venir de otro mundo:

—Organizamos conciertos para hacer feliz a la gente, no para encontrarnos frente a algo tan horrible. Roxane y Alison vinieron a tocar gratis, insisto. «Somos de aquí, nos encanta *BB Brunes* y debutamos contigo en el teatro de Verdure: son tres

buenas razones...» Eso fue lo que me dijeron. Su primer concierto lo dieron con nosotros, hace cinco años, con un grupo que se llamaba entonces Las Despavoridas, justo después de Las Calenturientas. Luego seguirían su carrera... Al terminar este último concierto no se quedaron con nosotros en la fiesta. Estaban agotadas. Vinieron a darme un beso antes de dejar el festival. Las acompañé hasta la salida del recinto. Estaban bastante exaltadas, como siempre, pero para nada pasadas, contrariamente a lo que al parecer opina el alcalde de Pau, del que es dominio público que tiene por costumbre dar su opinión sobre cualquier tema, incluso si no dispone de la menor información.

No me había aportado gran cosa, pero el mundillo del rock no me decepcionaba, y ya era algo. La periodista pasó después a la investigación propiamente dicha. Intenté no perderme ni un solo detalle. No sabía con exactitud qué tipo de información buscaba, ni qué hay que hacer para investigar un asesinato cometido desde el cielo. ¿Era presuntuoso pensar que podría descubrir una parte de la verdad?

Pero, después de todo, Valentin y yo disponíamos de información que nadie más tenía, y estaba dispuesto a apostar que la policía no podía decir lo mismo.

Por el momento no disponemos de nuevos indicios referentes a lo que bien podríamos calificar como el «lanzamiento» de Alison M'Bow sobre Largos. El comunicado del Ministerio del Interior resulta poco esclarecedor sobre este punto, y se han escuchado voces de la oposición reclamando más transparencia, y hasta una comisión parlamentaria.

Oigamos al diputado del Frente de Izquierda, Alain Véga:

—*Resulta del todo increíble que no pueda encontrarse la aeronave, ya sea un avión o un helicóptero, que ha servido para cometer esta abominación. Nos dicen que a partir del momento en que un aparato vuela sin autorización, no existe posibilidad alguna de identificarlo, pero la obligación de la pol...*

Apagué la radio. No soporto que se utilicen términos como «aeronave» o «abominación». Y aún menos interesarme por cuál es la obligación de la policía. No es que esté frontalmente en contra del orden público, ni que no aprecie el encanto de la lentitud, pero la ineficacia a la hora de aplicar justicia resulta verdaderamente enojosa.

—Si la policía supiese que han utilizado un helicóptero, quizás podría avanzar —me había dicho Valentin, en plena crisis de culpabilidad.

—Sí —había añadido yo—, deberías llamarlos y ofrecerte como testigo. Pero antes desentierras a Roxane, la lavas un poco y la vuelves a poner en su sitio.

—No debe de ser muy complicado encontrar a unos tipos que alquilaron un helicóptero esa noche. Una avioneta no digo que no..., seguramente hay centenares, pero me parece que helicópteros privados habrá menos, ¿no? Solo haría falta tener acceso a un registro de propietarios.

—Sí, es una pena que no seamos maderos.

Aparqué al pie de la colina en la que se encontraba la fortaleza rural de Marconi.

Todavía tenía que hacer dos llamadas.

¿Dos personas más a las que enfadar?

—Jean-Luc, ¿puedes alejarte dos minutos de Amparo?

—No está aquí, estoy en el Cap'tain. Con dos gitanos en la terraza, que llaman tanto la atención como dos enterradores en una primera comunión. He preferido invitarlos a una copa que verlos pasear trajeados por la playa entre la gente en bañador. Además, los conozco, ¡menuda idea que me vigilen los primos de Amparo!

—Bueno, están ahí para protegerte.

—Hace solo unos meses los habría considerado más bien como gente potencialmente peligrosa.

—¡Es que *son* gente potencialmente peligrosa!

—Gracias por esas tranquilizadoras palabras.

—Continúa siendo amable con ellos y no te pasará nada. Quería que me dijese... ¿De verdad no has hablado de mí, alguna vez, con alguien con quien tuvieses un grado de confi...?

—¡Empiezas a tocarme las pelotas, Jon! ¡Te he dicho cien veces que sé mantener la boca cerrada!

—Quizás hayas presumido de conocer al cantante de los Fucking Puppets..., no sé..., con uno de esos viejos moteros degenerados que se reúnen en tu bar.

—Ya no responderé más a esa pregunta.

Se había enfadado.

—¿Y de conocer a un viejo asesino a sueldo?

Se cerró en banda. Acabé colgando.

Perle estalló en sollozos en cuanto le hice la primera pregunta, pero ¿había dejado de llorar en todo ese rato?

—Hace casi siete años que compartimos nuestros secretos más oscuros y te atreves a preguntarme si...

—¿Ni siquiera a Mylène?

—¡A ella menos que a nadie!

Se sorbía los mocos tanto como podía.

—No me dirás que ella me toma por un simpático abuelito inofensivo.

—Te toma por lo que eres, no se hace preguntas.

Rompió a sollozar de nuevo.

—Tú tienes la regla...

—Sí.

Un sollozo de los grandes.

—Creía que estaba embarazada.

—Y yo molestándote con mis historias sin importancia —intenté ironizar.

—Que conste que tampoco te toma por un abuelo de verdad.

Había vuelto al tema de Mylène.

—¿Y por quién me toma?

—Por un depredador dispuesto a saltarle encima a la menor ocasión, como cualquier tío.

—Deberías sacarla de su error, me molesta que una chica de su edad piense que...

—No puedo hacer nada, abuelo, es así como ve a los hombres. Todo lo que lleve una cola entre las piernas y dos bolsitas colgando, sea cual sea su edad, se le echa encima desde que llegó a la talla 95 D.

—¿Y cuándo sucedió eso?

—Con catorce años.

—Ya veo, ya.

—¿El tema es tan grave como parece, abuelo?

—Digamos que no creo que vayan a por vosotras, pero prefiero tomar precauciones. Por eso necesitaba saber si habías cantado.

Suspiró profundamente.

—Si no he dicho nada, ¿no tengo nada que temer?

—Creo que no. Si los que yo pienso no se han enterado de lo que saben por ti, hay muchas posibilidades de que ni siquiera sepan que existes.

—No lo entiendo muy bien, Jon, pero sueñas preocupado y eso me da miedo.

*

Ya eran casi las seis de la tarde cuando llamé a la puerta de Marconi. La hora de la merienda había pasado oficialmente. Sonreí con cortesía a la cámara que se giró hacia mí sobre su brazo articulado. Me hizo pensar en el ojo de un cíclope amputado de su cuerpo: algo entre electrodoméstico y ciencia ficción. La granja del italiano estaba «fortificada» hacía la tira de tiempo, pero esa innovación tecnológica era reciente, y noté que el interfono tenía un sonido desacostumbradamente claro. Material de primera.

—Es Jon —dijo Antoine en tono fúnebre, sin molestarse en tapar el micrófono.

En cambio, la voz de Marconi me sonó alegre y animada.

—Ábrele, pero ve a buscar el fusil —bromeó.

Estaba en plena forma.

Llevaba unos *shorts*, una camiseta de manga corta y unas Birkenstock. Feliz de la vida. Una versión guay del gran empresario industrial, si pasamos por alto que esa industria era la de la muerte.

—¡Menudo lujo las cámaras articuladas! —dije.

—Hay que vivir con los tiempos. He tenido que llevar a cabo una reducción de personal; las cámaras lo compensan.

Además, ese aire «gran hermano» le iba que ni pintado...

Hay tres diferencias entre Dios y Marconi: nadie te dirá que es bueno, sus ángeles guardianes no tienen alas y existe.

De hecho, hasta habla:

—¿A qué debo el honor? No me digas que sientes nostalgia de nuestro cuartel general.

Una parte de mi vida se barajó entre los muros de esa fortaleza campestre. Allí aprendí el manejo de las armas, a matar a un hombre sin desviar la mirada y sin sentir el menor escrúpulo... Debo decir que tenía un don. Allí vi a Marconi mostrarse tan feroz que nunca podría igualarlo.

—No echo de menos el sitio. Solo he venido a hablar con alguien que lo sabe todo y lo ve todo.

—Si vienes en son de paz, sé bienvenido. Pero Dios no existe, cada vez estoy más convencido. Sería una ofensa para todo lo que existe creer en algo inexistente.

—Yo también he pensado siempre que las religiones blasfeman contra la realidad.

—Así pues, si Dios no existe, yo no soy Dios, y si no soy Dios, ni lo sé todo ni lo veo todo.

Me gusta charlar un poco con mi antiguo jefe. Sus ideas no están muy lejos del axioma de Parménides: «Lo que es es. Lo que no es no es».

Filosofía infranqueable.

La única cosa de la que nunca he podido hablar con Marconi es de música, porque tiene predilección por Michel Sardou; que quede claro, no es una cuestión de posicionamiento político, es esencialmente una cuestión de corte de pelo, camisa abierta y musicalidad.

Durante el trayecto me había dado tiempo a reflexionar sobre el modo en que iba a desarrollarse nuestro encuentro. En mi visita anterior a Marconi no me había distinguido precisamente por mi buena educación. Esta vez debía demostrar más delicadeza. Había empezado bien: no había derribado a Antoine en el jardín, no estaba apoyando el cañón de mi pistola sobre su ojo, no amenazaba a Marconi con volarlo todo... Mi estrategia actual podía resumirse de esta forma: buenas tardes/por favor/adiós/gracias.

Antoine iba bien armado. No intentó esconder el arma tras la espalda.

—Quizás debí haber anunciado mi visita.

—Antoine y yo conservamos un recuerdo ambiguo de nuestra última entrevista: me alegro de verte, es cierto, pero también te guardo algo de rencor por las veces que nos amenazaste de muerte y trataste tan mal a nuestro buen Antoine.

El recuerdo estuvo a punto de ponerme triste: Louise. Me dominé.

—Era una situación muy distinta: en aquella época pensaba que usted estaba implicado en la desaparición de una mujer por la que cometí el error de encariñarme.

—Lo recuerdo, Jon. ¿Y ahora?

Marconi no se detenía en las circunstancias: para él, *ir a lo esencial* es la regla de oro. Imagínense que están discutiendo de algo importante con Bernardo Provenzano, el capo de capos de la mafia siciliana, ¿se sentirían tentados de andarse por las ramas?

—Dos mujeres han caído del cielo, dos componentes de los Fucking Puppets: la

una en mi calle, la otra en el jardín de Valentin.

Bien resumido, ¿verdad?

Antoine nos sirvió el té, sin soltar su arma, y colocó un paquete de galletas de jengibre abierto sobre la mesa. Sus maneras seguían siendo rudas al cabo de los años, pero la intención era buena.

Marconi levantó una ceja:

—Ignoraba que fuesen dos. Las noticias han hablado de una sola mujer. Al ver que había tenido lugar en Largos, me pregunté en qué líos te habrías metido. Es para preguntarse si de verdad has dejado de trabajar...

No me molesté en protestar. Prosiguió:

—Los periodistas hablan de un crimen racista, ¿se trata de eso?

—Los periodistas no lo saben todo. Las mujeres iban dirigidas a Valentin y a mí, lo que descarta el simple móvil racista.

—¿Estás seguro de no haber provocado a uno o dos fachillas? En los tiempos que corren, los hay por todas partes.

—Me he estado acordando de aquella vez que nos envió a masacrar a unos cuantos por la zona de Biscarrosse, pero creo que no dejé escapar a nadie. Y si, por su lado, no reveló nuestra identidad al cliente...

Su rostro se ensombreció: me había visto venir.

—¡Jon! ¡Métete bien en la cabeza que yo nunca hablo de mis sicarios a nadie! Si eso es lo que has venido a oír, puedes marcharte ahora mismo con la seguridad de haber hecho el viaje en balde.

Quizás yo andaba desencaminado, pero no podía dejarlo así. He visto a Marconi mentir lo suficiente como para saber que no se lee en su cara.

—Hay poca gente que pueda establecer una conexión entre Valentin y yo, casi nadie sabe que nos conocemos.

—Siempre hay más gente de lo que creemos que sabe más cosas de las que creemos sobre más gente de la que creemos. El principio del mundo actual es el intercambio de información, y por eso prohíbo a mis asesinos que tengan cuenta en Facebook, ya que no estamos a salvo de nada.

No dejé que se saliese por la tangente.

—Digamos que es así. Quizás hay personas que conocen nuestro pasado en las que nunca he pensado, pero creo poder afirmar que, entre ellas, las que saben dónde vivimos son muy pocas.

—Ni siquiera yo sé exactamente dónde vives. Me imagino que, si tuviera que averiguarlo, no me llevaría más de media hora, pero en este preciso instante...

—También Valentin ha mantenido siempre en estricto secreto lo referente a su segunda residencia.

—Esa dirección debo reconocer que la conozco, porque fui yo el que le vendió la casa.

Aquella confesión no tenía ningún valor, Marconi no podía ignorar que yo ya lo

sabía. Proseguí:

—En ese caso, ¿qué personas son susceptibles de relacionarnos a Valentin y a mí, y además conocer mi dirección y la de su otra casa?

Le dejé un tiempo para pensarlo.

—Quiero decir, aparte de Valentin, usted y yo.

No respondió. Quizás estaba escaneando su memoria. O quizás se sentía lo bastante incómodo como para estar pensando en echarme a la calle.

—¿Tiene alguna idea?

—Piénsalo bien de nuevo —dijo—. Debe de haber un fallo en el razonamiento que te ha llevado a hacerme esa pregunta tan absurda.

—De acuerdo, recapitulemos. Según Valentin, solo siete personas conocen su segunda residencia: él y su pareja, sus dos guardeses ceilandeses y nosotros tres aquí presentes. Valentin y Victoire habían decidido que sería su retiro absoluto. Nunca recibieron allí a ningún invitado. Nunca han sido vistos en ningún pueblo de los alrededores. Por mi parte, he cortado completamente mis lazos con el hampa y, aparte de la incursión de Burger en Largos el año pasado...

—La pareja de Valentin es también su productora, ¿verdad? Conoce bien a las víctimas...

—Es la dueña de Abeille Rôde, en efecto. Pero está fuera de sospecha: no sabe mi dirección.

—Si Valentin le ha confesado vuestro pasado en común, ¿por qué no tu dirección?

—No lo ha hecho. Me lo ha dicho. Dar mi dirección hubiera sido una traición del todo gratuita, no es un tema de conversación entre dos amantes. Y Valentin me ha demostrado que es incapaz de traicionarme. De hecho, ¿por qué razón la productora de los Fucking Puppets mataría a la gallina de los huevos de oro?

Permanecimos un instante en silencio.

—Tiene que haber algún fallo —dijo por fin Marconi.

Ese comentario me hizo perder la sangre fría:

—A usted se le ha escapado delante de alguna de sus malas compañías, Marconi. Piénselo, debe de ser bastante reciente.

Contestó con suavidad, con educación, casi con bondad, de una forma que reconocí de inmediato: yo había entrado en zona roja. Su cólera estaba suspendida encima de mi cabeza como la espada de Damocles. Antoine se puso en tensión imperceptiblemente.

—Jon, eres la única persona viva frente a la que he podido demostrar debilidad en ciertas ocasiones... Soy un viejo malhechor, es cierto. He matado y he mandado asesinar más de lo razonable. Pero cuando digo que no he hablado, es que no he hablado.

¿Mi estrategia buenas tardes/por favor/adiós/gracias se había quedado enganchada en la puerta del jardín?

—Lo siento, jefe, yo...

—No me interrumpas. Te has desplazado hasta aquí porque, una vez más, sospechas que he traicionado las reglas básicas de nuestra hermandad, es decir, que he faltado a mi honor. La última vez me asignaste el papel de cabrón dispuesto a librarse de uno de sus más antiguos colaboradores, aquel al que más a menudo he manifestado mi apoyo y mi afecto (¿no te has dado cuenta?), y esta vez sería simplemente culpable de indiscreción. ¿Es eso? ¿Habría *hablado más de la cuenta*? ¿Me habría convertido en un viejo chocho, en un charlatán?

Estaba rojo de cólera. A su espalda, Antoine balanceaba la cabeza en señal de incredulidad. Que alguien pensara que su jefe era un desgraciado le consternaba.

Era mi última oportunidad de enfriar aquella funesta cólera.

—Siento que se lo tome de esta forma, jefe, yo solo busco un poco de ayuda.

Una vez que había agarrado de nuevo el timón del «por favor», no le dejé tiempo de volver a empezar. Procuré hablar lo más calmadamente posible.

—Comprenda que el vínculo entre Valentin y yo es mi única pista para llegar hasta los cabrones que han lanzado a las hermanas M'Bow desde un helicóptero.

—Burger.

—¿Perdón?

—Existe alguna relación con Burger.

No comprendía adónde quería llegar:

—¿Una relación con Burger? Ese imbécil está muerto, y Valentin vio claramente un helicóptero: hay que descartar la pista paranormal.

Marconi no reaccionó. Deduje de su aspecto concentrado que había comenzado un análisis profundo de su importante stock de memoria. Permanecí en silencio y aproveché para comerme dos galletas de jengibre.

Antoine abrió la boca. Aquello me sobresaltó, nada más aterrador que una estatua de mármol que empieza a hablar.

—¿Y si simplemente Burger hubiese cantado mientras estaba vivo?

Banal, luego admisible, pero:

—Tenía muchos defectos —dije—, pero era un profesional y además una tumba. Nadie lo vio nunca jactándose de sus éxitos. Sus últimos días los consagró a intentar que yo pasara a mejor vida, no creo que tuviera interés alguno en revelar toda mi biografía a bombo y platillo, ¿verdad?

Marconi no había prestado ninguna atención a nuestra conversación. Rompió su propio mutismo y, expresándose con la parte informatizada de su ser, dijo con frialdad:

—Los guardeses ceilandeses.

El análisis de su disco duro acababa de terminar, aparentemente con éxito. Pero yo no tenía ni idea de a qué se refería.

—Los guardeses ceilandeses —repitió.

—¿Qué pasa con los guardeses ceilandeses?

—Ahí está el fallo. No están en la lista. Y deberían.

—Valentin me dijo que estaban fuera de toda sospecha. Están a su servicio desde hace diez años y son de una discreción absoluta. Además, no saben nada de mí. Y tampoco veo su relación con Burger.

Antoine sufrió un repentino ataque de tos. Marconi se volvió hacia él con cara de disgusto. ¿Qué le pasaba?

—Te confirmo que son gente magnífica. Y pase lo que pase, te prohíbo que les pongas la mano encima.

¿Transmitía yo tal imagen de brutalidad?

—Fui yo el que se los recomendó a Valentin.

—¿Se los vendió junto a la casa?

—Yo no vendo seres humanos. Simplemente los puse en contacto.

—¿Y de dónde los sacó?

—Esa no es la pregunta apropiada. La pregunta correcta sería: «¿A quién más se los recomendó?».

Cada vez me sentía más perplejo, pero no me hizo falta hacer más preguntas.

—Contraté primero al señor y la señora Prabhakaran para mi propio servicio, a través de una agencia especializada en personal doméstico, simplemente. Esa gente era de una discreción y solicitud a toda prueba. Pero Antoine...

Se volvió hacia él.

—Antoine, me permites que revele esa vieja historia a Jon, ¿verdad?

Antoine bajó los párpados una sola vez. Marconi prosiguió:

—Digamos que Antoine se quedó prendado de la dama.

Antoine enamorado. Me metí dos galletas de jengibre en la boca, para conservar la compostura.

—Antoine respeta los viejos principios. Para él, el matrimonio es sagrado. «No desearás a la mujer de tu prójimo.» La situación le hizo sufrir atrozmente. Se convirtió en insostenible. Me pidió que alejara a la señora Prabhakaran, pero se ocupó personalmente de que la pareja no se viera en una situación difícil.

No me atreví a volver la mirada hacia Antoine: a mí, que lo conocía, aquella delicadeza me producía espanto. ¿Cómo imaginar que en ese cuerpo mineral, casi sin vida, había latido desde siempre el corazón de un enfermo de amor? ¿Cómo entender que el destino de ese hombre hecho para amar se hubiera desviado hacia caminos tan alejados de la compasión? Nos estábamos sumergiendo en una bañera de agua de rosas, cuando lo que se esperaba de él era un baño de sangre. Por primera vez, me pregunté si todavía era virgen.

Pero lo que me reveló Marconi instantes después me devolvió al mundo real:

—Antoine tuvo la mala idea de guiarlos hacia Burger.

—¿Burger? ¿Los guardeses de la segunda residencia de Valentin conocían a Burger?

—Permanecieron a su servicio durante varios años. Pero Burger tenía la mala

costumbre de humillar al señor Prabhakaran delante de su mujer. Así que volvieron a verme para quejarse y les conseguí otros patrones. Primero una pareja de suecos que se instalaron en la región durante un par de años. Dos años más tarde Valentin, que mientras tanto se había hecho lo suficientemente rico como para pagar sus servicios.

Necesité dos galletas más para digerir toda aquella información. Esperé a tenerlo todo bien masticado antes de proseguir:

—De acuerdo, hay una posible relación entre Burger y Valentin, y ese lazo puede llevar hasta mí. Conocen la dirección de Saint-Léon. Pero eso no significa que conociesen la mía, y mucho menos que estén implicados en el asesinato de las hermanas M'Bow.

—Burger conocía esa dirección, y pudo revelársela cuando vivía.

—Pensaba que ya no tenían relación. Y, de todas formas, si son gente magnífica, ¿por qué iban a implicarse en estos asesinatos?

—Se le pueden hacer cosas terribles a la gente magnífica, con tal de producirles el miedo suficiente. De hecho, no he dicho que estuviesen implicados en los crímenes. Solo he dicho que son un posible vínculo entre Valentin y tú y que ese vínculo pasa por el fallecido Burger. Seguir esa pista es cosa tuya, Jon. Por mi parte, no tengo más datos. Pero si los encuentro, te llamaré.

Se levantó y yo hice lo mismo.

Mientras me acompañaba hasta la entrada, le dije:

—Ya ve que no me equivoqué al venir a preguntarle.

Se rio. Tenía nuevamente el buen humor del tipo en pantalón corto y zuecos de plástico.

—Lo que siempre me ha molestado de ti, Jon Ayaramandi, es cómo te las arreglas para tener siempre razón.

Antoine me abordó a la salida. Me puso una mano en el hombro —la sentí pesada y fría a través de la tela de mi camisa— y me dijo bajando la mirada:

—Por favor, Jon, no reveles nunca mi secreto. Nadie debe conocer jamás mis sentimientos hacia ella.

Era todavía más grave de lo que pensaba.

Y añadió mirándome fijamente con sus ojos repentinamente ardientes y amenazantes:

—Y trátala siempre de manera correcta.

Cerró aún más su mirada sobre la mía.

—Confío en ti —dijo.

Pero no parecía que lo hiciera.

—De todas formas, algo me dice que no los veremos rondar por aquí en algún tiempo —dije para cerrar el tema de una vez por todas.

*

Había oído hablar de una mejoría en la situación de Sri Lanka. No ignoraba que durante largos años había existido un conflicto entre el ejército gubernamental y los separatistas tamiles, y que la población había sufrido mucho, hasta el punto de que muchos tamiles habían huido de su país para emigrar a lugares del planeta bastante menos hermosos y donde habían sido muy mal acogidos.

La emigración es la gran desventura de nuestro tiempo: la mayoría de los humanos no son nada hospitalarios.

Yo creía saber que el conflicto había terminado, pero sin estar seguro de cuándo exactamente, debía de remontarse a dos o tres años atrás, y me parecía que desde entonces no se había vuelto a hablar de atentados terroristas en Sri Lanka. El turismo había recuperado su expansión, allí como en todos los países con aspecto de paraíso terrenal, poblados por seres humanos magníficos y sonrientes. Recordaba imágenes de postal de playas de arena blanca con hombres a lomos de elefantes. En esas orillas, las familias, con montones de flores entre los brazos, quemaban a sus muertos sonriendo. Cosas que nos hacían olvidar las zonas todavía minadas, los niños mutilados, los huérfanos y los desheredados de la guerra y del tsunami, la piratería marítima, el turismo sexual y la persecución no del todo extinguida de las minorías, siempre sospechosas.

El infierno instalado en el paraíso, a eso debía de parecerse Sri Lanka. Uno de esos lugares que demuestran que la vida no tiene como fin la felicidad humana, ni siquiera la de los animales, como mucho la de las piedras, la arena y el agua.

Deseaba en mi fuero interno buena suerte al señor y la señora Pachanosecuántos —no había conseguido memorizar su maldito patronímico—, buena suerte para su tercera vida.

Tanto mejor si esa pobre gente había podido pagarse el regreso a su país natal a costa de mí y de Valentin. ¿Quién podría reprocharles el haber revelado todo lo que sabían de dos malhechores tan ajenos a su mundo como nosotros?

Quizás si hubiese conocido a esa gente, si los hubiera frecuentado diariamente durante diez años, si les hubiese otorgado mi confianza, habría pensado de forma distinta, pero, en este caso, no podía reprocharles nada.

En ese punto estaba. Yo, Jon Ayaramandi.

«Quizás tengas más corazón que todos esos buenos franceses que votan en contra de los inmigrantes», me dije.

Cuando tu alma te parece grande y estás mirándote complacientemente en el retrovisor de un Volvo, ha llegado el momento de poner un poco de música.

En plena adoración de mí mismo —¿estaba soltando los nervios?—, encendí mi iPod al azar.

«Not Good Enough» de Chain & The Gang.

Hum.

Volví a pulsar el botón de búsqueda aleatoria.

«Mirror Mirror» de Ghinzu.

Un tema realmente fabuloso cuyo estribillo decía: «*I'm beautiful. / Why don't you kill me now and try me?*».

Harías mejor atendiendo a la carretera, tío.

Para no terminar como Narciso, estampado en un plátano de sombra.

¿Sería Burger el que había montado todo este berenjenal? Los auténticos tocapelotas resisten a todo, nada les gusta más que fastidiarte post mórtem. Pero agua pasada no mueve molino...

Al entrar en Bayona, me metí en un atasco. Los primeros juerguistas vestidos de blanco se dirigían a pie hacia el centro.

Me pareció sensato desviarme por la orilla derecha del Adur, por los muelles, pero acabé bloqueado detrás de una autocaravana con el carburador sucio, envuelto en una nube de diésel. Las bicicletas nos adelantaban por el carril bici por encima del río. Y también los peatones.

La luz del final de la tarde jugaba con el agua, mientras la marea remontaba la corriente del río. Grandes superficies en calma, parecidas a burbujas gigantes procedentes de las profundidades, marcaban los puntos donde las fuerzas contrarias encontraban su equilibrio y se anulaban. Allí, los barcos pesqueros, flotando en armonía, parecían no preocuparse de lo mundanal, de la furia que se había apoderado de las orillas y de la ciudad entera.

Tardamos un cuarto de hora largo en recorrer quinientos metros. Los primeros chiringuitos aparecieron a lo lejos, llenos ya de bebedores. El carril bici había sido invadido por el gentío. Los borrachos zigzagueaban entre los coches. Y los empujaban. Se ensañaron especialmente con el mío.

—¡Eh! ¡Más cuidado! ¡Aquí está el capitán Haddock en su barquito!

Me sacudieron cantando «Oh mon bateau!», la inmortal oda de Éric Morena.

Bienvenidos al maravilloso mundo de la alcoholización de masas. Un tipo de unos treinta años se tumbó sobre mi capó. Era alto, ancho de hombros, y llevaba una buena curda.

—¡Dos euros por una jacqueline! ¿No te parece escandaloso, abuelo? —gritó.

De golpe, me sentí un aguafiestas.

—¡Eh! —insistió dando un puñetazo en el capó.

Y después empezó a arrancarme los limpiaparabrisas.

Bajé del coche, le agarré del cuello y lo lancé contra una señal de prohibido aparcar.

Aparqué el coche en cuanto pude, sobre un terraplén al final de un parking lleno a rebosar. Por casualidad, el chaval que había intentado arrancarme los limpiaparabrisas se encontraba unos metros delante de mí, meando sobre una Harley-Davidson. Le di una buena colleja y le hundí la cabeza en un charco de barro hasta que se quedó sin respiración. Perdió la confianza en sí mismo durante un instante y así pude agarrarle por la camiseta.

—El vandalismo es cosa de niños mimados —le expliqué—. Deberías intentar enfrentarte de verdad con la gente.

Su polla colgaba de la bragueta como un pajarito caído del nido. Subí la

cremallera de golpe y gritó de dolor.

Intentó zafarse.

—Espera un poco, todavía no he terminado.

Le quité la bandana procurando no estrangularle demasiado.

—Tu camiseta no huele nada bien y está empapada. Por cierto, ¿empapada de qué? No puedo ponerme algo así.

—No molas, tío —dijo.

—Claro que sí, hombre... —lo tranquilicé.

Eché un vistazo a su pantalón blanco. Quizás era de mi talla, pero...

¡Completamente meado!

Al final, me limité a robarle el pañuelo y su botella de jacqueline. La mezcla de vino blanco y granadina no es precisamente lo que bebería en casa, pero en las calles de Bayona... debía fundirme en el decorado. Si no, corría el riesgo de llamar la atención.

—Feliz fiesta —le dije—. Diviértete.

*

¿TE HAS VISTO CUANDO HAS BEBIDO?

Enumerar la lista de las diferentes bebidas que ingerí en las horas siguientes no sería tarea fácil: vino blanco con lima, sangría cargada de ron, champán tibio mezclado con vodka, cerveza y Picon... Renuncio. De todas formas, ninguna de esas pócimas merece ser servida en una velada entre amigos.

No había necesitado más de media hora para encontrar a Valentin en aquella agitada marea humana. O más bien fue él quien me encontró.

—Un tipo en camisa negra en las fiestas de Bayona destaca como un culo en medio de la cara.

Ya estaba bastante bebido. Añadió:

—He encontrado a mis colegas.

No reconocí a ninguno. Y sin embargo, no hacía mucho que había visto actuar a los Fucking Puppets. Hasta había pasado a saludarlos a los camerinos después del concierto, entre una multitud decadente en la que quien más quien menos hacía girar su lengua en la boca del primero que llegase, en total confusión de sexos, sin preocuparse siquiera de conservar la misma pareja de un polvo a otro. El tipo de comportamiento que hiere mi sensibilidad. En mis tiempos no pasaba esto, pueden creerme, sabíamos comprometernos.

No reconocí ni al guitarrista, ni al teclado, ni a nadie de los coros, ni siquiera al técnico de sonido —un tipo que me había caído bien al momento, cuadrado y desagradable como un contenedor de reciclaje de vidrio—, aunque debo reconocer

que yo tampoco andaba ya muy sobrio.

—Creo que estos no son los que viniste a buscar, Valentin —le hice notar.

—Sí, pero ¿has visto toda la gente que hay? ¡Ya es un milagro haberte encontrado!

Menudo milagro: en las fiestas de Bayona hay tres bodegas a las que van todos los roqueros, ni una más. Acerté a la primera.

Lo conduje hasta la segunda.

—¿Alguien ha visto a mis músicos? —gritó Valentin a la concurrencia.

Unas chicas borrachas nos respondieron:

—¡Están por ahí!

—Visto lo visto, no creo que tus amigos estén realmente seguros en medio de este gentío —dije.

—No es fácil ser discreto cuando se es famoso —dijo quitándose la faja roja.

—Pero ¿qué coño haces?

—Me voy a hacer un turbante.

La pistola cayó al suelo. La recogí discretamente pero no tenía ningún bolsillo libre. Me la introduje en el pantalón. Tuve que hundirla bastante contra el muslo, dada la inusitada longitud del cañón. Molestaba mucho al caminar.

Antes de llegar al chiringuito, pregunté a Valentin a quemarropa:

—¿Sabes para quién trabajaban los ceilandeses antes de estar a tu servicio?

Respondió sin dudar:

—Para Marconi.

Error. Falta de información. Pero el efecto sorpresa y su avanzado estado de ebriedad garantizaban la sinceridad de la respuesta: *in vino veritas*, se dice.

Valentin no sabía que habían estado trabajando para Burger, nunca dispuso de esa información clave. Podíamos ver el tema de dos formas: o bien los guardeses ceilandeses eran unos malditos embusteros y en consecuencia personas susceptibles de maquinar tejemanejes, o bien, al contrario, habían demostrado su discreción.

Fuera como fuese, me costaba hacerme cargo de todas las implicaciones que resultaban de una u otra hipótesis. ¿Los guardeses de Valentin estaban relacionados con los asesinos de las hermanas M'Bow? Y si ese era el caso, ¿cuál era la relación con Burger? ¿Había permanecido él informado de cada uno de los movimientos de Valentin durante todos esos años? Y, de ser así, ¿por qué? ¿Porque sí? ¿Por *curiosidad*? Entraba dentro de lo posible que, al cabo del tiempo, los guardeses hubieran podido escuchar alguna conversación entre Valentin y su compañera y se hubiesen enterado de algunos aspectos de nuestra actividad pasada... Quizás se hubiesen puesto en contacto con Burger para venderle información. Pero aquello no explicaba cómo sabían mi dirección... Y, además, francamente, ¿por qué estallaría todo eso ahora, un año después de la muerte de Burger? ¡Nada de aquello se sostenía!

Un grupo de jóvenes empezó a lanzarnos comida a la cara. Disparos a base de patatas fritas y confit.

—Nos están bombardeando —dijo Valentin quitándose un trozo de carne grasienta del cráneo.

—¿Sabes si llegaron bien a su país? —dije evitando como podía los proyectiles.

—¿Eh?

Lo cogí del brazo y pegué la boca a su oreja. Había un ruido del demonio, tenía que hablar muy alto.

—Te pregunto si tus guardeses ceilandeses llegaron bien a su destino. Me preocupo por ellos.

Su rostro se ensombreció de repente.

—Me imagino que Victoire tendrá noticias tuyas vía Facebook. Espera que la llame.

Me esforcé en sonreír cuando un joven intentó enchufarme en la boca el tubo de una sulfatadora que colgaba de su espalda.

—No tengo sed, chaval, ve a jugar a otro lado.

Accionó la bomba con un movimiento brusco del brazo.

Me llevé un buen chorro de rosado en plena cara.

Le di las gracias sin dejar de sonreír. En una fiesta habría que matar a todo el mundo, pero no se puede. A no ser que uno sea un déspota ilustrado y tenga a su disposición armas de destrucción masiva.

Avanzamos en medio de miles de personas que balbuceaban canciones incomprensibles, sin duda en holandés.

Valentin se tragó varios tubos de sulfatadoras por el camino, sin despegar su móvil de la oreja. Cuando terminó la operación, se volvió para gritar:

—¡No hay noticias!

Deduje que hablaba de los guardeses.

Una banda se arrancó con el famoso «Paquito el Chocolatero». Ese pasodoble, cuando lo interpreta una orquesta en plena forma, es decir, completamente borracha, te quita las ganas de hacerte el intelectual.

Me senté en el suelo detrás de Valentin, que a su vez estaba detrás de un desconocido, y doblé la cadera, con las manos arriba, al ritmo de los demás, en un movimiento supuestamente inspirado en el remo. Un desconocido se sentó a mi espalda. Esa especie de sentadilla en ciempiés (que por aquí llamamos un «paquito») tenía por lo menos cien metros de largo.

Nos habíamos metido de lleno. Tenía la impresión de pertenecer a una versión más simple y competente de la humanidad. Sabía que era malsano, pero, ¡joder!, qué bien sentaba.

—¿Continúas pensando que esto es fascismo? —dijo Valentin a voces.

Miré a mi alrededor.

—¡Cállate y rema!

*

Llegamos a un bar que no se había dejado llevar por el tiempo, o, para ser más exactos, al que el tiempo no había llevado al lugar adecuado. Clientes vestidos de negro, excepto algunas camisetas blancas desgarradas y pintarrajeadas con frases obscenas. Cabellos cortados a máquina como los de Richard Hell. Proliferación de imperdibles de bebé, uno de los cuales atravesaba una mejilla arrugada —el tío tenía por lo menos cuarenta y cinco años, joder—, y con *Look Sharp!*, de Joe Jackson, girando sobre un plato Telefunken. En cuanto terminó el tema «(Do The) Instant Mash», un barbudo de pelo grasiento quitó a Joe y lo reemplazó por Graham Parker.

Una pareja en la barra bebía tequila con sal y limón. Algo de otros tiempos: te frotas la mano con el limón, echas sal (sí, en la mano), la chupas y bebes de un trago (lo explico para los jóvenes).

«¡Oh, tiempo, suspende tu vuelo!» Poesía pura, tío. Solo una o dos yonquis más bien calladas que olían a viejo Camel desentonaban del poema.

Un círculo de resistentes, por llamarlos de alguna manera.

Un quincuagenario de look incierto (psychobilly sin tupé) intentó venderme un fanzine cuya primera página hablaba de la vuelta de los Cramps.

—Pregúntale si ha visto a mis músicos —me pidió Valentin.

Como si no dominase lo suficiente la lengua local.

—¿Has visto a los músicos de los Fucking Puppets?

—Los Fucking Puppets son una mierda. Yo solo escucho psycho. Aquí la música es una mierda.

No había duda, habíamos desembarcado en 1980.

—Bueno, ¿me compras el fanzine o no, joder?

Le di cincuenta céntimos de euro. Después Valentin y yo volvimos a la tarea de interrogar a los demás parroquianos uno por uno. El problema es que la mayoría parecía no conocer a los Fucking Puppets.

—Mejor escucha a Dr. Feelgood, tío.

—Mejor escucha a los Talking Heads, tío.

—Mejor escucha a los New York Dolls, tío.

—Mejor escucha música de verdad, tío.

Al salir del bar, teníamos la moral tan alta como la de un profesor que acabara de perder a sus alumnos bajo los escombros de un colegio bombardeado. Y, precisamente, un tipo acababa de poner «London Calling» de los Clash.

—Joder, eso sí que es buena música, tío.

Hicimos la ronda por varios bares, cada uno en su estilo. Me ahorraré los detalles. El último no tenía música.

Se cantaba.

Encima de las mesas.

Elle aime à rire, elle aime à boire,

elle aime à chanter comme nous!^[14]

«Fanchon». Siento tener que confesar que me gusta esa canción. La más poética de las fiestas, en mi opinión.

Aparte de eso, había bastantes pantalones bajados, chorras al aire, tíos meando contra la barra e incluso sobre chicas que se reían.

—¡Eh, oye! —dije—. No está bien mear sobre el prójimo.

Todo el mundo estaba completamente mamado.

El problema es que aquel sitio era grande y no se veía muy bien el fondo, y que era tan difícil moverse como en una fosa común en hora punta, y que además...

Yo ya no andaba muy bien.

Valentin abrió camino. Seguimos bebiendo de todo lo que nos ofrecían. Es la magia de las fiestas, cuando todo el mundo está tan borracho que beber se vuelve gratis. De pronto, le oí lanzar un grito de alegría y le vi levantar los brazos al aire:

—¡Están allí!

Tres coristas. De pie alrededor de un barril. Desafinando más que el resto de beodos. Mala imagen para unos profesionales.

Valentin necesitó un rato para darse cuenta de que faltaban tres músicos.

—¿Y los... tros?, ¿... béis visto los... tros?

—¿Eh?

Estaban tan borrachos (y nosotros también) que era imposible dialogar:

—¿... béis visto Brutus y Ri... Rigor Mortis? Y... y a Calavera.

—Sssí... los... losemosvisto.

—¿Dónde?

—¡En tu culo, tron...! ¡En tu culo!

Aquello les hacía partirse de risa.

No había nada que hacer.

*

Después de aquello, el alba. Las calles llenas como un sábado por la tarde. Una joven con el torso desnudo, balanceándose como un ballenero en una marejada. Sus senos eran tan grandes que uno no podía evitar mirarlos. Areolas grandes y oscuras. Se reía sin darse cuenta.

—Devuélvele su camiseta —me dijo Valentin—. ¡Es insoportable!

La camiseta me valía y olía bien.

—Creía que debía vestirme de blanco.

—El caso es que, ahora, es demasiado tarde. Hace mucho tiempo que todos se han fijado en ti.

La chica estaba graciosa. Hablaba con un rubito y se reía de él en su cara:

—La guerra fría, ¿es la que hubo entre lapones y esquimales?

¡Ja, ja!

Continuamos nuestro periplo hasta que llegó la mañana.

—Te invito a una cerveza con Picon —dije—, y luego vamos a echar la pota al puente.

—Vomitarse es hacer trampas —respondió Valentin.

Muertos de risa.

Muertos.

En aquel momento, el sol se levantaba sobre el Adur. Valentin intentaba vomitar sobre un barco que pasaba bajo el puente de Saint-Esprit.

Lo consiguió. Oí cómo ascendía una salva de insultos. Reconocí la voz: ¡Al!

Y su amigo cirujano, el doctor Di Vica. A él necesité algunos segundos para reconocerlo. Hacía más de un año que no me lo cruzaba, desde que le había anunciado que su colega Al acababa de morir por segunda vez. Eso fue antes de su segunda resurrección. Algún día se lo contaré.^[15]

Los dos pijos salían de pesca en su enorme y carísimo barco. Dos motores a popa y un casco de diseño perfecto.

—Un día lo pagaréis —gritó Valentin—. Y vuestro barco servirá para alojar pobres.

El grado cero de la reflexión política, es cierto. Pero:

—Empezaremos todo desde cero —añadí.

De todas formas, mis palabras eran demasiado pastosas como para ser comprensibles.

Nos hicieron señas para que bajásemos al muelle.

Sobre el puente de proa, una mujer en bañador se frotaba el vientre con una toalla. Belleza treintañera, lujosa y enfadada.

—Mi mujer —presentó Di Vica.

Valentin consiguió articular sus excusas con claridad:

—Perdón por lo del vómito —dijo, antes de precisar, apuntando con el dedo—, en su vientre.

La mujer corrió a refugiarse en la cabina.

—Vega está muy molesta —explicó el doctor.

Los más incómodos éramos nosotros.

—¿Te has hecho daño en el pie? —se inquietó Al.

Se había dado cuenta de que cojeaba.

—Sí. Hace dos días, pero es soportable.

—En tu estado actual, no me cabe duda, no estás lejos de la anestesia general, pero cuando se te haya pasado la borrachera... Déjame ver.

Apretó exactamente donde no había que apretar. Es algo típico de los matasanos, lo que demuestra su competencia.

—¡Ahhh!

—Hay que hacer una radiografía, amigo mío.

El doctor Di Vica manipuló también mi dedo gordo. Sus gestos eran más suaves pero, precisamente por eso, desconfiaba. Su esposa reapareció, con toda probabilidad para verme sufrir. No había duda de que habría deseado que su marido me hiciese pasar un rato desagradable.

—Yo no he hecho nada, señora, no fui yo el que vomitó desde el puente.

Volvió a la cabina: decididamente, éramos un caso perdido.

—Hum —dijo el doctor.

¡Eh! ¡Normalmente soy yo el que dice «hum»!

—Ya no siento el resto del pie —informé.

—¿En absoluto?

—En absoluto. Es como cuando el dentista te pone anestesia local, salvo que es en el pie.

—¿Ni siquiera hormiguelo?

—Ni siquiera hormiguelo, ni cosquillas de ningún otro insecto.

Me había convertido en un payaso. Un payaso borracho.

—No parece roto... Quizás haya una fisura. Esto no se va a curar solo. Además, si camina sin sentir el pie, se arriesga a darse otro golpe. Vendrá a la clínica en cuanto se le haya pasado la borrachera.

Todas esas alusiones empezaban a ser molestas.

—No creo, no.

—No era una pregunta. Verá como viene a vernos. O entonces será que prefiere esperar eternamente en las urgencias del hospital. Habrá bastante gente, con las fiestas.

—Sí, bueno. ¿Van ustedes hacia allá? —dije señalando el océano—. ¿Pueden dejarnos en Largos?

El trayecto duró apenas diez minutos. Nos dejaron en el muelle a la altura de los hangares abandonados, a trescientos metros del campamento gitano. Y se marcharon rumbo a alta mar.

—Llámame para pedir cita en cuanto estés en estado de telefonar —gritó Al.

La bella Vega subió a asegurarse de que habíamos dejado el barco.

Y los tres nos hicieron grandes gestos de adiós.

Toda esa gente se reía de nosotros.

—Parecías gilipollas con lo de tu pie —comentó Valentin.

Aparentemente, su vómito no contaba en absoluto.

—Mi coche está aparcado al otro lado del planeta, no hemos encontrado a tus músicos, tendremos que andar media hora (haciendo eses) antes de poder meternos en una cama y tenemos un cincuenta por ciento de probabilidades de darnos de bruces, por el camino, con los asesinos aerotransportados... Así que no es el momento de partirte la cara. Lástima.

Se dio por enterado.

—Apóyate en mi hombro, Jon. Caminaremos codo con codo.

—Sí, será lo mejor.

—Quizás nuestro trayecto en barco nos haya ahorrado encuentros desagradables. Porque, si nos estaban siguiendo, hay muchas probabilidades de que nos hayan perdido en ese momento, ¿verdad?

Sí. Salvo si esa gente nos esperaba en las cercanías del campamento.

Repitió su pregunta:

—¿Verdad?

[...] viejo porque ya está en nosotros el deterioro y la muerte; y joven, porque la vida se renueva con una asombrosa tozudez, el corazón sigue latiendo con vigor y con toda su frescura, como si esta fuera la primera mañana del mundo.

FRANÇOIS JULLIEN, *Las transformaciones silenciosas*

Dormir durante el día es una muestra de que todavía no se ha comprendido la regla más elemental de la existencia.

Paco nos había llevado de vuelta hasta mi casa, sin duda. No recordaba nada. Valentin dormía en la habitación de invitados, a juzgar por el ruido de rotor que invadía la casa. Si había algún helicóptero hembra en los alrededores, estaba seguro de que se posaría en el tejado del edificio...

¡Joder, cómo me dolía el pie!

Y también la cabeza. Un dolor tan intenso que me pareció obvio que debía triplicar la dosis de paracetamol. Seis de golpe y ya veríamos.

Me senté en el sofá del salón, tras haber puesto *L'Incroyable Vérité* de Sébastien Tellier a un volumen razonable. Un álbum obra de un músico de verdad, bastante anterior a su epifanía azul. Le daré un voto de confianza a lo siguiente que haga. Sin duda, había una parte de Sébastien Tellier que merecía más la pena que aquel superego defectuoso.

Me sentía tan fresco como una rosa marchita. De hecho, me quedé otra vez medio dormido.

Valentin no apareció hasta las seis de la tarde.

Con el móvil pegado a la oreja y cara de preocupación.

—La policía me ha citado para declarar. Llamaron al estudio. También tengo un mensaje de Victoire. Ha llegado bien a Córcega. Su amigo no ha podido acompañarla.

Levanté una ceja en señal de interrogación.

Esbozó una sonrisa extraña:

—Hice un trato con su madre, es ella quien la acompaña.

Sé reconocer cuándo Valentin no me cuenta más que la mitad.

—Hum.

—Vale, vale, lo confieso, llamé al tipo y lo amenacé de muerte.

—Lo prefiero. En tu lugar, también yo me habría comportado como un imbécil.

Tomamos una merienda contundente: café, pastís de las Landas (la especialidad de la pastelería de la esquina), canelés de Burdeos, queso de oveja y cerezas.

Una delicia.

Cuando se marchaba me dijo que se sentía:

—Mareado.

Esgrimía que le costaba digerir el pastís.

—Ya vomitarás en comisaría, tío. Aquí ni hablar.

Lo acompañé hasta la puerta y le di una amistosa palmada en la espalda, quizás mal calculada. Se desequilibró hacia delante y estuvo a punto de romperse la crisma.

—¡Venga, ánimo!

El timbre sonó al cabo de unos segundos.

Estaba en el umbral, de brazos caídos.

—No tengo coche.

—¡Joder!

Los habíamos dejado en Bayona.

—Te pediré un taxi.

*

«Noche de mayo» seguirá siendo uno de mis poemas preferidos, pero cuando dice: «Nada te hace tan grande como un gran dolor», ahí no estoy nada de acuerdo.

Daba tanta pena como cualquier anciano impotente destrozado por los estragos del alcohol y el tiempo; esos dos hace mucho que han llegado a un acuerdo para ajustar cuentas conmigo.

Lo más complicado, cuando a uno le duele el pie, es no echarse a llorar como una niña. Por otro lado..., ¿por qué aguantarme, dado que estaba solo en casa?

Porque nunca se sabe.

¿Qué iban a pensar Perle o Mylène si aparecían de improvviso?

Cuantas más horas pasaban, más insufrible se ponía mi dedo gordo.

No se me pasaba por la cabeza ir a buscar el coche a Bayona o hacer cualquier cosa que supusiese poner un pie delante del otro. Estaba encerrado en casa y era incapaz de pensar en nada más. Si al menos hubiese podido terminar mi relato... Pero, francamente, ¿cómo querían que lo hiciera en esas condiciones?

A medida que el dolor de cabeza iba cediendo, avanzaba el dolor en el dedo. Imposible escapar de él. Y eso que estaba muy localizado. No irradiaba. No se extendía por mi pierna. Se contentaba con ser insoportable allí donde estaba: el dedo gordo y sus inmediaciones.

Solo el hielo había conseguido atenuarlo un poco. Pero hacía horas que no me quedaban cubitos.

Lo único que podía hacer era esperar que Al estuviese aún en la clínica. Entre unas cosas y otras, ya eran las ocho de la tarde.

—¿Puede ponerme con el doctor Al?

—Supongo que se refiere al doctor Alix Daniel.

—Es urgente, señorita, tengo el útero con cinco de dilatación, va a llegar de un momento a otro.

—Oh, disculpe, señora, le paso con maternidad.

Pasó un buen rato hasta que pude hablar con Al.

El personal no le había visto la gracia a mi broma. Por lo menos Al no me hizo comentarios del tipo: «Ves, ya te dijimos que llamarías». Se lo agradecí.

—Enviaré a Perle a buscarte.

Por fin.

*

Perle llegó gritando:

—¡Niino, niinoooo!

—No estoy de humor para bromas.

Estaba encantada.

—Esta mañana tenías pinta de estar más contento.

La voz aflautada de Luna me dio el golpe de gracia:

—Abuelito, me parece que deberías estar más triste. No olvides que eres un viejo abandonado por su familia.

La verdad sale por la boca de los niños.

—¿Qué quiere decir eso que está escrito ahí arriba? —añadió.

Después de que dejaran de vivir allí, había reutilizado la corona mortuoria de la entrada de Disneyland Largos, la casa donde la pequeña había pasado sus primeros cinco años de vida, había tirado el letrero y lo había sustituido por una placa robada de la fachada de un asilo. Ahora, mi casa se llamaba Las Hespérides.

—Qué cansinas sois —dije.

No pronuncié palabra hasta que llegamos. Apenas si les respondí con un sí o con un no.

Perle me dejó frente a la clínica diciendo:

—No eres más que un viejo gilipollas.

Delante de la pequeña no, joder.

—No deberías decir eso, mamá, no es muy amable.

—Vale, chicas, sé que no estoy siendo muy simpático, pero es que me duele mucho, ¿entendéis?

—¿Y ahora por qué te vuelves amable así de golpe?

—¿Que por qué me vuelvo amable?

—Sí, ¿por qué?

—Quizá siente remordimientos —dijo Luna.

—Tienes que pedirme otro favor, ¿verdad?

—No, nada de eso. Pero qué te crees. Gracias por traerme. Eso es todo.

Nada, le pediría a Jean-Luc o a Paco que recuperaran mi coche.

*

La sala de espera estaba llena de gente hablando de *trastornos*: trastornos cardiacos, trastornos digestivos, trastornos neurológicos, trastornos del orden público...

La famosa roquera caída del cielo y su hermana desaparecida.

—Es triste decirlo, pero esas chicas no valían gran cosa.

La letanía habitual de la gente honesta.

—No tenían respeto por nada.

—Esas son las consecuencias de la blasfemia y la mala vida.

—Seguro que no han ido precisamente al paraíso.

—Dios reconocerá a los suyos.

Me puse a gruñir sordamente. Levantaron las orejas.

—¿Ha oído eso?

—Parecía un terremoto.

—Las primeras señales del Apocalipsis —dije.

La espera prosiguió en silencio.

Y con dolor. El pie me hacía sufrir sin descanso.

Al cabo de una hora, sin haber avistado al menor representante del cuerpo médico, abrí la puerta de la consulta de Al.

El señor doctor tenía frente a él a una paciente llorosa.

—No voy a decirle que el infarto que ha sufrido su marido haya sido leve y... ¿Sí, Jon?

Se había levantado automáticamente al ver la brusquedad con la que se había abierto la puerta de su despacho. Su tambaleo daba pena. Y más aún el miedo que acababa de leer en sus ojos. Vi su muleta de colores sobre la moqueta. El señor cirujano con pinta de soldado de élite estaba agobiado por los malos recuerdos. Como todos nosotros, ¿verdad? Volvió a sentarse.

Yo pensaba que estaba en mi derecho, y además ahora que me había lanzado no me quedaba otra.

—Imagino que un dedo gordo no te llevará mucho tiempo, así que si pudieses mirarme enseguida, me vendría bien.

—Acabo de realizar un triple bypass, perdona por haberte hecho esperar.

Dejé que acompañase a la casi viuda con palabras tranquilizadoras:

—La mayor parte de la gente se recupera muy bien de esta operación, la practicamos casi todos los días.

Fanfarrón.

En cuanto salió, intentó convencerme de que tendría que esperar varias horas más.

—Ni lo sueñes.

—Tengo que hacer otro bypass. No has tenido suerte, nos han llegado tres urgencias desde que llamaste, sin contar con los que están contigo en la sala de espera. Son las fiestas.

—Yo necesito más mi pie que tus pacientes su corazón. Para lo que les sirve...
Conseguí arrancarle una sonrisa. Iba a decir que sí.
—Me horroriza sentirme como un cojo —añadí.
¡Ups!
—Eh..., lo siento, Al..., he metido la pata.

*

La anestesia me hizo efecto. Perle y Luna me agarraban de las manos.
Ni las había visto llegar.

Yo estaba completamente grogui.

Luna me dio un gran beso en la mejilla y me tendió su regalo. Era un libro de bolsillo con la foto en blanco y negro de un hombre joven con una pistola metida en la boca.^[16]

—Le he elegido yo —dijo.

—Lo he elegido yo, cariño —corrigió Perle, siempre preocupada de ofrecerle una educación ejemplar.

—No, no has sido tú, deja de mentir.

Se empieza respondiendo a una madre y se acaba cayendo del cielo. Había llegado el momento de recuperar el timón.

—No seas insolente —dije—. No puedes decir que tu madre miente. Aunque se pase el día haciéndolo.

—¿Prefieres que mienta no diciendo que mente?

—Que *miento*, cariño.

Perle siempre ha sido muy paciente con nosotros. Una santa.

Había una cita estupenda en la contraportada del libro: «Estás muerto, colega. Llama a las pompas fúnebres».

—Gracias —dije—. Parece guay.

Al volvió con las radiografías. Esa manía que tienen los matasanos de pretender explicarte lo que te pasa cuando están convencidos de que no vas a entender nada:

—He tenido que ponerte una férula. A tu edad los huesos no se sueldan así como así. Te vas a pasar por lo menos tres semanas sin poder apoyar la punta del pie en el suelo. Y como me da en la nariz que no vas a poder estarte quieto más de una semana, te lo voy a decir muy claro: si se rompe por segunda vez, te costará una hospitalización.

—Y aparte de eso, ¿tienes alguna buena noticia?

—Sí, vas a poder llevar una sandalia posoperatoria que te permitirá arrastrarte de tu cama al váter. Quizás, con un poco de suerte, hasta podrás bajar las escaleras hasta la cocina. Te puedes llevar el suplemento televisivo del *Sud-Ouest* de la sala de espera. En tu caso, va a haber que vigilar los nervios.

*

Los médicos no siempre se equivocan.

Solo llevaba veinticuatro horas encerrado en casa y ya estaba más agobiado que un conejo atascado en un frasco de mostaza. Y a pesar de todo, la crónica de mis recuerdos no había avanzado nada. Era el dedo gordo el que dictaba mi vida. Esa extremidad enana y sin gracia reinaba sobre mi voluntad y controlaba mi sistema nervioso con tanta firmeza como un jefe de Estado conduce a toda una nación a la bancarrota.

Me aburría a muerte. Peor aún: me estaba deprimiendo.

Cada dos o tres horas me colgaba de la viga del salón y hacía flexiones. Sesenta y nueve años y brazos tan poderosos como los de un joven leñador. ¿Y qué?

Qué aburrimiento.

Jean-Luc y Paco me habían traído el Volvo.

Jean-Luc me había dicho:

—Alguien forzó la puerta y cagó atrás. Anda suelta una gentuza... Hemos quitado lo más gordo, pero habrá que lavar a conciencia el asiento.

—No te quejes, tú has vuelto en moto —dijo Paco—. Yo he tenido que aguantar ese olor a mierda todo el camino. Hasta con las cuatro ventanillas bajadas era insoportable. Todavía tengo la impresión de llevar encima esa peste.

Jean-Luc me hizo escuchar su *playlist* del miércoles, que no tenía más que temas recientes.

—Creo que *Blood Pressures* es el mejor álbum de The Kills —dijo.

—Ajá.

—Pero *El camino* no es el mejor de los Black Keys.

—No.

—He incluido «Fuck It. You Win» de Hanni El Khatib. ¿No tienes la impresión de que vivimos una gran época en la historia del rock 'n' roll? Como en el 65-69 o el 77-79.

—Puede ser.

Jean-Luc se rascó la nariz con furia. Intentaba proseguir.

—Yo, personalmente, no me habría casado con Kate Moss.

—Tampoco te lo ha propuesto.

*

Valentin me llamó para decirme que su *entrevista* había ido bien.

—¿Tu entrevista?

—Con la policía.

—¿Te han dado el puesto?

La poli le había anunciado oficialmente la desaparición de tres de sus músicos.

Sus allegados no tenían noticias de ellos desde hacía cuarenta y ocho horas. Habían denunciado su ausencia a la policía a las dos de la tarde.

Teniendo en cuenta las circunstancias, su desaparición era preocupante. Aunque quedaba la posibilidad de que estuviesen digiriendo el alcohol ingerido en alguna parte entre el caos de las fiestas de Bayona.

Valentin me contó cómo se había hundido en el despacho del capitán. Le había dado un síncope, uno de verdad. Tanto por el estrés como por sus propios excesos. Había terminado vomitando hasta su primera papilla en el váter particular del comisario.

Le habían ofrecido apoyo psicológico. Lo había rechazado amablemente.

—No creo mucho en ello, ¿sabe?

—No hace falta creer, no le estoy proponiendo la ayuda de un sacerdote. No está obligado a aceptarla, no puedo forzarle. Sea como sea, lo voy a poner bajo protección policial. No me gustaría que usted también desapareciese. ¿Tiene intención de permanecer en Bayona los próximos días?

—Es que, con el follón que hay en el centro durante las fiestas, señor comisario, tenía previsto quedarme tranquilamente en mi residencia de las Landas.

—Perfecto. Está en Saint-Léon, ¿verdad? Será más fácil protegerlo allí. Haré que lo acompañen. ¿Tiene usted posibilidad de albergar a mis agentes? Así el dispositivo sería más eficaz, más discreto... y más práctico, no lo niego.

Lo que nos faltaba.

—Vale, cuelga —dije—. Y no te acerques más por aquí.

Y me puse por fin a redactar mi famosa crónica.

Otro episodio glorioso, de esos que justifican plenamente mi profesionalidad.

Matar es una actividad muy útil, si quieren mi opinión.

De interés general (II)

Ejecución de un funcionario de ojos dulces (octubre de 1997)

Lo esencial de un crimen es la posibilidad de repetirlo: si hay posibilidad de repetición, no es más que una profesión burguesa.

HERMANN BROCH, *Los sonámbulos*

Pasaron seis meses antes de que Marconi me volviese a llamar.

—¿Sabes lo más gracioso?

No, no lo sabía.

—Vuelven a las andadas. Debes regresar a Pau. Aparentemente, el nuevo secretario general tampoco los convence.

—Deberían replantearse su política de contratación.

—Al parecer la actual prefecta está como una cabra y su director de gabinete anda a la par. Eso podría explicar algunas cosas. Sea como sea, los clientes son gente de bien, créeme, les honra su sentido cívico. Y pagan a tocateja.

Marconi y yo profesamos un profundo respeto por las instituciones de la República.

—¿De nuevo una puesta en escena complicada?

—No, esta vez no. Existe un consenso tan amplio sobre la necesidad de librarse de él que no será necesario.

—¿Otra vez demasiadas personas con un móvil para asesinarlo como para sacar adelante una investigación?

Se rio.

—He oído decir que la prefecta pretende cuidar de sus agentes como sus agentes cuidan a su vez de los ciudadanos. Es su eslogan. Pero cuando le presentaron candidatos de carne y hueso, digámoslo así, los barrió a todos de un plumazo y exclamó: «Tráiganme a un hombre con mano de hierro, no a un gallina». Parece ser que la mayoría de los funcionarios son gente válida, pero está claro que no eran lo que ella buscaba. Seguramente llegará el día en que haya que tratar el mal de raíz, pero hasta que no nos contraten para ello... En mi opinión, solo es cuestión de paciencia.

—¿Una especie de paga extra? —dije.

—Te conseguiré un abono anual de estacionamiento en zona urbana, nos saldrá más barato.

Conseguí convencer a Marconi para que me dejase ir solo. Confiaba en el talento potencial de Valentin: mi mayor deseo era verle sacar adelante una carrera artística y que nunca más tuviese que transportar pistoleros de mi calaña.

Me topé con la casa del nuevo secretario general sin querer, mientras buscaba sitio para aparcar cerca de la Prefectura. La fortuna sonríe tanto a los buenos como a

los malos, les dejo decidir a qué categoría pertenezco.

El señor secretario general estaba abriendo la puerta de entrada de un edificio que daba al bulevar de los Pirineos. Vista espléndida sobre las montañas nevadas, maravillosas en aquella estación. Vivir allí es lo más de lo más en Pau.

Sostenía un ramo de flores en la mano. Media hora más tarde, una joven entró en el edificio. Llevaba una falda un pelín demasiado corta y un abrigo ligeramente demasiado caro, y el brillo de su cabello rubio evocaba el trigo.

Una *call-girl*: se la llama y responde, y ni siquiera es necesario hablar inglés, al contrario de lo que su nombre parece indicar.

Salió tres horas más tarde, con el ramo de flores del funcionario en la mano. Bingo.

Regalar flores a una prostituta es señal de una cierta elegancia. Quizás ese tipo no era el cerdo del que me habían hablado. Suspiré: me horroriza sentir aunque sea una miga de simpatía por una víctima.

Me pareció en efecto un poco más agraciado que el primero. Pelo rizado, de rostro afable y desprovisto de arrogancia, con unos grandes ojos claros. Ni siquiera parecía un tipo duro. Solo son duros los tipos que se han acostumbrado a no hacer ni caso de sus propios sentimientos, y este era capaz de sentir ternura entre los brazos de una jodida prostituta.

Como había pasado una hora larga desde que se había ido la dama, esperaba encontrarlo dormido en su cama. Pero no fue así. Estaba sentado en un sofá, delante de la televisión.

No era el típico soltero afligido, sino un solitario sólido y avezado. Del tipo «estoy solo y no echo de menos la presencia de otros». Durante mucho tiempo pertencí a esa clase de gente. Sin embargo, ¿aquello lo convertía en un camarada? No. Soy el más indicado para saber que la gente que se siente feliz en soledad en el fondo es malvada. Sus rizos grises, sus pecas y su barriguita enternecedora no cambiaban nada.

Di un paso en la habitación para aparecer a la luz.

Volvió hacia mí sus ojos de insomne, antes de dar un respingo y abrirlos como platos igual que haría cualquiera que se dispone a ser asesinado... Apunté mi .38 hacia él diciendo:

—Manos arriba. Si grita, lo mato.

(De todas formas, ya *estaba* muerto.)

—¿Cómo ha entrado usted en...?

El código que me había dado Marconi no funcionaba y había transcurrido más de una hora antes de que encontrara un medio discreto de penetrar en el edificio. Hay que saber ser paciente. Sobre la una de la mañana, un noctámbulo completamente borracho había pulsado el código y la puerta se había abierto. Después se había derrumbado en el portal y yo no había tenido más que pasarle por encima. En cuanto a la puerta del piso, Marconi me había dado la llave.

—Eso no importa —dije.

¿Qué relevancia tienen los detalles técnicos cuando ha llegado la hora de abandonar la existencia?

Lo obligué a entrar en el cuarto de baño y a desnudarse por completo.

—Dúchese y lávese bien —dije.

Obedeció.

—¿Fue usted quien...?

Tampoco respondí a eso: era inútil confirmarle que me debía su cargo.

—Lávese también el pelo.

Quería que estuviese limpio. Todavía no sabía cómo lo iba a hacer. Pensaba en una caída por las escaleras o contra la esquina de un mueble, algo por el estilo. El hecho de que acabara de lavarse dejaría una impresión de banalidad, de cotidiano, era todo lo que había pensado.

Desde hacía algún tiempo tenía tendencia a dejarme llevar. Síntoma de una cierta desmotivación profesional... Me había convertido en un asesino diletante, que se permitía una buena dosis de improvisación. ¿El final de mi colaboración con Valentin me estaba afectando más de lo que hubiese querido?

—Vaya a ponerse un calzoncillo limpio —le solté, a falta de otra idea (y también porque se imponía cierto pudor entre hombres maduros).

Fue entonces cuando abrió el cajón de la cómoda. Un cajón macizo. Le llegaba justo por debajo de la cintura. Cerró el cajón con un golpe de cadera, sin pensar.

—Vuelva a hacer lo que acaba de hacer —le dije agitando la pistola.

—Puedo darle dinero —dijo suplicando, con el calzoncillo en la mano.

Parecía un bebé agarrando su osito.

—Vuelva a hacer lo que acaba de hacer —repetí—. Abra el cajón y vuélvalo a cerrar de la misma forma.

Me miró como si yo acabase de perder un tornillo. Agité con aire amenazador el arma que había servido para enviar a su predecesor al otro mundo. Volvió a abrir el cajón. Se disponía a cerrarlo con la cadera, preguntándose a qué estaba yo jugando. (¿Sería solo un pervertido?)

Lo agarré por los hombros en el último momento, para bajar ligeramente su torso, y empujé con todas mis fuerzas en la misma dirección que él.

No tuvo tiempo de comprender lo que pasaba. El cajón le arrancó las gónadas. Su grito de dolor me pareció extrañamente débil, pero se puso pálido como un lienzo y estuvo a punto de perder el conocimiento. Por desgracia, no pudo derrumbarse porque permanecía enganchado por lo que le quedaba de testículos.

Volví a abrir el cajón para liberarlo. Se inclinó a un lado gimiendo antes de caer inconsciente. La sangre empezó a brotar con una potencia tremenda sobre la moqueta, como un grifo completamente abierto.

Me miré la ropa. No me había salpicado. Estaba impoluto. Agucé el oído, pero no escuché otra cosa que los ruidos de la calle. La vista era en verdad impresionante,

aunque la tranquilidad dejaba mucho que desear. Parecía que todos los borrachos del centro tenían la costumbre de terminar su curda en el bulevar, bajo las ventanas de los burgueses, tras el cierre de los bares.

Esperé a que el hombre al que acababa de emascular se hubiese desangrado lo suficiente, y cuando estuve seguro de que no se recuperaría salí por donde había entrado, sin olvidarme de cerrar la puerta detrás de mí.

En el portal, el borracho había desaparecido.

Salí sin que nadie me viera.

Me deslicé furtivamente hasta la acera y, ya entre todos aquellos fiesteros atontados por el alcohol, me hice también el borracho.

En mi cabeza resonaba «Spazz» de The Elastik Band, sin duda el tema de *garage* más adecuado para tararear después de un homicidio por castración.

Valentin y yo permanecemos bajo arresto domiciliario tres días enteros.

Tres días durante los que no avanzamos ni una pulgada (o un dedo gordo) en nuestras pesquisas. No se me ocurría ninguna idea y, aparentemente, a él tampoco.

El periodo gratuito ofrecido por Paco para la vigilancia de mis corderos llegaba a su fin. A partir de ahora, el taxímetro se ponía en marcha: setenta y cinco euros diarios por vigilar a Al y a Perle.

Me llamarán tacaño, pero mi presupuesto es un poco ajustado y...

Había cenado pronto y me disponía a añadir una hazaña bélica a mi crónica cuando sonó el teléfono. Por desgracia, había dejado el aparato en la planta baja.

Sonaba el undécimo timbrazo cuando conseguí llegar al final de la escalera y descolgar:

Valentin susurraba:

—*¿Has visto el sms?*

—*¿Qué dices?*

—*Hemos recibido un sms, tú también estás en copia.*

Comprendí que no podía hablar muy alto, por sus ángeles guardianes.

—*Vale, voy a mirar.*

—*No cuelgo.*

El móvil estaba arriba. Me llevó casi cinco minutos subir y volver a bajar la escalera, pero mereció la pena:

venidos del zielo

3 kdavr + tras las 2 negras

recojer en el canpo del fuego

Cogí de nuevo el teléfono. Valentin seguía al otro lado.

—*Lo han enviado desde el móvil de Brutus.*

—*O bien tus colegas gastan bromas pesadas, o bien nos escriben sus secuestradores.*

—*Temo por ellos, Jon.*

No respondí.

—*Yo creo que quiere decir que nos van a enviar los cadáveres de Brutus, Rigor Mortis y Calavera. ¿Qué voy a hacer si nos los entregan de la misma forma que la otra vez? Me voy a volver loco.*

—*¿Puedes escabullirte?*

—*Mis polis me siguen como mi sombra, pero voy a intentar darles esquinazo en cuanto pueda. ¡Espero que no me entreguen a mis colegas antes de conseguirlo!*

—*No puedes largarte ahora, sería demasiado sospechoso. Quédate con tus polis,*

los iré a buscar yo mismo.

—*¿A buscar? Se los van a cargar, Jon. ¡Esa es la realidad!*

Hubo un silencio antes de que prosiguiera:

—*¿Cuando pienso que estoy hablando de mis colegas!*

Sabía cómo tranquilizarle, al menos en parte:

—Nos los van a dejar en el Campo del Fuego, Val. Conozco el sitio. Está más arriba de Saint-Jean-Pied-de-Port, a más de mil metros de altitud. Una meseta que recoge todas las tormentas de la región, un lugar inhóspito. El sitio es de lo más siniestro. No hay un solo árbol que pueda crecer allí, ni una piedra sin agrietar. Que nos los dejen allí es buena noticia...

—*¿Buena noticia?*

—Sí, bueno..., quiero decir..., siento lo de tus colegas, pero al menos esos tipos no están pensando en hundirnos, ya es algo. Si nos los hubiesen enviado a domicilio como a las hermanas M'Bow, estaríamos de mierda hasta el cuello.

—*Genial, van a tirar a mis colegas desde un helicóptero, vamos a tener que ir a recuperar sus cadáveres a la montaña y a ti eso te parece una buena noticia.*

Es cierto que habría podido sacar a colación la famosa teoría del vaso medio lleno/medio vacío, ya saben, esa invitación a ver las cosas desde un ángulo más favorable de lo que son en realidad. Pero preferí despedirme y colgar.

*

Recojer en el campo del fuego. Las faltas de ortografía permitían descartar a los ganadores del campeonato nacional de ortografía de la lista de sospechosos.

Había dejado un mensaje a Jean-Luc, pero no me llamó inmediatamente. Esperar tumbado en la cama no fue sin duda buena idea porque me dormí antes de concebir ni el embrión de un plan.

La vibración del teléfono me sacó del sueño.

—*¿Sí? Soy Jean-Luc. ¿Algún problema?*

No llamo nunca, excepto para anunciar malas noticias, y eran casi las diez de la noche cuando había dejado mi mensaje.

—*¿Podrías llevarme a dar un paseo en moto?*

—*¿Ahora mismo, casi a medianoche?*

Tuvo el buen gusto de no preguntarme si me estaba riendo en su cara.

—Sí, ya verás, será estupendo. Además, la probabilidad de dejarnos la piel solo será del cincuenta por ciento.

*

Y Jesús les dijo: «Yo veía a Satán caer del cielo como un rayo».

La Harley de Jean-Luc no era tan apta para los caminos de montaña como una moto de enduro, pero la manejaba con extrema destreza.

No le conocía ese talento. Siempre había pensado que era un tragamillas geográficamente limitado a las carreteras de las Landas. Descubrir habilidades ocultas en un amigo no significa necesariamente haberlo subestimado, solo prueba que nunca se conoce del todo al otro.

El problema es que con la mayoría de la gente uno va de decepción en decepción. Mientras que cuanto más conocía a este, menos decepcionado estaba. Eso es todo.

No me había hecho pregunta alguna. Jean-Luc Taureau me estaba demostrando que estaría dispuesto a acompañarme hasta el infierno si se lo pedía amablemente.

Yo conocía el Campo del Fuego. Lo había atravesado un día con mi tío. A la muerte de mis padres y mi hermano, su mujer y él se habían hecho cargo de mí.

Sus hijos ya no vivían con ellos: una hija se había casado y del otro hijo no tenían noticia. Un drama, pero nada fuera de la lógica.

Yo era, sin discusión alguna, un *niño difícil*, pero ellos...

Ellos eran tan aburridos y tan horteras como los jarrones del aparador. Salvo que mi tío estaba colocado de través.

—Vamos a salir de excursión. No olvidarás fácilmente el sitio al que te voy a llevar.

Su risa ácida me pareció muy sospechosa, pero no tuve elección.

—Tu tío sabe lo que hace —dijo mi tía.

La vida de esa mujer se basaba en una estrategia muy sencilla: hacer como si nada le pareciese raro.

No tuvimos que caminar mucho —menos de una hora, quizás— para llegar al lugar más desolado que jamás había visto en mis quince años de vida. Una meseta desértica, un vasto pedregal.

—Bueno, ya estamos. Esto se llama el Campo del Fuego. Y si tenemos un poco de suerte, entenderás por qué.

Hacía bochorno. Ese verano, todas las tardes habían terminado con tormentas en la montaña.

—Mira esta meseta, muchacho, es un corredor de relámpagos. Un sitio en el que llueven rayos durante todo el verano. Sobre todo al anochecer. Como ahora. A veces, los rayos caen directamente sobre las piedras, ni siquiera llueve. Un par de nubes en el cielo y ¡ya está! A veces, incluso sin nubes, un chorro de luz rasga el cielo, seguido de una detonación breve, como si procediese de la nada.

El espectáculo iba a empezar. Vi las nubes negras acercarse hacia nosotros a toda velocidad.

—¿A que lo atravesamos?

Yo estaba aterrado, pero me arrastró con fuerza con él. Tropezábamos a cada paso.

La lluvia empezó a caer y con ella los rayos.

Ruido atronador. Relámpagos tan potentes que me dejaban ciego unos segundos. En un momento dado, una roca fue alcanzada unas decenas de metros a la derecha, y vi saltar un montón de esquirlas mientras me echaba cuerpo a tierra.

Mi tío permaneció de pie. Se balanceaba cogiéndose la cabeza.

—Creo que me ha dado —dijo.

Tenía el pelo de punta.

—He tenido bastante. Volvemos a casa.

*

Cincuenta años más tarde, el lugar parecía el mismo, salvo que las piedras eran más pequeñas, partidas y vueltas a partir. Según nos acercábamos a la zona de riesgo, me preguntaba si tenía derecho a hacer pasar por aquello a Taureau.

Había tomado la precaución de consultar Internet. El riesgo era menor al final de la noche, pero estábamos en plena época de tormentas. El campo recolectaba, de media, más de cien impactos diarios: unos sesenta entre las cinco y las diez de la noche, unos treinta durante el resto del día..., y quedaban otros veinte repartidos en la noche. En un terreno de unas seis hectáreas.

Suficiente para estar preocupado.

Hice una seña a Jean-Luc para que parase.

Levanté la visera del casco. No llovía pero no se veían ni la luna ni las estrellas; el tiempo era —digámoslo así— «hirviente» y el suelo estaba mojado.

El Campo del Fuego se extendía detrás del puerto de montaña. La violencia de los rayos formaba un halo gigantesco de luz blanca y cegadora, que temblaba como un millón de bombillas a punto de fundirse: a solo unos centenares de metros, aparecía otro mundo en el que sobrevivir era un desafío. Mi única esperanza era que la tormenta se alejara.

—Tengo que decirte la verdad, Jean-Luc, vamos a entrar en una zona especialmente expuesta a los rayos. Cuando hayamos pasado el puerto que ves ahí, correremos más peligro que agarrados al pararrayos del Pic du Midi.

Me respondió por el intercomunicador.

—Sí, ya veo. Creo que si no fuese en moto, me cagaría encima.

Inexplicable.

—Y otra cosa... Quizás nos esté esperando un comité de bienvenida.

No podía descartar la hipótesis de una trampa, aunque me parecía inverosímil: ¿quién tendría suficiente valor para atraer a un asesino profesional hasta una celada en medio de tal apocalipsis meteorológico?

¿Un comando bien entrenado de fanáticos?

De golpe, perdí cierta seguridad en mí mismo.

—Un comité de bienvenida peligroso —precisé.

—En ese caso, daremos media vuelta y saldremos pitando.

¿Cómo explicar a un conductor de Harley que su moto no le vuelve invulnerable?

*

Cuando terminamos de subir el puerto tuve una corazonada desagradable. Una de esas de las que ni un escéptico dudaría. Apestaba a muerte.

La noche más negra de los tiempos bajo un auténtico diluvio. Los rayos alejándose sin que me quedase la seguridad de que abandonaban la partida.

El camino llegaba hasta la entrada de la meseta. El faro de la Harley apenas alumbraba en la oscuridad, la noche se cernía sobre nosotros.

Tratamos de continuar un poco a través de la hierba baja, pero el terreno estaba cubierto por tantas piedras que tuvimos que renunciar.

Bajé de la moto y Jean-Luc me siguió.

—No es necesario que te bajes de la moto, tío. Da media vuelta, prepárate para salir y espérame aquí.

—Te sigo.

Estaba dispuesto a todo. Sentí que el miedo le había abandonado. Experimenté una bocanada de orgullo. La satisfacción de haber sabido elegir a un amigo.

Saqué mi .38.

—¿Tienes una para mí?

Le tendí la pipa niquelada que había confiscado a Valentin.

—Creo que se coge por aquí. ¡Ah, sí! El gatillo está aquí. ¿Sabrás utilizarla?

—¿Crees que las necesitaremos?

—Con un poco de suerte, si los jabalíes de por aquí no cargan contra nosotros, podríamos ahorrárnoslo.

—Parece que ha pasado la tormenta.

—Entonces quizás todo vaya bien.

Es decir, que no estábamos preparados para lo que iba a pasar.

La lluvia se detuvo y la espesa capa de nubes se fue desgarrando lentamente, como se abre una cortina. La luz blanca y cegadora de la tormenta retrocedió, pero no lo suficiente para mi gusto. ¿No iría ese ejército de rayos y truenos, tras una maniobra de despiste, a volver a rodearnos? Los rayos caían apenas a doscientos metros, dando la impresión de un aplazamiento de la pena de muerte. Y lo que vimos después no hizo sino confirmarlo.

Tres siluetas negras. Tres hombres calcinados, de pie.

Atados con fuerza a piquetes alineados, cuyas puntas metálicas se elevaban varios metros de altura.

Pararrayos clavados entre las piedras.

Un Gólgota eléctrico.

Nos acercamos conteniendo la respiración.

El olor a carne quemada era insoportable.

Brutus, Rigor Mortis y Calavera, fulminados.

Conseguí soltar a uno, el que tenía el cuerpo menos quemado. En su rostro se había quedado marcado un horrible rictus de sufrimiento. Tenía pinta de que habían hecho falta varios impactos para acabar con él.

—¡Es el técnico de sonido de los Fucking Puppets! —exclamó Jean-Luc—. ¡Dios mío!

Registré sus bolsillos abrasados, en busca de alguna pista, un mensaje, algo que me dijese... ¿qué?

Un teléfono móvil. Fuera de servicio.

Registré los otros dos cadáveres. Más calcinados aún. Uno de ellos completamente carbonizado. Mis dedos se hundieron profundamente en la ceniza de su cuerpo. Un brazo se desarticuló cuando intenté buscar en su chaqueta.

Calavera y Rigor Mortis nunca habían hecho tanto honor a sus alias.

Jean-Luc se puso a temblar mientras gritaba:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

Una crisis nerviosa. Vi su rostro arrasado por las lágrimas bajo su casco de motero. «Siento haberte traído aquí», pensé.

Lo abracé.

Por supuesto, he visto muchos muertos, pero la escena había sido preparada de forma tan malsana, tan retorcida... Y además, su juventud, su inocencia, su talento musical. Experimenté una sensación de desastre, de injusticia. La impotencia que sentimos al haber llegado demasiado tarde. Pero ¿qué habría pasado si hubiésemos intentado soltarlos durante la tormenta?

Me imaginé la escena. Y sentí un escalofrío.

Sostuve durante un buen rato a Jean-Luc, que se soltó suavemente y dijo:

—Estoy mejor. Debo reponerme.

Seguí inspeccionando los alrededores, buscando pistas. Uno de los cadáveres no llevaba teléfono. Reconocí a Calavera, a pesar de su estado de calcinación.

—Ven a ver —me llamó Jean-Luc.

Había encontrado el tercer móvil.

—Funciona. Oigo algo.

Pegó el teléfono a su oreja y puso cara de asombro.

—¡El servicio horario! Qué locura.

Recordé que el uso de un teléfono móvil durante una tormenta aumenta de forma importante las posibilidades de que te caiga un rayo. Los asesinos no habían dado oportunidad alguna a sus víctimas.

—El servicio horario es el único interlocutor que nunca te cuelga en las narices —dije.

Observamos con más atención a Calavera. Uno de sus brazos se había soltado: había intentado salvar el pellejo tirando su móvil lo más lejos posible. Sin duda, la tormenta ya habría empezado. Lo había conseguido, pero no había sido suficiente.

—Bravo —le dije—. Buen intento.

Habría podido sobrevivir, con mucha suerte. Confiaba en que aquella esperanza le hubiese dado fuerzas hasta el último instante.

Se dijeron mil cosas tan tiernas que mis ojos se llenan de lágrimas cada vez que lo pienso.

SCARRON, *La novela cómica*

La vida es menos complicada de lo que se dice: todo es consecuencia de nuestros actos. Si alguna vez tienen ustedes la suerte de depender de los actos de otro — llámese ese otro una diosa o un semidiós—, conocerán un momento de reposo.

Mylène llamó a las diez.

—Llego tarde.

Se imaginarán en qué estado me encontró. Había dormido...

Cinco horas. De continua pesadilla.

Todavía no había evacuado toda esa tensión eléctrica.

—No me digas que te has olvidado de que tú y yo debíamos ir de compras.

¡El cumpleaños de Perle! Sí, lo había olvidado.

Y tenía mis razones. Pero, claro, no podía confesárselas.

Eché un vistazo a mis pantalones embarrados, y luego a mi cara y a los pelos extrañamente de punta que tenía. Me miró a los ojos como si quisiera descubrir mi secreto a toda costa:

—¿Has dormido completamente vestido? ¿Qué te ha pasado esta vez? Pareces alguien que acabase de terminar una carrera de motocross contra muertos vivientes, y que la hubiese perdido.

Al decir eso sacudió la cabeza, para arreglarse el pelo o para espolvorear más sus feromonas. Contemplé su sonrisa y me relajé un poco.

—Ha sido por un pelo: toda la carrera en cabeza, pero en el último momento...

—¿Sabes que tus ojos inyectados en sangre tienen un no sé qué de fascinante?

Había dicho eso mientras pegaba su vientre al mío y jugaba con mi pelo.

¿Y después?

Se había apartado.

Me fijé, a través de sus sandalias, en que se había pintado cada dedo del pie de un color diferente.

Eso me hizo pensar en mi sandalia ortopédica. ¿Dónde la habría dejado?

—Eh, ¿qué pasa?

—Me han operado el dedo gordo del pie.

—¡No!

—Pues sí. Y no me digas que es el acontecimiento del año.

Encontré la maldita sandalia debajo del sofá, en el que había transcurrido mi corta noche, demasiado cansado para intentar una ascensión a mi cuarto.

Deslicé el pie dentro de ella con cuidado de colocar bien la elegante lengüeta de

velcro. Su talón en cuña tenía un aire disco-futurista, y la punta, que no tocaba el suelo, daba a mis dedos la sensación de volar a dos centímetros de altura. Pero solo a mis dedos.

Mylène tenía una ocasión de oro para reírse en mi cara:

—¡Pareces una geisha! Lástima que no hayamos organizado un baile de disfraces.

Y ya que estaba, no paró ahí.

—Sin embargo, esa cosa no va a ser muy práctica para bailotear. Pero siempre podrás bailar unos lentos conmigo. Bien agarrado a mi cintura, deberías ser capaz. Pondremos una serie de media hora cada hora, como en los años setenta. Solo para ti. «*Only you...*»

Me metí en el cuarto de baño.

Volvió al ataque en cuanto salí.

—¡Es fea de verdad! No pega para nada con tus pantalones claros.

Seguía hablando de mi sandalia ortopédica.

—Es para evitar apoyar la parte delantera del pie en el suelo. Todo el peso del cuerpo pasa al talón y los dedos no apoyan.

—Espero que no sea de por vida.

—¿De por vida? ¿Estás de broma? Unos días de descanso y después nos olvidamos.

—¿*Hallux valgus*?

—¿Cómo?

—Dices que es una fractura para no parecer un viejo chocho, pero es un *hallux valgus*. Lo sé, mi abuela tuvo uno hace unos años. Que en paz descanse.

Había llegado la hora de cambiar de tema.

—Mi vecina se ha quejado porque te ha visto desnuda en mi jardín. Dice que te exhibes. La pregunta es: ¿qué hacías en pelotas en mi jardín, ayer sobre las tres de la tarde?

—Pasé a verte, pero no apareciste. Me tumbé a broncearme para no perder el tiempo. No puedo quedarme sin hacer nada, soy hiperactiva.

Una mujer que cree que broncearse es señal de estar activa impone un respeto mudo.

—No estoy acostumbrada a esperar. Normalmente soy yo la que hace esperar a los tíos. Pero contigo es distinto...

—Soy un viejo.

—Es lo que iba a decir.

Por fortuna no le dejé ese placer.

—¿Y qué querías?

—Vine a hacer que te afeitaras la barba. Por encargo...

—¿De Perle?

—No, de Luna. La idea era que te presentases en el cumpleaños ligeramente mal afeitado. Gustas más así. Y también tengo la misión de encontrarte una indumentaria

decente.

Me pasé la maquinilla sin protestar demasiado. Y me di el lujo de dejar que me despejase la cabellera. Siempre que no me cortase demasiado...

Cuando me di cuenta de que me estaba manejando a su antojo era demasiado tarde. Mylène anunció:

—Bueno, este es el programa de la jornada. Vamos al supermercado y compramos todo lo que necesitamos. He hecho una lista. Después, preparamos juntos los cócteles y un pisto. Después...

—Creía que debíamos preparar una macedonia de frutas.

Todavía le funciona la memoria al viejo alcohólico.

—Cambio de programa: la macedonia la llevarán Amparo y Jean-Luc.

—En mi opinión, se va a parecer más a una sangría que a una macedonia.

—Si está fresca, no podrá hacer daño.

Terminó de ponerme fijador en el pelo. Me enseñó la parte trasera de la cabeza con un espejo redondo, como hacen siempre los peluqueros, aunque a nosotros nos importe un pimiento la parte de atrás de la cabeza.

Estaba orgullosa de su trabajo.

—He despejado detrás, pero he conservado el largo. Estás mucho mejor sin barba y sin greñas, con un auténtico corte de pelo. Adiós, capitán Haddock, ¡y no vuelvas!

Me dio un beso furtivo en la nuca.

—Un poco más y me pondría a fantasear sobre un viejo.

Qué vergüenza.

Afortunadamente sé reconocer a una calientapollas.

Me puse a bostezar tan fuerte que no quedó aire suficiente en la habitación para los dos.

—Si terminamos todo a tiempo, podrás echarte una siestecita, pero no antes.

—Yo empezaré por la siesta, tú puedes hacer la compra sola.

No hay que obedecer nunca. Y menos aún a una chiquilla. Obedeceré cuando ya no pueda evitarlo, paralizado en una cama de hospital, no antes.

*

Ya veremos más adelante que Albertina, a pesar de las estúpidas manías en el habla que aún conservaba, había progresado extraordinariamente. Lo que me resultaba completamente indiferente, pues las superioridades intelectuales de una mujer me han interesado siempre tan poco que si alguna vez se lo había señalado a una u otra, había sido por pura cortesía.

MARCEL PROUST, *La prisionera*

Pensaba que conocía bien a la fauna de aquel supermercado.

Pero tengo que reconocer que había metido la pata hasta el cuello. Adoro esa expresión, es muy visual.

Normalmente, cuando entraba a hacer la compra, todo estaba tranquilo y congelado. Los jefes de sección, los reponedores, las cajeras, los demás clientes..., todos confitados en una sutil mezcla de indiferencia, urbanidad y desprecio.

Los supermercados... A veces tengo la impresión de que la gente entra a hacer acopio de odio para sus peores días.

Pero esta vez fue todo lo contrario.

La presencia de Mylène producía un efecto comparable al de un gas hilarante: hacía salir de sus órbitas los ojos de los hombres, que estaban en éxtasis y tenían tics nerviosos, e incluso las mujeres la miraban sonriendo.

Mientras empujaba el carrito con pasión entre los pasillos del establecimiento, yo seguía su culo, que se contoneaba como el de una mula por un camino rocoso. Me quedaba colgado, como los demás, del movimiento de sus cabellos rizados. Buscaba su risa a la vuelta de los estantes. Y miraba complacido cómo se iba llenando el carrito, mientras sonaba la música de fondo:

Is this love

Is this love that I'm feeling?

Las largas zancadas de Mylène. Su vestidito de verano flotando en la fresca brisa de la sección de refrigerados, su piel erizada por la carne de gallina y —periodo nudista-folk obliga— sus axilas velludas... Tres o cuatro tipos pululaban permanentemente a su alrededor. El encargado de la frutería le lanzó un piropo:

—Ay, si no tuviese la mala suerte de ser calvo, estaría en su peluquería todos los días.

—También puedo recortarle la barba, si se la deja crecer —respondió ella, antes de susurrarme al oído la siguiente frase llena de encanto—: Ese perro ha olisqueado una rata en mi jardín y está plantado delante del agujero esperando a que salga.

Cuando pasamos por delante de las verduras, me dijo:

—¿Tú te crees eso de que lo ecológico es peligroso para la salud?

A Dios gracias, no esperaba respuesta.

—Yo creo sobre todo que el éxito de lo ecológico jode a los industriales de lo agroalimentario. Por otro lado, *ecológico* no quiere decir bueno para la salud. Mira por ejemplo el *foie gras* ecológico: es el hígado de unos pobres patos a los que se ceba hasta provocarles una cirrosis, contiene colesterol y es moralmente asqueroso, pero es ecológico.

¿Qué quieren que responda a eso? Esa conversación me recordaba a otra, ¿se acuerdan?

Y, de todas maneras, una vez que había cogido carrerilla no parecía dispuesta a parar.

—En la peluquería compré champú ecológico; pues bien, resultó ser una completa mierda. Una de mis clientas tuvo una alergia. El cuero cabelludo se le hizo polvo, parecía una bolsa de patatas fritas. No era agradable de ver.

Permanecí concentrado en el contoneo de sus nalgas. Pero ella siempre hablaba a todo volumen.

—Recuerdo un episodio de *House* en el que una paciente está a punto de morir por haber comido pan ecológico.

—Fuego de San Antonio —dijo el encargado de la frutería, que nos había estado siguiendo *discretamente*.

—Exacto. ¿También lo vio?

—En la medida de lo posible, trato de no perderme ningún episodio de *House*.

—¡Eh! ¡Yo tampoco! Tenemos *afinidades electivas*...

Mylène no tenía miedo de rebajar a Goethe al nivel de una serie americana o de un ligue en la sección de verduras. Sus aptitudes intelectuales te pillan siempre desprevenido. Me caí de culo el día en que me soltó: «Inventar formas nuevas es más importante que militar por los derechos humanos, porque es subversivo, y la subversión es precisamente el derecho más esencial y el más frágil, el primero que debe defenderse en una sociedad. Por eso el corte de pelo de Robert Smith me parece más importante que el compromiso humanitario de Bono o de Sting, ¿comprendes?». No me esperaba tanta perspicacia de una peluquera —está feo, lo confieso—. Una peluquera que además es la chica más desvergonzada de Largos y sus alrededores. Cuando una mujer joven veleidosa luce un cuerpo de ensueño y se jacta de vivir en una casa bautizada como el Bosque de las Hadas, tiene uno derecho a algunos prejuicios, ¿no?

—¿Cojo una lechuga ecológica o ensalada ionizada?

—Creo que la ensalada ionizada contiene gusanos más limpios, pero los de la lechuga ecológica son más felices y saludables.

—De todas formas, todo está regado con agua podrida.

Ahora que Mylène estaba agachada sobre los tomates, el encargado, al otro lado del expositor, sonreía estúpidamente a sus senos.

Ella agarró un pepino y se puso a acariciarlo:

—Me voy a quedar con este, últimamente tengo tendencias vegetófilas.

Al tipo no le dio tiempo ni a enrojecer cuando ella rompió el pepino en dos:

—El problema es que un pepino no es lo bastante sólido, ¿sabes de alguna otra verdura que pudiese hacer el trabajo?

Largos es como una *cookie*: un pueblo grande sin gracia, pero trufado de sabrosas pepitas.

La cajera era una parlanchina de mirada chispeante.

—Me llevo el periódico —dije, poniendo el *Sud-Ouest* sobre la cinta.

Había visto una foto de una montaña en primera página. Cierta corredor que yo conocía bien. Y este título:

—No se arrepentirá de llevárselo, hay un gran artículo sobre los asilos.

—Vale, gracias.

*

—Ya he lavado toda la verdura, tú puedes ocuparte de pelar *esto* —dijo mientras doblaba sobre un buen montón de mondas la doble página del periódico dedicada a los «fulminados del Campo del Fuego».

«Esto» eran por lo menos cinco kilos de cebolla. Mi castigo.

—Sopa de cebolla para el *after* —explicó.

—Un *after*, ¿eh?

—Es lo previsto.

—Puedo asegurarte que llevaré mucho tiempo en mi cama cuando Al empiece a dar la lata con los epígonos de Klaus Schulze y Tangerine Dream.

Pelar cebolla es un buen pretexto para llorar a lágrima viva. Intenté hacer balance de todas mis miserias, con tal de no desperdiciar las lágrimas y no llorar por nada. Pero, con Mylène ante mis ojos, me costaba concentrarme; es un hecho. El hueco de su columna vertebral bajo el tirante del delantal anudado a su espalda... ¡Guau!

Sentí ganas de decir un SÍ incondicional a la vida.

Eso es cosa del filósofo Clément Rosset.

Ese tío reivindica nada menos que «el éxtasis ante el hecho».

Joder, ¡*el éxtasis ante el hecho!*

—¡SÍ!

Mylène se volvió hacia mí.

—Pero bueno, ¿qué te pasa, viejo?

—Nada. Solamente he dicho «¡SÍ!».

Y se rio también mientras gritaba:

—Tienes razón: ¡SÍ!

Dos estúpidos en una cocina.

Subí el volumen de la radio. Ponen muchas buenas canciones en France Inter. «Porto» de Bertrand Belin. Trata del vino de Oporto, de sardinas y tomates verdes y de una mujer que pronto podría decir «quizás»... Todo ello acompañado de una bonita guitarra con las manos sucias como las de los niños en la vida real. Cuando el tema terminó, yo nadaba en lágrimas y solo estaba a la mitad de las cebollas.

Mylène fingió apiadarse de mí. Vino a secarme los ojos con la punta de un trapo que olía a zanahoria. Y después exclamó:

—Nada más divertido que ver lloriquear a un viejo estúpido.

Tras lo cual añadió:

—Deja de mirarme así. Tengo la impresión de que te vas a lanzar sobre mí.

Sin embargo, su risa no podía confundirse con un reproche. Cabía preguntarse si en realidad no tendría ganas de tirarse a un viejo...

Apenas veintiocho años: ¡ni soñarlo! ¿En qué mundo vivimos?

—Sabes..., estaba pensando...

¿Sí? ¿Qué?

—Esa mujer que cayó del cielo, y ahora esos tíos fulminados..., ¿no te evoca algo de tipo... místico?

—No veo nada de místico en lanzar a una mujer desde un helicóptero.

—¿Y quién te ha dicho que fuese desde un helicóptero?

—Un helicóptero, o un avión...

—Eso es lo que cree la policía, pero la realidad puede ser mucho más misteriosa.

—¿En qué estás pensando? —dije—. ¿En un tornado, un campo magnético, una abducción, una *presencia*, ese tipo de cosas?

—Jon Ayaramandi, te conozco lo suficiente para saber que si te respondiese «¿y por qué no?», te estarías riendo en mi cara el resto del día.

—Y más aún.

—Eso no impide que exista esa relación extraña entre el asesinato de Alison M'Bow y el de los otros tres Fucking Puppets.

—¿Cuál?

—*La complicidad del cielo.*

Habíamos llegado ante la entrada del formidable chalet contemporáneo de Al, con los brazos cargados de enormes ensaladeras.

—Me cuesta creer que Perle no se haya dado cuenta de nada —dije—. ¿Estás segura de que los invitados estarán todos a las ocho en punto, y que ella no llegará hasta después?

—Tal y como está previsto, estoy segura. Al la retiene en la playa con la falsa excusa de dar un paseo romántico. Está encargado de morrearla hasta que se quede sin respiración.

—Vale, vale. Ahórrame los detalles escabrosos.

—Venga, vamos, mi viejo, hay que ponerse manos a la obra. Tenemos media hora para montar el bufé.

En ese momento sonó mi móvil. Dejé las ensaladeras en el suelo.

Valentin.

—Lo siento —dije mientras descolgaba.

Mylène se enfadó:

—Joder, no puedo creerlo. Nunca respondes al teléfono, nunca llamas a nadie, y ahora... ¡quieres joderlo todo, mierda!

No le presté atención y volví, cojeando, a refugiarme detrás del coche de Mylène. Había aparcado bastante lejos del chalet y me pareció que nadie podría oírme.

—¿Sí?

—He conseguido despistar a la poli, dile a Perle que voy para allá.

—¿Estás invitado a su cumpleaños?

Cambió de tema.

—Escucha, seguramente no podremos hablar tranquilos esta noche. La muerte de mis colegas me ha dejado destrozado. Mi grupo está diezmado, no tengo ninguna gana de fiesta, pero voy para verte.

No merecía la pena explicarle que había contemplado el triste espectáculo de sus tres amigos fulminados.

—Hay novedades —prosiguió—, así que podemos avanzar. Habrá que dejar la velada lo antes posible. He conseguido hablar con los Prabhakaran, por Skype. Escúchame bien... ¿Estás sentado?

—Más o menos.

Estaba apoyado en el Mini de Mylène.

—El señor y la señora Prabhakaran volvieron a su país a toda pastilla porque vieron a Burger en mi propiedad.

Aquello no me impresionó tanto como él pensaba.

—Eso es una estupidez.

Tan estúpido como esa idea de la «complicidad del cielo» que había tenido Mylène.

—No tiene por qué, Jon. Yo tampoco me lo creía, pero hablaban completamente en serio. Estaban sinceramente aterrados. Esa gente ha sufrido el horror durante años y...

—¿Y cómo le va a Burger con su nuevo corte de pelo estilo me-han-volado-los-sesos?

—Déjame terminar, Jon. He tenido tiempo para pensarlo y he llegado a una conclusión racional.

—¿Ah, sí? ¿Cuál? ¿Un sosias, un clon?

—Casi: un gemelo, Jon. Habría que averiguar si Burger tenía algún hermano. Es la única posibilidad. Voy para allá, empieza a pensar en algún plan. Ve si puedes hablar con Marconi a solas... En fin, quiero decir... si puedes hablar con él por teléfono. Por mi parte, todavía estoy de camino, voy a entrar en la departamental, tardaré aproximadamente una hora.

*

El cumpleaños de Perle.

Aquello me preocupaba tanto como un condenado a muerte se preocupa de su nivel de colesterol una hora antes de su ejecución.

Mylène se había quedado esperándome en la puerta. ¿Por qué no había entrado ya? ¡Esa sorpresa para Perle era bastante rara! Y, ya puestos, aquello me parecía francamente fastidioso. No me gustan los cumpleaños. ¿Para qué celebrar el paso del tiempo? ¿No es una hipocresía? ¿Acaso le va a tratar a uno mejor si se lo agasaja una vez al año?

Perle envejece, normal, pero ¿por qué iba a ser una buena noticia? Además, me resulta tan bobo lo de soplar las velas de la tarta y cantar siempre las mismas canciones estúpidas... Por no hablar de las fotos que llenan todos los álbumes familiares del mundo: Navidad, Año Nuevo, cumpleaños..., todos mirando al objetivo, una sucesión de instantes de no-vida en los que nadie es capaz de mostrar otra cosa que una sonrisa.

Prefiero los entierros, cuando estalla ese famoso ataque de risa —que todo el mundo espera, sin saber el momento en que se va a producir—, esa llamada «risa nerviosa», que en realidad no es más que sinceridad y alegría trágica. Me atrevería a decir, por mucho que sea un tópico vergonzosamente gótico, que me gustan los velatorios, las lágrimas que nos desbordan en el momento en que por fin se admite la derrota. Porque, en la vida, deberíamos ser conscientes de que siempre estamos perdidos y los que amamos también lo están, deberíamos saber que la vida no es una piscina de agua tibia en cuyo borde nos disponemos a bailar alrededor de una tarta sobre la que se han plantado tantas velas como años hemos consumido, bajo una pila de regalos y de frases hechas. No nos alimentamos de pasteles, sino de fervor y drama. Y drama, precisamente, yo tenía para dar y tomar, con esos muertos

calcinados que había visto en la montaña y la cara descompuesta de Taureau mientras volvíamos, completamente agotados, en su Harley; conmigo detrás, sacándole más de una cabeza: un par de fantasmas motorizados, que hacían honor al título de Hell's Angels. Y en ese momento va y me pregunta:

—¿Soportarías un poco de AC/DC?

No me gusta el hard rock, pero, piensen lo que piensen los aguafiestas, *Back In Black* es el monumento a la muerte más conseguido de la música occidental después del *Réquiem* de Mozart. Y cuando empezaron los *riffs* de los hermanos Young, me pareció ver cómo la muerte desembocaba en amistad. Y viceversa.

Pero la verdad es que si estaba allí, delante del nuevo nido burgués de Al y Perle, era porque Luna, con sus cinco años y medio, me lo había pedido.

Iba a recoger la ensaladera cuando Mylène dijo:

—Mejor ábreme la puerta.

Y añadió misteriosamente:

—La ensaladera no pasará de ahí.

Abrí la puerta de la casa.

Y:

!!!

¡FELIZ CUMPLEAÑOS, JON!

Allí estaban todos, cantando como gilipollas.

Y, en cuanto a mí, parecía aún más gilipollas que ellos con mi cabeza llena de tragedias, cadáveres maltratados y elucubraciones policiales, y toda la sorpresa que debía de leerse en mi rostro devorado por el alcohol y la falta de sueño. Como si fuera una vaca mirando el tren: los ojos de par en par, la boca abierta, la expresión estúpida del que se ha dejado tomar el pelo a fondo... Y ellos disfrutando: aplausos, exclamaciones diversas, risas y ojos brillantes como el champán, que tampoco tardaría mucho en caer...

—¿Cómo has podido creerte que fuera mi cumpleaños? ¿Ni siquiera recuerdas que es en diciembre? —me reprochó Perle—. Además, deberías saber que no tengo treinta años.

—Cómo nos hemos reído en tu cara —exclamó Mylène, triunfal.

—Feliz cumpleaños, abuelito.

Luna se lanzó a mis brazos y me apretó la cabeza con todas sus fuerzas, como si quisiera asfixiarme. Sentí que quería decirme: «Lo nuestro es tan fuerte que no va a separarnos una mudanza, ¿verdad?».

Le murmuré al oído:

—No, en absoluto.

Y ¿saben qué?

Tuve que ocultar mis lágrimas en el hueco de su pequeño hombro.

Aunque apenas cabía un puñado allí, así que no dejé más que dos o tres.

La sorpresa que acababan de darme me emocionaba demasiado.

—Sesenta y nueve años, la edad erótica —me dijo Taureau, dándome una palmada en la cadera.

Pero bueno, ¿y la pequeña? Ahora se habla de cualquier cosa delante de los niños. La dejé en el suelo y le pedí que fuese a buscarme un pañuelo. Se marchó corriendo.

Paco vino poco después:

—Arriba ese ánimo, pareces un viejo depresivo. No resulta muy festivo.

—Es por las cebollas, Mylène me ha obligado a pelar más de treinta.

—Sí, seguro que es eso.

Vinieron todos a besarme uno por uno.

Y entonces, al final del pelotón:

¡Marconi!

—Feliz cumpleaños, Jon.

Y Antoine:

—Feliz cumpleaños, Jon.

¡Marconi y Antoine! ¡Hay que estar loco de remate para invitar a gente así!

Se lo transmití a Al con la mirada, pero no debió de entenderlo porque se contentó con adoptar una expresión orgullosa.

—Gracias por venir —respondí.

Ni siquiera era totalmente hipócrita, en el fondo lo pensaba. Bueno, muy en el fondo, donde guardo las peores ideas.

Fue entonces cuando empezó a sonar uno de mis temas favoritos de Can, aunque no sea ni de lejos de su mejor álbum: «The Withoutlaw Man».

Y Perle gritó en el micrófono como una tarada:

—¡Se diría que está escrita para ti, Jon!

*

La tarta de cumpleaños llevaba sus sesenta y nueve velas.

—Había pensado en un pastel de marihuana adornado con una escena erótica —me indicó Perle—, pero en presencia de Luna me pareció inapropiado.

Bien visto.

—¡Sóplalas, deprisa! —dijo Al—. ¡Nos estamos asando!

Estábamos en la terraza, al borde de la piscina, con el océano de telón de fondo. Hacía un calor asfixiante.

Declaré, como una estrella del rock:

—Nada de fotos, por favor, gracias.

Y soplé.

Se produjo una humareda tal que Luna sufrió un ataque de tos.

—Bravo, abuelito —dijo una vez recuperado el aliento—. Mientras consigas apagar todas las velas, es que todavía no eres viejo.

Bien visto.

No sé por qué, me pasé el tiempo mirando a Mylène. O más bien, lo sabía demasiado. Un ataque de sentimentalismo, a cargar en la cuenta de mi estado físico.

Esa chica no estaba hecha para un pobre vejestorio como yo. Me producía el efecto de una caldera a punto de estallar.

—Te gusta pero estás pensando que eres demasiado viejo para ella y que además es un putón de cuidado, a lo que te responderé que cuando un tío se tira a un montón de chavalas es un héroe pero cuando una mujer hace lo mismo es una zorra, sería mejor que te dejases llevar por tu gusto por la vida y hacerle un poco la corte porque estoy segura de que no está pidiendo otra cosa —me susurró Perle.

Bien visto.

No estaba precisamente en condiciones de pensar. Cuando estoy en modo «bien visto», nada puede molestarme de verdad.

—¿Quién es ese tipo que revolotea a su alrededor?

La pregunta exacta habría sido: ¿quién es ese tipo al que se está pegando tanto?

—Nino. Pero si mirases algo más de cerca, verías que te estás equivocando.

—¿Qué quieres decir?

—Es marica, Jon, salta a la vista. Y créeme, Mylène se ha dado cuenta. Se le pega para que nadie se le pegue a ella. De verdad, tienes los ojos llenos de mierda.

Y se marchó levantando el mentón y balanceando el culo. Por si por casualidad estuviese mirándola.

Un pensamiento sórdido atravesó mi mente: «Tú también, Perle querida, estás bien esculpida. Todavía recuerdo tu cuerpo desnudo, la única vez que lo vi, hace ya mucho tiempo». Y otro pensamiento aún más sórdido atravesó mi mente: «Habrías hecho mejor tirándotela aquella noche».

Paco se acercó a mí y dijo:

—No deberías dejar que hicieran eso.

Ya me estaban cargando todos.

—Ese chaval es majó, pero está claro que la peluquera va a por ti. Intenta aliviar su frustración con ese playboy de playa.

Salvo que:

—Es sarasa.

Le eché un vistazo. Era joven, guapo, parecía inteligente. No soy *realmente* homófobo, simplemente resulta que he estado condicionado desde mi más tierna infancia.

¿Me ven ustedes dirigirme a uno de esos tipos y decirle tendiéndole la mano: «Quieres ser mi amigo»?

Marconi se acercó a mí.

—Me habían dicho que estaría Valentin. ¿No ha podido venir al final?

Ese era otro tema de preocupación. Normalmente Valentin es puntual, no es para nada el tipo imprevisible que puede parecer. Todo porque ha sido durante mucho tiempo chófer de asesinos antes de convertirse en una estrella del rock. Al no verle

llegar al cabo de una hora, primero me vino a la cabeza una cómoda explicación: se había dado cuenta de que lo seguían sus cancerberos y había necesitado algo más de tiempo para darles esquinazo. Después, transcurrida hora y media desde su llamada, me dije: «Quizás los guindillas le hayan pillado y devuelto a casa».

Había intentado llamarle al móvil, sin obtener respuesta. Como no quería hacerme notar, solo había realizado dos tentativas, sin dejar mensaje. Por cierto, me arrepentía de haberlo hecho.

—Ya no vendrá —dije—. Creo que sufre arresto domiciliario.

—Me cuesta creer que su pareja pueda manejarlo con mano de hierro —se burló Marconi.

No me molesté en sacarlo de su error. Lo llevé a un aparte. Antoine nos siguió con la mirada pero no nos acompañó.

—Tengo una pregunta que hacerle, jefe: ¿sabe si Burger tenía familia?

—Lo sé todo de Burger. Lo investigué varias veces. La primera antes de contratarle, la segunda antes de echarle y luego varias veces más.

—¿Y bien? —me impacienté.

Podían interrumpirnos en cualquier instante, no necesitaba saber cada detalle de la vida de Burger, solo si tenía o no un hermano.

—Cuando lo contraté, tenía una madre, sin duda ya fallecida. Una mujer sola, de fuerte carácter: nunca quiso desvelar el nombre del padre de sus dos hijos, ni aceptó la ayuda de nadie.

Mi corazón se aceleró. Pude controlarlo.

Soy un hombre que domina su ritmo cardíaco. Parece ser que es un caso muy raro. Parece ser incluso un caso que no existe.

—¿Dos hijos? —pregunté con la mayor calma del mundo.

—Sí, dos gemelos perfectos.

—¿El hermano es también un asesino a sueldo?

—En absoluto. Es un hermano.

No comprendí inmediatamente, tuvo que precisar:

—Un hermano de la Iglesia. La madre era jornalera, muy estricta y devota. Educó a sus hijos con la esperanza de hacer de ellos modelos de virtud... Digamos que lo consiguió al cincuenta por ciento. Según las últimas noticias, el hermano Burger trabajaba en un establecimiento educativo religioso.

—¿Cuál?

Cualquier vasco conoce de memoria la lista de instituciones católicas del sur de Francia, a las que era amenazado con ser conducido por poco que se desviara cuando era niño.

—Saint-Amour.

El peor de todos.

—Ok —dije—. De acuerdo.

La reputación de aquella «fábrica de aprobados» se extendía hasta los más lejanos

confines del imperio del Mal-en-nombre-del-Bien. Las neurosis autoritarias paternas encontraban allí su aliviadero natural. Se aplicaban reglas de otros tiempos: estudios intensivos, disciplina, cursos de catequesis, condicionamiento político derechista... Pero:

—¿No habían tenido algunos problemas con la pedofilia, hace algunos años?

—Sí, pero qué quieres, los caminos del Señor son inescrutables...

No me molesté en reírme con él.

—Ahora en serio, creo que volvieron a dar lustre a su blasón echando a los curas que habían sido pillados in fraganti y renovando el cuadro docente. Parece que también realizaron un giro «modernista», conciencia ecológica, actividades deportivas y culturales, respeto al ritmo del alumno..., todas esas gilipolleces de hoy en día.

Volvimos hacia la pista de baile.

Mylène había cruzado el Rubicón: el supuesto homosexual la besaba en la boca.

No oí acercarse a Paco.

—El sarasa con las manos en la masa —dijo.

Perle me miró y levantó las manos a modo de excusa.

Solo me quedaba una conclusión:

Levar el ancla en cuanto pudiese.

En ese momento se detuvo la música para dejar paso a la voz de Luna.

—¡Acercaos, acercaos! Vamos a darle los regalos al abuelito.

Sabía que le tocaba acostarse en veinte minutos, controlaba el horario.

*

¡La elección de un regalo no siempre es fácil! Hay que conocer bien los gustos de la persona a la que se hace el regalo para estar seguros de complacerla.

cmonanniversaire.com

Al acababa de susurrarme al oído:

—Oye, es un poco raro ese señor Marconi, ¿por casualidad no será alguno de tus antiguos compañeros?

No sabía cómo se las había arreglado Perle para invitar a mi antiguo patrón, y todavía menos qué había hecho para que Al no se diera cuenta. Me daba que no tenía demasiadas ganas de saberlo.

—¿No lo reconoces? —dije—, es uno de tus pacientes. Vive en la montaña. Creo que le operaste del corazón.

Estuvo a punto de atragantarse.

—Quieres decir que es...

—¡Pues sí!

No soportaba que Al continuara haciéndose el santito.

Perle se acercó a mí.

—¿Y bien? ¿Te han gustado los regalos?

—Sí, gracias. Me siento halagado —dije.

Y era verdad.

Unas gafas de sol nuevas.

—Es que tu modelo años ochenta está pero que muy pasado de moda.

—Gracias.

Una camisa de seda azul oscuro.

—Es lo que más le pega a tu pelo blanco.

—Muchas gracias.

Un iPad.

—Ha sido idea de Mylène.

Mylène había explicado a la asamblea reunida en torno a mi modesta persona:

—Le regalaron uno a mi abuelo en su setenta cumpleaños, desde entonces lo lleva encima todo el día, ya no se separa de él. Se ha vuelto un hacha en todos los temas: plantas, setas, insectos, historia local, dinastías, hasta genealogía...

—Genial. Es algo así como un ordenador —intenté ironizar.

—¡Exacto! Es como un ordenador pero sin teclado. Escribes directamente en la pantalla. Es táctil.

Vamos, un iPad...

—Gracias. Gracias a todos. Gracias.

Al se había puesto a los platos, con los cascos colgando de una sola oreja, como los verdaderos profesionales. Lo creía encasillado en la música electrónica, pero hube de reconocer que no lo estaba haciendo mal por el momento.

La forma en que Mylène había bailado al son de «She Wants to Move» de N.E.R.D., mirándome fijamente a los ojos cada vez que el estribillo decía «*She's sexy!*», tenía indicios de delito. Y cuando justo después sonó Kelis (que es lo mismo que decir la cantante más sensual de aquí al fin del mundo para todas las cosmogonías), añadió a su caso el agravante de la coreografía lasciva puesta en escena con su nuevo novio bisexual mientras se encadenaban «Good Stuff» y «Caught Out There». Sin dejar de mirarme. En fin, todo el mundo pasándose bien menos yo, sobre todo teniendo en cuenta que el pie volvía a dolerme, y que la sandalia de cuña retro disuadía de cualquier veleidad coreográfica. Hasta Marconi y Antoine movían las caderas. Mis antiguos jefes ofrecían un espectáculo de lo más sorprendente: dos mafiosos vigilando la velada con aire de no haber roto un plato. Daban ganas de hacer de inmediato las maletas hacia un destino lejano; pero no estaba en condiciones decentes de abandonar *mi* fiesta de cumpleaños.

No reconocí el siguiente tema, aunque me recordaba algo vagamente.

—Esta canción se llama «Dracula's Wedding», Jon, ¡te la dedico! —exclamó Al.

Mylène seguía delante de mí. Bailando con los brazos abiertos, como

invitándome. Sus senos podían hacer que el paseo mereciera la pena, pero no para mí.

¿Decelerar el corazón? Esta vez no era tan fácil.

—¿Estos son los lentos que me habías prometido? —dije.

Me pareció que mi desenvoltura no engañaba a nadie.

—¿De verdad no puedes bailar?

—¿Qué pinta tendría?

—La de un héroe herido.

Por una vez, sonaba agradable.

Me moría de ganas de preguntarle: «¿Ya no te ocupas de tu playboy?». Pero, claro, era lo último que debía hacer.

—¿Ya no te ocupas de tu playboy?

Se echó a reír. Era imposible saber si le parecía divertido o si simplemente se sentía satisfecha.

—Le he pedido que pusiese una lenta. Y cree que es para él. Pero pretendo bailarla contigo.

La canción de OutKast sorprendió a Al por su brevedad. Estaba negociando con el guaperas y falló el encadenamiento. Hubo un silencio como en la canción de Katerine, cuando anuncia «Y corto el sonido». Se produjo el abucheo reglamentario.

Mylène abucheaba con más fuerza que los demás y me había cogido de las manos. Esperamos la llegada de las lentas.

Pero nos quedamos con las ganas: «Gay and Proud», de Rubin Steiner & Ira Lee.

Ese chaval se estaba quedando con nosotros, y sobre todo conmigo, pero lo hacía con humor.

—Me había prometido «Hotel California» —dijo Mylène indignada.

—Quizás era mucho pedir.

La eficacia del manifiesto rap de Rubin Steiner era irrefutable. Intenté algunos movimientos ondulatorios.

Mylène se reía sin maldad. Se frotaba contra mí con la punta de los senos. Una forma de invitación muy convincente. Conseguí coger el ritmo.

—Creo que Nino ha notado que no te sientes cómodo con los homos. Te está buscando las cosquillas.

¿Yo? ¿Incómodo con los homos? ¡Qué absurdo!

—También te las ha buscado a ti.

—¿Y?

—Y te las ha encontrado, si no me equivoco.

—¡Pero qué viejo carca eres, Jon! Hemos tonteado un poco porque me dijo que nunca había besado a una chica en la boca. Yo quería que supiese lo que era.

—¿Y le ha gustado?

—Le ha parecido flojo. Ha dicho: «Confieso que no es demasiado agradable». ¿A ti te parece flojo?

Y en ese momento me dio un morreo con lengua.

Delante de todo el mundo.

Miré a mi alrededor: Al, Perle, Jean-Luc, Paco, Frida, Amparo, Marconi, Antoine... se reían de mí. Pero, por suerte, nadie más se había dado cuenta.

—¿Nos damos un baño? —dijo agarrándome un bajo de la camisa.

Después se quitó el vestido y las bragas y ¡chof!

Debo confesarlo: no llevaba tatuados en las nalgas ni ángeles ni demonios. Lo vi cuando se sumergió.

Pero yo no me pongo en cueros delante de todos.

Salió del agua tan deprisa como entró.

—¡Vamos, ven! Está muy buena.

Vi sus senos brillar, vi su pubis, su vello empapado, su ombligo hermoso como una piedra preciosa.

(Esto..., quiero decir..., estoy describiendo lo que vi.)

Era como un sueño inaccesible.

Una mujer tan hermosa, y la seguridad de no poder tocarla. ¿No era una situación cruel?

Me *agarró entre sus brazos* y, no sé cómo, consiguió más o menos levantarme con tal fuerza que, sin tiempo para alejarme del borde, caí a la piscina. Completamente vestido.

Me cubría hasta la cintura. Tenía la camisa pegada a la piel, y la sandalia flotaba en la superficie. Me dijo:

—Si supieses lo que me gustas, Jon.

Su risa era de una belleza infinita.

No me esperaba una felicidad tal, en ese momento de nuevo tan negro de mi vida, así que dije la primera cosa que me vino a la cabeza. Y resultó ser una completa gilipollez:

—Lástima que Valentin no esté aquí para ver esto.

Ella debería haber abierto los ojos como platos, estallar en una cruel carcajada o, peor aún, enfadarse ante tanta mezquindad (¿qué es esa idea de querer mostrar a toda costa una conquista al viejo amigo roquero?), pero dijo simplemente:

—Es cierto, ¿ya se ha marchado de la fiesta?

*

—Pues claro, te lo estoy diciendo.

—¿Ahí, en la calle?

—Que sí, estaba buscando sitio para aparcar. Me dijo que llevaba dando vueltas un cuarto de hora.

—¿Qué hora era?

—No lo sé exactamente, pero acabábamos de sentarnos a la mesa. Volví a mi coche para buscar el tabaco, y entonces vi pasar su supercarro con ese color tan raro.

—¡No es posible!

Valentin había venido a la fiesta. Unas dos horas antes, pero ya no estaba.

—Mylène —dije saliendo del agua—, ¿puedes llevarme a Largos?

—¿Así? ¿Ahora mismo?

—Sí.

Se agarró a mi cuello, y debo reconocer que tener una conversación seria con ella pasada la medianoche, en una piscina, no era cosa fácil. Pensaba en su cuerpo sin atreverme a mirarlo. Sentía su pecho pegado a mi camisa empapada. Y bendecía la presencia de toda esa agua que me servía de circuito de refrigeración. Mi cerebro dividía su actividad al cincuenta por ciento entre el deseo y la «búsqueda de la verdad», como se dice en los reportajes sobre crímenes.

Rozaba el agotamiento intelectual.

—Te creía más sensible al qué dirán, ¿de verdad quieres salir entre los aplausos del público?

—Escucha, Mylène, te lo diré de una vez por todas: ni hablar de que pase nada de lo que estás pensando entre nosotros. No tienes edad para ser mi hija, sino mi nieta, y...

Me puso un dedo en la boca, y después me besó de nuevo. Soy un sinvergüenza: sus labios y su lengua tan dulces... y mi voluntad que se tambaleaba como un régimen conservador derrotado por la primavera.

—¿Sabes lo que quería por Navidad cuando era pequeña? A Papá Noel. No los juguetes, sino al tipo. Si supieras cómo soñé tener solo para mí a ese anciano vestido de rojo, sentarme sobre sus rodillas y acariciar su larga barba blanca... Me llevé un buen chasco cuando me pusieron mala cara y me dijeron que ni hablar. Y ya ves, ahora que podría tomarme la revancha, ¿me lo vas a negar de nuevo?

Aquello parecía una canción de los Fucking Puppets.

Me disponía a responderle, pero en ese preciso instante se escucharon unos gritos procedentes del balcón que daba sobre la piscina.

—¿Qué estás haciendo ahí?

Reconocí una vocecita que respondía:

—Yo también quiero bañarme de noche, como el abuelito y Mylène.

—¡Vuelve a la cama, no puedes estar levantada tan tarde! Estoy muy enfadado. Si lo repites, ya no podré confiar en ti.

Mylène rio:

—Estás perdido, viejo. Esa niña sabe ahora que tienes chica nueva. ¿Sabes que no esperaba otra cosa, la peque?

—Vista la longevidad de tus relaciones amorosas, pronto comprenderá que esto no está hecho para durar —dije con maldad—. Te propongo romper esta noche en Largos, en el umbral de Las Hespérides.

—La duda está en saber si lo haremos antes de que yo haya entrado en casa o después de haber salido.

Al final, estuvo bien que mi partida en compañía de Mylène pudiese parecer lo que no era.

Además de subirme la autoestima, aquello me procuraba una coartada.

No hubiera podido abandonar a las doce y media de la noche mi propia fiesta de cumpleaños sin que mis amigos me fusilasen a preguntas. Jean-Luc y Paco habrían insistido en acompañarme, Al y Perle se habrían quedado patidifusos —bonita palabra, dicho sea de paso—, Marconi y Antoine se habrían despedido con tristeza y Marconi habría dicho: «Eras más sigiloso cuando trabajabas».

En cambio, aunque no fuera una partida discreta —había que haber visto a Mylène medio desnuda atravesar la pista de baile arrastrándome a su antojo—, fui despedido con un guiño bien marcado de Paco, un pulgar hacia arriba de Al (homenaje que no me esperaba) y cierto comentario profiláctico que Jean-Luc consiguió susurrarme al oído:

—Nunca dejarás de asombrarme, Jon, pero no olvides tu equipo de buceo.

Marconi estaba bailando un reggae con una vecina de cierta edad; parecía un oso de los Pirineos entrando en contacto con una hembra recién llegada de sus montañas rumanas. Antoine me dedicó una especie de saludo militar que debía de significar algo así como «gloria al combatiente».

Del lado masculino, yo era un héroe.

Por suerte, Perle se perdió la despedida. Debía de estar ocupada en el piso de arriba con Luna en pleno capricho nocturno. No habría soportado sus comentarios irónicos del tipo «creía que no te interesaba la juventud... ¿Sabes que Mylène tiene cinco años menos que yo?».

Jean-Luc consiguió alcanzarme en el momento en que iba a franquear la portilla que daba a la calle y me puso unos preservativos en la mano:

—Me extrañaría que Mylène no llevase en el bolso, pero nunca se sabe.

—¿Tres? —dije—. Si utilizo tres preservativos a mi edad, es que me los habré puesto uno encima de otro.

Mylène caminaba delante de mí, segura de sí misma. Ni siquiera tenía la excusa de estar borracha.

Fue como si hubiese leído mis pensamientos:

—He hecho bien en no beber. Así no tendrás la excusa de que no sabía lo que hacía.

Empecé a examinar las aceras de los dos lados de la calle.

—¿Qué andas maquinando? Creí que volvíamos a Largos.

Montamos en su coche.

—¿Puedes dar una vuelta al barrio?

—¿Estás buscando hachís? No encontrarás por aquí.

—Digamos más bien que daremos unas vueltas y miraremos por todos los

rincones, algo así como si buscásemos un gato perdido, ¿entiendes?

—¿Quieres decir como si buscásemos a un tío pedo?

—Sí, eso es.

—Eso lo sé hacer, hay que fijarse en las entradas de las casas, por lo general es ahí donde se meten los tipos borrachos.

—Debe de ser un instinto primitivo: buscar una gruta donde abrigarse.

—Sí, hombre, es más bien que los tíos que fingen perderse tienen miedo de que no los encuentren.

Encontramos el Lexus en una calle adyacente, cuidadosamente aparcado entre un cupé Jaguar y un descapotable Saab. Bajé y di la vuelta al coche, con un nudo en el estómago, esperándome encontrar a Valentin derrumbado sobre el volante o tumbado bajo los asientos.

Intenté abrir la puerta del conductor; estaba cerrada. Me puse las manos a modo de visera e inspeccioné el interior. Nada. Nadie. Uf, ya era algo. Pero un instante después me invadió una ola de angustia:

—Secuestrado.

Lo habían secuestrado. No podía haber sido la poli. Si la poli lo hubiera descubierto, se habrían cuidado bien de no detenerlo. Lo habrían seguido hasta nuestra fiestecita y sin duda habríamos tenido el honor de presentarnos: Marconi, Antoine, yo mismo... Una vez más, las fuerzas del orden habían perdido una ocasión magnífica.

—¿Secuestrado? —preguntó Mylène.

Me había seguido en lugar de ser buena y quedarse en su Mini, poniéndose rímel o lo que fuera. Decidí ser franco, o algo parecido:

—A Valentin lo han secuestrado los malos. Unos tipos que van a pedir rescate.

—¿Me tomas por una rubia? Cinco músicos de los Fucking Puppets desaparecidos, cuatro encontrados asesinados, *con la complicidad del cielo* (como yo misma te hice ver), ¿y quieres que me trague que van a pedir rescate por su líder?

—Hum. Desde que te has teñido el pelo, ya no te reconozco. ¿Cuál es tu color original?

Dudó un momento antes de revelarme ese importante secreto.

—Soy una vulgar morena clara, nada trascendente, ya que lo preguntas...

Estábamos de nuevo en el coche, camino de Largos. Una atmósfera sombría había invadido el habitáculo.

—Es mi principal complejo —añadió Mylène.

*

No sé cómo lo hizo, pero cuando llegamos a Largos lo sabía todo de mí, o casi. Había empezado con una pregunta:

—¿Me crees capaz de guardar un secreto?

Y después otra:

—¿Te das cuenta de que puedo estar todo un año sin hacer ninguna pregunta a un hombre que un día me dijo que era el mayor especialista del crimen perfecto?

Así que recordaba aquella confesión idiota que le había hecho bajo el efecto de un psicotrópico.

—¿Tampoco le preguntaste a Perle?

—¿Por qué? ¿Quieres decir que Perle está al corriente?

Su sorpresa era sincera.

Después de aquello, creo que lo largué todo. Exceptuando, por supuesto, el hecho de que Roxane había caído en el jardín de Valentin y estaba enterrada bajo su casa. En este trepidante final de vida, he descubierto que se pueden confiar secretos a las mujeres. E incluso se ha convertido en una de mis actividades más gratificantes.

—Joder, sabía que eras un tío sin igual, pero esto... sobrepasa mis fantasías más descabelladas —dijo cuando hube terminado.

De pronto adoptó una actitud tímida y grave, algo que desconocía en ella. Su perfil se iluminaba intermitentemente con la tenue luz del alumbrado municipal. Llegamos a mi calle. Tenía a mi lado a otra Mylène, tranquila y seria por primera vez. Esa versión no perdía nada de su encanto: se podía *ser* Mylène sin *hacer de* Mylène.

—¿Vas a encontrar a Valentin antes de que sea tarde?

—Lo voy a intentar —dije.

Cuando se detuvo el motor, añadió:

—Creo que tienes cosas más importantes que hacer que resistirte a las insinuaciones de una jovencita cachonda.

Por suerte, era evidente que aquello no era una pregunta.

—Nos damos dos besos y vuelvo al Bosque de las Hadas.

La referencia al nombre de su urbanización tuvo como efecto que volviese a la realidad: tenía enfrente a mi desvergonzada peluquera preferida de siempre, y no a la persona con la que iba a fundar una familia o incluso pasar el resto de mi vida.

Entonces ¿por qué mi corazón se aceleraba así, ahora que acababa de desaparecer por la esquina de mi calle?

En mi cabeza empezó a sonar una canción de los Stones: un *gimmick* de vibráfono sobre las guitarras de Keith Richards y Brian Jones, la distorsión del bajo de Wyman, el *groove* falsamente anticuado de Charlie Watts, la voz sensual y llena de desprecio de un Mick Jagger más arrogante que nunca. Era «Under My Thumb», y su letra venía al pelo:

Under my thumb,

the girl who once had me down.

Under my thumb,

the girl who once pushed me around.

Porque, a mi edad, cuando te das cuenta de que una chica de veintiocho años está «bajo tu pulgar», aunque no sea el mejor momento...

Sienta francamente bien.

Me pasé mucho tiempo en Internet consultando la web de Notre-Dame-de-Saint-Amour, la institución en la que, según Marconi, servía el hermano de Burger.

A pesar del esfuerzo de sus programadores, las imágenes que desfilaban ante mis ojos no evocaban precisamente el paraíso terrenal: austeros muros de granito, edificios con aspecto de cuartel, un calvario, varias capillas. Una vieja piscina decrepita no conseguía engañar a nadie, como tampoco las pistas de tenis de asfalto gris con sus redes caídas o el «hogar cultural» que habían colocado en un ruinoso barracón prefabricado.

Una montaña sombría como fondo de un «albergue de retiro para religiosos» terminaba de echar por tierra la supuesta modernidad y «apertura al mundo» de la institución.

Alguna foto de clase pero ninguna con profesor, todas con sacerdotes más o menos tópicos: pelo corto, camisa gris o negra con alzacuellos, rostro serio e inexpresivo, de benevolencia firme sin dejarse llevar.

Había que introducirse en la sección «Vida espiritual» para ver túnicas, casullas y sotanas, y saber algo más sobre los fundamentos históricos e ideológicos del centro.

Tanta cursilería me produjo escalofríos.

En cuanto a los orígenes, algunas estampas relataban varios milagros que habían justificado la fundación del santuario. Todo sucedía, invariablemente, al borde del torrente que brotaba a los pies del colegio. La actriz principal, una pastora, había visto allí a la Virgen, exactamente como en Lourdes. Pero además se relataban varios fenómenos paranormales que habían tenido lugar en diferentes épocas: una rama tendida para salvar a una primera pastora que había caído en las aguas del torrente, un árbol paseándose de una a otra orilla ante los ojos de una segunda y la corriente secándose de golpe para salvar a la tercera de morir ahogada.

¿No hubiese sido más sencillo enseñar a nadar a las chicas del lugar?

La aparición de la Virgen, en policromía chillona, era una y otra vez técnicamente pésima, espiritualmente pésima, estéticamente pésima. Ni siquiera daba miedo, y tampoco podía aportar el menor consuelo. En resumen, era:

Boba y antiestética. *Catholic vintage*, nada más.

Que una hagiografía tan lamentable hubiese podido suscitar el entusiasmo de las masas y asegurar la prosperidad de los mercaderes de objetos de culto desde el siglo XIX hasta nuestros días: eso sí que era un auténtico milagro.

Intenté leer un artículo que relataba la fundación de la institución por San Marcelo Cruz-sin-Mancha, y después otro sobre su fundamento en el mismísimo Sagrado Corazón.

«Abrevemos en la fuente de absoluta limpidez de nuestro San Marcelo bien amado, pidamos al Sagrado Corazón, que concibió y fundó nuestra familia espiritual,

la gracia de nuevas vocaciones para continuar compartiendo su ofrenda de alegría en el gozo del Dios vivo y transmitirla a las nuevas generaciones.»

¿Cómo? ¿Era un problema de traducción —el texto estaba firmado por un reverendo padre español: P. Eduardo López Gómez— o era yo definitivamente hermético al lenguaje del Sagrado Corazón?

Navegué por las distintas secciones y descubrí algunos anuncios apasionantes. Por ejemplo, el de un *picnic espiritual* junto a los seminaristas guatemaltecos del priorato de Macaron, a la altura de Jurançon.

En el programa: «Eucaristía, vísperas, partido de fútbol y comida con sabores latinoamericanos...». ¡Qué bellos «momentos compartidos» a la vista! Sin contar con el «guiño» de la Providencia, ya que al mismo tiempo la diócesis de Ciudad de Guatemala se disponía precisamente a...

¡Socorro!

Estaba a punto de abandonar cuando me vino a la mente el comentario de Mylène acerca de la *complicidad del cielo*.

En su momento, cuando ella se había referido a esta complicidad, no había prestado atención, pero tras las revelaciones de Marconi su intuición me pareció perfectamente acertada: mujeres caídas del cielo, hombres fulminados, el hermano eclesiástico de Burger y toda aquella comunidad religiosa que se presentaba en mi pantalla.

Aquello merecía al menos ser verificado.

Teclé la expresión de Mylène *complicidad del cielo* en la ventana de búsqueda de Google. Y no obtuve nada convincente.

Extendí la búsqueda a todos los elementos en mi posesión:

mujeres caídas del cielo + fulminados + la complicidad del cielo + burger +
saint-amour

El resultado fueron millones de referencias a comida rápida.

Puse la mayúscula que me había tragado y activé la opción «palabra por palabra». Me quedaban miles de «Burger» dispersos por todo el mundo, asociados más o menos a las palabras «mujeres», «amor», «cielo», «complicidad» y más raramente «fulminados», sin mencionar «Burger King», siempre en primera posición.

Podía perder uno la cabeza, y sobre todo el tiempo.

Volví a la página de Saint-Amour, buscando, esta vez, el organigrama del establecimiento. Me costó encontrarlo. No brillaba por su claridad.

No figuraba ningún Burger.

Sin embargo, había dos religiosos citados únicamente por sus nombres —hermano Alexis, tutor de primaria, y hermano Rodolphe, tutor de secundaria—. ¿Y si...?

¿Hermano Rodolphe Burger? ¿Como el cantante de Kat Onoma?

Altamente improbable. Así que tecleé la otra asociación en la ventana de búsqueda de Google: «Alexis Burger».

¡Bingo!

Tenía dedicadas un buen número de entradas.

Se referían todas a la hermandad de los Soldados de Jesús de los Pirineos Atlánticos, de la que el hermano Alexis Burger, «religioso, directivo en la enseñanza privada», era tesorero desde el 11 de febrero de 2003.

Tras haber pasado unos segundos en la página de inicio y descubierto que se trataba de una «sociedad de religiosos cuyo programa es el mismo que el del Corazón de Jesús: devoción y obediencia absolutas, simplicidad perfecta, dulzura inalterable», leí un texto más explícito y más antiguo de los fundadores, que precisaba: «Estos religiosos serán un auténtico ejército itinerante de soldados de élite, dispuestos a acudir a la primera señal a cualquier sitio donde sean requeridos».

Estaban también los estatutos de la asociación y el conjunto de actas de las reuniones del consejo de administración desde su creación. Empecé a imprimir la más reciente.

Pero la conexión se interrumpió y no pude volver a la página de inicio para continuar mi visita.

En Largos, cuando no se corta directamente la luz, es Internet lo que no funciona.

Subí a mi habitación con el taco de hojas impresas. La lectura era tan soporífera que cuando llegué a la parte inferior de la primera página empecé a releer varias veces el mismo párrafo, y luego la misma frase, sin comprender nada.

Sospechaba que estaba a punto de quedarme frito.

Y mis sospechas se confirmaron cuando un monje con capucha, armadura de cruzado y montado a caballo se dirigió a mí gritando:

—¡Con la complicidad del Cielo llevaremos a la victoria al Occidente cristiano!

Sin duda, su rostro era el de Burger.

Pero su vestimenta era demasiado cercana a la de *Los caballeros de la mesa cuadrada* de los Monty Python como para hundirme en una verdadera pesadilla.

*

—¿Y bien?

—No existe una maldita manera prudente de despertarme.

—Pues la próxima vez te lanzaré una piedra a la cabeza.

Sí, es el único método seguro, pensó Hayduke.

EDWARD ABBEY, *La banda de la tenaza*

Llevaba un buen rato despierto.

Había dormido de un tirón: seis horas, al final sin sueños, sin caballero cristiano,

sin mujeres caídas del cielo, sin hombres fulminados, sin hada rubia y desnuda... Un auténtico sueño reparador con el que recuperar la forma.

Acababa de recorrer en diagonal el acta de los Soldados de Jesús de los Pirineos Atlánticos que había impreso la víspera.

Aquella gente era una pandilla de tarados.

Pero una vuelta por enlaces que dirigían a páginas similares me mostró que no se trataba de casos aislados. Y que más bien eran del tipo socialmente integrado.

Pocos de ellos dejaban que su foto anduviese errando por Internet.

El hermano Alexis no lo había hecho. Lástima, quizás me habría hecho gracia ver a Burger vestido de monje.

Sí estaba la foto del presidente de la hermandad.

Se llamaba Marc-Aurèle Cassou y era laico; la página de los Soldados de Jesús precisaba que la hermandad estaba abierta a seculares desde hacía años.

Su expresión afable, su rostro rubicundo y su traje y su corbata eran los típicos de un político rural, sin nada más de particular.

Busqué su nombre y me enteré de que era consejero general, vicepresidente, delegado de desarrollo sostenible.

Tuve una iluminación, un momento de pura inspiración: entré en la página del Consejo del Departamento. ¿Estaría el nombre de aquel hombre asociado a...?

Teclé en la ventana de búsqueda la palabra «helicóptero», y obtuve: «Prima para transporte de madera a caballo o en helicóptero».

El texto era un reglamento que preveía una prima para el transporte de madera en helicóptero igual al cincuenta por ciento del total de gastos de la explotación forestal, con un máximo de quince mil euros.

El objetivo era favorecer la explotación de maderas valiosas en la montaña sin dañar el bosque ni utilizar camiones.

El promotor de la iniciativa era el delegado de desarrollo sostenible, Marc-Aurèle Cassou.

Las beneficiarias de esas ayudas eran tres empresas. Entré en la página de todas ellas, en busca de nombres que hubiese podido mencionar el acta de los Soldados de Jesús.

Nada. Pero, siempre buscando alguna relación entre esos guerreros místicos y nuestro asunto, tuve la idea de asociarle las palabras «Bearn + explotación forestal + helicóptero». Ni que decir tiene que mis dedos volaban sobre el teclado. Y el resultado fue: «SPAAMVEF: Sociedad Pirenaico-Atlántica de Alquiler de Vehículos y Maquinaria de Explotación Forestal».

Una empresa en apariencia floreciente. La página exhibía fotos de camiones y maquinaria terrestre magníficos. Pero también incluía un apartado de «Transporte en helicóptero».

Vi las imágenes. Producían vértigo. Cuatro aparatos en alquiler. Fotografiados en plena acción en la montaña. Tuve la convicción de que uno de ellos había servido

para asesinar a las hermanas M'Bow. No me quedaba más que encontrar cuál de las tres empresas beneficiarias de las subvenciones había alquilado a la SPAAVMEF el aparato con el que habían transportado a las dos. A menos que el implicado fuese el mismo arrendador...

Hacerme con las actas de las reuniones de la hermandad, el conjunto de patronímicos citados en ellas, y cotejarlos con los organigramas de las tres empresas de explotación forestal y con el de la SPAAVMEF me llevaría quizás horas, pero estaba decidido. Si un miembro de la hermandad a la que pertenecían Marc-Aurèle Cassou y el hermano de Burger estaba asociado a una de las empresas que habían alquilado los helicópteros, correría gustoso a interrogarlo.

Tenía una pista y no estaba dispuesto a abandonarla. Pero antes bajé a la cocina.

Llené de agua la base de la cafetera italiana, de café molido el filtro, atornillé la parte superior. Iba a poner al fin la cafetera sobre el fuego cuando...

Llamaron a la puerta.

¿Paco, Jean-Luc, Perle o Mylène?

Abrí haciéndome esta deliciosa pregunta: ¿a cuál de esas personas a las que tanto me gustaría recibir en otras circunstancias iba a cerrar la puerta en las narices?

En el umbral había un tipo.

Alto, delgado, llevaba camiseta blanca y pantalón negro.

Me eché ligeramente hacia atrás.

Llevaba un portafolios en la mano.

Me relajé pensando que contendría ejemplares de *La Atalaya*:

Testigo de Jehová.

Siempre me ha encantado aterrorizarlos. Odio a esa gente, siempre educada y complaciente, persuadidos de que vas a acabar en el infierno por lujurioso, perezoso o incluso simplemente egoísta.

Pero, esta vez, me reconocerán que tenía mejores cosas que hacer.

—Disculpe —dije—, pero no creo ni en Dios ni en el diablo. Y no tengo tiempo que perder.

Esperó a que lo mirase para responderme.

—No estoy aquí para convencerlo. Porque sé que ya está convencido.

Sus ojos eran de un negro intenso. Hundidos en un rostro pálido, tan pálido que *la sangre se heló en mis venas*.

—Está convencido de la existencia de Dios y del diablo —repitió—, y espera, como todo ser humano, la hora del juicio final.

Quise protestar, pero me sentí desprovisto de voluntad.

—Se siente feliz de que yo esté frente a usted. Se siente colmado. Tiene ganas de seguirme y se viene conmigo.

Lo seguí sin conseguir dejar expresarse a la voz que en el fondo de mí sentía ganas de exclamar: «¡Basta! ¡Déjeme en paz! ¡No tengo ninguna gana de escuchar sus tonterías!».

Se dio la vuelta y se dirigió hacia un Dacia blanco, un vehículo tan desprovisto de prestigio que deduje que, por muy dotado que estuviese de magnetismo sobrenatural, ese triste caballero debía su aflicción a dificultades financieras y, así pues, solo podía tratarse de un perdedor, en ningún caso de un tipo que pudiera imponerme su voluntad... En eso estaban perdidos mis pensamientos.

A pesar de eso, continué obedeciéndole, sin que le fuese necesario alzar el tono.

Abrí la puerta por iniciativa propia, diciéndome en el fondo de mí mismo: «Joder, ¿qué coño estás haciendo? ¡Reacciona, hostia!».

Me senté y me puse el cinturón de seguridad, como acababa de ordenarme.

Antes de arrancar, me asestó:

—Va a descubrir todo lo que se puede conseguir con la complicidad del Cielo.

Y, como permanecía con la boca abierta, añadió:

—Cierre la boca, parece tan estúpido que vamos a llamar la atención.

Todavía tuve tiempo de vislumbrar a mi vecina haciéndome un corte de mangas, antes de que el tipo me dijese:

—Ahora, duerma.

Ossau-Iraty: Queso originario del País Vasco y del Bearne, la apelación Ossau-Iraty proviene del Pic du Midi d'Ossau, que domina el valle de Ossau y todo el Bearne, y la selva de Irati, el hayedo más grande de Europa, a caballo entre las montañas vascas, francesas y españolas.

En 2012, el Ossau-Iraty de la marca Agour fue elegido mejor queso del mundo.

[Wikipedia](#)

Secuestrado en una cámara frigorífica.

Secuestrado, ¡mierda! ¿Cuántos individuos podrían presumir de haber sido *secuestrados* al menos una vez en su vida?

Seguro que Ian Curtis, el cantante de Joy Division, habría sabido apreciar la situación en su justa valía, y, por supuesto, venían a mi mente títulos como «Isolation» y «Ice Age».

Valentin pensó en Jon, su amigo *jukebox*. Había sido él quien le había contagiado esa manía de asociar un tema musical a cada emoción fuerte.

El secuestro en cámara frigorífica habría podido tener su toque chic, sobre todo por la cadena atada al tobillo y la luz de neón...

—Lástima que los quesos estropeen el decorado.

En cueros frente a las estanterías llenas de queso de oveja: *so cheesy!* Si se enterasen sus fans...

Valentin cogió un queso y lo tiró al suelo. Tiró otro y otro hasta que se calmó y entró un poco en calor.

—En todo caso, no moriré de hambre.

Pero quizás sí de frío.

Su angustia era tan intensa que no pudo evitar una risa nerviosa. Joder, estaba aterrado. Pero ni hablar de manifestarlo. Y mucho menos de confesarlo. Valentin prefería pensar que el nudo en la garganta y la sensación de adormecimiento se debían a la simple conjunción de hipotermia e hipoglucemia. Siempre había estado a la altura de los asesinos con los que se codeaba. Era famoso por su capacidad para burlarse de todo. No era el momento de flaquear.

Estrechó los brazos alrededor de sus caderas. En aquel momento sus tatuajes eran los únicos que libraban la batalla del glamour, y tiritaba como si hubiera abusado del éxtasis. Levantó la cadena atada a su tobillo izquierdo y tiró con todas sus fuerzas de la argolla clavada al muro. Estúpido. Completamente ineficaz.

—Ni lo pienses.

¿Cuánto hacía que había recobrado la consciencia? ¿Diez minutos? ¿Veinte? ¿Más? Imposible decirlo con precisión. Le habían quitado el reloj y el iPhone, y había perdido la noción del tiempo.

Sin embargo, una cosa estaba clara: cuantas más horas pasasen, más lo amenazaría la hipotermia. Era imposible sentarse o tumbarse. Al principio se había echado sobre el suelo, pero, tras haber congelado cada lado de su cuerpo, no había podido seguir soportando el contacto con el hormigón glacial. Tampoco le era posible permanecer sentado. Le dolía demasiado el trasero. Por no hablar de las pelotas, que se posaban invariablemente en el suelo, y eso era lo más doloroso.

Su primera idea fue que iba a morir de frío. Pero pensó en aquel obrero polaco que se había quedado encerrado en una cámara frigorífica y había permanecido allí una noche entera. Lo habían encontrado al alba, muerto, helado; hasta que se habían dado cuenta de que el refrigerador no funcionaba: había sido su cerebro el que le había traicionado. El tipo había muerto de frío a fuerza de autosugestión. Una cosa de locos.

Ya no recordaba dónde había leído aquella historia, pero por una vez las informaciones que se acumulan estúpidamente en la memoria podían serle útiles...

Debía controlar su imaginación. Permanecer racional. Atenerse a los hechos. No temer al frío si no había razones de peso para tenerle miedo. La presencia de los quesos indicaba que la temperatura debía situarse bastante por encima de cero, ¿no? Incluso por encima de los diez grados.

Simplemente era que estaba en cueros... Eso era lo que le hacía tiritar.

Se sintió algo aliviado, aunque no mucho. No le hubiese gustado morir de frío. Pero conocía muchas otras formas de morir nada reconfortantes. Como lanzado desde un helicóptero, por ejemplo —él, que sufría de vértigo—, o atado a un pararrayos esperando a ser alcanzado por un relámpago.

Sin embargo, pensándolo un poco, se dijo que aquellos retorcidos que lo habían secuestrado seguramente volverían a innovar.

Imaginar las modalidades de su muerte ocupó un momento su mente. Aquello le ahorraba pensar en la temperatura ambiente y en la de su cuerpo, que bajaba a buen ritmo.

¿Destripado vivo como en un harakiri? ¿Enterrado vivo como en *El monje* de M. G. Lewis? ¿Devorado por caníbales drogados, como pasó en Florida con ese indigente al que le arrancaron la nariz a dentelladas sin anestesia?

Hubiera pagado mucho por una conversación con Jon:

—Hola, tío, te llamo desde una cámara frigorífica. No sé qué coño hago aquí ni la hora que es, ni siquiera sé si es de día o de noche. Tengo los cojones azules, como los de los pitufos, y como no he llegado aquí siguiendo a Pitufina, estoy esperando a que aparezca Gargamel de un momento a otro.

Se rio de su propia gracia. La idea de que los pitufos pudiesen tener cojones —¿y por qué no Pitufina una vagina?— le parecía graciosa. Un poco más y hubiese sacado la letra de una canción... Aquel era su fuerte. Poder reírse de todo, y en particular de lo que no divierte a nadie. Pero ¿de qué serviría escribir esa canción que nadie oiría nunca?

No podía contar con ayuda alguna. No le quedaba más que ponerse a hablar en voz alta para intentar entrar en calor, a la espera de que los tarados que manejaban los hilos de su puta marioneta entraran a buscarlo.

Intentó concentrarse en sus recuerdos más recientes.

¿Cuál era su recuerdo más «fresco»?

La fiesta de cumpleaños. Una banda de admiradoras le había reconocido en el preciso momento en que salía del Lexus, a dos pasos de la casa de Perle. El tipo de cosas que le sucedían todos los días. Chiquillas sobreexcitadas, sin duda bajo los efectos de una droga presentada en forma de caramelos ácidos o piruletas; la clase de producto lúdico que no da miedo a los niños. Le habían pedido autógrafos escritos en el vientre, levantándose las camisetas, e incluso, una de ellas, en un seno. Había tenido que agarrarlo directamente para estabilizarlo y escribir: «Que te den por culo, putita del demonio». Vale, aquello había sido bastante demagógico, pero era todo lo que la chiquilla esperaba.

—¡Genial, gracias, muchas gracias!

Les había dado algunos morreos para que se quedaran completamente satisfechas: le gustaba agrandar a sus fans, sobre todo cuando eran guapas y nada difíciles; Dios, qué decadente era —incluso convencional—, ahora que lo pensaba mejor.

Iba también con ellas aquel chaval de unos veinte años que llevaba una camisa pintada a mano. El tío le había dicho tendiéndole la tela:

—Es tu cara.

Llena de vómito.

—Quítate eso enseguida y lo tiras a la basura. Y si lo vuelves a hacer, te parto la cara.

Todo el mundo se había reído, Valentin había dado tres caladas a un porro y se había despedido educadamente.

¿Y después?

Hizo un esfuerzo para recordar.

Al entrar en la calle de Perle...

Un hombre extraño. Un rostro:

Demacrado.

Pálido.

Adusto.

Esa nariz aguileña.

Esos ojos pequeños y negros.

¿El equivalente humano del cuervo? Y esa mirada tan potente como un mal sueño.

Había bastantes «cuervos» entre los fans de los Fucking Puppets, pero este era uno de verdad; nada del ññato gótico que se disfraza, se maquilla y se pinta las uñas de negro, no, un auténtico cuervo emplumado, un pájaro.

De mal agüero.

Y, ahora que lo recordaba, lo había seguido hasta un Dacia blanco.

*

No llevábamos ni veinte minutos en el coche. El tipo conocía el lugar como la palma de su mano. Las carreteras sinuosas que atravesaban las colinas de Chalosse estaban tan desiertas como los bosques de las Landas más al norte. El paisaje, amplio y abombado, y el cielo, atravesado por enormes nubes, recordaban la Toscana.

Un coche nos adelantó en una recta, un Mercedes blanco. La carretera era tan estrecha que las carrocerías se rozaron. Mi conductor no dijo una palabra, pero examinó atentamente a los ocupantes del coche alemán durante el peligroso adelantamiento.

Reconocí a Frida, que le devolvió la mirada, fría y sin pestañear. Y al Gato, en el asiento de atrás.

Una vez delante, el Mercedes frenó brutalmente. A mi chófer no le quedó más opción que frenar a su vez.

Antes de que tuviese tiempo de meter la marcha atrás, el Gato y el conductor del Mercedes ya habían saltado del coche y le apuntaban con sus armas a través del parabrisas.

—Mátalos —me ordenó el testigo de Jehová en voz baja.

*

No tenía más arma que mi voluntad de matar; que además, y lo digo por experiencia, no siempre tiene el calibre apropiado.

Está de moda, en cierto tipo de literatura, considerar al personaje principal como invencible, sobre todo cuando lleva el peso de la narración. Se tiende a llamarlo «el héroe». Es humano: cuando uno relata, está tentado de adoptar el papel del bueno, sin contar con que si recibe un buen guantazo, así, en plena cara, y le dejan fuera de juego, ¿quién va a contar el puto final de la historia? Seamos realistas, ¿cómo quieren que en esas condiciones yo no haya vencido de nuevo?

Así que vayamos con el relato de los acontecimientos:

—Mátalos —había ordenado el testigo de Jehová.

Bajé del coche sonriendo a mis amigos gitanos.

¿Matar a los primos de Paco y a Frida?

Qué remedio, ya que era una orden...

Desobedecer a ese tipo era tan imposible como lamer mi propio ano. Cualquier perro puede hacerlo —desobedecer, lamerse el ano—, pero mi nivel de consciencia no llegaba ni al de un chihuahua.

Ya podía gritar con todas sus fuerzas esa parte de mí mismo que se rebelaba

contra aquel horrible panorama desde lo más profundo de mis entrañas, que no era ella la que mandaba. El envoltorio carnal ahora vacío de sentido al que Frida llamó...

—¿Jon?

... estaba a las órdenes del representante de Jehová en la Tierra.

—¡Jon! Pero...

Fingí primero que estaba de su parte. Respondieron a mi sonrisa. La carretera era un antiguo camino rural con taludes de dos a tres metros a ambos lados. Me acerqué al Gato —a priori el más peligroso—, que me había hecho una señal con la mano para que me refugiase a su espalda. Si hubiese tenido una segunda pistola, sin duda me la habría entregado.

Frida se me aproximó y quiso ponerme la mano sobre el hombro. La rechacé de una patada y fallé por poco un golpe al esternón que la hubiera dejado fuera de juego definitivamente. Fue en ese momento cuando exclamó, tocándose el costado:

—¿Jon? ¡Jon! Pero...

Me abalancé rápidamente sobre el Gato. A pesar del efecto sorpresa, tuvo tiempo de bajar el mentón para protegerse la nuez, y solo conseguí encajarle un gancho bajo la nariz. Pero estaba claro que le había golpeado con la suficiente fuerza como para dejarlo inconsciente.

Todo aquello pasó en apenas unos segundos.

El otro gitano no se había dado cuenta de nada. Estaba ocupado apuntando al señor Abuso-de-mis-dotes-de-médium, que había tenido la estúpida idea de unir sus esfuerzos a los míos. En el momento en que yo había pasado a la acción, aquel cretino había desenfundado sin miramientos una Magnum, lo que había provocado la respuesta del gitano.

La detonación resonó al tiempo que me giraba hacia mi mentor, y entonces solo me dio tiempo de contemplar cómo una ojiva de nueve milímetros se clavaba en sus carnes, justo a la altura del hombro derecho, obligándole a soltar el arma y provocándole un horrible rictus. La desolación de su rostro no hizo sino multiplicarse.

En cierta manera, aquella distracción me venía bien. Más teniendo en cuenta que antes de ocuparme de la suerte del tirador debía repeler el ataque de Frida, que acababa de saltar sobre mis hombros y me había clavado las uñas entre las cejas y los párpados, fallando mis ojos por poco. La empujé hacia delante. Ella consiguió caer de pie y se giró para enfrentarse a mí. Ahora eran sus ojos los que se clavaban en los míos. Su mirada ardiente me dejó estupefacto.

Azul.

AZUL.

AZUL.

Louise.

¿Por qué pensaba en Louise?

—¡Despierta, Jon!

Louise estaba en la mirada y en la voz de Frida.

No había otra explicación.

—¡Despierta, Jon!

Me dispuse a lanzarle un puñetazo en plena mandíbula.

Pero el eco de la voz de Louise resonó otra vez y oí:

—¡Despierta, Jon!

Era como si fuese a despertarme en la cama, al lado de la última mujer que había amado.

Después, la verdadera voz de Frida gritó:

—¡No, Calypso, no dispaes!

El joven gitano apuntaba su arma contra mí.

Me volví levantando las manos.

—Está bien —dije—, estoy despierto.

Él temblaba como si estuviese helado. Debo decir que el ambiente se había enfriado bastante entre los gitanos y yo.

*

Haber herido a un amigo. No existe sentimiento de culpa más horrible.

Pides perdón como un miserable.

—¿Estás bien?

Y yo ostentaba el triste récord de haber lesionado a dos, uno de ellos una mujer de apenas cincuenta kilos.

Frida se tocaba las costillas mientras sollozaba de dolor. Habría preferido que me hubieran dejado fuera de combate al principio de las hostilidades antes que haber hecho eso.

Aunque lo peor era el Gato. Se había levantado. Pero se tambaleaba. Y el dolor era tal que él también sollozaba. Por supuesto, sangraba como un cerdo.

—Joder, te has empleado bien, cabronazo. Seguro que está rota.

—No lo creo. Ese tipo de golpe no rompe la nariz. En ese caso significaría que se ha hundido en el cráneo, pero entonces no estarías hablando con nosotros —dije para tranquilizarlo.

Encontré algodón en el botiquín de primeros auxilios del señor Abuso-de-mis-superpoderes y se lo tendí a nuestro amigo herido.

De paso aproveché para interesarme por el médium. Su herida en el hombro era impresionante. Acababa de confiscarle su Magnum —en este momento me permito precisar que esa arma no tenía nada de espiritual— y tenía muchas ganas de meterle una bala entre sus dos ojos de mierda.

—Déjame ver —dije hundiendo el cañón en la herida.

Lanzó un grito. Me sentí bien.

—Pareces en plena forma —dije—, si lo comparamos con lo que te espera.

—¡Para! —gritó Frida—, ¿no crees que ya has tenido suficiente por hoy?

Aquello estaba en el límite de lo humillante, pero bueno, es verdad que no era el momento de insistir. No me interesaba pasar por un tipo impulsivo y violento. Nunca se sabe.

Fuera de bromas, no estaba dando mi mejor imagen, debía mostrar un ángulo más pacífico. Ya saben, ese lado *niño bueno* de abuelito Jon que Frida siempre había conocido.

De hecho:

—No sabía que fueses así —dijo.

Y eso quizás quería decir que se sentía decepcionada.

Ayudé al Gato a llenarse la nariz de algodón. Le enrollaba los pequeños tapones que él introducía en los orificios. Pero inmediatamente rebosaban de sangre que caía sobre su torso, y había que volver a empezar.

Demosté una paciencia infinita y al final llegamos a un resultado bastante satisfactorio. El algodón aguantaba. Había detenido la hemorragia. Dos matas blancas sobresalían de su nariz. Tenía aspecto de chico travieso que se ha peleado en el recreo.

Nos metimos los cuatro en el Mercedes, mientras el joven Calypso nos seguía en el Dacia.

La mañana terminaba mejor de lo que había empezado.

—¿Era necesario encerrarlo en el maletero? —preguntó Frida.

—No podemos correr ningún riesgo —me justifiqué.

El Gato añadió con una voz que recordaba la del Pato Donald:

—Y además, no olía muy bien.

¡Paco había considerado buena idea vigilarme a mí también!

Tenía claro que le iba a echar una bronca por la forma en cuanto lo tuviese delante. Sin contar con el hecho de que se suponía que el Gato en persona debía proteger a Perle y a Luna, es decir, las niñas de mis ojos. Es más, podría perder los ojos que seguiría queriendo a Perle y a Luna.

—Si no hubiésemos montado guardia delante de tu casa, estarías *camino de la muerte* —dijo sobriamente el Gato.

Era verdad. Había que reconocerlo.

—Así que no puedo reprocharle su falta de intuición, ¿verdad?

Frida me dedicó una ligera sonrisa.

—¿Me creerás si te digo que había visto al tipo que llevamos en el maletero en mi bola de cristal?

Tendría que terminar reconociendo sus dotes.

—En todo caso —añadió—, ¡no había previsto que te enfrentarías a nosotros!

—Lo siento en el alma —dije.

—Está bien —dijo el Gato—. No tienes la culpa, estabas embrujado. Si no hubieses tenido esa excusa, a estas horas estarías muerto.

Y, por cierto, ¿qué hora era?

Las diez y veinticinco de la mañana. Lo digo porque con los *flashbacks* que vienen, les vendrá bien saberlo.

*

Paco no estaba en el campamento, pero sí Jean-Luc. Se podría decir que estaba en una forma olímpica si imaginamos que algún día se introducirán la pereza y la afición al sexo en el programa de los Juegos.

A esa hora tendría que haber estado en el bar, pero no iba a ser yo precisamente quien se lo echara en cara.

—¿No has abierto hoy? —dije.

—Estamos en temporada alta, por allí no pasan más que estúpidos turistas.

Buena excusa.

—¿Y Paco? ¿Dónde está?

—No se separa ni un palmo de Mylène.

Amparo, que estaba ocupada vendando el hombro del herido, me miró con malicia y añadió:

—Se ha llevado unos prismáticos.

Hice una señal a Jean-Luc para que se acercase y le dije al oído:

—¿Podrías ir a mi casa discretamente y traerme las pistolas?

—¿Qué pasó con la época en que intentabas pasar por un tranquilo jubilado?

Le indiqué los distintos escondites. Debía traerme mis dos 9 mm preferidas, sus silenciadores y munición. Sin olvidar los prismáticos.

Se fue en la moto sin decir palabra a Amparo.

Esta última se encogió de hombros, mientras refunfuñaba y empezaba a hablar en tercera persona:

—Amparo repara al enterrador, pero ni siquiera se dignan explicarle lo que se cuece.

—Lo he enviado a comprar helados a Picard.

Hacía un calor de mil demonios en el contenedor vacío donde instalamos al herido, sin duda más de cuarenta grados. Salimos rápidamente.

Le expliqué la situación al Gato y a Frida: mi colega Valentin corría mucho peligro. Quizás todavía estuviese con vida, pero sin duda era cuestión de horas.

—No os voy a pedir nada. Yo me encargo de hacer cantar a este santito.

El Gato levantó una mano, al más puro estilo Poncio Pilato, y anunció que iba a tumbarse a su caravana, pero Frida puso objeciones:

—¡No puedes torturarlo!

Aunque vi que no todo estaba perdido cuando añadió:

—Incluso si no es más que un cabrón.

—Tengo que conseguir que hable. El hecho de que ese tipo tuviese previsto

asesinarme después de haberme hecho sufrir Dios sabe qué suplicios debería ayudarme. Y que Valentin pueda correr la misma suerte si no encuentro enseguida a sus acólitos, todavía más.

Su rostro volvió a ensombrecerse.

—Si le levantas la mano a ese hombre herido, no te volveré a mirar como antes.

—Cada minuto que pasa, las probabilidades de que Valentin sobreviva disminuyen. Imagino que no puedes consultar tu bola de cristal y decirme dónde lo tienen prisionero, ¿verdad? Así que voy a interrogar a ese siniestro personaje y, créeme, le voy a tirar de la lengua.

—Vale —dijo—, pero asistiré a la operación, y procura no pasarte.

En cuanto entramos en el contenedor, pudimos constatar que el paciente ya no estaba lo que se dice en plena forma. La herida no sangraba debajo de la venda que Amparo le había colocado, pero no soportaba el calor. Quince minutos de cocción y estaba tan congestionado como una langosta en agua hirviendo.

—El Señor te ha abandonado —dije—, el diablo toma el relevo.

Un comentario genial, ¿no?

Frida levantó la mirada al cielo.

Se arrodilló y le pasó la mano por la frente.

—Hay que darle de beber.

Y salió trotando del contenedor. Aproveché para cerrar la puerta. La sesión de tortura podía comenzar. Y mejor no retrasarse.

—¿Qué habéis hecho con mi amigo? —dije.

Mientras, acompañaba la pregunta con dos buenos guantazos. El primero se estampó en la mejilla derecha y el segundo en la izquierda. Después le pellizqué el labio superior y tiré con todas mis fuerzas. Necesité unos segundos para que empezasen a rodar por sus mejillas lágrimas de dolor.

Frida entró con agua y terrones de azúcar. También había traído una cucharita, sin duda para disolver el azúcar. Se la quité y dije:

—Te voy a arrancar los dos ojos y a obligarte a comértelos si en treinta segundos no me has dicho los nombres de tus cómplices y dónde tienen prisionero a Valentin.

Frida estaba petrificada. Acerqué la cuchara a la córnea del ojo derecho del señor Y-cómo-podré-hipnotizar-cuando-no-tenga-ojos y tuve la impresión de que iba a confesar. Pero en lugar de eso se contentó con pronunciar una frase extraña, con voz monocorde:

—Ya no perteneces a este mundo, Christian.

Y la repitió dos veces, con un tono cada vez más lento:

—Ya no perteneces a este mundo, Christian. (*bis*)

Se quedó con la mirada fija, los labios dormidos y el cuerpo completamente inerte.

—Catalepsia —diagnosticó Frida—, se ha autohipnotizado.

Nunca había oído hablar de algo parecido.

—Ya no puedes hacer nada contra él —me aseguró.

—Ya lo veremos —dije, e intenté meter la cuchara bajo su párpado.

Frida me agarró el brazo.

—¡Para, es atroz! ¿Cómo puedes hacer eso?

Estaba llorando ante el monstruo Jon Ayaramandi.

El prisionero no reaccionó en absoluto. Estaba como *fuera de su cuerpo*.

Devolví la cuchara a Frida.

—Deja de llorar... No irás a creer que era capaz de hacerlo de verdad, ¿no?

Según los jesuitas, mentir no es un pecado si se hace por buenas razones.

Por el contrario, torturar y matar siempre es pecado.

Moraleja: cuando uno no cree en Dios, es ilógico prestar atención a los jesuitas.

De hecho, cuando uno no cree en Dios, los pecados dan igual.

Flashback: secuencia de una película que rompe la continuidad cronológica y evoca un hecho pasado en relación con la acción presente. Por analogía: vuelta atrás en un relato.

Le Petit Robert, edición de 2000

Valentin se despertó.

Solo las palpitaciones de su pobre corazón, cuando intentaba incorporarse, le aportaron la certidumbre de que todavía seguía con vida. Después vino el hormigueo. Varios lugares de su cuerpo, dormidos como durante una anestesia local, intentaron *reanimarse*. Una repugnante impresión de estar muerto se había apoderado de él.

Hizo un esfuerzo sobrehumano por reencarnarse. En sí mismo, si era posible. Consiguió sentarse apoyado en las estanterías. Todavía no estaba a la altura del hombre que acababa de penetrar en la cámara frigorífica, pero era lo máximo que podía hacer.

El tipo del Dacia.

Sin duda había sido su llegada la que había sacado a Valentin de su letargo. Sin embargo, el hombre estaba solo y en silencio.

Iba armado con un Magnum y la raya a un lado le sentaba a las mil maravillas. Sus extraños ojos miraban con insistencia el bajo vientre de Valentin. Este bajó a su vez los suyos y se topó con sus genitales atrofiados, nada de lo que sentirse orgulloso. Hacer frente al adversario con una polla de ese tamaño era francamente desestabilizador.

El hombre levantó lentamente el rostro:

—¡Tiene frío!

Lo dijo sin afecto, pero también sin ironía. Lo había dicho *sin humanidad*. Valentin se dijo que la presencia de ese hombre no aportaba al lugar ni una pizca del calor que tanta falta le hacía.

—Si me ha tejido un taparrabos, es el momento de regalármelo —respondió.

Hubo un largo silencio.

El hombre no hablaba, no se movía, no parecía mirar realmente nada.

Valentin pensó en la puesta en escena de un estreno de *A puerta cerrada* que había visto hacía ya mucho tiempo. Sucedió en el purgatorio. Tres personas habían muerto, dos hombres y una mujer, y... habría podido ser una buena obra, pero al cabo de un rato se hacía cargante y pesada: los tipos estaban muertos, la mujer también, sin embargo ella era aún bella como una flor y caliente como las brasas, y entonces, en lugar de darle amablemente lo que estaba pidiendo a gritos, los tipos se ponían a delirar sobre política, moral, cobardía, compromiso y ese tipo de estupideces...

Valentin acabó moviendo un brazo delante de él.

—Cucú.

—No se esfuerce. Estamos esperando a alguien.

La puerta se abrió en ese instante y apareció un hombre alto que se parecía a:
BURGER.

Pero a un Burger que llevaba una cruz bajo la chaqueta y una camisa con alzacuellos.

Valentin estaba preparado para toparse con aquel doble, así que no expresó sorpresa alguna.

Y, sin embargo, le resultaba extraño encontrarse frente al fantasma de ese cabrón.

—No parece sorprendido —dijo el hermano de Burger.

Valentin notó que aquel hombre no sabía disimular sus sentimientos. Pertenecía a la categoría de los extravertidos. De hecho, era más amigable que su acólito, lo que, a decir verdad, no era muy difícil.

—Siento decepcionarle. Ya he visto varios gemelos.

El eclesiástico se quedó con dos palmos de narices.

—De hecho, no se parece usted tanto a su hermano. Él era más aparente y menos ancho.

Tenía el toque dulzón del cura. Carecía de la dureza estúpida de Burger, pero se adivinaba en él un aire de perversidad difícil de definir. Los ángulos de su rostro estaban ligeramente redondeados, la boca era pequeña y maliciosa. Y sus ojos, sin llegar a brillar de inteligencia, no tenían la pasividad bovina que le había conocido a Burger. Dos ojos inquietos que miraban de soslayo a Valentin.

—Su hermano tenía la jeta más cuadrada, usted parece casi una pepona, sin ánimo de ofender.

—Mi hermano era el peor de los hombres. Mi pobre madre sufrió mucho por él; me atrevería a decir que murió por su culpa. Me halaga usted diciendo que no nos parecemos. Y tampoco me molesta que sea usted su asesino..., si lo que me han contado es verdad.

—Entonces ¿por qué vengarle?

—¿Vengarle? No lo entiende. ¿Quiere que se lo explique? Es importante para mí que sepa por qué va a morir.

Este Burger era tan hablador como callado su hermano, y aparentemente no le faltaba perspicacia. Acababa de dejar una cesta entre ambos, levantó una servilleta a cuadros y mostró la bollería que contenía. El estómago de Valentin empezó a rugir.

—Vamos a desayunar. Quizás no lo sepa, pero no son más que las siete de la mañana. Prefiero que nuestra conversación se desarrolle en buenas condiciones.

Abrió la tapa de un termo y un maravilloso olor a café invadió la cámara frigorífica.

—También le he traído esto.

Una horrible bata verde, con un cinturón trenzado, estilo cordón de cortina. Valentin se la puso sin hacerse de rogar.

El faquir se dirigió entonces al hermano.

—El tiempo pasa, hermano Alexis, siempre he apreciado sus sermones, pero debo irme si quiero sorprender al señor Ayaramandi en pijama. Además, las nueve y media será una hora perfecta para un testigo de Jehová.

—¡Un testigo de Jehová! —se burló el hermano Burger—. Vaya, Christian, y perdone por haber llegado algo más tarde de lo previsto.

Valentin se alegró de ver alejarse al cuervo. Se atiborró de cruasanes, que regó con café. Al principio había pensado que la cesta estaba allí para torturarlo psicológicamente, estilo suplicio de Tántalo, ¿lo conocen?

Pero no. El hermano Burger lo alimentaba. Mejor.

Se encontraba a solas con él. Mejor.

Quizás le quedaba una baza por jugar... El único pero de la situación era que el faquir había dejado la pistola al hermano Burger antes de irse.

*

—¡Ya lo tengo! —anunció Frida, blandiendo victoriosa su iPad.

El rostro de Christian Lacaze, a una escala cercana al 1:1, ocupaba la totalidad de la pantalla, así que daba la impresión de que tenía en sus manos la cara misma.

Estábamos en su caravana. Un sitio coqueto, decorado fundamentalmente con fotos de mujeres: Indira Gandhi, la Madre Teresa, Simone Weil, Aung San Suu Kyi, Laetitia Casta... Había hecho té con aroma de lavanda. Yo estaba sentado sobre una mullida banqueta. Su camiseta de tirantes, de perfil, dejaba ver un pequeño seno puntiagudo que se alzaba sobre unas costillas marcadas.

Soy un incorregible (ad)mirador de mujeres.

Posó el aparato sobre sus rodillas y prosiguió:

—Christian Lacaze, médium, exorcista y diácono. Ves como no valía la pena intentar hacerle hablar... Esta pequeña maravilla nos procurará toda la información que necesitamos.

Si ella no hubiese estado allí para vigilarme, les juro que habría exprimido todo el jugo a ese autohipnotizador de los cojones. En lugar de eso, me había tenido que conformar con aceptar la ayuda de la tecnología moderna.

—¿Diácono? —dije.

Sus dedos recorrieron la pantalla a la velocidad de una virtuosa interpretando un preludio de Bach.^[17] Leyó lo que había encontrado:

—«El diácono auxilia al sacerdote durante la eucaristía, celebra bodas, bautiza niños...», y este además te libera de Satán.

—*Hace como que* te libera de Satán —rectifiqué.

—Créeme, lo hace.

Buah.

Hizo desfilar varias fotos y dijo:

—Ya me parecía que su cara me sonaba. El tipo se dio a conocer hace dos años, al aceptar participar en un reportaje para la tele. Se lo veía exorcizar a una chiquilla poseída por el diablo. La chica aparecía espectacularmente histérica. Él utilizaba la hipnosis. Estaba prodigiosamente dotado.

Lo que es prodigioso es la facultad de los medios para divulgar tanta estupidez y la de la gente para tragarse todas esas sandeces.

Estiré la pierna y me aflojé la sandalia ortopédica.

—Los tipos de su calaña están dotados sobre todo de un gran talento de persuasión y comunicación. Y completamente desprovistos de escrúpulos.

Sentí una pizca de ternura hacia esa estrella de la televisión que se pudría en un contenedor recalentado a dos pasos de allí. Encantados de acogerlo en nuestro programa estrella: *Container Story*, el *reality show* que achicharra a sus participantes. Seguro que eso no lo había visto venir.

Desbrozamos todo lo que Internet decía de él.

Primero su blog, donde relataba sus hazañas y sus creencias.

Del lado de las hazañas: libraba del fuego, del diablo, de la enfermedad, de la adicción al sexo, de todo lo que podía oler a la *bestia*.

—Solo practica el exorcismo y la hipnosis, aparentemente —juzgó Frida como conocedora.

—¿Esperabas poderes sobrenaturales más extensos?

Del lado de las creencias: catolicismo integral. Del tipo que considera la Inquisición como la edad de oro del cristianismo. Explicaba con la mayor seriedad que musulmanes y judíos no debían considerarse opuestos: eran la misma herejía, el mismo riesgo de desaparición del catolicismo, una sola y única amenaza para el Occidente cristiano. De hecho, ambas religiones eran las de los semitas. Por tanto, era necesario jugar al mismo nivel que ellos, inspirarse en sus métodos y en su religión «desacomplejada». Porque no todo era despreciable en el islam y el judaísmo: la fe absoluta y total en Dios, el rechazo a la sociedad de consumo, la fuerza de la comunidad de creyentes, el pudor de la mujer, la condenación de la blasfemia, la guerra santa contra la impiedad... Estaba leyendo por encima del hombro de Frida.

Al cabo de un rato, me harté y me concentré en mi taza de té.

—Escucha esto —dijo Frida—. El artículo se titula «La música de la blasfemia»...

¡Lo teníamos!

—«El rock es hoy en día el vector principal de la ideología satánica que domina las sociedades modernas. No tiene otro objetivo que pervertir al conjunto de la población desde la edad más temprana, inculcándole el rechazo a los valores morales y el culto a Satán. Esta manipulación de los espíritus pasa en primer lugar por el elogio de la sensualidad y el erotismo, pero también de la droga y los paraísos artificiales, que en realidad son el infierno en la Tierra y la renuncia a la promesa de la vida eterna. El ritmo del rock está calcado del de la relación sexual, las frecuencias

sonoras son las del orgasmo, las letras son casi siempre inmorales, la incitación al exceso es constante. Acostumbrados desde la más tierna infancia a esa música, los jóvenes de hoy ya no pueden escapar a la obsesión sexual y a la inmoralidad. El rock, instrumento de erotización de la sociedad, marcará para siempre sus existencias. El sexo lleva al mundo a su perdición y el rock es su instrumento de propaganda. Nadie duda que Satán, que no puede evitar revelar su presencia mediante el uso sempiterno de la blasfemia, es el inventor de esas músicas degeneradas.»

—Este tipo tiene razón —dije, entusiasta.

Salvo que ni Satán ni el buen Dios existen.

—Hum. Después de escucharte, debería preguntarme si estoy luchando en el bando correcto. En todo caso, ahora sabemos lo que mueve a nuestro prisionero.

En cambio, no encontramos en su página ninguna referencia a Notre-Dame-de-Saint-Amour. Ni nada que pudiese permitir relacionarlo con el hermano Alexis.

—Intenta buscar el nombre de Lacaze en la página de la institución —dije.

Teclé «Saint-Amour + Lacaze». Sin resultado. Aparentemente, nuestro místico no formaba parte del organigrama del colegio, ni del personal del santuario, ni del consejo de administración...

—Vale, vale —dije—. Vamos a probar otra cosa. Ve a la web de los Soldados de Jesús de los Pirineos Atlánticos.

Cuando se abrió la página de inicio, le dije que tecleara «Christian Lacaze» en la ventana de búsqueda.

Tampoco obtuvimos resultado alguno.

Aquel hombre no era ni miembro del colegio ni de la hermandad.

¿Estábamos tras una pista falsa?

—Pásame el iPad.

Ya era hora de familiarizarse con aquel objeto, y más teniendo en cuenta que acababan de regalarme uno.

—Nada mal la usabilidad —dije, para que se enterase de que no soy tan demodé como parezco.

Fui a la página del Consejo General de Pirineos Atlánticos, buscando el famoso concurso público que ofrecía una «prima para el transporte en helicóptero». Lo encontré, así como los nombres de las tres empresas beneficiarias.

Escribí en la barra de Google el nombre de Christian Lacaze, seguido del de las tres empresas.

¡Bingo! Seis resultados. Y cada uno de ellos enviaba a la página web de una sola empresa: la Sociedad Pirenaico-Atlántica de Explotación Forestal, SPAEF.

Christian Lacaze era el responsable logístico.

—Él es quien alquila los helicópteros de la SPAAVMEF en nombre de la SPAEF —dije.

—¿Cómo?

—Es quien consigue los helicópteros de la empresa de alquiler SPAAVMEF en

nombre de la SPAEF.

Necesitó cierto tiempo para reflexionar:

—De acuerdo, así que sería el proveedor potencial del helicóptero. Pero sigue sin demostrarse su relación con Burger. Quizá no esté metido en el ajo.

Oí la moto de Taureau que volvía. ¡Su ronroneo telúrico evocaba unos recuerdos tan maravillosos!

—Has sido rápido —dije, mientras él abría uno de sus zurrones.

Después me volví hacia Frida, para retomarlo donde lo habíamos dejado:

—Sería costoso si hubiese que reunir pruebas para un tribunal, pero no somos de la Policía Judicial, y no necesito más que una *íntima convicción*.

Y mi íntima convicción era la siguiente: Burger II tenía un amigo diácono que le había alquilado un helicóptero para lanzar a dos pecadoras sobre nuestras cabezas, las de los antiguos compañeros de aventuras de su llorado hermano.

Jean-Luc colocó a mi lado una bolsa de plástico que contenía mi arsenal. Comprobé de un vistazo que no faltaba nada.

—Deberías ir a ver a Amparo —dije—. No parece estar satisfecha con vuestra comunicación de pareja.

Gruñó —«buahfff»—, pero salió corriendo.

Aproximadamente un minuto más tarde, los oímos reírse a los dos. La puerta de su nido de amor se cerró con suavidad.

—Me voy —dije a Frida, mientras me volvía a calzar la innoble sandalia.

—¿No esperas a Paco?

Iba cojeando al ritmo de mi pierna más corta, cayendo al vacío a cada paso.

—No puedo permitirme esperar. Si lo ves, le dices que esté listo para reunirse conmigo con refuerzos. Lo llamaré en cuanto sepa dónde debemos encontrarnos.

En realidad, me hacía pocas ilusiones sobre ese refuerzo: Paco estaba ocupado «vigilando» a Mylène, y la mayoría de sus hombres, velando por mi tribu, el Gato estaba fuera de combate, Calypso —el joven gitano que había estado a punto de pegarme un tiro— no me miraba con buenos ojos, y de todas formas me parecía demasiado nervioso para una misión de esa naturaleza... En cuanto a Jean-Luc, ni hablar de desviarlo de los caminos del amor.

Tanto más cuanto la caravana empezó a balancearse regularmente y:

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

—Hum —dijo Frida.

Bueno. No había otra solución que ir solo.

¿Sería capaz?

No estaba seguro.

El problema no era enfrentarse en solitario a una banda cuyo número de integrantes no conocía, el problema era mi pie. Me era imposible pisar durante horas un pedal de acelerador, y mucho menos el freno, con o sin la puta sandalia de ciencia

ficción.

Frida me leyó el pensamiento.

—Jean-Luc se encargará de convencer a Paco de que se una a nosotros —dijo en voz baja—. Le dejaremos una nota explicándoselo.

Garabateó algo sobre un papel y lo deslizó por debajo de la puerta de la caravana, cada vez más agitada. Después volvió y dijo:

—Cogeremos mi coche.

Y añadió, con una gran sonrisa:

—Creo que te va a gustar.

No tuve otra elección que seguirla cojeando.

*

Monstruo sagrado, el Murciélago era el toro furioso de Sant'Agata Bolognese. Mucho más que una máquina de rodar, simbolizaba la brillantez italiana, combinada con una pizca de rigor germánico. Su grito histérico y sus asombrosas prestaciones le habían reportado rápidamente el estatus de Supercar. [...] Brutal e intimidante, el Murci dejaría huella. No se trata en ningún caso de una máquina de compromiso. Simplemente refleja el principio de la alianza Lamborghini-Audi, con un producto típicamente transalpino por su exuberancia, pero construido a la alemana. ¿Lo mejor de los dos mundos?

El final de la producción del Murciélago significa también el final del mítico V12, cuyas entrañas se remontan a los orígenes de la marca. Un motor salvaje, de una rabia incontrolable y una sonoridad desgarradora... Se lo juro, una vez oído, este lamento único no se olvida jamás...

En su última versión (670/4 SV), el V12 del Murciélago poseía una cilindrada de 6,5 litros. Respiraba libremente, desprovisto de turbo, y enviaba nada menos que 640 caballos a las cuatro ruedas motrices. El 0 a 100 km/h se conseguía en 3,2 segundos y la velocidad punta llegaba a 342 km/h... ¡Demencial!

Vroom.be

Acabábamos de rodear una pila de tres pisos de contenedores. Entre ese edificio de estilo *arte povera* y la escarpada pendiente de un terraplén se encontraba el vehículo en cuestión.

Estaba además tapado con una lona, pero evidentemente era un deportivo bajo.

¿Un Alpine, un Lotus, un MG? Algo de ese estilo, en todo caso. No podía imaginarme lo que iba a descubrir.

Le quitó la lona de un golpe seco.

¡JODER!

¡Un Lamborghini Murciélago!

Negro.

¡COÑO!

Ese cacharro podía pasar de cero a cien en menos de cuatro segundos y conseguir velocidades punta de trescientos kilómetros por hora.

Frida podía permitirse esa cara de triunfo.

—¡Guau!

—He cobrado una herencia hace poco, y preferí comprarme esto que un piso.

Íbamos a ser capaces de llegar a Bearne en un suspiro.

Se instaló al volante tan contenta sin hacerme la más mínima pregunta sobre la suerte de nuestro prisionero. El motor rugió con fuerza. Había olvidado literalmente a ese pobre hombre que se moría de deshidratación en su caja de hierro.

¿Voy a aprovechar la circunstancia para asestarles un comentario sobre la inconstancia femenina, que me haría pasar por un misógino de otros tiempos? No cuenten conmigo para cometer una falta de gusto semejante. Eso no impide que al señor Hipnosis-a-mala-leche no le quedara más remedio que convencerse de que iba a morir de sed gracias a sus superpoderes. Y ya que estaba, que controlara de paso la climatización.

Cerré la puerta, que basculaba de adelante atrás, como el ala de una mariposa. Una vez instalado en el asiento, ya no se puede uno mover. Ni siquiera pivotar de una nalga a otra o mover los omóplatos. Algo así como hundirse en hormigón.

—Dale —dije con optimismo.

Sostenía en sus manos el volante más pequeño que había visto en mi vida. Y cuando pisó el acelerador, empecé a experimentar las primeras sensaciones.

El confort era a la vez lujoso y funcional: cuero, fibra de carbono, asientos de competición, cinturones de seguridad con cuatro puntos de anclaje.

—Es un poco como en las 24 Horas de Le Mans, ¿verdad? —dijo mientras nos lanzaba al otro lado del aparcamiento de un solo tirón.

Me recordó las atracciones de las ferias, cuando estás tan pegado al asiento que es imposible inclinarse hacia delante.

Dediqué un último pensamiento al hombre cuervo en el momento de dejar el aparcamiento: cuando el Gato contara a Paco lo que había hecho aquel listillo, yo no apostaba un céntimo por su piel deshidratada. Si sobrevivía a su cautiverio, era posible que se arrepintiera.

En el tiempo que terminaba de pensar esto, ya habíamos salido de Largos.

—Ignoraba que también practicases el teletransporte.

—¿Te parece que ponga el aire a veintiún grados?

—Puedes ponerlo hasta más fresco, si quieres.

¡Y ni siquiera entonces pensaba en su pobre prisionero!

A decir verdad, las mujeres son más insensibles de lo que dicen ser. ¡Joder! Estaba claro que tarde o temprano iba a confesarles esta convicción personal.

—¿Quieres oír un poco de música vasca? —dijo, poniendo un tema que

empezaba con percusión.

—¿Quieres que corramos el riesgo de pasar nuestros últimos momentos de vida al son de la txalaparta?

—Bueno, ya verás, no es lo que te piensas.

Y así descubrí a los Crystal Fighters: electro-pop, en apariencia no más vasco que el de Ghinzu, a quienes el tema me recordaba vagamente, pero sin duda lejos de los tiempos en los que por haber nacido en Navarra había que pasarse toda la vida con una chapela en la cabeza y alpargatas en los pies.

—Es original.

Lo bastante original como para ganarse el derecho de acompañarnos por los caminos inciertos que nos esperaban.

Rodeamos Largos y atravesamos una última barriada a ciento ochenta por hora. La sensación era tan potente que sentí que mis ojos se abrían como platos. Para cuando llegamos al peaje de la autopista, ya lo había comprendido todo: estaba sentado en un bólido pilotado por una fan de los videojuegos bajo los efectos del ácido.

Y el estribillo de los Crystal Fighters no dejaba de repetir: «*I do this everyday*».

Hum.

Incluso vestido con una bata de lana y un cinturón trenzado, la temperatura era realmente demasiado baja para apreciar ese instante en común en su justo valor, saborear por última vez la compañía de un ser humano y sus cruasanes, dejarse llevar por la emoción.

El hermano habló con voz empalagosa:

—¿No come napolitanas?

Hubo que esperar a que hubiese terminado con el último hojaldre relleno de chocolate (las famosas «napolitanas») antes de que volviese a pronunciar palabra.

—Digámoslo claramente: su depravación me da asco. Encarna lo que más detesto en el mundo: la abulia, el dejarse llevar, la locura permanente..., todo lo que la música rock transmite y que sus inmundas canciones llevan a su paroxismo. Su único objetivo es cometer e inducir al pecado.

Valentin castañeteaba los dientes. No tenía nada que responder a eso. Conversar con un religioso no tenía más sentido que hablar con un huevo de gallina o un pescado congelado.

Sin embargo, el susodicho cura siguió con sus acusaciones:

—Se deleita usted en contribuir a la destrucción moral de los jóvenes de hoy. Como la mayoría de los grupos de rock, practica el culto al diablo, Satán es su guía y...

—Los Fucking Puppets no son satánicos. Eso se lo dejamos a los fans del death metal y a los góticos. Yo no creo en el diablo, soy ateo.

La voz del hermano se volvió aún más dulzona.

—Si no se considera satánico, entonces ¿quién le dicta esas blasfemias?

Valentin ni siquiera intentó responder. Lo único que ocupaba su mente era la falta de regulación térmica; le dolía todo.

El hermano exclamó, esta vez con voz horripilante:

—¿Quién sino Satán?

Y diciendo esto, enseñó sus dientes amarillentos, como un caballo preparado para morder.

Valentin se quedó petrificado. Los dientes le dejaron de castañetear de golpe... ¿Funcionaba entonces de la misma forma que el hipo?

—Tampoco hay que exagerar. No son más que canciones graciosillas.

El eclesiástico recuperó una calma aparente.

—Pobre de usted, no lo sabe todo. Está manipulado. Quizás ignore, por ejemplo, que los Rolling Stones forman parte de una secta satánica de los alrededores de San Diego. O que de la letra de la canción «Stairway to Heaven» de Led Zeppelin escuchada al revés se obtiene: «*I have got to live for Satan*».

—He oído hablar de eso, pero he intentado hacer sonar el vinilo hacia atrás con un viejo tocadiscos y no ha funcionado.

Burger le miró con expresión incrédula:

—¿Hasta ese punto es usted irrecuperable?

Valentin se contentó con retomar su castañeteo. ¿Estaba ese tipo intentando arrancarle una conversión de último minuto, como en los benditos tiempos de la Santa Inquisición?

—Para muchos jóvenes, casi todos desgraciadamente, el rock es su primera aproximación al pecado. A mí mismo, cuando estaba en el seminario, a finales de los cincuenta, no me disgustaba escuchar «Love Me Tender» de Elvis Presley, y figúrese, como no había visto en la vida ninguna imagen de ese individuo, creía ingenuamente que esa canción solo hablaba de amarse con ternura, en el sentido más inocente del término, que asociaba no al vicio, sino a la virtud. Imagínese mi desengaño cuando vi por primera vez los meneos de cadera de ese payaso obsceno. El rock lleva corrompiendo a la juventud desde sus orígenes.

—Bueno, estoy bastante de acuerdo con usted, sobre todo en lo referente a Elvis.

—No se equivoque en cuanto a mis intenciones. No estoy intentando que se arrepienta. Aunque me pidiera perdón de rodillas y me anunciara su conversión, eso no cambiaría nada. ¿Conoce la hermandad de los Soldados de Jesús?

—Me imagino que es una pandilla de amigos suyos. Con los mismos gustos musicales. ¿Se reúnen para escuchar viejos vinilos al revés?

Burger sacudió su custodia automática.

—No debería seguir haciendo el payaso. Los Soldados de Jesús son auténticos combatientes, nada detiene su determinación. No lo hacemos por diversión. Y tengo que decir que les ofendieron particularmente los ultrajes de su grupo.

—No les gustaron los Fucking Puppets, ¿eh?

—No podemos tolerar lo que hemos visto.

Posó sobre Valentin una mirada tan cargada de desprecio como la de un obispo descubriendo a un niño leproso en brazos de una hermanita de la caridad.

—Su grupo de rock ha ensuciado las figuras más altas de la Iglesia, como nunca había sucedido aquí, en Francia, en nuestra propia región, al pie de nuestras montañas. Todo lo que más veneramos: la Virgen María, Cristo, las santas y santos, ¡el mismo Dios! Hemos visto las imágenes y...

Ahora sus ojos estaban rojos y brillantes, y su voz sofocada por la cólera y la emoción.

—Hemos visto a esas negras con los senos desnudos y las horribles muecas que hacen ustedes cuando pronuncian el nombre de Dios. Hemos visto las insoportables imágenes de sus vídeos.

Se persignó.

—Hemos visto a miles de jóvenes aplaudir en sus conciertos y comprar sus repugnantes discos. Sabemos que usted se enriquece mancillando nuestra Iglesia. Le hemos escuchado burlarse del Papa.

Sus puños cerrados no dejaban lugar a dudas: pura rabia, una terrible sed de

castigo.

—El Cielo ha ordenado su punición.

*

—¡Hay una foto en la que está vestido de piloto delante de un helicóptero! —grité (por encima de la música).

Íbamos embalados a doscientos cincuenta por hora. Prefería no mirar la carretera y continuar familiarizándome con el iPad.

Tras los Crystal Fighters, Frida había querido seguir escuchando más rock vasco. Habíamos pasado a Gojira.

Duro, muy duro.

También había aprovechado para confesarme su pasión por el metal.

—¿De verdad?

—Sí.

—Lo dices de coña.

—No, me encantan Metallica, Pantera y ese tipo de grupos.

—Déjame en la próxima área de descanso de la autopista.

—¡Ji, ji, ji! Puedo bajar el volumen, si quieres.

Buena idea.

Seguí con la búsqueda. Acababa de descubrir que nuestro faquir-díacono era también piloto de helicóptero. ¿Acaso no era una prueba incontestable de su participación en el asesinato de las hermanas M'Bow?

—Un juez lo consideraría solamente una presunción de prueba —dijo Frida.

—¿Tengo que repetirte que nuestros métodos no son los de la Justicia?

Frida seguía mirando de frente, bien concentrada en la circulación. Adelantábamos a todo aquello que se arrastrara a ciento treinta por hora, casi siempre por la derecha. A esa velocidad, no estaba de más que ella no depositase toda su confianza en sus dones paranormales, o al menos eso creía yo todavía.

—¿Y tiene cobertura en todas partes? —pregunté, para cambiar de tema.

Temía que la foto le recordase al maltrecho díacono que habíamos «olvidado» en Largos.

—Sí, con el 3G hay cobertura en todas partes.

—Me han regalado uno por mi cumpleaños, también tiene 3G.

Recordaba que Perle me lo había anunciado con orgullo: «Podrás llevártelo de paseo: *tiene 3G*».

Y yo había pensado: «¡Sí, claro!». Convencido de que ese tipo de cosas son perfectamente inútiles, y no solo para un viejo estúpido de mi especie; yo diría que inútil para la humanidad.

En fin, fue lo que pensé en aquel momento. Porque ahora no había pasado más de un día y mi opinión había cambiado radicalmente. Estaba entusiasmado con el iPad

de Frida y su pantalla maravillosamente táctil.

Me tomé un momento para reflexionar. Tengan en cuenta el esfuerzo que supone para un hombre como yo sacar adelante una investigación rodando a doscientos cincuenta por hora sobre una autopista frecuentada por alegres veraneantes. Había que experimentar la sensación que producía adelantar a una autocaravana a esa velocidad, sin contar con el efecto que aquello debía de producir en los ocupantes de dicho vehículo: «¡Oooh! ¿Has visto esa especie de platillo volante que nos ha adelantado, querido?». «Sí, volaba a ras del suelo para que no lo localizasen.»

El ceño fruncido de Frida indicaba que también ella cavilaba bastante por su lado. Nuestros cerebros tenían tanta actividad como el disco duro del iPad.

Por el momento, teníamos *tres presuntos cómplices* en el asunto de los Fucking Puppets:

1. Un faquir-diácono-piloto de helicópteros: Christian Lacaze.

2. Un hermano de la Iglesia, jefe de estudios en un colegio, miembro activo de la hermandad de los Soldados de Jesús y hermano de Burger, al que por el momento no tenía nada concreto que reprochar: Alexis Burger.

3. Un consejero general, delegado de desarrollo sostenible y, en virtud de ello, distribuidor de subvenciones para el transporte en helicóptero, presidente laico de la hermandad de los Soldados de Jesús: Marc-Aurèle Cassou. Tampoco nada en concreto que reprocharle.

El único nexo que habíamos encontrado entre el hermano Alexis y el diácono Christian Lacaze era la relación que mantenía con ambos el consejero general Marc-Aurèle Cassou. Estaba vinculado a uno por la hermandad de los Soldados de Jesús y al otro por la empresa de transporte que alquilaba el helicóptero.

Las numerosas fotos que encontramos de él en Google mostraban al típico político local: traje azul marino, camisa blanca, unos kilitos de más y una corbata que había pasado de moda hacía lo menos diez años.

—¿Vamos a ver primero a ese cacique? —propuse.

—¿Y por qué a él? ¿Crees que es el cerebro del asunto?

—No, me inclinaría más bien por el hermano de Burger. O por el mismo Dios.

—Pues entonces, vamos a verlos.

—No creo que vayamos a echarle el guante tan fácilmente al hermano de Burger, por no hablar de su jefe.

—Siempre puede intentarse.

—¿Presentarse en Saint-Amour y pedir ver al jefe de estudios del colegio? ¿En plenas vacaciones escolares? Tenemos pocas probabilidades de encontrarlo tumbado en un sofá, esperando pacientemente a que vayamos a entrevistarle. A estas horas debe de estar con Valentin, si todavía vive. De hecho, te recuerdo que en este momento el diácono tendría que estar en camino, conmigo hipnotizado y presto para ser asesinado. Sin duda me esperan impacientes el hermano y todo un comando de Soldados de Jesús en alguna parte de estas malditas montañas, pero no hay

posibilidad alguna de que sea en Saint-Amour.

Si conseguíamos encontrarlos antes de que el retraso de su cómplice faquir empezara a mosquearlos, tendríamos sin duda la oportunidad de beneficiarnos del efecto sorpresa.

Quedaba esperar que esos cabrones hubiesen decidido aguardarme antes de pasar a la acción con Valentin.

—¿Y qué te hace pensar que el consejero general no está con ellos?

Responder «que sea nuestra única esperanza» hubiera sido lo más honesto. No teníamos un segundo que perder, ni otra opción: había que encontrar a la primera a una persona que nos indicara su escondite.

—Un político es por definición alguien que no se moja nunca —dije.

—¡Bueno! Menudo topicazo.

A estas alturas podía permitírmelo: cuando me presentase en un Lamborghini Murciélago, conducido por la versión femenina de David Bowie en su periodo berlinés, calzado con una sandalia ortopédica pero armado con dos pistolas, decidido a ajustar cuentas con esos tarados y llevarme a casa a Valentin, ¿quién me reprocharía haber tenido dos o tres pensamientos demagógicos por el camino?

—A esa gente no le gusta ensuciarse las manos —argumenté—. Dejan que lo hagan los demás. Además, los consejeros locales son fáciles de localizar, no hay más que seguirles el rastro en la prensa o en sus páginas de Internet. Acercarse a ellos no plantea problema alguno: un consejero siempre está dispuesto a estrechar la mano a todo el mundo.

—Solo hay que encontrarlo.

Esa información figuraba en *Avenir du Progrès*, el blog personal de Marc-Aurèle Cassou, candidato centrista «sin etiquetas», cuya meta confesada era «llevar su cantón a la cima de las preocupaciones departamentales».

Divertido.

Tuve que navegar un rato antes de encontrar su agenda. El capítulo se titulaba simplemente «El día a día de vuestro representante». Hoy mismo, de diez a una del mediodía, la asamblea departamental se reunía en sesión extraordinaria, en pleno mes de agosto, porque se habían incendiado tres colegios. Teníamos suerte. Aparentemente habían cazado al pirómano: un profesor de latín deprimido.

—Están locos estos latinos —dije.

Marc-Aurèle Cassou era el ponente de un informe titulado «Plan de urgencia para la admisión de alumnos», en sustitución de su compañero el consejero de educación, de vacaciones en Senegal. Algo me decía que no faltaría a esa sesión.

—Se ha encontrado una buena excusa para no pasar a la acción con los demás —dije.

Todavía podíamos llegar al final de la reunión, si Frida conseguía mantener el ritmo sin mandarnos a la cuneta.

Frenó, bruscamente. Pasamos de inmediato de doscientos sesenta a ciento treinta

por hora. A mi alma le costó cierto tiempo volver a su habitáculo. El repentino temor de una avería me angustió. ¿Un Lamborghini puede tener un fallo mecánico?

—¿Qué pasa?

Puso una mano en mi muslo, con gesto tranquilizador.

—Radar.

—¿Cómo que «radar»?

—Allí.

Una barbacoa.

—¿Tienes un detector de radares?

—Soy un detector de radares. ¿Crees que podría conducir tan deprisa si no pudiera predecir lo que va a pasar?

—¿Quieres decir que no ves lo mismo que yo por el parabrisas?

Estaba de coña, ¿no?

Dudé un momento —sopesando los pros y los contras— antes de preguntarle:

—Y entonces ¿no podrías predecir lo que va a pasar ahora? Quiero decir, ¿cómo se termina toda esta maldita broma?

—Lo siento, todavía no tengo nada útil sobre el tema.

¿Piensan que son estupideces? Al principio yo también era escéptico. Pero hay que reconocer que esa chica remonta el tiempo con la ligereza de una libélula remontando la corriente. No tengo explicación para ello.

Los polis del peaje —tres jóvenes sin bigote que se las daban de modernos— nos vieron acercarnos, mirando el coche con una admiración mal disimulada. Cuando Frida bajó la ventanilla, el menos joven —apenas cumplidos los treinta— se inclinó para ver mejor quiénes podían permitirse el lujo de un transporte tan fastuoso.

—Bonito coche, señorita.

Frida exclamó por encima del hombro y en voz alta:

—Abuelito, el señor dice que tienes un coche muy bonito.

Y después se volvió al policía y dijo con voz apenas más baja:

—Este viejo verde ha preferido dilapidar la pasta a hacer una donación en vida a mi madre, que bien que lo necesita, la pobre. A este ritmo va a acabar con nuestra herencia. Lo llevo a Lourdes para que vaya a explicárselo a la Santa Virgen.

Entonces dije con voz de viejo chocho:

—Capucine, ¿has pensado en dar una propina a este chico tan simpático?

Frida arrancó suavemente mientras yo observaba por el retrovisor a los tres polis atónitos.

—No quería que me tomase por una chica de compañía —se justificó.

—Te comprendo. «Capucine» se correspondía bien con lo que querías, ¿no?

—Perfectamente.

—Habrás que pensar en hacer una parada —dije—, he mojado el pañal.

Nos reímos. Sentaba bien. Volvió a pisar el acelerador. Yo encontré el tema apropiado en el iPad.

—¿Podemos enchufarlo al equipo de música?

—Sí, hay un cable en la guantera.

Un momento para enterarme de cómo enchufarlo y ya escuchábamos a los Buzzcocks a todo volumen: «Fast Cars». Pete Shelley decía literalmente: «Odio los coches rápidos, son tan peligrosos».

El oso me había levantado del suelo y me zarandeaba alrededor de la tienda. Aquello no me molestaba: estaba acostumbrado a jugar con monstruos. Le pellizqué el hocico y le hice cosquillas en las pelotas.

MARC BEHM, *Crabe*

—Lo siento —intentó Valentin.

La furia que se había apoderado del hermano acababa de desaparecer tan deprisa como había llegado. Se mostraba de nuevo tan dulce y tranquilo como antes de haberse calentado.

Su voz recordaba a la de Juan Pablo II en «Blessed Easter», el blues que ese majara de Holger Czukay creó por completo a partir de fragmentos de una homilía papal.

—No tenían por qué tomárselo así usted y sus amigos. No era más que una broma, ¿sabe?... En su club no hay mucho sentido del humor, ¿verdad?

—No debería ser usted tan impertinente. ¿No ha comprendido lo que le espera?

—Supongo que su club del Jesusito ha planificado un genocidio de roqueros. Y como me cuesta imaginar que sea fan del rap o del tecno, seguro que van a extender su holocausto a todas las músicas binarias.

—El famoso ritmo de la pulsión sexual. Usted y sus semejantes piensan que no hay nada que esté por encima de la fornicación.

¡Ya empezaba de nuevo!

—Está usted mal informado, hermano mío: pertenezco desde siempre al movimiento No Sex. Las canciones de nuestro último álbum son precisamente un alegato contra la obsesión contemporánea por el sexo. Le aconsejo que se dirija más bien a los músicos de orquestas clásicas. Ahí hay tela que cortar. O bien, si quiere usted satánicos, se los puedo encontrar. No me cuesta nada redactarle una lista de grupos de hard rock. Pululan por toda la región. Nadie le reprocharía que se cargase a algunos de ellos.

—Su ironía no me hace ninguna gracia.

—Pero si no soy irónico, soy sincero. ¿Quiere que le dé los nombres?

El hermano cambió de tono —y de tema—. Le costaba controlar sus ataques de violencia. Quedaba claro que la sangre de los Burger corría por sus venas, la de un hombre fanático y dominador, no la de un bravo cura rural.

—¡Pensar que se ha atrevido a grabar esa película abyecta a pocos kilómetros de la gruta donde la Virgen María se apareció a Bernadette!

—Allí estaba el club de intercambio de parejas, no nos lo inventamos.

El hermano le soltó una bofetada.

—¡Cállese!

Había pillado por sorpresa a Valentin, que ni siquiera había levantado las manos para protegerse. Se preguntó si no estaría ahí la solución: si el hermano se acercaba de nuevo, a pesar de estar agarrotado por el frío, quizás pudiese conseguir darle un buen golpe en la cabeza y arrebatarle el arma. Solo hacía falta cabrearlo lo suficiente como para que saltara contra él. Reunió todo su valor y se lanzó:

—Me han dicho que fabrican las cantimploras con la imagen de la Virgen en las mismas fábricas de las que salen los consoladores.

Sin embargo, esta vez el religioso no se acercó para golpearle. Al contrario, reculó hacia la entrada de la cámara frigorífica y unió las manos cerrando los ojos.

—No sé si las estatuillas de la Virgen son lo bastante sólidas para este uso.

El hermano recitaba una plegaria.

—Seguro que muchos curas lo han intentado ya. ¿No me diga que usted...?

El hermano simplemente se encogió de hombros.

—¿Ve como está poseído por Satán? —dijo, antes de cerrar la puerta tras él.

Evidentemente, Valentin habría podido soltarle un retruécano ya muy visto, pero prefirió no responder.

*

La pregunta me quemaba los labios:

—¿Tienes un don de verdad o te lo inventas todo?

Acabábamos de entrar en Pau por el barrio de las facultades.

—Es todo recto —añadí.

—Si todavía lo dudas, es que debe de darte mucho miedo... Me parece que ya me has visto predecir cosas de forma incontestable, ¿no?

—Siempre parece incontestable, pero siempre existe una explicación racional. Un truco muy astuto o incluso, a veces, muy tonto. Por ejemplo, en este caso, un detector de radares bien escondido...

—No hay truco, Jon. No hay detector de radares. ¿Qué hace falta para convencer a un escéptico de tu calaña?

—Ponte en el carril del centro y, después del semáforo, sigue recto.

Nos detuvimos. La gente nos miraba. Me hundí en mi asiento de competición y respondí a su pregunta:

—Bastaría con que me dijeras que no te estás quedando conmigo.

—No me estoy quedando contigo, Jon.

—Vale. ¿Cuál es el truco?

Un suspiro, seguido de una risa franca. Solo había una persona en el mundo susceptible de hacerme creer en sus poderes paranormales.

—Vale, empecemos por el principio. Antes de dar mi alma a los gitanos, hace un par de años, se la había vendido primero a una banda de drogatas instalados en Bayona.

Nótese que esta parte de la narración podría titularse «La gran confianza de Frida». Pero sería una referencia sin finura al género paródico, y este no es el mejor momento para hacerse el listillo.

—Vivo en Francia desde que dejé a mi familia bávara a los dieciocho años, y ahora tengo treinta. Mi familia se parecía un poco a las de las novelas de Thomas Bernhard, ¿sabes?, el autor austriaco que puso de manifiesto cómo su país se había desnazificado mal... Aunque nosotros no éramos austriacos, sino bávaros. Algo parecido. Después del Abitur...

—¿El hábito? ¿Fuiste monja?

—El equivalente al bachillerato en Alemania. Estudié un año de Medicina para convertirme en farmacéutica como papá y mamá. Pero cuando cumplí la mayoría de edad «me picó una mosca», como dicen los franceses, y empecé a cuestionar todo lo que me habían enseñado, a considerar detestable todo lo que me había gustado hasta entonces, a encontrar anormal la normalidad bávara y a obsesionarme con la idea de que Múnich tenía un pasado nazi.

—Ya veo —dije.

(Porque realmente veía.)

Estábamos atravesando la parte más sórdida de la ciudad. Los zombis nos miraban pasar en un estado de semiconsciencia, con grandes botes de cerveza en las manos. La canícula parecía agobiarlos más que a los demás. Al menos no diferenciaban nuestro vehículo de un cuatro latas. Frida prosiguió:

—Conocí a una chica, en un bar, que había viajado desde Bucarest hasta Budapest en una vieja camioneta de los años ochenta para llevar los restos de su marido al cementerio Kerepesi, donde quería que lo enterrasen. Es tan bonito como el de Père-Lachaise. Una vez enterrado su marido en Buda, había decidido no volver a su país. Pero, tras una noche extra en ruta, le habían entrado las dudas. No sabía hacia dónde ir. Había unos chicos en la mesa de al lado que intentaban ligar con nosotras. Hay que decir que, a sus veinticuatro años, Stela (ese era su nombre) era una viuda que estaba cañón. Los chicos presumieron de haber hecho surf en Biarritz. Dijeron que era el paraíso terrenal, que allí la gente no pensaba más que en divertirse y en deslizarse sobre las olas.

—También hay un jamón excelente.

Mientras tanto, habíamos llegado al barrio de la estación, cerca del Consejo General. Y la cuestión que me atormentaba era saber dónde aparcar discretamente.

—A la izquierda —dije, indicándole un antiguo terreno de frontón que la gente utilizaba para aparcar; todavía se distinguía la pared, pero sin más explanada ante ella que la que estaba llena de coches.

Allí al menos no habría cámaras de vigilancia que filmasen el Lamborghini.

—Le pedí que me llevase con ella y nunca volví a vivir en Alemania.

—¿Tus padres no te buscaron nunca?

—Tuvieron noticias más suficientes como para evitar engorros.

Caminamos a lo largo de un canal que bordeaba la ladera de un acantilado. Después de haber pasado una hora en el habitáculo climatizado, el calor era insoportable. En lo alto se encontraba el famoso bulevar de los Pirineos. La parte alta y la parte baja de la ciudad estaban unidas por un magnífico funicular, directamente salido de una aventura de Adèle Blanc-Sec. El lugar resultaba más encantador aún por el hecho de que acabábamos de atravesar una ciudad en plena ruina urbana.

—Qué bonito es esto —dijo Frida.

—¿Y qué pasó después? —dije.

Quería escuchar el resto de su relato antes de entrar en el Consejo General. Mis pasos, ralentizados por la cojera, tenían al menos la ventaja de darme esperanzas; y también de ofrecer un aspecto inofensivo. La animada conversación de Frida podía hacernos pasar por caminantes en plena cháchara. De todas formas, mi sandalia ortopédica no me permitía ir más deprisa sin llamar la atención.

Nada más cantoso que un inválido tratando de no parecerlo.

—Permanecí siete años junto a Stela, en Bayona, compartiendo nuestras vidas con unos drogatas. Aprendimos muchas cosas juntas. Era seis años mayor que yo. Su experiencia me permitía afrontar con más rapidez las situaciones inéditas a las que nos enfrentábamos.

Siguió un instante de duda; me cuidé mucho de no hacer la menor pregunta.

—Te diré que ella me procuró toda mi educación sexual, *ya que insistes*.

Me encanta esa fórmula, generalmente utilizada cuando no has preguntado nada.

—Y la otra cosa importante que ella me reveló fueron mis dones de videncia.

Ahí queríamos llegar... Al Consejo General, claro.

—Nunca había podido utilizarlos antes de conocerla. Ya había sentido que estaban ahí, pero me daban miedo y no sabía cómo acceder a ellos.

—Te comprendo perfectamente.

—Me extrañaría. La gente que no tiene dones no puede comprender cómo funcionan. No puede explicarse. De hecho, *ya que insistes*...

Una vez más, no había preguntado nada.

—... al principio accedía al don durante el orgasmo. Veía el futuro de la gente que nos rodeaba, era flipante.

—Sí que debía de estropear el momento.

—Por eso aprendí a controlar el fenómeno. Necesité tiempo para ponerlo en marcha en estado normal, y más aún para librarme de él mientras hacía el amor.

Dejó pasar unos segundos durante los que intenté agarrarme a la realidad: la entrada del Consejo General, y en su interior un representante de la República corrupto al que secuestrar y obligar a hablar urgentemente.

—Todavía ahora, mis visiones más fuertes las tengo mientras follo.

—¿Quieres decir que si tuvieses un orgasmo, aquí y ahora, conseguirías realizar una predicción útil?

—¡Eh, que te veo venir! ¿No pretenderás echarme un polvo en una habitación de

hotel con el pretexto de sacarme información?

—Mi pregunta solo tenía un objetivo pragmático.

De repente se puso triste.

—Cuanto más fuerte es el orgasmo, más puede serlo la visión.

Entramos en el vestíbulo del Consejo General. Estaba lleno de gente. La sesión había terminado y los representantes se aprestaban a abandonar el lugar con la sana satisfacción del deber cumplido.

—De todas formas, aunque desplegasen todos tus talentos no alcanzaría el orgasmo —añadió en un tono que me pareció demasiado alto.

Tuve la sensación de que una mujer con traje gris y aire de persona importante nos miraba de reojo. Unos guardias uniformados —creo que se llaman ujieres— estaban atareados desplazando macetas, bajo las órdenes de un tipo muy excitado. Frida bajó el tono, pero continuó su relato.

—Solo me he corrido con Stela. Y ahora que ha muerto, no puedo hacerlo sin sentirme atormentada por su recuerdo.

Su voz se quebró con las últimas palabras. ¿No iría a ponerse a llorar, allí, en medio de todo el mundo?

—El Murciélago lo he comprado con lo que me dejó en herencia.

Esta vez vi una gruesa lágrima caer sobre su mejilla. Sonreí a modo de disculpa a la dama de gris y dije con voz lo bastante fuerte para que me oyesen:

—Déjalo ya, Capucine. Al fin y al cabo no era más que un lémur.

A veces, una buena dosis de surrealismo basta para poner las cosas en su sitio. La señora Traje Gris me dirigió una sonrisa de complicidad. Pero avanzó hacia nosotros y nos anunció con firmeza:

—La sede del Departamento va a cerrar. Si quieren visitarla, podrán volver mañana.

Y me entregó un folleto. Fingí estar interesado y me llevé a Frida al exterior.

No me anduve por las ramas:

—Y esa cosa que hay entre el pasado y el futuro, eso llamado «el presente», cuando estabas con esa chica ¿te interesaba o ya oscilabas entre la predicción y la nostalgia?

Porque, joder, lo de las lágrimas en público me había cabreado mucho.

—Deberías decir más bien: eso llamado «abusivamente» el presente, Jon. Un gran sabio como tú debería saber que el presente no existe.

Medité un instante sobre lo que tenía toda la pinta de ser un pensamiento profundo. Ciertamente, el presente es imperceptible, pero ¿qué ganamos dándonos cuenta?

De todas formas, ese no era el problema:

—Quizás si tu amiguita hubiese tenido una polla entre las piernas te habría inculcado más gusto por el presente.

¿Me había faltado tacto?

Se echó a reír. (¡Uf!)

—¡Qué gilipollas eres! Te hablo de la gran pena de mi vida y tú me vienes con tus estúpidos prejuicios de los años cincuenta y con historias de pollas. ¡Tienes menos psicología que un buey de Charolles!

Es más, un buey tiene más probabilidades de saber comportarse dignamente con una becerra.

Observé su bonito perfil de transexual berlinés, oscilando entre la seriedad y la mofa. Aquella chica era genial. Valía mucho más que yo, eso seguro.

—Perdóname —dije—. Son los nervios.

—¿En qué año naciste?

—En 1942.

—Ahí lo tienes. Estás influenciado por el régimen de Vichy.

El hermano volvió tras una larga pausa. Parecía relajado. Incluso un poco ido. Y sus párpados estaban entrecerrados:

—En *El libro de las maravillas*, Gervasio de Tilbury cuenta que «según la tradición de los griegos, un esqueje del árbol cuyo fruto provocó el pecado de Adán fue llevado a Jerusalén: se convirtió en un árbol enorme con el que se hizo la Cruz del Señor, para que el género humano encontrara la salvación en la madera misma que había causado su pérdida».

Valentin se quedó atónito. ¿Qué estupidez de historia era esa?

Burger Hermano hizo un gesto vago con el brazo, y después su cabeza se inclinó pesadamente hacia delante y la levantó de repente, diciendo:

—Dejemos entrar un poco de calor. Lo siento por los quesos. Si supiese cómo se detiene esta refrigeración lo haría con gusto, pero no entiendo nada de tecnología.

Todo aquello no parecía muy normal.

Valentin intentó comprender. ¿Era posible que...?

Ya había conocido ese fenómeno de cambio de comportamiento, ese balanceo de la cabeza, ese aspecto extenuado y vacilante pero completamente *feliz* —podía aplicarse ese adjetivo aunque no fuera exactamente la palabra apropiada—. Conocía esa expresión extraña, mezcla de ausencia de uno mismo y de alivio. La imagen que le vino a la memoria fue la de Bruno, el primer guitarrista de los Fucking Puppets. Durante cinco infernales años, Valentin lo había acompañado en un lento proceso de autodestrucción. En unas pocas giras memorables, Bruno había pasado de un consumo festivo de cocaína a una adicción al caballo. Valentin había tenido muchas ocasiones de observar esos cambios de humor, esos momentos en los que el balanceo de la cabeza y los párpados caídos eran el único espectáculo que ofrecía a aquellos que se preguntaban cómo ayudarle. Al final, Bruno se había unido a los fumadores de crack de Stalingrad en París. Desde entonces, no tenían noticias suyas. Pero ¿podía drogarse un cura, incluso tratándose del hermano de un conocido maleante?

Ahora, ese puto monje lunático se frotaba las manos mientras se relamía los labios.

—¡Ja, ja! ¡Por fin lo sabrá todo!

Se deleitaba ante la idea de infligir un largo relato a Valentin, sin duda repleto de pérfidas revelaciones sobre la manera en que los miembros de los Fucking Puppets habían vivido sus últimos instantes.

«No te dejes doblegar —se dijo Valentin—. Haz el vacío dentro de ti y vuélvete hermético. No escuches esa basura».

Exactamente el tipo de ejercicio que, en realidad, era incapaz de realizar. Si al menos hubiese sabido, como Jon, llenarse la cabeza de música y subir el volumen hasta no poder distinguir las palabras de su interlocutor...

No, lo suyo era no dejar pasar nada, devolver la pelota costase lo que costase.

—¿Morfina?

El hermano no respondió. Viendo el efecto que le había provocado, no podía tratarse solo de Valium.

—Está enfermo, ¿verdad?

Ahora que lo examinaba con mayor atención, le daba la impresión de que tenía la tez grisácea. Y su jeta redondeada parecía afilarse a la altura de las mejillas y las cavidades oculares. Habría que haberlo conocido antes para juzgar la evolución, pero el recuerdo que tenía de Burger el Malo podía servir de punto de comparación. Fuera como fuese, tenía un aire de *bon vivant* de capa caída.

El hermano vaciló un instante, pero hizo como si esas preguntas no hubiesen existido.

—Le agradezco los insultos de antes: si albergaba duda alguna acerca de su personalidad, ya no la tengo. Me siento reforzado en mi convicción de que Dios exige su castigo justamente.

—Imagino que no es usted un drogata, así que tiene que tratarse, a la fuerza, de algo grave.

El hermano siguió concentrado en su propio objetivo.

—Después de haber visionado su horrible «clip», la asamblea de los Soldados de Jesús estaba francamente indignada. Uno de nuestros correligionarios propuso recurrir a un asesino profesional (el sujeto es un laico, con muchos contactos, pero su moralidad deja que desear), y me alegra comunicarle que me opuse con firmeza a esa posibilidad. El recurso a un hombre que asesina por dinero, como hacía mi hermano, era para mí una solución inaceptable.

—Evidentemente, los precios de esa gente se han vuelto desorbitados.

—Sigue con ese cinismo de pacotilla. ¿No se cansa de un modo de pensar tan restrictivo? ¿No siente ganas de elevación?

—El cinismo no solo rebaja los altos valores, también ensalza los bajos. ¿Cáncer?

De un lado un hombre de Iglesia drogado con morfina, de otro un cantante de rock desnudo y aterido, y ambos estaban, cada uno a su manera, en el final de sus vidas. Sin embargo, lucharían hasta el último aliento.

Valentin intentó una carcajada, pero sus dientes castañeteaban y no obtuvo el efecto deseado. Una risa maléfica digna de una gallina que hubiese descubierto un huevo podrido.

El hermano sacudió la cabeza con desprecio y prosiguió imperturbable:

—Nuestro castigo debía obtener el beneplácito del Cielo, todavía no se me había ocurrido la idea de que Él debía aplicarlo, pero asesinarle de forma impura estaba, en todo caso, completamente fuera de lugar. Conseguí convencer de ello a mis compañeros.

—Apostaría por un cáncer del aparato digestivo, ¿me equivoco? ¿Algo incurable? ¿Páncreas quizás?

Estaba convencido de haber dado en el blanco.

—Cuando les revelé que ya lo conocía y que sabía exactamente dónde vivía, me dieron todos su bendición, si me permite la expresión.

—Les mintió. Eso no está bien.

—Se equivoca. Ya nos conocíamos.

El hermano, al decir eso, le miró como quien se prepara para marcar un punto decisivo y recuperar definitivamente la iniciativa en el juego.

Ya estaba lanzado, así que prosiguió:

—El día en que mi pobre madre dio su último suspiro, usted condujo a mi hermano a la granja. Ella llevaba varios días reclamando su presencia. Quería vernos por última vez a todos reunidos en torno a su lecho de muerte. Antes de expirar, quería hacerle renunciar al crimen y que pidiese perdón por sus pecados. Pero llegó demasiado tarde. Mi madre había dejado este mundo aquella tarde y ya era de noche cuando su Mercedes se detuvo frente a la casa.

Valentin recordaba ese episodio perteneciente a las brumas de una húmeda velada...

—Conduje lo más rápido que pude —dijo sin poder evitar justificarse.

A media tarde, Burger le había dicho: «Mi madre se está muriendo, ¿puedes llevarme?».

Pero no había hecho la menor alusión a la existencia de un hermano gemelo. Y se había pasado todo el trayecto roncando.

El velatorio. La espera interminable dentro del Mercedes.

En un momento dado, Burger había aparecido en el porche, lloriqueando como un gamberro que hubiera vuelto a la infancia tras la muerte de su mamá.

Valentin se había planteado si cobrarle o no la carrera, pero luego pensó que era un contrato como cualquier otro; Burger no era el tipo de persona a la que apetece hacer un regalo.

El hermano prosiguió con una voz en la que se percibía la emoción:

—Usted me vio en el porche. Yo ya no soportaba la presencia de mi hermano al lado de mi madre. Y me eché a llorar. Usted me llamó. Creyó que era él, yo no respondí.

—Así que era usted y no su hermano. Pero ¿eso qué cambia en mi caso? Todos los tipejos son iguales, sobre todo si se parecen como dos gotas de agua.

Valentin tenía la firme intención de no pedir explicaciones, de no presentar excusas, de no suplicar, en fin, de estropearle el placer a su verdugo. Era el único objetivo realista en aquella batalla. El hermano sin embargo no renunciaba: le arrancaría su cuota de sufrimiento, a dentelladas si era necesario.

—No es a mí al que juzgamos. Está usted aquí para pagar sus faltas. Y, créame, para usted el infierno comenzará pronto.

Valentin tuvo por fin una idea. Una idea diabólica. O, más precisamente, cínica.

La imagen de un Diógenes hilarante le vino a la mente, y también la de un energúmeno que había visto en las fiestas, entre los brazos de la estatua del cardenal

Lavigerie; el hombre había ascendido hasta allí y, agarrado a la cruz del hombre de Iglesia, había empezado a masturbarse ante el estupor del público.

Valentin abrió ligeramente su bata, se cogió el sexo entre los dedos ateridos y empezó a hacerlo girar cerrando los ojos. Evocó una visión de Victoire digna de *El origen del mundo* de Courbet, y su verga empezó a crecer, a pesar del frío. Se concentró y ya solo vio el cuerpo de su gran amor, su pelo, su cuello, el magnífico surco de su columna vertebral.

A pesar de su profesión de fe No Sex, siempre había tenido esa aptitud para convocar su deseo en las circunstancias más improbables. Victoire se había ofuscado en algunas ocasiones: «¿Cómo puedes tener ganas de follar cuando acaban de atropellar a Kevin?».

Kevin: el pequeño pit bull cruzado de cocker al que Victoire había paseado en cochecito cuando era bebé.

Pero en la mayoría de las ocasiones se había maravillado: «Me encanta hacerlo cuando tienes fiebre, tienes la polla ardiendo».

«Si sobrevivo, le daré un hijo», pensó Valentin.

Ahora su erección era la de un asno al ver a un pony. El hermano lo miraba alucinado con ojos como platos.

Más fuerte que una aparición de la Virgen: el pene milagrosamente turgente de un condenado a muerte congelado.

Había llegado el momento de hacer estallar su cinturón de explosivos. Abrió los ojos, olvidó por un instante a Victoire y pronunció las primeras verdaderas blasfemias de su vida:

—Me cago en tu Dios. Satán es mi señor.

Era la prueba de que, haciendo un pequeño esfuerzo, cualquier descreído verdaderamente convencido puede pasar por un satánico.

—Me meo sobre el cadáver de tu madre —añadió en un momento de inspiración.

La hermosa imagen de Victoire desapareció de pronto. Acababa justo de perder la erección cuando el primer culatazo le golpeó la cima del cráneo.

Había miles [de animales]. Estaban en plena actividad. Todos ellos ocupados — principalmente— en perseguirse unos a otros. Satanás hizo notar —después de haber examinado a uno con un poderoso microscopio:

—Esa bestia grande está matando a los animales más débiles, Divino.

—El tigre, sí. La ley de su naturaleza es la ferocidad. La ley de su naturaleza es la Ley de Dios. No puede desobedecerla.

—¿Entonces al obedecerla no comete falta alguna, Divino?

—No, no tiene culpa.

—Esa otra criatura, esa que está allí, es tímida, Divino, y sufre la muerte sin resistirse.

—El conejo, sí. Carece de valor. Es la ley de su naturaleza, la Ley de Dios. Debe obedecerla.

MARK TWAIN, *Cartas desde la Tierra*

—Es increíble, Jon, nunca habría imaginado que tendrías tantos prejuicios.

—No exageres, todos mis prejuicios están dosificados a menos del cincuenta por ciento.

—¿Cómo puedes vivir con esas contradicciones?

Me miraba con un ápice de ternura, diría que dosificado a más del treinta por ciento. Puso el freno de mano y aproveché para coger la suya.

—Voy a matar a todos esos cabrones que hay aquí esta noche —anuncié optimista—, y quizás te veas obligada a presenciarlo.

—Lo sé.

Habíamos seguido al grueso de las tropas —limusinas negras con las ventanillas tintadas— con la esperanza de que nuestro consejero general formara parte de ellas y no hubiese tenido la desgraciada idea de ir a comer a otra parte.

Por el momento no lo habíamos visto. Pero teníamos una información preciosa: una comida de antiguos cargos tenía lugar en un lujoso restaurante de la ciudad.

Una azafata había gritado a los reunidos:

—Se ruega a los representantes que hayan olvidado inscribirse para la comida de antiguos cargos que lo hagan ahora. Tendrá lugar, como el año pasado, en Les Terrasses du Gave.

Pasamos por delante del restaurante y aparcamos varios cientos de metros más lejos, al lado de un carril bici muy frecuentado. Los paseantes se nos quedaban mirando mientras bajábamos del coche. Era difícil imaginarse un medio de locomoción menos discreto.

—¿Cómo puedes aguantarlo? Yo no podría tener un coche como este.

—Casi no lo utilizo, y cuando lo hago nunca me detengo en una población. A mí

lo que me gusta es la velocidad, y la sensación de escapar de mi condición de ciudadana de a pie.

Cualquier imbécil le habría reprochado: es un insulto para los pobres, es malo para el planeta y solo seduce a los cretinos. Pero no era el momento de empezar una discusión sobre lo que es moral y lo que no lo es.

Al cabo de unos pasos, dije:

—Es un insulto para los pobres, es malo para el planeta y solo seduce a los cretinos.

—¿Crees que es el momento de empezar una discusión sobre lo que es moral y lo que no lo es?

Y después de unos cuantos pasos más, añadió:

—Cualquier piso de cien metros cuadrados de la región cuesta lo mismo que ese coche, y yo hago diez veces menos kilómetros que un representante comercial encargado de vender jamón serrano a los restaurantes del lugar. No busco seducir a nadie, pero cuando al salir de esa máquina me cruzo con la mirada patética de un cretino que nunca podrá pagársela, confieso que lo que siento en ese momento no se parece a la vergüenza.

Podía darme por contento de que no hubiese argumentado sobre el tema: «¿Y tú? ¿Estás contento con tu Volvo?».

No habría sabido qué responder.

*

La comida de antiguos cargos que clausuraba tradicionalmente las reuniones de la asamblea departamental funcionaba según el siguiente principio: los exconsejeros generales —a veces retirados poco tiempo antes, pero en la mayoría de los casos de avanzada edad— invitaban a los consejeros generales actuales a un banquete que pagaba una asociación de antiguos cargos, financiada por subvenciones del Consejo General. Así se respetaba el reglamento que prohíbe a los representantes irse de juerga a cargo del contribuyente. La mejor prueba era que la oposición, que participaba en la comida, no ponía pega alguna.

Tuvimos que esperar un rato antes de poder conseguir mesa.

—Ya no tenemos sitio en la terraza, tendrá que ser en la sala —precisó la camarera.

Nuestra mesa, situada cerca de una cristalera, resultó sin embargo ser un excelente puesto de observación, hasta diría que panóptico si no temiera parecer pedante. Fue un alivio reconocer entre las siluetas rellenas y los rostros rubicundos los de nuestro favorito. La comida ya estaba bien avanzada y los representantes bastante cocidos; Marc-Aurèle no era una excepción. Se lo veía más mayor que en las fotos. Mucho menos presentable sin los retoques de Photoshop. Tenía los dientes grises y descolocados; lo distinguía muy bien a través del cristal. Tuve la

desagradable impresión de observar a un animal en una jaula, pero no de una especie que hiciese lanzar gritos de entusiasmo a los niños.

La sobrecarga de proteínas y alcohol anunciaba una apoplejía colectiva en una hora. Ya había observado ese fenómeno con ocasión de una «misión electoral» — como Marconi la había bautizado— años antes (uno de los últimos asesinatos que había relatado en mi crónica). Bastaba con esperar pacientemente el momento propicio para recoger con discreción a nuestro vicepresidente, cuando todo se sumiera en la risa y la confusión. Entonces sería la hora de llevarlo a un lugar más tranquilo y hablar de desarrollo sostenible y perdición.

Créanme: esa terraza, llena de políticos y funcionarios, no evocaba la perspectiva de un mundo mejor.

—Siento escalofríos —dijo Frida.

Podía ver al presidente del Consejo General —el único político famoso de la asamblea—, que parecía más aburrido que chupando un clavo (propongo que esta expresión sea declarada patrimonio nacional) y no hacía esfuerzo alguno por disimular su sentimiento de superioridad.

A mí también me hervía la sangre. Mientras sin duda los Soldados de Jesús infligían las peores torturas a Valentin, nosotros estábamos sentados allí, justo al lado de los dignatarios del régimen, preguntando por el postre del día.

—¡Demonios, clementinas con azúcar! ¿Son del jardín? —inquirí.

Hay que saber mostrarse bromista cuando uno no quiere pasar por lo que es.

—En efecto, no lo sabe usted bien.

—¿No bromea?

—En efecto, no bromeo.

Créanme: el uso abusivo de *en efecto* no transformará nunca a una paleta de pelo graso en el parangón de la excelencia hotelera. Sobre todo con un trasero como aquel.

Vale, maldad gratuita, pero es que estaba de mal humor.

—Entonces, a por las clementinas, pero sin azúcar, las comeré solas. Me imagino que el azúcar no es de la casa.

—En efecto, ni siquiera sé cómo se fabrica.

—Mira a los gitanitos de allí —dijo Frida—. Menuda trucha acaban de sacar del agua.

Era el momento de ampliar nuestros horizontes, *en efecto*.

La vista de las aguas bravas del torrente desde lo alto de la ladera del jardín era más refrescante.

—Los otros chicos no son capaces de hacer cosas así.

—Quizás, pero tus gitanitos pierden siempre en los videojuegos.

Dirigí rápidamente mi atención hacia nuestro hombre.

—¿Ves lo que estoy viendo?

—Ha puesto una mano en el trasero de la guapa camarera morena.

—Está hecho con elegancia, no podría jurar que se tratara realmente de un caso

de acoso. Hasta la chica tiene cara de estárselo pidiendo.

—Y ese aire gentil que tiene mientras lo hace, como si le ofreciese apoyo.

—Nunca se sabe si la chica puede estar a punto de tropezar hacia atrás y caerse de culo.

—Estamos ante un campeón.

Hacía un buen rato que habíamos terminado el café cuando vimos llegar las botellas de armañac a la mesa de los consejeros generales. Algunos se pusieron a fumar puros. Aquello se eternizaba. Hacía más de una hora que el presidente se había marchado y no quedaban más que una veintena de comensales. Desgraciadamente, el nuestro estaba entre ellos. Pedí un segundo café.

—Si esto continúa a este ritmo —dije—, será mejor que envíe directamente una corona de flores y mi pésame a Victoire. El problema es que no sé dónde se aloja en Córcega.

—No te muevas —me dijo Frida—. Lo voy a sacar de allí, ahora que conocemos su punto flaco.

Anudó su camisa por encima del ombligo, se levantó y atravesó el salón del restaurante balanceando el culo, como nunca se lo había visto hacer antes. Estaba tan plana y era tan poco sexy como Jean-Louis Murat en la época en que cantaba «Col de la Croix Morand»; de hecho, también en las épocas siguientes. Pero, contra todo pronóstico, el efecto obtenido por la ondulación no dejaba de evocar el fenómeno Mylène. Digamos que si el balanceo del culo de Mylène representaba el nivel 10, es decir, lo más alto de la escala, el de Frida podía situarse en un 8,5, mientras que el de la camarera, por ejemplo, apenas llegaba a un 4. Así, cuando rozó la mesa donde se encontraba Marc-Aurèle Cassou y vi a este último levantarse y seguirla como un pelele, empecé a plantearme preguntas sobre la naturaleza hipnótica de esa oscilación de nalgas.

*

Frida había salido del restaurante con el consejero general pegado a su trasero. Lo más asombroso era que ninguno de sus compañeros había parecido encontrar nada extraño en aquella desaparición repentina. ¿Se habrían percatado? Esa gente se prestaba tanta atención entre ellos como las tortugas dentro de un vivero: puedes sacar una del agua sin que las demás parezcan notarlo.

Pagué la cuenta y salí lo más deprisa posible. Sin embargo, la zanahoria había desaparecido seguida por el pobre burro hacía más de diez minutos. Empecé a dar vueltas, intentando pasar desapercibido, entre un club de piragüismo cerrado y una antigua curtiduría abandonada, cerca de donde habíamos dejado el coche. Llevaba el bolso de Frida. Estaba nervioso. Así que, cuando sentí la vibración de mi teléfono móvil en el bolsillo, excepcionalmente respondí. Era ella.

—Estoy en el picadero del vicioso presidente. Está en el número 6 del bulevar de

los Pirineos, ¿vienes? Las llaves del Murciélago están en mi bolso.

—¿Te has montado con él en su coche?

—Hombre, claro, no íbamos a venir andando.

—¿Lo tienes bajo control?

—¿Cómo?

—¿Lo has hipnotizado?

(Simple comprobación.)

—Ya te he dicho que no era mi especialidad. No escuchas nada, ¿verdad? Cuando muevo el culo, los hombres de su género tienen tendencia a hacer lo que les pido, eso es todo. Por cierto, que al final me he visto obligada a golpearle la cabeza con la lámpara de noche cuando intentaba arrancarme las bragas.

Hum. Ya pensaré en eso más tarde.

—Si se despierta, vuelve a darle un golpe en la cabeza, pero no demasiado fuerte. Hay que hacerle hablar.

—No te preocupes, le he atado con sus corbatas, tiene toda una colección, a cada cual más fea. De todas formas, date prisa: si se despierta, no sabré qué decirle.

*

Fui lo más rápido que pude, pero encontrar sitio para aparcar me llevó un cuarto de hora. Me había quitado la sandalia para conducir. Pisar un acelerador tan sensible como el de un Lamborghini con un pie roto era factible, aunque frenar con el pie izquierdo resultó ser algo más difícil. Pero desembragar y frenar al mismo tiempo era imposible. Se caló.

Unos tipos que se habían dado cuenta se rieron. Volví a arrancar para aparcar, pero se caló de nuevo.

—Hay que aprender primero a usar un Twingo.

—Tengo el pie roto —expliqué.

Era importante para mí.

Uno de los dos me miró con cara de pena y dijo:

—¿Osteoporosis?

Memoricé bien su cara; si tenía ocasión de volver a Pau, uno de estos días, cuando toda esta mierda hubiese pasado, estaría encantado de explicarle un par de cosas.

Cuando llegué por fin al piso de Marc-Aurèle Cassou, el buen señor había recuperado la consciencia. Mal atado con sus corbatas de motivos florales, parecía un Cristo en la cruz. Frida le había atado como una principiante, ya tenía un brazo libre. Había llegado en el momento justo.

—Lleva mal puesta la corbata, Marc-Aurèle.

Aquella broma estupenda no bastó para disimular mi mal humor. Me sentía particularmente dispuesto a torturar a un tipo indefenso. Mi tono agresivo tenía algo

de incómodo, incluso para mí, como un pésimo aliento que uno mismo acaba por notar.

Frida bajó la mirada y me dijo en voz baja:

—Lo siento, no he podido evitar pedirle perdón por lo que le había hecho.

—No te preocupes —dije—. Conmigo se va a enterar de que cambiamos de registro. Pero sería mejor que esperases fuera.

—No, ni hablar. Me quedo a controlar lo que haces.

Seguía creyéndose un observador de la ONU.

Empecé con un puñetazo en los testículos del consejero. Tanto para anunciarle el tono como para anunciárselo a Frida.

Ella cerró los ojos e hizo una mueca. Él también.

—Quizás tengas razón, voy a salir al balcón.

—Sí, es una pena que esté nublado, hay una vista magnífica de los Pirineos.

Esta ciudad es conocida esencialmente por la vista sublime desde el bulevar de los Pirineos. El problema es que las montañas son invisibles de junio a septiembre. Deberían decírselo a los turistas, ¿no? Para que no hicieran el viaje en balde...

Retorcí la nariz del consejero general. Lo suficiente para que empezara a sangrar sobre su mordaza. Después la extendí por su cara cuidando bien de subirla hasta los ojos.

—Lo ves todo rojo, ¿verdad? —dije.

Y le retorcí la nariz de nuevo.

—Ya ves —le expliqué—. Soy cruel y un poco idiota. Puedo hacerte más daño del que puedas imaginarte.

Puse dos dedos sobre su carótida para tomarle el pulso.

—¡Ya estás a doscientos! ¿No tendrás problemas de corazón? Sea como fuere, cuando empiece a trabajarte en serio, tu pulso va a ponerse en aeróbico. Lo bueno es que vas a perder kilos sin esforzarte; lo malo, que puedes quedarte en el sitio sin haber tenido tiempo de subir a la balanza.

Vi cómo sus ojos se ponían blancos, quizás había ido demasiado lejos.

—Tranquilo, hay una alternativa: te quito la mordaza, empiezas a hablar no demasiado alto y me cuentas cosas interesantes bajo la amenaza de esta arma de calibre 9 mm.

Saqué mi .38 y puse el silenciador.

Después, le desaté delicadamente la mordaza.

—No me haga daño —lloriqueó—. Estoy dispuesto a cooperar.

Llamé a Frida.

—Puedes volver, el señor ha expresado el deseo de una conversación constructiva.

Torció el gesto al comprobar los destrozos que me había dado tiempo a cometer y se limitó a atravesar la habitación. Después la oí rebuscar en el cuarto de baño. Volvió a aparecer con un paquete de algodón en la mano.

Me acordé de la sesión matinal con el Gato: introducir algodón en las narices del prójimo se estaba convirtiendo en la gran tendencia del momento. Concluyó su trabajo con una ligera caricia en la frente del paciente.

—¿No le das un besito?

El hombre resoplaba como un buey y su aliento apestaba a estrés y a armañac.

—¿Dónde está Valentin? —dije.

No teníamos todo el tiempo del mundo.

—No sé de qué me está hablando.

Le puse la pistola en el ojo. Empezó a temblar.

—Le juro que no tengo nada que ver.

—¿Nada que ver con qué? —dije.

—¡Sería mejor que nos dijese lo que sabe! —gritó Frida.

Empezaba visiblemente a acostumbrarse a los métodos de la entrevista dirigida.

—Queremos lo suficiente al cantante de los Fucking Puppets como para...

Sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas. Levanté los míos al cielo y me disponía a devolverla al balcón cuando añadió:

—... torturarlo hasta que muera de dolor.

Hum. No está mal.

—Somos fans incondicionales —precisé.

El vicepresidente de desarrollo sostenible estaba tan asustado que no tenía aplomo ni para balbucear. Se contentó con babear, pero no hasta el punto de resultar incomprensible:

—No tengo nada que ver con todos esos crímenes, yo estaba en contra del uso de la violencia, pero era el único que se oponía. Estaban como poseídos por una locura colectiva. Me asustaron.

Sus lloriqueos me asqueaban. Hablábamos de mujeres jóvenes lanzadas desde un helicóptero y de inocentes atados a pararrayos para ser fulminados, y este tipo no pensaba más que en gemir jurando que no era culpa suya. Su única excusa era que lo habían asustado.

—¿Y no se le pasó por la cabeza denunciarlos a la policía? Como representante de la República, seguramente lo habrían escuchado —se indignó Frida.

—Estoy atrapado en su red desde hace mucho tiempo. Cualquiera de ellos puede revelar una multitud de escándalos relativos a mi relación con la hermandad y los intereses de sus miembros.

—Usted no es una pobre mosca que ha caído por casualidad en una telaraña —dije—. Es más bien la araña que la ha tejido y que espera su presa sin ser vista.

La imagen era grotesca y yo mismo no me creía ni la mitad, pero había que asegurarse. Era posible que nos encontrásemos en presencia de un virtuoso de la manipulación, ya saben, como en esas novelas de la teoría del complot y toda la pesca. Después de todo, los políticos, incluso los locales, ¿no son ese tipo de personajes? Vale, otro topicazo... Pero ¿me pueden explicar por qué caricaturizar a

un ser caricaturesco podría impedir acceder a su naturaleza profunda? Personalmente, no me molesta expresar opiniones demagógicas sobre la demagogia; lo que me hubiese molestado habría sido tener agarrado por las narices a un cabrón que sabía dónde se encontraba mi colega y haberlo soltado antes de que me lo hubiera revelado.

—Voy a ponerle la mordaza de nuevo y a volver a usar argumentos más convincentes —dije—. Puedo por ejemplo arrancarle dos incisivos sin anestesia, soy capaz de desencajárselos con un cuchillo. Basta con cortar la encía. Y funciona, ya lo he probado.

Mostró una angustia verdaderamente conmovedora; ese tipo era capaz de emocionarse hasta las lágrimas por su propia causa. Hice una señal discreta a Frida para que no interfiriera; no era el momento de que jugase a ser los cascos azules.

—Nunca quise ser el presidente de la hermandad de los Soldados de Jesús, fue el hermano Alexis el que me obligó. Su idea era que había que poner a un laico como cabeza visible de la asociación, y más concretamente a un político. Trata a la gente como un dictador. Nadie puede resistirse a su voluntad. Aterroriza a su entorno con su impresionante planta y su violencia.

—¿Su violencia?

—Su vehemencia se vuelve cercana a la locura si lo contradicen. Cuando se enfada, palidece y empiezan a chirriarle los dientes, es muy impresionante.

Ya había visto al otro Burger en ese estado, en efecto.

—Tenía ese hermano, como si dijéramos, condenado —prosiguió—. Siempre sostuvo que había cortado el contacto con él y se presentaba a menudo como su más ardiente enemigo, pero la verdad es que no dudaba en utilizar sus servicios.

—Sea más preciso. ¿Cuándo utilizó a su hermano?

—No lo tengo todo claro, pero por lo que sé le encargó en 2004 el asesinato de dos sacerdotes y un bedel del colegio Saint-Amour. Los tres eran sospechosos de pedofilia. En aquella época, la prensa escribió mucho sobre el tema...

Lo recordaba vagamente, pero las revelaciones sobre la «mala conducta» de sacerdotes se habían multiplicado tanto en los últimos tiempos que era difícil mantenerse al día. Lo dejé continuar.

—Nunca encontraron a los dos sacerdotes. En cuanto al bedel, se mató en la montaña, estampado en el fondo de un barranco. Y eso que no le gustaba nada el senderismo. Entonces me enteré de que el hermano Alexis había utilizado a un asesino profesional, porque me obligó a conseguirle veinte mil euros para pagarle. Y comprendí que ese asesino era su propio hermano cuando los vi a los dos juntos.

—Veinte mil euros por tres pedófilos no es precisamente un precio de amigo. Personalmente, por este tipo de asuntos siempre estuve dispuesto a grandes rebajas.

—Por mi parte, no me permito juzgar a esos hombres, y me permitiría aún menos condenarlos sin un juicio.

Y ahora se las daba de moralista.

—El problema de nuestra época es justamente que ya no se permite juzgar —dije.

Había leído en alguna parte esa opinión a un juez y me había parecido genial.

—¿Dónde se ha visto que no necesitemos respetar reglas para vivir en sociedad? —añadí.

No estoy a favor de la pena de muerte, pero solo por el hecho de no ser yo quien la decide.

Me encanta sorprender a mi interlocutor. En el tipo de situación en la que nos encontrábamos, nada mejor que un buen despropósito.

—Dejemos de filosofar. ¿Dónde está el cantante de los Fucking Puppets?

Me esperaba otro chasco.

—No sé adónde lo han llevado.

—Busca en tu cerebro —dije, con el tono con el que se ordena a un perro ir a buscar un palo.

Sus ojos indicaban un terror poco compatible con el de una verdadera introspección.

—Cálmese —dije—. Vamos a darle unos minutos. Empiece desde el principio.

Decidió que el principio era el momento en que los amigos de Burger II habían tomado la decisión de venir a tocarnos las narices.

—Cuando los Soldados de Jesús empezaron a hablar de cometer atentados contra el grupo de su amigo, intenté disuadirlos, pero en vano. Debo decir que entre ellos hay cierto número de fanáticos. Tipos realmente tarados.

—¿Como Christian Lacaze?

—Entre otros. ¿Lo conoce?

—Sí. Continúe.

—Quise dimitir de la asociación, pero el hermano Alexis me amenazó. Me hizo comprender que todos estábamos implicados. Y que si los traicionaba, lo pagaría con mi vida. Después de aquello, prepararon sus planes al margen de la asociación, se reunieron aparte y yo no participé en aquellas reuniones.

—Dice la verdad —me susurró al oído Frida.

Yo mismo estaba convencido. Continuó confesando.

—El hermano Alexis sufre un cáncer de las vías digestivas. Un cáncer incurable. Le quedan como mucho seis meses, de hecho ya ha empezado a consumirse. El dolor lo vuelve loco y no puede aceptar la idea de debilitarse. Se ha negado a todo tratamiento, pero se inyecta morfina, y eso no endulza su carácter. Dice que no quiere servir de cobaya a los médicos. Aunque su fe le prohíbe el suicidio, no le impide tomar los riesgos necesarios para castigar a los que han mancillado la imagen de Cristo. Y ha añadido que lo hará para redimir los pecados de su hermano. Créame, la mezcla de fe y violencia constituye en él un cóctel de lo más explosivo.

—No es que haya corrido muchos riesgos hasta ahora —apunté.

—Se equivoca, ha participado activamente en los asesinatos de los miembros del grupo. No se ha contentado con supervisarlos. No tiene límite alguno y los hombres que lo rodean tampoco.

—No me diga que sufren todos un cáncer incurable, no le creería... y eso podría perjudicarle —dije agitando mi arma. Tenía la vaga impresión de que todas esas revelaciones eran tan lentas como imprecisas. ¿Acaso nuestro representante de la República estaba tratando de ganar tiempo?

—Al principio del todo, esa gente había decidido atacar no al grupo, sino al público. Confieso que, en cierta manera, sentí alivio cuando comprendí que estaban encarnizándose con los músicos y no cometiendo atentados durante los conciertos.

Bajó la cabeza. En mi propia jerarquía de valores, había lugar para ese tipo de consideraciones.

—Vale —dije—, estamos de acuerdo en ese punto. Una bomba entre el público habría sido peor. Continúe.

Si este tipo no sabía exactamente dónde estaba Valentin, debía de tener en su posesión alguna información que al menos nos pusiera sobre la pista. Algo me decía que no la soltaría sin un pequeño empujón:

—¿Y ese Lacaze?

—Es la fuente de todos mis problemas. Desde que lo conozco mi vida ha ido a la deriva, ya no sé lo que es la tranquilidad.

Pensé en la cara oronda y presuntuosa que tenía menos de una hora antes, cuando estaba de charla con sus compañeros de mesa. Aquel tipo se estaba relajando y estaba volviendo a sacar sus peores defectos: la mentira y la autocompasión.

—Aténgase estrictamente a la verdad —dije con autoridad.

—Fue Lacaze el que me introdujo en la hermandad de los Soldados de Jesús, hace cuatro años. Yo era el único político abiertamente católico del Consejo General, y sin duda el más conservador. Él tuvo mucha importancia en mi carrera política. Gracias a sus hábiles maniobras pude obtener mi delegación. Ejerce una especie de fascinación en la gente, que hace que uno lo escuche sin darse cuenta. Posee poderosas dotes de hipnosis, entre otras cosas.

—Sé de lo que está hablando.

—Cuando me di cuenta de que me estaba manipulando era demasiado tarde. Llevaba dos años favoreciendo a su empresa...

—Él no es el jefe, ¿qué interés tiene en esos chanchullos?

—El presidente es un anciano al que también manipula. Lacaze desvía más dinero para su propio beneficio del que gana con su salario. Una parte de ese dinero acaba en la hermandad, lo que le permite a su vez asegurarse una red de clientes a través de los establecimientos religiosos y las congregaciones de la región.

—¿Clientes que lo contratan como médium?

—Sí. Mi desgracia fue que descubrí demasiado tarde esa actividad oculta. Hace poco que la reveló a los medios de comunicación, sin duda por vanidad. Porque ese señor está lejos de ser un paladín de la modestia, si se me permite la expresión.

Fue precisamente esa fórmula hipócrita y remilgada la que me hizo desconfiar: nuestro amigo estaba controlando perfectamente aquel interrogatorio. Y no lo estaba

diciendo todo. ¿Se había fijado como misión, a pesar de su cobardía aparente, retenerme el tiempo suficiente para que sus correligionarios acabaran con Valentin?

—No me lo está diciendo todo —dije apuntando mi .38 a su corazón—. No tengo tiempo para estupideces. Deje de hablar de usted y dígame qué sabe del helicóptero alquilado a la SPAAVMEF.

Por un momento, pareció sorprendido. Pues sí, estábamos al corriente.

—Es uno de los chanchullos de Lacaze. Entregamos subvenciones a su empresa para el transporte en helicóptero, pero hincha las facturas declarando más vuelos de los que en realidad realiza para ingresar más subvenciones. La empresa de alquiler es cómplice.

—¿Por eso no pudieron decir nada cuando se sirvieron de uno de sus aparatos para lanzar a las hermanas M'Bow por la borda?

—No estoy seguro de que necesitaran recurrir al chantaje... Los dos jefes de la empresa son también Soldados de Jesús, y no los menos radicales. Son antiguos alumnos de Saint-Amour, bañados en el catolicismo integrista desde su más tierna infancia y que nunca han dejado de estarlo.

—¿Tantos soldados hay?

—No, no tantos. Apenas una veintena de miembros activos. Y, entre ellos, los que están implicados en los crímenes pueden contarse con los dedos de una mano. ¡Y yo no estoy incluido!

Casi había gritado su último comentario.

—Solo quiero creerle —dije para tranquilizarlo.

Y porque, en efecto, tenía toda la pinta de un rajado.

—Pero ¿puede precisarme quiénes son esos conjurados?

Los contó con los dedos de la mano.

—El hermano Alexis y Christian Lacaze, los jefes de la SPAAVMEF, que se llaman Pierre-Yves Laborde y Roger Lasserre, y el quinto es Didier Malherbe, un marginal que tenía algunos negocios turbios en esta zona. Creo que tuvo bastantes líos con la justicia en el pasado. Este no forma parte de los Soldados de Jesús, pero Burger lo ha utilizado mucho. Sospecho que participó en la ejecución de los pedófilos que le comenté anteriormente.

Hum. Podría haber sido útil una llamada a Marconi.

—¿Y dice que ha pasado por la cárcel?

—Hará unos diez años. Por un asunto de pelea en un baile que acabó mal, por lo que he oído decir. Pero desde entonces se ha construido una nueva vida dirigiendo el Barranco de los Buitres, un parque temático basado en la observación de rapaces.

—He oído hablar de ese sitio, un acantilado frecuentado por buitres leonados, donde la gente va a observarlos como en el zoo. Entre nosotros, es una estupidez pagar por eso: la montaña está llena de ellos, no hay más que andar un poco para verlos.

—Pero la entrada no era muy cara y el espectáculo estaba garantizado. Malherbe

ganaba dinero sobre todo con el *merchandising*, pero tuvo problemas con el vecindario y el parque se cerró hace dos años.

—¿Problemas con el vecindario?

—Sí, los ganaderos se le echaron al cuello.

(Yo hubiera dicho mejor que «lo desplumaron».)

—Malherbe favoreció con tanto éxito la concentración de buitres en su parque que a partir de allí comenzaron a pulular por todos los valles vecinos. En 2003, en pleno escándalo de las vacas locas, una directiva europea prohibió la carroña a cielo abierto. Los buitres empezaron a morir de hambre en los Pirineos y aquello empezó a causar problemas con los rebaños. Los pastores declararon que los habían visto devorar corderos vivos y vacas enfermas. Como Malherbe tenía mala prensa en la zona, los pastores de allí acusaron al Barranco de los Buitres de ser el origen de todos sus males. La mayoría de los animales por los que querían que los indemnizaran no habían existido nunca, si quiere mi opinión. Malherbe se defendió diciendo que precisamente nunca había dejado de dar despojos a los animales: era el único que no dejaba morir de hambre a los carroñeros. Así que las autoridades lo acusaron de incumplir la ley, al tiempo que los pastores lo acusaban de ser responsable de los ataques a animales vivos. Lo cierto es que su negocio no daba tanto en impuestos como para que lo apoyase la comuna. El Consejo General intervino por mi iniciativa para ayudar a Malherbe a regular su actividad. Concedimos subvenciones para un estudio de viabilidad, pero ese imbécil continuó dejando despojos en su terreno sin tener en cuenta las recomendaciones de los expertos. La población de buitres no dejó de crecer en el barranco, para mayor deleite de las familias que iban a admirarlos. Pero los negocios nunca fueron demasiado florecientes y, al final, Malherbe cometió un error con el *merchandising* que encargaba por Internet: compró a los chinos un stock completo de buitres de peluche, que a la entrega resultaron ser cigüeñas. No pudo devolverlos, y las cigüeñas no son fáciles de colocar en los Pirineos. Mientras tanto, la revuelta continuaba en el valle entre los ganaderos. Su empresa estaba debilitada, y el tiro de gracia fue el accidente que se produjo hace dos años...

—¿Se comieron a un niño?

—¡No, por Dios!

Frida levantó los ojos al cielo.

—Un pastor disparó tres veces a Malherbe. Se recuperó tras unas semanas en el hospital, pero el agresor terminó mal. Después de varios días de fuga en la montaña, volvió su arma contra sí mismo y esta vez no falló. Aquello era demasiado: la Prefectura aprovechó la hospitalización de Malherbe para cerrar el parque.

—¿Y los buitres?

—Ya no los alimenta nadie, pero siguen allí arriba. Parece ser que los más fuertes se comen a los más débiles sin esperar siquiera a que estén completamente muertos.

—Debe de ser un espectáculo de lo más impresionante —dije—. Y ahora, ese bueno de Malherbe ¿a qué se dedica? Supongo que un emprendedor de su género ha

encontrado otro negocio.

—Dirige la quesería de la familia. Y la ha modernizado. La ha rebautizado La Quesería del Quebrantahuesos, en referencia a su pasión por las rapaces.

El quebrantahuesos barbudo, la rapaz más hermosa de los Pirineos, no un carroñero sino un depredador, libre y altanero.

—No me diga que los pastores le venden la leche...

—No, la importa de los países del Este, como todas las queserías industriales de la zona. Y puedo decirle que el resultado no tiene gusto alguno, aparte de la sal y el azúcar mezclados con la leche. Solo su madre continúa empeñada en producir su queso de cabra de forma artesanal; es uno de los mejores de nuestras montañas.

—¿La quesería industrial y la artesanal están en el mismo sitio?

—Sí. La propiedad es imponente, una de las más importantes de la región en superficie. Cincuenta hectáreas. Ocupa todo el fondo de un pequeño valle encerrado por el Barranco de los Buitres. Por un lado la gran granja tradicional, por el otro una pequeña fábrica de alta tecnología. Si quiere mi opinión, va a estrellarse de nuevo en este negocio.

—Si se le deja tiempo —dije.

Porque, por mi parte, me parecía que sus horas estaban contadas.

—Si he entendido bien, las queserías se encuentran en el antiguo parque.

—La carretera se detiene en la quesería de la señora Malherbe, después hay que entrar en la propiedad para llegar hasta el patio de la fábrica. Y después varios kilómetros de carretera sinuosa hasta alcanzar el famoso barranco.

—Entonces es muy posible que lo hayan llevado allí, ¿verdad?

Parecía dudar. No podía arriesgarme a equivocarme de destino.

—Tengo ganas de pegarle un tiro. Es un deseo muy poderoso, que me invade cuando siento que no me lo está diciendo todo.

—Está feo mentir —dijo Frida, con un acento alemán más marcado que nunca—. ¡Así que cuéntenoslo de una vez por todas!

Apoyé el cañón de mi arma sobre su frente y comencé a dar ligeros golpecitos que resonaron en su cráneo. Toc, toc, toc.

—¿Hay alguien ahí?

Aquella pequeña broma produjo su efecto: aterrorizarlo.

Marc-Aurèle Cassou soltó por fin su presa, pero en varios trozos (y de verdad que le costaba):

—Cuando los vi por última vez, oí a Malherbe decir: «Mi madre no pone un pie en las cámaras frigoríficas, tiene miedo a destemplarse, como dice ella, piensa que puede mandarla al otro barrio. Soy yo el que se ocupa de la conservación de sus quesos».

—¿Y qué dedujo usted?

—Pues bien... Burger le respondió que era asombroso poder conservar el mejor y el peor queso del mundo en el mismo sitio.

—Sí, asombroso, en efecto.

—Malherbe respondió: «Están separados, la temperatura es más suave para los quesos tradicionales. ¿Dónde quieres que los pongamos: a cuatro grados o a doce?». Creo que hablaban de usted y de su amigo el cantante, no de los quesos.

—¿Y me lo dice ahora?

—Es que lo acabo de recordar.

Mentiroso de mierda.

Cuando era joven —a finales de los años cincuenta—, los buitres eran mucho menos numerosos que hoy en los Pirineos. Solo se empezó a protegerlos a principios de los ochenta, y fue a partir de ese momento cuando volvieron a colonizar los picos y acantilados más escarpados.

Sin embargo, existía cerca de mi casa un sitio donde se los podía observar.

—Tengo muchas ganas de verlos —había dicho Josette.

Caminábamos de la mano. Pero pronto el camino se hizo demasiado estrecho y me vi obligado a dejarla pasar delante de mí. En cada repecho aprovechaba para ponerle una mano en el sacro y empujarla.

Sus piernas bronceadas y musculosas, metidas en calcetines de montaña rojos, eran más excitantes que las de las vedettes de Hollywood. Transpiraba felicidad, salud y otra cosa que era incapaz de definir pero que rozaba lo prohibido. Su pantalón corto se entreabría hacia lo alto de sus muslos, la parte inferior de su espalda formaba un desfiladero que ardía bajo la camisa, anudada más arriba, y entre esos dos territorios de piel descubierta, bajo la tela: su culo, su coño, que ya había visto. Porque la había observado nadando desnuda desde lo alto de una roca —¡y no una vez!— en un agua tan transparente que su cuerpo parecía no flotar, sino volar. Conocía el lugar bajo las nalgas, en la unión de las piernas, donde su sexo se mantenía fuera del alcance de mi mano, rojo y palpitante como mi propio corazón. Al verano siguiente, se ofrecería a mí, pero esos días, cuando la contemplaba desde la roca en la que me encontraba, todavía no podía imaginar qué dimensión del mundo, qué celebración de la vida guardaba entre sus piernas maravillosas, que se abrían y se cerraban al ritmo de la marcha.

—Esas bestias pesan alrededor de ocho kilos —anunció.

Y yo seguía tras ella diciéndome que mi propio sexo, cuando se empinaba, estaba destinado a entrar precisamente allí donde se posaban inevitablemente mis ojos.

Mi palma descansaba en su sacro.

—Su envergadura sobrepasa los dos metros y medio.

Y escuchaba su voz dulce, emborrachándome con cada sílaba, como me deleitaría más tarde al oír esa misma voz ascender más allá del cielo de las palabras.

—Un buitre puede vivir treinta años.

(Se había informado.)

Sonreí y le cogí las manos. Tenía ganas de besarla a cada palabra. Teníamos diecisiete años.

Por fin, llegamos frente a la bandada.

Una veintena de buitres atareados sobre el cadáver de un ternero. El hedor era extremo. Llevó dulcemente mi mano hasta su boca.

—Tienen el cuello largo y cubierto solamente de un plumón fino, para permitirles rebuscar en los cadáveres —dijo, antes de añadir—: «Recuerdas el objeto que vimos,

mi alma, / aquella hermosa mañana de estío tan apacible; / a la vuelta de un sendero, una carroña infame / sobre un lecho sembrado de guijarros...» *Las flores del mal*, ¿lo conoces?

¿Que si lo conocía?

—«Las piernas al aire, como una hembra lúbrica, / ardiente y exudando los venenos, / abría de una manera despreocupada y cínica / su vientre lleno de exhalaciones.»

*

—¿Jon?

—¿Sí?

—¿Estás bien?

—Eh, sí, ¿por qué iba a estar mal? ¿Las noticias no son excelentes?

Parecía escéptica. Quizás estaba pensando: «El viejo está preparándonos un *burn out*».

—Simplemente estaba pensando en algo en lo que valía la pena detenerse un instante —añadí.

—¿Y qué era?

—«Nancy», de G. Love & Special Sauce.

Un tema voluptuoso y vacilante, cuya relación con la situación no estaba muy clara por una vez.

—¿Es cierto?

Mentir supone a veces un loable esfuerzo de simplificación:

—Pues sí.

—Pero ¿cómo puedes *escuchar* eso ahora?

—La música amansa a las fieras, ¿no? No es el momento de volverme agresivo.

Paco llegó al campamento. El hambre lo devolvía siempre al redil alrededor de las once, pero esta vez no tenía nada que ver con eso y, cosa rara, traía una invitada.

Para hablar con propiedad, no era él quien la había invitado, sino que se había invitado ella solita.

Mylène.

Había ido a «vigilarla» esa misma mañana y no había vuelto hasta ahora, con la doncella en los talones. Seguro que todo el campamento iba a reírse en su cara, pero las circunstancias mandaban. Porque esto era lo que estaba sucediendo:

El día anterior, Paco había encargado al Gato la vigilancia, no de Perle, sino de Jon. Evidentemente, sin su consentimiento: ¿cómo hacer entender a Jon Ayaramandi que necesitaba protección? En cuanto a Perle, le había asignado una guardia pretoriana de primera: nada menos que el sutil Cabeza de Oca, acompañado de Mortadelo, dos primos de absoluta confianza.

Después había cenado y, hacia la medianoche, tras haber enviado un mensaje de texto («¿todo ok?») al Gato y a Cabeza de Oca, había ido a acostarse, sin haber recibido respuesta pero tranquilo sin embargo. Había una especie de calma en aquella noche finamente estrellada que le indicaba que sus amigos no estaban en peligro.

Esa mañana se había levantado, había consultado su móvil (dos mensajes: «todo ok») y se había empeñado en ir a contemplar el despertar de la hermosa peluquera.

Una chica guapa de verdad. Ni su mal carácter estropeaba su belleza. Era la chica más guapa de Largos, o hasta de todo el suroeste, quizás incluso de un territorio más vasto.

Se había apostado ante su casa, al final de la urbanización del Bosque de las Hadas. La casa no era difícil de reconocer: era la única pintada de azul; había oído una noche a Mylène presumir de ello, antes de ponerse a cantar la canción de Maxime Le Forestier mientras el Gato improvisaba a la guitarra. Y todo el campamento había terminado entonando: «*On n'y frappe pas, on y vient à pied / Ceux qui vivent là ont jeté la clef*».^[18]

Después de haber pasado una hora dentro de su Mercedes delante de una casa azul con las persianas bajadas, Paco se dio cuenta de que aquella actividad no tenía nada de atractiva. Los pobres policías tenían de qué quejarse. De repente se le ocurrió abrir suavemente la cancela y colarse en el jardín. Sin duda, dar la vuelta a la casa y apropiarse de la ropa colgada en el tendedero era algo que llevaba en los genes..., pero apoderarse de unas bragas no tenía nada que ver con ese atavismo.

El pequeño trozo de tela que se ajustaba con precisión a la vulva de Mylène olía solo a detergente y suavizante.

La puerta del porche estaba abierta de par en par. ¡Qué poco prudente! A menos que...

Una ligera aprensión invadió el corazón de Paco.

Sacó su navaja y se introdujo en la casa. El puñal contra el vientre, dispuesto a golpear.

No llegó muy lejos. Apenas atravesó la cocina y franqueó la puerta del salón, recibió un violento golpe en la cabeza.

*

Tras su hazaña, Mylène se había dedicado a reparar mal que bien su metedura de pata. Mientras se deshacía en excusas y lloraba la pérdida de su jarrón de Habitat, que había resistido al impacto sobre el cráneo del gitano pero que después se le había escurrido para hacerse migas contra las baldosas del suelo, le aplicaba una bolsa de hielo cubierta con un trapo en el sitio preciso donde un chichón de la talla de un huevo de codorniz había aparecido espontáneamente.

—Has estado a punto de matarme —constató Paco.

—Pero ¿y qué hacías en mi casa?

—Jon me encargó que te protegiese.

¿Acaso no era verdad?

—He visto la puerta del porche abierta y he tenido miedo de que algún malhechor se hubiese introducido en tu casa.

—La he abierto yo. He dormido en mi hamaca, en la parte trasera de la casa. Cuando he oído que abrían la cancela he entrado corriendo, pero era demasiado tarde para cerrar con llave, así que me he escondido detrás de la pared del salón y he cogido el jarrón... Ya conoces el resto.

Paco se palpó el cráneo. El chichón había alcanzado el tamaño de un huevo de gallina.

No era nada grave, su cabeza se había visto en otras peores. Lo que le preocupaba sobre todo era saber si Mylène le había pillado olisqueando sus braguitas.

—¿No me has visto en el jardín?

—No, he entrado enseguida, en cuanto he oído abrirse la cancela.

Uf.

—Pero ¿por qué Jon encarga que me vigilen?

Problemas a la vista. Balbuceó algunas explicaciones:

—Tiene miedo de que te secuestren.

—¿Ah, sí? Pero ¿de dónde ha sacado esa idea? ¿Se ha enterado de que alguien quiere hacerlo? Soy un poco paranoica, ¿sabes? Así que no es el tipo de historia que hay que contarme.

—No, no hay peligro. Es solo que...

Paco no sabía exactamente hacia dónde iba.

—¿Solo que qué?

—Jon se preocupa sobremanera por los que ama.

—¿Crees que me ama?

—Con locura.

Esta vez, Mylène pareció tan encantada que Paco no pudo evitar añadir:

—Me ha encargado que te lo diga.

*

Mylène, tras ponerse un vestido de verano tan corto que le costaba cubrir la parte superior de sus muslos tras franquear la curva de sus caderas, había anunciado su intención de presentarse en casa de Jon inmediatamente. Se contemplaba en el espejo de la entrada, tan exaltada como una niña probándose el vestido de primera comunión antes de la ceremonia.

Paco ya no sabía qué hacer: ni hablar de presentarse en casa de Jon ahora con Mylène. Ni siquiera podía imaginar lo que pasaría cuando ella se lanzase al cuello del asesino vasco anunciando felizmente: «Paco se ha colado en mi casa y me ha revelado que me amas y que no te atreves a confesármelo...».

O algo así.

Debía encontrar una solución.

Al pasar por el jardín, Mylène descolgó una de sus bragas de la cuerda de tender y se la puso sin remilgos debajo del vestido. Paco sintió un escalofrío retrospectivo: así que había tenido ante sus ojos un instante antes a una Mylène vestida de corto y sin bragas... Eran apenas las nueve de la mañana y ya empezaba a sudar como un pollo.

Fue entonces cuando la joven planteó una duda:

—Lo que no comprendo es por qué no me dejó entrar ayer, cuando se lo propuse.

Sin dejar a Paco tiempo de encontrar respuesta, prosiguió:

—¿Qué te pidió que me dijeras exactamente?

Esta vez había que hilar fino. Paco adoptó la expresión más preocupada que pudo.

—Bueno... Bien... Es que, de hecho...

Marcó una pausa, durante la que pudo ver cómo el entusiasmo de Mylène decaía suavemente, y prosiguió:

—Jon está en peligro. No está en su casa.

No sabía cuánta razón tenía; a veces la verdad es como un ahogado que baja del lecho de la mentira.

Vigilaba con el rabillo del ojo el enfriamiento de Mylène. Era tan espectacular como la congelación de un deseo recién sacado de las brasas.

Entonces, ella desveló todo su potencial:

—¿Es por culpa de su pasado de asesino?

Otra que sabía y que no decía nada. Al final, había más gente en Largos susceptible de tratar con un asesino sin denunciarle que en todo el resto del departamento.

Mylène pensó que había metido la pata y se puso tan roja como le permitía su

bronceado veraniego.

—¿No estabas al corriente?

*

Mylène se sentó, abatida, sobre una silla de plástico del patio del jardín. Después volvió a levantarse y anunció que iba a hacer café.

—Voy a comprar cruasanes —propuso Paco.

Su idea era aprovechar para pasar por casa de Jon y revelarle su metedura de pata, aun a riesgo de llevarse una bronca.

—Cómprame también un paquete de Fortuna Light, voy a volver a fumar.

El trayecto le pareció terriblemente corto. Apenas diez miserables minutos, durante los cuales en su cabeza zumbaba permanentemente esta idea: «Nunca debiste meter la mano en ese avispero».

Inspiró profundamente antes de bajar del coche. «No tengo miedo de él —se dijo—. Si rechista, lo mato».

Justo antes de pulsar el timbre, llegó incluso a pensar que matarlo antes de cualquier discusión sería la mejor solución.

Llamó. La alternativa era incendiar el edificio.

Ignoraba que hacía más de una hora que Jon había abandonado su domicilio siguiendo dócilmente al falso testigo de Jehová, con el Gato, Frida y el chaval tras sus talones.

Volvió a llamar. Y otra vez. Después se decidió a dar la vuelta a la casa y a colarse por el porche.

Con la mosca detrás de la oreja, gritó varias veces antes de entrar:

—¡Soy yo, soy Paco!

Pero no pudo evitar que su aprensión fuera en aumento al pasar por cada estancia, después al subir la escalera y finalmente al introducirse en la habitación vacía de Jon.

Mylène lo vio volver jadeante y asustado, sin cigarrillos ni cruasanes.

—¡Jon ha desaparecido!

—Eso ya me lo habías dicho, Paco.

«Sí, pero no», pensó él.

Y entonces quedó claro que todo aquello se había vuelto muy confuso.

*

Esa chica era un demonio. Había conseguido tirarle de la lengua: «Tienes que decírmelo todo, Paco», «Deja de mentir», «Te estás quedando conmigo», «No me tomes por tonta».

Al final había confesado todo lo que sabía de la situación actual y una gran parte

de los secretos de Jon.

Pero lo más extraordinario era que también ella sabía mucho. Y había demostrado ser muy perspicaz.

—Esto es gordo, Paco. Muy gordo. Nos enfrentamos a gente poderosa, al crimen organizado, o quizás a una secta.

—¿Una secta?

—Todos los crímenes han sido llevados a cabo *con la complicidad del Cielo*. Intenté decírselo a Jon, pero no quiso escucharme.

*

Ahora, Jean-Luc caminaba hacia ellos, como un zombi recién desenterrado. Llevaba un papel en la mano.

—Frida se ha marchado con Jon, a buscar a Valentin.

—¿Jon ha estado aquí? —preguntó Paco.

—Lo secuestró un falso testigo de Jehová, pero el Gato y Frida lo salvaron. El secuestrador debe de estar encerrado en el contenedor, allí, desde esta mañana. Quieren que te reúnas con ellos.

—Espera, espera, más despacio, no hay quien entienda nada de lo que cuentas.

Tenían la impresión de haber llegado a la mitad del capítulo quince de una serie americana pensada para doctorados.

—Jon fue secuestrado por un falso testigo de Jehová, pero el Gato y Frida lo han salvado —repitió Jean-Luc—. Jon se ha marchado a buscar a Valentin con Frida. El falso testigo de Jehová está en un contenedor.

Pero si estaba muy claro.

*

Nos encontrábamos en un callejón sin salida con este bearnés con nombre de emperador romano.

—No podemos dejarlo aquí —expliqué.

Frida se roía las uñas.

—Hacía diez años que no me las comía —explicó.

—Acabará confesándolo todo a la policía —añadí.

El consejero general, al que había atado bien fuerte —más fuerte que la primera vez—, sacudía la cabeza en todos los sentidos, en señal de negación.

—Míralo retorcerse, no tiene el temple de un Jean Moulin.

Frida cogió un paquete de cigarrillos abierto que había en una mesa baja del salón.

—¿Crees que puedo quitarle su tabaco?

—No estaría bien. Que volvieses a caer en el tabaquismo.

Parecía completamente derrotada.

—Piensa que este tipo no vale gran cosa —intenté para ayudarla—. No sufrirá, puedes creerme.

Bajó la voz.

—No deberíamos hablar delante de él, porque eso es precisamente lo que le hace sufrir, ¿ves?

La famosa psicología femenina.

—Espérame abajo, no tardaré mucho.

Lo primero que hice fue llevar a Marc-Aurèle al cuarto de baño para lavarle cuidadosamente la cara, metiéndole bien la cabeza debajo del agua para asegurarme de no dejar rastro de sangre. Comprobé que no tenía la nariz rota y que no había en él huellas evidentes de mi agresión. Al tratarse de un representante de la República, la Policía Judicial de Burdeos enviaría a un investigador y a científicos no demasiado incompetentes. Era mejor ser cuidadoso.

La angustia que leía en los ojos de mi víctima me incitaba a la rapidez, y de hecho teníamos muy poco tiempo. Todo esto no me llevó más de cinco minutos.

Después anudé una corbata alrededor del cuello del consejero general, con un nudo corredizo.

Lo incorporé y le dije lo siguiente:

—Tranquilícese, he encontrado una solución a nuestro problema. No le voy a hacer daño. Le he puesto la corbata porque vamos a salir. Todo lo que quiero es que vayamos a su despacho y me entregue un documento lo suficientemente comprometedor como para que no tenga ganas de denunciarme. Imagino que tendrá algunos secretitos que ofrecerme, ¿verdad?

Asintió con la cabeza con todo el frenesí de su buena voluntad.

En mi profesión mentimos menos, pero con más firmeza que en la suya. En cuanto se calmó, no necesité más que unos segundos para subirlo a la mesa del comedor y colgarlo de la lámpara. Solo empezó a retorcerse de nuevo cuando lo empujé al vacío.

Terminé mi trabajo librándolo de sus ataduras y de su mordaza, y guardando meticulosamente sus horribles corbatas, una por una, en el ropero.

El suicidio por ahorcamiento de un político corrupto era bastante creíble como para que la investigación no superara la fase del informe de la gendarmería.

Podía valer.

Lo contemplé girar lentamente colgado de su corbata en extrema tensión.

—¡Por la gracia de Dios! —dije abandonando el lugar.

*

Frida no había pronunciado palabra desde que yo había bajado. Me invadía una

sensación de tristeza al pensar que había perdido a sus ojos mi estatus de viejo abuelo blandengue. Me había avisado de que ya no me vería como antes, y ella misma no sabía cuánta razón había tenido.

Acababa de indicarle el camino a la quesería. Me había costado poco retener la dirección porque conocía bien ese valle; había hecho turismo por allí en otra época, en mi periodo pirenaico.

Había que girar a la izquierda y bordear el torrente.

—Hay que girar a la izquierda y bordear el torrente —dije.

—¿Estás seguro de haberlo matado bien?

—¿A qué te refieres? ¿Podría haberlo matado mal?

—¿Comprobaste que no tenía pulso?

—En general, uno deja de tener pulso cuando la tráquea y la yugular están suficientemente comprimidas. Sin contar con la nuca rota. Un ahorcado muere de tres causas mortales de necesidad a la vez. Es el medio de poner fin a una vida más seguro que existe.

—¿Y crees que parecerá de verdad un suicidio?

—Eso creo, sí.

Me había equivocado acerca de su reacción: simplemente necesitaba sentirse tranquila. Siempre es asombroso observar cómo la compasión pasa a un segundo plano cuando implicas a una persona sensible en un homicidio. En circunstancias funestas, el miedo es el verdugo del resto de sentimientos.

Y además, un individuo capaz de pronunciar una frase como «ese señor está lejos de ser un paladín de la modestia» no podía inspirar compasión.

—¿Es imposible que nos cojan? ¿No acabaremos en la cárcel?

—No nos pasará nada, Frida. Aunque harías bien pisando un poco menos el acelerador, si no quieres alertar a todos los habitantes del valle de nuestra llegada.

Un motor V12 de seiscientos cuarenta caballos, en un estrecho valle, se oye como la Patrulla Acrobática Francesa volando a ras de suelo sobre un camping.

Levantó el pie, se relajó haciendo crujir sus dedos y dijo:

—La forma en que hemos tratado a Lacaze y a Cassou, ¿no te da remordimientos?

—No hemos inventado la muerte nosotros —respondí.

Porque, al fin y al cabo, este ambiente místico había acabado por contaminarme a mí también.

*

—¿Estás seguro de que no te equivocas de camino? —preguntó Frida.

—Completamente.

Conducía por aquella sinuosa carretera de montaña tan imprudentemente como si hubiésemos sido un dúo de inmortales levitando en la tranquilidad del cosmos.

Sin embargo, la carretera se asomaba al vacío cada dos por tres y la mayoría de las curvas parecían haber sido colocadas allí por autonomistas bearneses.^[19]

—Si el objetivo es que lleguemos vivos, harías bien en mantener relaciones más pacíficas con la suerte —dije.

Tiempo perdido. Se limitó a subir el volumen. Escuchábamos «Far Beyond Driven» de Pantera, nada apropiado para calmarla.

¡Pensar que pretendía iniciarme en esa pura atrocidad!

Una pregunta irracional me daba vueltas en la cabeza:

¿Era la ayuda de sus dotes paranormales lo que le permitía afrontar las curvas a esa velocidad tan extraña?

Uf, qué tontería.

Claro que:

Cuando acababa de pasar a fondo unas eses sin visibilidad alguna, frenó en seco y se ciñó a la derecha de la calzada. Al segundo siguiente, un dos caballos que venía de frente apareció en el centro de la carretera.

El death metal empezaba a hartarme. Pero si Frida funcionaba como Valentin, cortarle la música era enviarnos directamente a la tumba. Registré la caja de cedés y encontré uno que me convenía: el álbum de Hercules and Love Affair que no tiene título.

—¿Qué te parece si pongo «Blind», para relajarnos un poco antes del ataque?

—¿Relajarse? ¿Ahora?

—Un poco de suavidad no nos sentará mal.

Y sí que era suave: nada menos que la conmovedora voz de Antony (sí, el cantante andrógino de Antony and The Johnsons) envuelta en un *groove* eléctrico concebido especialmente para acompañar los excesos de velocidad.

—¿No pretenderá elegir la música, simple pasajero? —dijo Frida con una voz que recordaba a la de los comandantes de las naves intergalácticas.

—Quizás sea el último tema que escuche con vida —argumenté.

—Claro, de hecho es muy relajante que me digas eso.

*

Acabábamos de atravesar varios pueblos. En uno de ellos le hice tomar una carretera a la izquierda, estrecha, apenas más ancha que nuestro propio coche. Contra todo pronóstico, justo a la salida del pueblo la carretera atravesaba un desfiladero y, después de algunas curvas, desembocaba en un valle secundario.

Pasada una aldea, el paisaje se abría de nuevo. Apareció una estrecha llanura. Se hundía hacia el oeste, entre dos montañas. Una sucesión de praderas tan planas como la mano, en las que pastaban rebaños de ovejas.

En el corazón de esa meseta, un afluente del torrente pirenaico serpenteaba entre dos hileras de árboles. El Barranco de los Buitres se encontraba al fondo, en lo alto de

una vertiente montañosa que cerraba el valle.

—Joder, qué bonito —dijo Frida.

—Aquí no hay aldeas. Solo granjas aisladas. Como sacadas de un *western*.

La carretera mal asfaltada seguía a duras penas el curso del agua. Lo atravesaba por un pequeño puente cada vez que le parecía necesario. Me sentía embargada por esa atmósfera de poesía bucólica.

La vegetación de ribera impedía ver el agua.

Franqueamos un puente romano, más arqueado y alto que los otros, inmediatamente seguido de una granja al borde de la carretera.

Pedí a Frida que parase.

—Me voy a dar un chapuzón.

—¿Bromeas?

Bromeaba.

Saqué los prismáticos de su estuche y me encaramé a la parte más alta del puente.

Vi a dos chicos de unos doce años bañándose. Estaban mirando en mi dirección. Los saludé con la mano.

—Bonito sitio. ¿Lo que se ve allí es el famoso Barranco de los Buitres? ¿Sabéis cómo se llega?

Fue el más pequeño de los dos quien me respondió. Un chiquillo regordete, de ojos vivarachos.

—Sí, señor, puede hacer dos cosas: o sigue los carteles en forma de buitre que dicen «El Barranco de los Buitres», o sigue los carteles que dicen «Quesería». Llevan al mismo sitio. Pero allí hay que dar media vuelta. Ya no hay ni barranco ni quesos.

Estaba orgulloso de su broma. Sonreí con indulgencia.

—De hecho, el barranco está cerrado, no se puede ir.

Me hice el asombrado.

—¿Cerrado? ¡No se puede cerrar un barranco!

—Este está cerrado.

—Pero sigue habiendo buitres, por lo que veo.

En realidad no veía ninguno, para mi extrañeza. Esperaba verlos rondando los barrancos.

—Sí, está infestado.

—Genial. Vengo de bastante lejos para observarlos —dije, enseñándoles mis prismáticos.

—Pero no podrá entrar, señor, de verdad.

—¿La carretera no llega hasta allí?

—Sí, llega, pero es solo que no se puede pasar. Es propiedad privada. Y hay un muro que impide el acceso.

—Pero debe de haber alguna manera de rodearlo, ¿no?

—Va de un barranco al otro, señor. La única cosa que puede hacer, como mucho, es pasar por la antigua entrada del parque, si puede saltar la valla...

Dediqué un pensamiento bastante próximo a la maldición a mi dedo estropeado.

—... o bien atravesar la granja. Pero no se lo aconsejo: el propietario no es muy hospitalario.

—Hum. Quizás si le pido amablemente autorización...

—Es un psicópata —confirmó el otro—. Es capaz de recibirlos a tiros.

—¿Y si le compro queso?

Antes de responder, intercambiaron una mirada cómplice. Al parecer, ni lo que yo les decía ni yo mismo les parecíamos muy de fiar. Se olían algo. ¿Otro psicópata?

—Hay una fábrica, pero no venden nada allí.

—¿No hay una anciana que hace queso tradicional?

Empezaba a mostrarme realmente curioso. Y algo demasiado informado para un tipo que decía venir a observar pájaros.

—No sé, señor. Todo lo que sé es que no venden nada allí y no se puede entrar. Pero si quiere buen queso, vaya a nuestra casa, justo allí.

Paco siempre había conducido con una sola mano, sobre todo cuando hacía buen tiempo, con el brazo izquierdo colgando negligentemente por la ventanilla bajada. Pero esta vez era distinto, tenía las dos manos en el volante. Las circunstancias lo exigían.

¿No podría acelerar un poco?, se preguntó Mylène sin atreverse a comentarlo, porque aquel hombre de prominente vientre moreno —que su camisa apenas llegaba a contener— le impresionaba.

—No tengo costumbre de circular sin ir tirando de una caravana —explicó él, como si le hubiera leído el pensamiento.

Acto seguido, aceleró un poco, hasta llegar a arrastrarse a ciento diez por hora. En la autopista, aquello quedaba muy por debajo de las normas admitidas en una escena de persecución. Pero los demás pasajeros no parecían ofenderse por ello. No era el tema de su conversación.

—No deberías haber dado de beber al enterrador —dijo el Gato.

—Era necesario, no era capaz de pronunciar palabra.

—Además, sabemos dónde tenemos que ir gracias a él —añadió Mylène—, dado que Frida no responde ni a las llamadas ni a los sms. En cuanto a Jon, entra dentro de sus costumbres...

Paco se rio con ternura:

—¿No responde nunca?

—Nunca. Es capaz de enviar mensajes desde que Luna le enseñó a hacerlo, pero a veces hace una pregunta del tipo: «Hola, Mylène, ¿estás bien?», y después, cuando respondes: «Sí, ¿dónde estás?», ni se molesta en responder.

Paco rio aún más fuerte.

—Yo no tengo móvil, problema resuelto. Jon tampoco quería tenerlo, pero digamos que lo necesitó un día en circunstancias especiales, y en aquel momento juró que adoptaría uno en el futuro.

Adoptaría uno: hablaba como si fuese a elegir un animal de compañía.

—En todo caso, yo aguantaré aunque tenga que ser el último ser humano sin él.

—Eso: eres el último hombre sobre la Tierra que no tiene teléfono móvil —dijo el Gato.

—Os olvidáis de una buena parte de la población del planeta —dijo Mylène—. Según las últimas noticias, hay más humanos que no pueden saciar su hambre que humanos que pueden comprarse un iPhone.

—¿Has oído eso, Minino? ¡Tiene seso la chavala!, ¿eh?

El Gato odiaba que lo llamasen Minino, solo Paco y su propia madre se atrevían a hacerlo.

—¿Minino? Qué ricura —dijo Mylène.

No le disgustaba ese tipo grande de cuerpo atlético y rostro cuadrado. Y su

pendiente, brillante, le daba ese airecillo de gánster que la volvía loca.

—¿De veras? —dijo el Gato con una sonrisa de blancura resplandeciente.

Por fin llegaron a la salida de Pau.

—La una y media —dijo Paco—, y no hemos comido.

—¿No coméis a la hora española? —se sorprendió Mylène.

—Paco come a la hora Paco —bromeó el Gato—. ¿Te has fijado en su barriga de embarazada? Es más o menos la de mi exmujer en su séptimo mes de embarazo.

—¿Tienes muchos hijos?

—No, uno solo, ¿por qué? Pensabas que tenía una docena, ¿verdad? Y que el último lo tenía con una prima de quince años, ¿eh?

Mylène enrojeció y miró por la ventana. Si la conversación versaba sobre los prejuicios de los que son víctimas los gitanos, empezaría a ir por mal camino. Era mejor callarse. O cambiar de tema:

—¿No creéis que el enterrador se va a morir sin agua, a pleno sol en el contenedor?

—Siempre habrá tiempo de avisar cuando volvamos —dijo Paco.

—Pero quedarse encerrado en ese baúl de metal, atado y amordazado como está, ¡no le deja ninguna posibilidad de sobrevivir para cuando volvamos!

—Si no le hubiésemos encerrado en el baúl, habría hecho ruido, y los niños le habrían descubierto. ¿Crees que es un espectáculo decente para los chiquillos?

De una lógica implacable.

—También le habéis roto los dos tobillos y una muñeca. Debe de estar sufriendo atrocemente.

¿Cómo se podían romper a sangre fría las articulaciones de un hombre a patadas? Y Paco, que había montado en cólera de una manera indescriptible, le habría aplastado ahí mismo las pelotas si aquel hombre no se hubiese decidido por fin a confesar.

—Si le hubieses visto ordenar a Jon matarnos, no lo defenderías —precisó el Gato.

—No me gusta que se metan con mis amigos —sentenció Paco.

Mylène sintió un escalofrío al pensar en la forma particularmente sanguinaria en la que habían muerto los miembros de los Fucking Puppets. Si el enterrador había dicho la verdad, Valentin corría un gran peligro en aquel momento.

Dijo, apretando los dientes:

—Tenéis razón: que se muera ese cabrón, deshidratado y desangrado, es lo que se merece... Pero Paco, ¡intenta acelerar un poco, por favor!

Paco apretó peligrosamente el pedal. Peligrosamente porque aquello hizo que se crisparan las manos al volante y diera un bandazo a la derecha.

—¿Quieres que conduzca yo? —propuso Mylène.

El Gato contuvo su risa. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Susurró al oído de Mylène:

—Nunca deja conducir a nadie. Así que a una mujer...

—¡Pero es que conduce fatal! —susurró ella a su vez.

—Eso es poco decir. Si pudiese conducir yo, ganaríamos media hora en el trayecto. Pero deja de hacer comentarios sobre su forma de conducir, va a acabar enfadándose.

—Vamos por debajo del límite de velocidad, ¿te das cuenta de la tragedia?

—Con los gitanos hay siempre una dimensión trágica. Eso se debe a que nos negamos a situar la razón por encima de todo.

Mylène lo miró con ojos como platos.

—No me mires así —dijo el Gato.

Ella no hizo más que suspirar sin desviar la mirada.

—Esperemos que el cuervo no nos haya contado una bola. No es momento de equivocarnos de sitio. ¿No os parece un poco exagerada esa historia del Barranco de los Buitres?

—Créeme —dijo Paco—, cuando tengo agarrado a un payo por las criadillas, no le queda suficiente imaginación para inventar estupideces. Le cuesta hasta decir la verdad y se ciñe a ella.

—Es verdad que parecía sincero —dijo Mylène.

—Eso es, sincero —dijo Paco.

*

El muro de la propiedad era viejo. No lo había construido Malherbe. Sin duda sus antepasados, un largo linaje de tarados... ¿Cómo era posible que alguien, incluso de otro siglo, hubiese podido apropiarse de un trozo de los Pirineos como este, construir un muro de ochocientos metros de largo y decretar: «Esto de aquí es nuestro. Estos acantilados nos pertenecen»?

¿Hasta qué época había sobrevivido en este valle el sistema feudal?

—No pensaba que las queserías fuesen así —dijo Frida.

—Depende de la marca —respondí.

—No sabía que podía existir un lugar como este. Es como si el fin del mundo hubiese sido privatizado. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Lo entendía perfectamente.

Habíamos aparcado entre dos taludes, bastante antes de llegar a la granja, a la entrada de un pastizal (las ovejas se habían puesto a balar al ver nuestro platillo volante), y habíamos seguido a pie a través del bosque. Era una buena cuesta para un viejo imbécil que lleva una sandalia *high-tech*. Estaba enfadado y sin aliento.

—¿Qué probabilidad hay de que no nos hayan visto? —preguntó Frida.

—Un ciento por ciento si están torturando a Valentin en una cámara frigorífica.

—No sé si se puede calificar tu respuesta de optimista...

—Enseguida lo sabremos con precisión.

El único acceso a la vista era un portal lo bastante alto y ancho como para dejar pasar un camión, pero en aquel momento las puertas estaban cerradas. Delante de aquel portal había una vasta zona pavimentada, informe, que parecía simple despilfarro de asfalto, pero que podía ser también el paraíso de un francotirador.

Estábamos obligados a salir del sotobosque y atravesar el campo de tiro. Cincuenta metros que recorrer a descubierto. Pero correr con el pie lastimado resultaría tan práctico como patinar con un solo patín. Dije:

—¿Por dónde pasa el puto torrente?

Esperaba que los chicos hubiesen olvidado mencionar un pasaje a través del muro para el curso de agua. Hasta una tubería de difícil acceso me habría servido. Pero no, parecía claro que ese estúpido torrente procedía de otro valle.

—No comprendo.

—Olvídalo.

Saqué las dos pistolas —una en cada mano— y expuse mi idea.

—Llego cojeando hasta el portal. Lo abro. Me matan. Tú te vuelves a Largos y le pides a Paco que me vengue.

—Yo tengo un plan mejor.

Avanzó hacia el portal y pulsó un timbre. Era una estrategia sin imaginación, sin brillo y sin futuro, pero ¿cómo detenerla? Era demasiado lento para atraparla. Tuve que conformarme con seguirla como un idiota.

El timbre resultó ser tan potente como el de mi colegio de primaria, que me daba un susto cada vez que sonaba. Resonó en el patio de la granja y sin duda también en el interior de los edificios.

—Buah —dije—. Si con esto no nos capturan...

Me situé a un lado del portal para no ser visible cuando abriesen la puerta. Había adaptado mi estrategia: mato primero, muero después.

Frida me guiñó un ojo. Yo le hice ver con la palma de la mano que se merecía una azotaina. Me sacó la lengua.

Volvió a llamar, y lo repitió dos veces más.

La puerta se abrió por fin. Apareció una ancianita. Temblorosa y encorvada, apoyada en un bastón. La imagen misma de la vulnerabilidad. Le apunté con mi arma en el cráneo.

—¿Dónde están los otros?

No pareció más asustada que un ratón al descubrir una barra de plutonio. Se encogió de hombros y respondió:

—¿Qué otros?

Al menos no era sorda, ya era algo.

—Malherbe y su banda de curas.

Me introduje en la propiedad sin soltarla y la empujé hasta un rincón oscuro del porche. Frida nos había seguido.

—¿No te da vergüenza? ¡Suelta a esa anciana!

¿Vergüenza? Bien mirada, ni siquiera era tan venerable. Como mucho, sesenta y cinco años. Engañaba su vestimenta de otro tiempo. De todas formas:

—Los ancianos tenemos perfecto derecho a martirizar a otros ancianos —dije.

Bueno, la verdad es que no era un *anciano* sino una *anciana*, pero no era momento de galanterías.

—Le voy a hacer saltar los sesos si no me dice dónde están y dónde está mi amigo.

—¿Ese hombre de tan mala ralea? ¿Es su amigo? Lo vi en la televisión, burlándose de Cristo, de los santos e incluso de la Virgen María.

—Sí, ese mismo.

—Se marcharon con él hace por lo menos una hora. Le tuvieron encerrado en mi cámara frigorífica. Yo no estaba nada de acuerdo, pero hace mucho tiempo que no me piden opinión.

—Llévenos allí —dije, haciéndola pasar delante de mí.

Seguía apuntando con mi cañón a su cabeza, por si acaso, pero sin saber muy bien el valor de mi rehén. ¿Mantenía buenas relaciones con su retoño? La sensación de que nos podían llover tiros de un momento a otro desde cualquier ventana de esa maldita granja resultaba desagradable.

Pero al final no pasó nada por el estilo. La visita a la cámara frigorífica fue de lo más espectacular. Apenas abrió la puerta, la vieja lanzó un grito. Y se puso tan histérica como una gran burguesa al descubrir que alguien ha cagado sobre su sofá. Un hedor espantoso se nos agarró a la garganta. Me fijé en los quesos estampados contra el suelo, sí, pero lo que más me llamó la atención fue toda esa materia negra y viscosa derramada, y el olor a carroña que emanaba de ella.

¡Puaj! Observada con más atención, la materia oscura estaba todavía fresca y dibujaba aproximadamente, como una plantilla, la silueta de un hombre. (¿Un taller de *body painting*?)

—¡Miren todos estos quesos que ha tirado al suelo! Si este despilfarro de comida no es obra de un demonio... Y toda esta mierda negra y apestosa como la muerte. ¿Qué podrá ser? ¡Pus de diablo! Ya es hora de que lo exorcicen.

—No tienen previsto exorcizarlo, señora —dijo Frida—. Tienen previsto matarlo. La vieja la miró con recelo. Parecía medir la credibilidad de esa predicción.

—Mi hijo ha hecho muchas tonterías en el pasado, pero no es un criminal. Y está con un sacerdote.

—¿No le ha parecido un tipo sospechoso? —dijo Frida.

—Un poco. Pero de ahí a...

—Debe creerme, señora. Esa gente no son ciudadanos honestos, ¡sino asesinos!

Se quedó como pasmada de estupor, mientras nos alejábamos con alivio del taller de creatividad artística donde había tenido lugar la sesión de *body painting*. Su cerebro estaba procesándolo todo de manera bastante lenta, pero al menos funcionaba. Había que ser paciente. Al cabo de un momento, me miró fijamente con

un ojo casi avizor.

—En ese caso, hay que llamar a la policía.

—Es que nosotros somos de la policía, señora —dijo Frida, exhibiendo su pasaporte.

La anciana se persignó de nuevo.

—¡Jesús, María y José! ¿Por qué no lo han dicho antes?

El truco del pasaporte era atrevido. Fue mi turno de dedicarle un guiño a mi compañera.

Bonito binomio formábamos. Aquello parecía una serie americana.

Flashback

when we could do no wrong.

IMAGINATION, «Flashback»

¿Acaso no era una venganza pueril el embadurnarle así de excrementos?

Valentin acababa de despertarse de un coma que no tenía claro cuánto había durado. Seguía en la cámara frigorífica, pero la puerta estaba abierta de par en par. El dolor agudo que ceñía su cabeza y un silbido continuo cerca del oído interno le hacían presagiar daños importantes: el hermano Alexis no se había andado con chiquitas, la culata podría haberle atravesado el cráneo, ¡y quizás lo había hecho!

A pesar de que veía doble, Valentin reconoció al hermano mientras, armado esta vez con un gran cepillo, le untaba el vientre con una especie de secreción cremosa. Giró la cabeza y, forzando la vista, consiguió distinguir un cubo esmaltado lleno de un líquido espeso, oscuro y viscoso.

Era de esa materia de la que emanaba la hediondez ambiental y era con lo que estaban cubriéndole el cuerpo. Un análisis más profundo le permitió distinguir que no se trataba de olor a mierda, sino a carroña en descomposición. Una cantidad aterradora de moscas verdes zumbaba alrededor del cubo y de él mismo.

Dos hombres vestidos con monos de trabajo lo sujetaban contra el suelo. Uno era rechoncho y el otro inmenso.

—¡Joder, qué peste! Creo que voy a vomitar —dijo el inmenso.

—En ese caso, puedes vomitar sobre el caballero —bromeó el rechoncho.

Sus voces, de un tono grave que sonaba forzado y con abuso de la erre, incluso donde no la había, se parecían extrañamente.

Valentin reconoció el acento bearnés, del que se dice que recuerda a los guijarros rodando por un arroyo. Un acento que evoca sobre todo la sobrepuja viril: los chicos se fuerzan la voz desde la más temprana edad para imponerse a los otros chicos, y eso les da ese tono ridículamente machista, al contrario que en el País Vasco, tierra de gigantes bonachones donde no es raro encontrar en la boca de un coloso una voz dulce y aflautada, que vuela como la de un ruiseñor en cuanto se presenta la ocasión de cantar.

Pero me desvíó, volvamos a nuestras moscas.

—¿Os divierte? —creyó haber pronunciado.

—Se está despertando este hijo de puta. Ha murmurado algo.

—Debe de seguir intentando proferir sus repugnantes blasfemias.

—No os preocupéis —dijo el hermano Alexis—. Pronto podrá gritar todo lo que quiera, que solo sus nuevos compañeros podrán escucharlo. Ya llega Pierre-Yves con las estacas, podremos ponernos en marcha.

El hermano hundi6 por 6ltima vez el cepillo en el cubo y, un instante despu6s, Valentin sinti6 c6mo sus cerdas se restregaban violentamente contra su sexo.

—6ntale bien las partes. Quiz6s empiecen a atacar por ah6 —dijo Pierre-Yves.

—Malherbe me ha dicho que los carro6eros empiezan siempre por los intestinos —dijo Roger.

—Pero ahora, como lo hemos cubierto de podredumbre de pies a cabeza, no sabr6n por d6nde meter el pico.

—Una 6ltima capa por su asquerosa jeta —dijo para terminar el hermano.

Valentin solo tuvo tiempo de cerrar la boca y los ojos, y soplar con todas sus fuerzas por la nariz, mientras el cepillo de duras cerdas le pasaba por toda la cara.

Cuando se vio obligado a respirar, la tibia mezcla de sangre y v6sceras se col6 en su boca.

Sufri6 una violenta n6usea.

—Ponedlo de lado, no vaya a asfixiarse con su v6mito.

*

La anciana nos hab6a se6alado la monta6a.

—6Han ido hacia el Barranco de los Buitres?

Asinti6 con la cabeza antes de a6adir:

—S6, se6or agente.

La hab6amos obligado a abrir el portal y lo hab6amos atravesado a una velocidad razonable. Pero despu6s la cosa se hab6a puesto fea. Frida hab6a rodeado el edificio y hab6a tomado la primera cuesta a la velocidad de un avi6n despegando.

—6D6nde est6n las azafatas del vuelo?

—Quiz6s sea una trampa, Jon. Vete a saber si ahora llama a los Soldados de Jes6s y nos est6n esperando all6 arriba armados hasta los dientes.

No se pod6a descartar por completo esa hip6tesis.

—S6, ten6a que hab6rmela cargado. Pero habr6as puesto mala cara.

Me puse serio antes de darle tiempo a enfadarse.

—Hay muchas probabilidades de que los m6viles no tengan cobertura en el barranco, 6no?

—Entonces 6podemos ser optimistas?

—No tanto. Creo saber lo que est6 pasando en este momento.

Dudaba si revelar mis suposiciones a Frida. Y despu6s, pens6 que seguramente le gustar6a su car6cter irracional.

—La complicidad del Cielo —dije.

—6Perd6n?

—Dos mujeres caen de las alturas, tres hombres son fulminados por los rayos: el Cielo es c6mplice. 6Qu6 crees que le espera a Valentin?

Sent6 que la recorr6a un escalofr6o. Acababa de comprenderlo.

—¿Los buitres?

Pues sí, los buitres.

Yo también sentía escalofríos, pero por otras razones: las curvas pegadas a la montaña eran tan cerradas y las salvábamos tan deprisa que tenía la impresión de poder ver nuestro propio vehículo de un giro a otro. A eso hay que añadir que aquello era un camino mal asfaltado más que una auténtica carretera. El chirrido de los neumáticos debía de escucharse a kilómetros.

—¡Pero eso es horrible! —prosiguió Frida.

Y sin embargo no ralentizaba el ritmo.

—Sí. Y no tenemos posibilidad alguna de salvarlo si nos oyen llegar. Deberías levantar el pie.

Consiguió templar la velocidad. Y también sus nervios. Su voz se volvió de nuevo tranquila y reposada:

—Pero sería imposible, Jon. Ningún buitre digno de ese nombre se rebajaría a comerse a un roquero vivo.

Aquella chica me tenía alucinado. Conducía ahora sin ruido, pero puedo asegurarles que íbamos mucho más deprisa de lo que irían ustedes si tuviesen el valor de recorrer ese camino deteriorado y eternamente colgado del abismo.

—Nos enfrentamos a una banda de tarados, Frida. Tipos crueles, cegados por la religión. Han montado toda esa inverosímil puesta en escena porque para ellos tiene un sentido: el castigo infligido a los blasfemos viene de arriba, del Cielo, del mismo Dios...

—¿Te has dado cuenta hace mucho?

Me hice el modesto:

—Los místicos no son gente con muchas luces. Es fácil predecir sus malvados planes.

Pero acabé confesando:

—Basta con escuchar los consejos de tu peluquera.

Y, al decir esto, pienso —dijo el orador— en esos hombres que me enseñaron a venerar como instructores de la humanidad y que solo tienen una cosa en común: la cualidad de tener la confianza necesaria para dejarse matar. ¿Sócrates? Un hombre que se dejó matar. ¿Giordano Bruno? Un hombre que se dejó matar. ¿Gandhi? Un hombre que se dejó matar. ¿Y qué decir de la fascinación por el mito del Gólgota? ¿Qué decir de la eficacia de la propaganda cristiana, levantada en torno a la figura de un hombre que, en realidad, no hizo otro milagro en la Tierra que el de dejarse matar?

Te dejarás matar: esa es la única instrucción que se eleva por encima de toda moral, de todo poder, de todo mandamiento, de toda dominación, y ante la que cualquier Dios no puede hacer otra cosa que cerrar el pico.

KOSI EFOUI, *L'Ombre des choses à venir*

Tras vomitar, Valentin volvió a desmayarse. Los golpes del hermano habían tenido que dañar seriamente su cerebro de roquero; debería vigilar de cerca las secuelas si no quería terminar de cantante de varietés; suponiendo que consiguiera salir de aquello.

Curiosamente, fue otro golpe en la cabeza lo que le sacó del coma. Un golpe en la derecha, contra una pared de metal, y después un golpe similar en la izquierda: su cuerpo rodaba en la parte trasera de una camioneta. Estaba atado como un salchichón. Todo indicaba que ascendían por una montaña.

Incluso con las ventanillas bajadas, el hedor del ambiente era el de una fosa común. Pero este emanaba directamente de él: una mezcla de cadáver de animal en descomposición y de vómito.

En la parte de delante, separada por una reja, iba sentado, con su sotana, el hermano Alexis. A un lado tenía al conductor, que llevaba un sombrero de cowboy, y al otro a un tercer tarado vestido con un traje de primera comunión.

¡Yiiipaaa!

—Date prisa, no creo que pueda soportar esta peste un minuto más —dijo el de la primera comunión.

—Ya llegamos, mira: los buitres nos han visto —respondió el cowboy.

—No entiendo por qué no lo hemos preparado directamente aquí.

—Porque los buitres no habrían esperado tranquilamente a que termináramos —respondió el cowboy.

—Si Malherbe lo dice, es que es verdad —aprobó Burger Hermano, dirigiéndose al comulgante—. Conoce muy bien a esas sucias bestias.

—Claro que las conozco —dijo Malherbe.

El comulgante exclamó pérfidamente:

—Pensaba que no debíamos levantarle la mano al prisionero...

—Mea culpa, en efecto, Roger. «Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme.»

A Valentin siempre le había gustado esa plegaria. Es de una eficacia maquiavélica para la redención de fieles. Hasta los más descarriados son recuperables gracias a este tipo de fórmula. Puedes esperar hasta el último momento, sea cual sea la gravedad de tus crímenes, que tus pecados serán perdonados con tal de que te conviertas, así, inmediatamente, pronunciando la fórmula mágica: «Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme».

El hombre llamado Roger se giró y constató:

—Está volviendo en sí.

—Mejor —dijo Burger Hermano—. Me habría disgustado tener su muerte sobre mi conciencia. Y encima que él no pudiera disfrutar de lo que le espera.

Valentin consiguió reunir energía suficiente para pronunciar la fórmula mágica por segunda vez, ahora en voz alta e inteligible.

—Creo que está rezando.

—Nunca es demasiado tarde para tomar el camino correcto. Pero eso no modifica el programa. Dios reconocerá a los suyos.

Valentin empezó a rebotar de un lado a otro. Habían abandonado la carretera, la camioneta daba tumbos sobre una pradera.

—¡Más despacio!

—Pierre-Yves no ha terminado de plantar las estacas —gruñó Malherbe—. Joder, le habíamos dicho que estuviese todo listo a las cuatro, llevamos media hora de retraso y ha encontrado el modo de no haber terminado el trabajo. ¿Es así en vuestra empresa?

—Sí, la puntualidad no es su fuerte —respondió Roger—. Nadie sabe el mérito que tengo: estoy asociado a un inútil.

El conductor echó el freno de mano. Un instante después, las puertas traseras se abrieron y apareció el hermano Alexis.

—¡Encantado de verlo en plena forma para su último gran espectáculo! —exclamó, más elocuente que nunca.

No responder nada. Sonreír.

Dejarse matar. Y sonreír.

Si lo conseguía.

—Puede adoptar esa expresión de perro apaleado, eso no cambiará nada. Está usted condenado. Es Dios quien lo condena. El castigo viene del Cielo.

Había dicho eso apuntando su dedo hacia las nubes.

Sobre todo, no levantar los ojos; de todas formas, había comprendido bien de qué iba el tema, prefería no pensar en ello.

Dejarse matar. No seguir la dirección indicada por el dedo.

Dejarse matar. No obedecer. Dejarse matar por desobediencia. Firme y definitivo.

Pensar en Gandhi, en Sócrates, hasta en Cristo.

Cerró los ojos. Debía prepararse no solo para morir, sino para morir así. Desgarrado por los buitres.

El hermano había entrado en el interior de la camioneta y había vuelto a cerrar las puertas tras él. Los demás se habían alejado.

—¿Sabe cuánto tiempo hace que conozco a Jon Ayaramandi? —preguntó Burger.

Aquella parte no venía en el programa: un confesionario improvisado y una enésima charla de ese asqueroso sosias de Burger.

Valentín volvió a abrir los ojos, los clavó en los del hermano y pronunció tan discretamente como pudo:

—Francamente, ¿qué coño me importa? Y tú, ¿a qué coño vienes a contarme todas esas historias de mierda?

(En ese momento se imponía el tuteo.)

—Quiero que conozca la verdad. Como hombre de Iglesia, me mantengo en ese principio. Abrir los ojos al pecador sobre la abominación que ha representado su vida. Si hubiese podido hacerlo con mi hermano, lo habría hecho. Pero usted no me dejó esa oportunidad.

—En efecto, cuando lo volé en pedazos, el cerebro de tu hermano no contenía nada parecido a una conciencia.

Valentin se dio cuenta entonces de que estaba cayendo en la trampa: responder a las provocaciones del hermano y dejar que se apoderara de sus últimos momentos. Decidió parar ahí.

¿Dejarse matar? Sí.

¿Dejarse manipular? No.

—Tengo una terrible revelación que hacerle, referente a Jon Ayaramandi.

Valentin dejó estallar la risa socarrona más intensa de su larga carrera de socarrón.

—¿Se ha negado a pagar el rescate por mi liberación?

—Creo que esta vez se le van a quitar las ganas de reírse. Lo hemos hipnotizado, y ahora mismo está bajo las órdenes de un poderoso médium, el mismo que lo tuvo a usted anoche bajo su control y al que vio marcharse esta mañana. Nunca adivinaría lo que le hemos pedido que haga.

No escuches, Valentin. No escuches.

—Le hemos pedido que asesine él mismo a su deleznable amante. Es una idea que se me ocurrió esta mañana. Tratar el mal con el mal. Me llegó la inspiración gracias a usted. Cuando llamé a mi socio, acababa de obligar a subir al coche a su amigo. Le dijo simplemente que debía matar a Victoire y..., ese médium es realmente impresionante..., aparentemente no le ha puesto ninguna pega.

Ella está en Córcega, no puede dar con ella. De todas formas, no escuches, Valentin. No pronuncies una sola palabra.

—Por supuesto, que usted había enviado a su puta a Córcega fue lo primero que Jon desveló a su mentor. Aquello nos contrarió en un primer momento. Pero hay vuelos regulares y a esta hora él debe de estar aterrizando en Ajaccio. No, de verdad,

mi única frustración en este asunto es no poder dejarle vivir un poco más de tiempo para contarle cómo ha ocurrido todo.

No digas nada. Muere. Es demasiado tarde para cualquier otra cosa.

—Le voy a proponer un trato. Todavía puede salvar a su fulana, Valentin. No se puede salvar usted mismo, lo reconozco. Pero una simple llamada telefónica por mi parte y su Victoire estará salvada. No es ella la que me interesa. Usted sabe que en el fondo no le he dicho la verdad: nunca he tenido más objetivo que vengar a mi hermano. ¿Sabe que él y yo de pequeños nos hacíamos pasar a menudo el uno por el otro? ¿Es usted consciente de lo que pude sufrir cuando lo asesinó? Y Dios sabe, sin embargo, cómo le reprochaba que hiciese sufrir a nuestra madre... Pero cuando murió, cuando vinieron a contarme su terrible final, me sentí tan mal... He pasado la mayor parte de mi vida adulta rezando por él, soñando con abrirle los ojos sobre sus pecados y esperando su redención. Pero usted lo mató antes de que pudiera hablarle.

Ahora lloraba.

¿Estaba este tipo lo bastante loco como para creer que habría podido transformar a Burger el Malo en la oveja descarriada que vuelve al rebaño?

—No puede usted comprender lo que es un hermano gemelo. ¿Tiene usted hermanos?

No responder a nada. Ni siquiera a la pregunta más conmovedora o a la más anodina. El hermano prosiguió con una voz aún más grave:

—Quizás el amor que siente usted por esa mujer... Dígame el nombre de la persona a la que Jon Ayaramandi no soportaría matar, y su compañera no morirá.

Perle. Jean-Luc. Paco.

Valentin podía ofrecerle tres.

O cuatro, si también contaba a Luna.

Esta vez sí que iba a confesar:

—La persona a la que Jon más quiere...

Dibujó una inmensa sonrisa. Tan pura como la de un niño de cinco años y medio.

—... se prepara para morir ante usted.

Y se dedicó la más bella carcajada de su vida.

No veo en cada animal más que una máquina ingeniosa dotada de sentidos por la naturaleza para elevarse ella misma y asegurarse hasta cierto punto contra todo aquello que tiende a destruirla o desordenarla.

JEAN-JACQUES ROUSSEAU, *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*

Valentin no habría sabido explicar por qué «Ring My Bell», de Anita Ward, no se le iba de la cabeza.

En el momento en que el terror se hubo apoderado de él, hasta el punto de mearse encima (y estaba claro que era solo el principio, lo que de hecho no tenía gran importancia dado su estado general), esa canción disco se le había metido dentro. Desde entonces, no le había abandonado: «*You can ring my hea-hea-heart, ring my bell*».

Ni siquiera recordaba qué aspecto tenía Anita Ward. Una mujer negra, eso seguro, pero ¿aparte de eso?

Estaba rodeado de buitres. Su olor a pluma sucia. El roce de sus alas. El chirrido de sus garras sobre la dura piedra. Tan cerca de él.

¿Dudarían esas bestias en despedazarlo? Eran carroñeros, no comían animales vivos.

Pero ¿estaba lo bastante vivo como para quitarles el apetito?

¿Dispondrían los buitres de instintos de protección frente a la carne semimuerta?

No le habrían dejado allí si esas rapaces no estuvieran dispuestas a atacarlo. Los tarados que le habían secuestrado sabían lo que hacían. Era probable que al final del festín no quedase más que su esqueleto. Después se encargarían de recoger sus huesos y quemarlos. Pero, mientras tanto, era difícil evaluar cuánto tiempo duraría y hasta qué punto podría dolerle.

Se concentró en la canción.

«*You can ring my bell, ding, dong, ding, ah-ah!*»

¿Aguantaría la voz tan maravillosamente infantil y melosa de Anita Ward hasta su último suspiro? ¿O tendría que encadenarla con KC & the Sunshine Band o Santa Esmeralda?

Toda aquella fantástica música disco corría el riesgo de abandonarlo al primer pellizco en su carne.

Un buitre se acercó tanto que pudo ver los pequeños agujeros en su pico...

«*Ding, dong, ding, ah-ah! Ring it!*»

¿Por qué Anita Ward había tenido un solo éxito? No conocía otro. Ni siquiera un tema banal o fallido. No estaba seguro de que hubiese grabado un álbum entero. ¿Por qué nunca se había preocupado por ese asunto?

Con la cercanía de la muerte, uno se da cuenta de que ha olvidado hacerse un buen número de preguntas. Ahora, esta en particular quedaría sin respuesta para siempre... Hubiera pagado mucho dinero por vivir aunque fuese el tiempo extra necesario para una búsqueda en Wikipedia.

Sintió que un ala le rozaba el rostro. Un buitre acababa de saltar por encima de su cuerpo. No pudo contener un grito.

—¡Joder! ¡Vete, bestia asquerosa!

Pensó que quizás había llegado la hora de dejarse de tonterías y tener pensamientos serios. O quizás no.

«Cuba, quiero bailar la salsa...»

¡Los Gibson Brothers!

Gritó como un loco.

Se había organizado un gran revuelo de plumas a su alrededor. Los buitres acababan de realizar un complejo movimiento colectivo... que no los había apartado más de un metro de él.

Un pensamiento le aterró. ¿Le iban a arrancar las pelotas de un picotazo de un momento a otro?

Se puso a temblar. Y gritó con más fuerza aún que la primera vez:

—¡Putos buitres de mierda!

Le parecía que gritar frases en vez de proferir simples gritos era más persuasivo. Esas bestias inmundas debían comprender que se enfrentaban a un humano. No a otro animal. Un humano era más aterrador que un cordero o un ternero, ¿no?

Levantó la cabeza tanto como pudo para observarlos. Tuvo la impresión de que había cientos.

«*I'm glad you're home. / Well, did you really miss me?*»

Anita Ward había vuelto.

¿Por qué Anita Ward?

¿Porque era negra como Roxane y Alison?

¿Porque encarnaba la dulzura femenina en estado puro, con esa pizca de ironía y voluptuosidad infantil que tanto le había atraído a lo largo de su existencia? Incluyendo la de cierto sujeto.

Jon. Pensó en Jon.

Lloró.

Jon no volvería. Gritó:

—¡Jon!

Un buitre se posó sobre su abdomen. Chilló de nuevo. Pero el animal se tomó su tiempo para despegar. Joder, cómo pesaba. Cuando se fue, Valentin se dio cuenta de que sus garras le habían provocado profundos arañazos en el vientre.

Se puso a cantar «Ring My Bell». A voz en grito. Normalmente podía cantar y berrear durante horas, pero tumbado, con los brazos en cruz, era difícil, mucho más agotador.

Tuvo que parar.

Pasaron apenas unos minutos antes de sentir el primer pellizco. El dolor era horrible. Todavía mayor que el de una herida de bala. Hubo otro, y esta vez sintió que el pico se llevaba un trozo de carne. Gritó más fuerte de lo que nunca había gritado.

—¡Jon!

La canción de Anita Ward se había perdido definitivamente.

Qué raro, había temido por su sexo —que ningún pájaro había tocado todavía—, pero no había pensado en sus ojos.

Cuando Luna sea mayor, la llevaré a Lourdes.

Quiero que vea la religión católica en todo su esplendor: superstición, mercantilismo, cursilería, infantilismo, deshonestidad...

Seamos serios. ¿Sé realmente si existe algo o no, en el cielo o más allá, algo que pueda llamarse Dios? No más que otro, no. Pero tengo una convicción: si existe un principio de vida más allá de la vida, las religiones de aquí abajo y los dioses que nos proponen no son más que la mayor profanación.

Nos habíamos detenido en la última curva antes de llegar al Barranco de los Buitres. Al bajar del coche, me asaltó la sensación de que había llegado tanto al fin del mundo como al de mi vida. Quizás era importante decírselo a Frida, pero no tenía fuerzas. Ahorré saliva. Agarré mis pistolas y me quité la sandalia de mierda.

Ese maldito barranco, al que nos habíamos visto empujados por la locura y el fanatismo de los hombres, por su encarnizamiento ideológico, su intolerancia apasionada, como si vivir y morir no fuera ya suficientemente complicado... Y cuatro gilipollas que no esperaban nuestra llegada, porque nos había sonreído la suerte.

Escalamos en silencio hacia ellos. Nos daban la espalda.

El hermano, con sotana, dos pobres esbirros en hábito blanco a sus flancos y un tipo alto y delgado con pantalón corto y sombrero de cowboy. ¡Cuatro gloriosos Soldados de Jesús!

Estaban de pie casi sobre la cima, pero no del todo. Como sentados en lo alto de un anfiteatro.

—Hemos tenido suerte —susurré—. Si esos payasos no hubiesen estado mirando hacia la otra vertiente, habrían oído acercarse al coche.

—El buen Dios está con nosotros.

Sabíamos para qué tipo de espectáculo habían sacado entrada.

—Quizás lleguemos a tiempo, pero hay que darse prisa. Yo subiré por la derecha y tú por la izquierda. Toma esto y ten cuidado, está lista para usar. Escóndete bien detrás de esa roca y empieza a disparar al aire en cuanto te lo indique. No olvides mirarme.

—Pero si disparo, ¿me van a responder a tiros!

—No exactamente: van a disparar a las rocas tras las que te quedarás bien protegida. No durará mucho tiempo. Necesitaré apenas doce segundos para matar a esos cuatro tíos. Como mucho, si alguno se escapa, créeme, no será para correr en tu dirección.

Se alejó, pues, por la izquierda, hacia el montículo rocoso que la tendría que proteger de la respuesta del enemigo.

Pero lo que no había previsto era la vista que Frida tendría desde allí arriba...

Mientras yo trepaba penosamente por el otro lado del valle, la vi llegar a su puesto de unos cuantos saltos.

Fue entonces cuando se produjo una cosa extraña. Escuché unos gritos, primero ininteligibles. Después, a medida que me acercaba a la cima, los oí con más claridad... Una canción.

—*Ding, dong, ding, ah-ah!*

Después gritos. Atroces. De dolor y de miedo.

Era la potente voz de Valentin, que resonaba en la otra vertiente. Hice un esfuerzo supremo por acelerar el paso.

Un último grito. Y después, justo en el momento en que me acercaba a la cima, tratando de controlar mis latidos, pues sabía que más allá de ese límite estaría al alcance de los Soldados de Jesús, oí esta llamada:

—¡Jon!

Me esperaba. Me llamaba. Contaba conmigo. ¡Esperando hasta el final a que fuese a rescatarlo!

«Ya voy, amigo mío», pensé. Y terminé de trepar a ras de hierba, las pistolas dispuestas.

Me disponía a levantar el brazo para darle a Frida la señal de disparar, antes de incorporarme y acabar con esos cabrones, pero no la vi en su sitio. Desplacé intuitivamente la mirada hacia la derecha, hacia el lugar donde, sobre todo, no debía encontrarse: a descubierto, en la pendiente que separaba el refugio rocoso del barranco. Un sitio en el que evidentemente estaría a tiro del enemigo. Allí estaba. Corriendo como una loca.

Comprendí que acababa de ver a Valentin y yo también me levanté. Vi, en el suelo, un agrupamiento de buitres como nunca había visto. Y a Valentin desnudo, clavados sus brazos en cruz, con un pájaro encima del pecho.

Por su parte, los Soldados de Jesús acababan de avistar a Frida.

Ella disparó en dirección a los buitres.

Los cuatro hombres seguían dándome la espalda, solo estaban a treinta metros. El del sombrero apuntaba con su fusil hacia Frida. Lo abatí en primer lugar. Tenía la intención de acabar con otros dos de una sola ráfaga, pero me torcí el pie y caí hacia delante por la pendiente.

Los buitres habían levantado el vuelo formando una nube que pasó por delante del sol. Estábamos todos cubiertos por la sombra. Me puse de rodillas y disparé de nuevo, más para cubrir a mi compañera que para matar a los tres hombres que corrían hacia la derecha. Desaparecieron de mi campo de visión, mientras Frida se precipitaba hacia Valentin y seguía disparando al aire.

Un momento para la alucinación:

La nube de pájaros, gigantesca. Su sombra de maléficos movimientos proyectada sobre la llanura de hierba rasa. La masa de pájaros fluyendo sobre sí misma, a pocos metros del suelo, envolviéndolo todo en un olor a pluma y a podredumbre.

Varios pájaros cayeron, abatidos por los disparos al azar de Frida.

Oí el ruido de un motor ponerse en marcha.

La camioneta blanca daba media vuelta, al fondo del puerto, haciendo chirriar los neumáticos.

Huían. *Sin esperar a que les dieran el cambio.*

Y entonces, en el momento en que Frida se acercaba a Valentin, un grito más atroz que todos los demás... Ese puto buitres que seguía sin levantar el vuelo..., que seguía posado sobre él..., tan excitado que ni siquiera se había asustado con los disparos y la huida de sus congéneres.

Demasiado ocupado en arrancarle un ojo.

Frida se lanzó hacia delante, como impulsada por la onda expansiva de una bomba. Yo mismo llegaba penosamente al final de la pendiente, como en un sueño, cuando hay que correr como sea y no se puede avanzar.

Los gritos acababan de detenerse.

Valentin se había librado de los pájaros.

Ya no gritaba.

Pero lo que vio Frida la dejó paralizada.

El cuerpo del torturado tenía tantas heridas como el de un mártir lacerado por los leones.

Y le habían arrancado el ojo derecho.

Entonces fue Frida la que gritó. Y empezó a llorar sobre él retorciéndose los brazos.

Fue entonces cuando por fin llegué hasta ellos, me incliné al oído de Valentin y dije:

—Estoy aquí, Valentin, estoy aquí. Todo va bien.

En cuanto al disparo, como en el Magnum 357, gran parte del retroceso sirve para el retorno del carro, es mucho más agradable disparar con una Desert Eagle que con un revólver 357 o un Smith & Wesson 686.

<http://tiretarmes.free.fr>

—Esta carretera no tiene salida —dijo el Gato.

—No hay muchas casas —dijo Paco.

—Esto parece una película del oeste —dijo el chico.

—No me gustaría vivir aquí —resumió Mylène—. Apuesto a que ya no se ve el sol a partir de las cuatro de la tarde.

—¿Y por qué? —dijo el chico.

—Porque se oculta detrás de la montaña, cretino —dijo el Gato dándole una colleja.

—La retirada no está asegurada, habrá que matarlos a todos —dijo Paco.

—Ganar o morir —asintió el Gato.

—¿Estáis de broma? —se inquietó Mylène.

Se volvieron los tres hacia ella.

¿Quién tenía ganas de bromear sobre ese tema?

Cargaron sus respectivas armas: una pistola para el chico, un fusil de repetición para Paco, y, para el Gato, una especie de pequeña metralleta como Mylène no había visto nunca.

—Se coge con una sola mano —precisó el Gato—, es más práctico para abrir las puertas.

—¿No hay nada para mí?

Paco sacó de la guantera una pistola como las de las películas. Una Desert Eagle.

—¿No es la de Lara Croft en *Tomb Raider*?

—Sí. Imagino que sabes utilizarla.

—Hay que apuntar a la cosa que quieres alcanzar y apretar este chisme, ¿no?

—Eso es.

—Ya verás, es de gran calibre, un arma de precisión fabricada en Israel para detener vehículos en los *checkpoints*. Lo más importante es controlar el retroceso: la sostienes con ambas manos, los brazos extendidos, los pies bien plantados en el suelo, las piernas ligeramente flexionadas y separadas. Porque en el momento en que aprietes el gatillo, será como si un jugador de rugby del Aviron Bayonnais acabara de lanzarse sobre ti. No dispaes si el blanco está a menos de quince metros.

—Digamos que, en tu caso, lo que nos interesa es que cuando hayas disparado una vez nadie más se atreva a acercarse.

—¡Oh, pesa!

—Dos kilos. Y no está hecha para manos pequeñas.

El Gato dijo al oído de Mylène:

—No te preocupes por el retroceso, Paco exagera. Es una pistola de recuperación de gases, tiene mucho menos retroceso que un revólver del mismo calibre.

Mylène encajó el arma en sus vaqueros y se felicitó de paso por haber cambiado en el último momento su vestidito ligero, que captaba peligrosamente la mirada de Paco, por este atuendo mucho más práctico.

Paco aparcó el coche delante de la antigua entrada al público. Un portal deteriorado, adornado con siluetas de buitres de chapa recortada.

Dijo al chico que fuese a llamar.

—Hazte el gitano. Quieres saber si hay chatarra que recuperar. Tócales los cojones, arréglatelas para discutir y que te insulten. Nosotros llegamos para montar barullo. Y entramos. Esconded las armas.

El chico volvió desanimado.

—No hay timbre, creo que esta no es la entrada.

—La granja —dijo Mylène.

Se volvieron hacia ella asombrados.

—Hay que volver a bajar y pasar por la granja.

Fue en ese momento cuando oyeron los disparos.

—Cambio de planes —dijo Paco disparando a la cerradura del portal con el fusil.

El impacto sobre la chapa provocó un ruido más estruendoso que el mismo disparo.

Paco fue el último en subir al Mercedes. El Gato se había puesto al volante.

Desde la entrada del parque, una pequeña carretera sinuosa ascendía por el flanco derecho de la montaña.

¡Esa puta propiedad tenía su propio puerto privado!

Al cabo de unos minutos de rally, avistaron un trozo de línea recta al final de una curva.

El reflejo de una camioneta blanca atrajo sus miradas. Bajaba hacia ellos. Se iban a cruzar en uno o dos minutos como mucho.

—Detente antes de esa curva —ordenó Paco—. Vamos a hacer que paren.

—¿Les disparamos?

—¡No te embales! ¡Ni siquiera sabemos quiénes son! Vamos a darles el alto educadamente, y si son honrados pastores, les preguntaremos el precio del cordero.

El Gato aparcó el coche en un hueco de la pared rocosa y bajaron. El silencio era el de la montaña en verano. Cuando la presencia de buitres hace huir a los otros pájaros.

El Gato señaló las nubes de rapaces en el cielo y pronunció las siguientes palabras tranquilizadoras:

—Cuando hay tantos, indica la presencia de un cadáver en los alrededores.

Mylène aprovechó la pausa para alejarse. Tenía una necesidad imperiosa que

satisfacer y llevaba ya bastante tiempo aguantando, sin atreverse a mencionarlo. Se agachó un poco más abajo, detrás de una especie de talud, tras haber sacado la pistola del pantalón. ¡Joder, qué gusto!

La camioneta se anunció con chirridos de neumáticos. Todavía no se veía, pero se acercaba. Si eran pastores, tenían mucha prisa.

Los tres gitanos se apostaron a la salida de la curva, para indicarles que se detuvieran.

Como no tenían pinta de ir a frenar, Paco les apuntó con el fusil. El Gato vio aparecer una mano en la puerta. Una mano armada con un revólver. Disparó una ráfaga demasiado alta, que solo produjo chispas en el techo de la camioneta.

Paco tuvo el tiempo justo de tirarse al suelo. Un instante después sintió que le rozaba una rueda, y después otra. El chico disparó también, pero como ya los había sobrepasado solo consiguió que la bala volara justo por encima de la cabeza de Paco, que estaba levantándose.

Mylène oyó los chirridos de neumáticos, después el tiroteo. Comprendió lo que estaba ocurriendo y tuvo el excelente reflejo de recoger su pistola antes de pensar en subirse los vaqueros.

Los Soldados de Jesús acababan justo de escapar a los disparos de los tres desconocidos cuando vieron a una mujer joven, con el pantalón y las bragas bajados, que los apuntaba con un arma de gran calibre.

Apretó el gatillo sin que tuviesen tiempo de comprender lo que pasaba.

*

Mylène solo había hecho un disparo, pero estaba tan aturdida como si de verdad hubiera sido tumbada por un delantero del Aviron Bayonnais.

Una sola bala, pero la camioneta había dado un salto en el aire y se había detenido en seco. Exactamente como si no hubiese estado rodando unos segundos antes.

El radiador estaba en el suelo. Los empresarios Pierre-Yves Laborde y Roger Lasserre habían atravesado el parabrisas, y sus cuerpos, doblados a la altura de la cadera, colgaban hacia delante con sus hábitos desplegados.

Resonaron nuevos disparos detrás del vehículo y Mylène se escondió de nuevo tras el talud. Aprovechó para vestirse rápidamente.

El Gato y el chico estaban ametrallando la camioneta por detrás. Un hombre vestido con una sotana corría en sentido contrario, sin dejar de disparar hacia ellos. Saltó el talud y aterrizó justo delante de Mylène. Ella había vuelto a soltar la pistola.

El hombre la agarró por un brazo y le puso el revólver en la mejilla.

El Gato y el chico se detuvieron en seco.

*

El religioso y su rehén atravesaron un bosque, y después fueron cruzando un prado tras otro. El hombre era ágil para su edad y conocía perfectamente el lugar. Por momentos el revólver dejaba de apuntar a Mylène, pero por poco tiempo. Aun así, había que tentar a la suerte. Mylène fingió torcerse el pie y se dejó caer hacia delante, sin que él alcanzase a agarrarla. Iba a tenderle el brazo para levantarla pero cambió de opinión:

—Es usted tan joven —dijo apuntándola con el arma—. ¿Es una asesina o una cantante de rock? Tras verla disparar a sangre fría sobre nuestro vehículo, me inclinaría por la primera hipótesis.

—No soy ni una criminal ni una cantante de rock —dijo Mylène.

Pero se guardó bien de revelar cuál era su verdadera profesión. En efecto, le pareció que no daría buena impresión.

El religioso miró a la izquierda, hacia un bosque de robles, inmenso y oscuro, que partía al asalto de la ladera de una montaña. Ella comprendió que estaba pensando en poder escapar por allí y que nadie fuera capaz de perseguirlo. Con su arma apuntando hacia ella, el tipo cerró un ojo para apuntar mejor.

Era raro, pero en ningún momento del viaje Mylène había pensado que fuera a morir.

Cerró los ojos, esperando la detonación y el dolor que vendría inmediatamente después. Se disponía a ver desfilarse toda su vida, como una película erótica proyectada a cámara rápida.

Él seguía sin disparar. Mylène se dio cuenta de que dudaba.

—No puede infligirme el castigo... —le dijo.

Seguía sin disparar.

—... sin la complicidad del Cielo.

Fue entonces cuando se escuchó un chirrido de neumáticos, y después otro más cercano. Mylène volvió a abrir los ojos y se puso de puntillas para intentar ver la carretera al otro lado del prado.

Luego se volvió de nuevo hacia el monje y constató que había desaparecido.

Lo buscó con la mirada en la linde del bosque. Ya se había hundido en la espesura del arbolado. Corrió hasta la carretera saltando sobre la calzada, y a punto estuvo de ser atropellada por el Mercedes.

*

—He estado a punto de atropellarte —dijo el Gato.

Y después:

—¿No te ha matado?

Algunas palabras absurdas brotan como lágrimas, sin que se las pueda retener. Estaba emocionado.

—Estás viva. Estás aquí.

—Sí.

No se dieron tiempo de reír, ni siquiera de sonreír.

Mylène subió al coche y arrancaron inmediatamente. Empezó a temblar. No podía controlar la agitación de sus piernas. Sus pies martilleaban el suelo.

—¿Va todo bien?

—Te responderé en función de lo que descubramos allá arriba.

Mylène no se lanzó a mis brazos.

Porque los tenía ocupados llevando a Valentin hasta el Murciélagos.

Lloró. Pero me dijo:

—Me alegro de que tú no llores.

Instalamos al herido en el asiento del copiloto. El del muerto, como lo llaman en francés.

Muerto no estaba, pero, uf, ¡sí bastante jodido! Esos putos carroñeros no habían tenido tiempo de inmolarlo, pero lo habían estropeado bien.

El párpado que le quedaba a Valentin estaba cerrado como si fuera la bella durmiente. La parte superior de su cuerpo había sufrido bastante daño, pero ninguna de las heridas que había podido examinar era realmente profunda. Los pájaros le habían pellizcado la piel y habían arrancado pequeños trozos de carne de tres puntos distintos. Por suerte, no habían alcanzado ningún órgano vital. Habría podido sobrevivir a eso si no hubiese sufrido, en el último momento, la pérdida del ojo.

—Está en coma —dije—. Pero su corazón late tranquilo.

—Hay que protegerlo del sol y humedecerle los labios.

—No tenemos agua.

—Yo tengo —dijeron Frida y Mylène.

Las mujeres de su generación no salen nunca sin su litro de agua mineral.

—También tengo esto —añadió Mylène sacando de su bolso un vaporizador.

Rociamos al herido. Después el Gato se desnudó de cintura para arriba y le colocó delicadamente su camisa en el rostro.

Había llegado la hora de marcharse.

—Espera, ¿me permites que examine a tu amigo? —preguntó Paco.

Levantó la camisa y hundió literalmente su rostro debajo. Parecía que estuviese olisqueándolo.

—El agujero del ojo no sangra —dijo.

Palpó suavemente el cráneo de Valentin, con los ojos cerrados y cara de concentración. Sus gestos eran tan suaves y precavidos como los de una comadrona lavando por primera vez a un recién nacido:

—No ha perdido el sentido por culpa de su ojo. En cambio, tiene varios golpes muy fuertes en la cabeza. Pero creo que tampoco ha sido eso lo que lo ha dejado en este estado.

Frida se dejó invadir por el pesimismo:

—¡Cómo queréis que sobreviva a una experiencia parecida!

Por mi parte, me puse a soltar obviedades:

—Si no tiene ninguna herida mortal, sobrevivirá.

Fue el joven Calypso quien llegó a una conclusión:

—Su cerebro ha debido de desconectarse cuando se ha dado cuenta de que un

pico de buitre estaba hurgando en su órbita ocular.

Los jóvenes de hoy comprenden cosas que se nos escapan a nosotros, que datamos de antes de las ciencias cognitivas.

*

Le pedí a Mylène que llamase a Perle.

—Que se las arregle para pasarnos con su hombre.

Cuando Mylène me tendió el móvil, me enfrenté a la voz vivaracha de un cretino que no sabía lo que estaba pasando.

—Hospital Dedo Gordo, dígame.

—Los buitres se han comido un ojo de Valentin, tienes que prepararte para operarle.

El tono con el que había pronunciado esas pocas palabras me ahorraba el resto de las explicaciones. Hubo un silencio de unos nueve segundos, y ¿saben lo que respondió ese cabrón?

—Son los peligros de la montaña, Jon.

No está mal, ¿verdad?

—¿Cuánto tiempo os llevará llegar?

—Diría que alrededor de hora y media.

—De acuerdo, te espero.

—No iré con él, Al, no hay sitio en la ambulancia, cuando la veas lo entenderás.

No pidió más explicaciones sobre ese punto en particular.

—¿Está perdiendo mucha sangre?

—Aparentemente no.

—Pregúntale qué siente. ¿Le duele la cabeza? Quiero decir, aparte de la zona del ojo.

—Está inconsciente, Al.

—¡Joder! Date prisa en traérmelo.

Después expliqué a Frida cómo llegar a la clínica.

—Te prohíbo que te cace un radar, enciende tu detector.

Todavía estaba en estado de shock y temblaba un poco. Pero respiró hondo y lanzó una risita nerviosa.

Sabía que hacerla conducir en ese estado no era lo ideal, pero, aparte de ella, ¿quién habría sido capaz de pilotar ese platillo volante ante las narices y las barbas de los guardianes del orden terrestre?

Antes de cerrar la puerta, cogí la mano de Valentin y le murmuré al oído:

—Aguanta, amigo.

No hubo reacción alguna. No pude evitar comprobar que su corazón seguía latiendo.

¡Joder, cómo apestaba! ¿Podría Frida aguantar hasta el final, incluso con las

ventanillas bajadas?

Vi cómo se alejaba el coche, tan rápido como un bólido en un tramo contrarreloj de un rally de montaña.

Había una pregunta que me atormentaba:

¿Se podía morir *de verdad* de miedo?

Fue Paco el que me devolvió a la realidad:

—Hay que ir a recuperar las cosas de tu amigo donde lo tuvieron encerrado. Y borrar toda huella de su paso.

Todavía teníamos algo de trabajo antes de abandonar el lugar.

Frida había vuelto a fumar definitivamente y se encendía uno tras otro. Perle no paraba de lloriquear desde que habíamos llegado.

Su estado hormonal no ayudaba.

No estábamos en la sala de espera sino en el despacho de Al. Un privilegio que había querido concedernos, aunque más bien me daba la impresión de que no quería ver a esa banda de gitanos por los pasillos de su suntuosa clínica.

—Ni en mis peores pesadillas habría podido imaginarme conduciendo con un semicadáver como único pasajero —dijo Frida.

Mylène me sostenía discretamente la mano.

—Yo también he estado a punto de volver a caer. Si Paco me hubiese traído el paquete que le pedí, ahora mismo estaría fumando igual que tú.

Frida había tardado exactamente una hora y cinco minutos en bajar de la montaña y recorrer un centenar de kilómetros de autopista.

—Los gendarmes ya se habían ido y la carretera no estaba muy transitada para la época. He tenido suerte.

Suerte. Hablemos de ella. ¿No podríamos tener un poco ahora? ¿No nos tocaba?

La espera era larga. Me senté en la camilla de reconocimiento. Mylène terminó por dormirse con la cabeza sobre mis rodillas. Paco roncaba en el sillón de Al. El Gato y Calypso estaban sentados contra una pared, sobre la moqueta. Frida era la única que permanecía de pie. Perle había salido a llamar a la vecina que se ocupaba de Luna, para avisarla de que aquello podía ir para largo...

Cuando Al entró por fin en el despacho, los gitanos se levantaron de un salto, como para saludar a un viejo maestro de escuela.

No se anduvo por las ramas.

—Saldrá de esta. De hecho, tal como imaginaba, nunca ha estado realmente en peligro...

Aparte de cuando tenía los pájaros encima, dispuestos a despedazarlo. Pero no es eso lo que Al había querido decir.

—... el pájaro que le arrancó el ojo lo hizo muy limpiamente. El pico no ha causado más daño que la pérdida del ojo y la sección del nervio óptico. No ha dañado ni el cerebro ni ningún vaso sanguíneo importante.

Respiramos muy hondo. Y nos vino bien.

Prosiguió:

—Ni siquiera tiene el párpado demasiado estropeado y conserva todas sus pestañas. No sé si acabará perdiéndolas o las mantendrá. Puede pasar cualquiera de las dos cosas. Por el momento, me he limitado a coserle los párpados.

Frida, Perle y Mylène estaban tan pálidas y rígidas como una colada recién almidonada.

—Conociéndolo, es posible que proteste —dije para distender el ambiente—.

Para él siempre fue primordial el aspecto estético.

Al tosió para prepararnos para lo que debía añadir.

—El problema es que quizás pase algún tiempo antes de que haga algún reproche.

Ahora esperábamos la mala noticia.

—No parece querer despertarse.

*

—El coma se explica por el trauma psíquico —volvió a decir Al.

Frida sintió un escalofrío antes de declarar:

—Teniendo en cuenta por lo que ha pasado, si su cerebro desconectó en el momento justo, mejor para él.

—Pero que tenga un origen psíquico no significa que sea menos grave. La violencia del shock ha desconectado su consciencia de forma muy brutal.

Era exactamente la hipótesis de Calypso.

—Este chico debe estudiar Medicina sin falta —susurré a Paco—. Tiene dotes.

—Tienes mucha razón, ha aprobado el bachillerato científico con sobresaliente. Podría convertirse en matasanos. No hay muchos médicos gitanos, sería genial.

—Debe de existir alguno —dije.

Me volví hacia el chico:

—¿Te gustaría ser médico?

—No mucho. Vi un programa sobre los médicos de la muerte. No tengo muchas ganas de dedicarme a eso.

Alucinante, ¿no?

*

Frida había llorado un buen rato entre mis brazos antes de subir a su coche de superhéroe y desaparecer.

A continuación le dije a Perle:

—Llévame a ver a Luna.

Mylène nos acompañó. Seguía sin soltar mi mano. O yo la suya, vayan a saber.

La pequeña estaba bañándose en la piscina. La saqué del agua y la abracé completamente mojada.

Vi cómo Mylène se desnudaba y se tiraba al agua. Después Perle hizo lo mismo. Habíamos pasado del infierno al paraíso.

—¡No me has mandado ninguna postal de tus vacaciones, abuelito!

¿Qué le habían contado a esta niña?

—La próxima vez que te vayas unos días, ¡envíame una! ¿Dónde has estado? Mamá no ha sabido decírmelo.

—En Alsacia —respondí—. No había ninguna postal sin geranios, preferí renunciar.

—¿Qué es eso de los gemarnios?

—Es la enfermedad de las postales alsacianas.

—Tú sigues estando un poco mal del coco, ¿verdad?

—Pero te he traído otra cosa —anuncié—. Un regalito.

Perle y Mylène habían dejado de nadar y me miraban con incredulidad... ¿Cómo iba a salir de aquella situación?

Saqué del bolsillo el peluche que había recogido en la tienda abandonada del Barranco de los Buitres cuando estábamos buscando los efectos personales de Valentin.

—¡Una cigüeña! —exclamó Luna.

Mylène se echó a reír, pero Perle se quedó con la boca abierta.

—Mamá tenía razón, ¡estabas de vacaciones!

—Eh, si tu madre te dice algo, ¿cómo quieres que no sea verdad?

*

Al día siguiente, Valentin no había salido aún del coma, y no lo haría tampoco al otro, ni los días que siguieron a estos.

—Tiene noches agitadas, sueña mucho, si hacemos caso al encefalograma.

El contenido de aquella actividad onírica no era difícil de adivinar: pesadillas de picos, garras y plumas, de vísceras embadurnadas hasta dentro de su boca, de curas tarados y cámaras frigoríficas.

Su cuerpo permanecía completamente inmóvil.

Iba a verlo todos los días.

Sus ojos cerrados. Uno de ellos cosido sobre el vacío.

—Estoy esperando a que despierte para ver cómo se toma la idea de un ojo de cristal —me explicó Al.

—Hum. Apuesto a que querrá un color imposible.

—¿No el mismo que el otro?

—Querrá jugar a David Bowie —dijo Perle.

*

Me invadían pensamientos oscuros.

Burger Hermano seguía en libertad. No había sido capaz de llegar a tiempo para salvar el ojo de mi amigo ni de capturar a ese enfermo, el principal responsable de todos esos putos crímenes llovidos del cielo.

Había hecho las cosas con los pies.

Todo venía del hecho de que apenas había conseguido arrancar a Lacaze más que pobres revelaciones sin valor sobre la implicación del consejero general Marc-Aurèle Cassou. Nada más. Por el contrario, Paco había logrado hacerle confesar lo esencial.

Si hubiese ido directamente al lugar correcto, Valentin nunca habría visto tan de cerca a qué podían parecerse las fauces de un buitre.

—Lacaze conocía el destino final de nuestra expedición, y no me dijo nada. Se rio en mi cara. Si hubiese tenido esa información desde el principio...

—Sí, pero Paco y el Gato necesitaron varias horas para hacerle hablar, y tú al menos no fuiste a dos por hora, equivocándote tres veces de camino. Hubo un momento en que ni siquiera íbamos por el valle correcto.

Mylène plantó sus labios contra los míos.

El viaje de vuelta en el coche de Paco nos había vuelto a acercar. Digamos que mis principios más o menos inquebrantables se habían derrumbado a golpe de acontecimiento.

Habíamos regresado apretados el uno contra el otro en el asiento trasero del Mercedes de Paco, que conducía tan lento que el trayecto había durado dos horas. En el fondo, a pesar de la urgencia, algo dentro de mí —una inmensa languidez, muy poderosa— deseaba que ese viaje no terminase nunca.

La hermosa peluquera de Largos había apoyado su cabeza contra mi hombro. Su pelo olía bien. Todavía estaba bajo los efectos del horror y no había pronunciado una palabra. Pero mi mano se había deslizado hacia el hueco de su cintura, y cuando dijo: «Es atroz, Jon», la estreché con más fuerza contra mí.

La deseé como nunca.

Y no pude evitar responder:

—Muy oscuras perspectivas, en efecto.

Porque sabía que a partir de entonces estábamos en un callejón sin salida. El callejón sin salida de una relación amorosa inconveniente e inoportuna. Por suerte, no tuve que dar explicaciones sobre esa respuesta: acabábamos de cruzarnos con los gendarmes.

Todo un convoy que tomaba al asalto el Barranco de los Buitres.

—La caballería —comenté.

—Los primeros disparos se realizaron hace al menos tres cuartos de hora, ¿no?

—Después nos extrañamos de vivir en un mundo inseguro.

—Sin contar con que ni siquiera se les ha ocurrido detener a un Mercedes blanco lleno de gitanos —añadí.

—Cuidado, no vaya a ser que vuelvan para perseguirnos.

—Bueno, eso es imposible —dijo el chico—, vamos demasiado despacio.

*

—Yo también, en el coche, en aquel momento, te deseé como nunca. Y después,

ya no se me ha quitado de la cabeza.

Acabábamos de hacer el amor, por fin.

En el bosque, al volver de casa de Perle.

Desde que Mylène se había lanzado desnuda a la piscina, no había pensado más que en eso.

—¿Te sigue doliendo el pie? —me había preguntado amablemente.

—¿Y qué coño importa ahora?

Nos echamos a reír.

Reír sin razón alguna es el síntoma incontestable de...

Detuvo el coche en un camino forestal.

—Si ahora mismo me dices no, me muero.

Sus bragas estaban completamente mojadas; lo digo sin vulgaridad, quiero que comprendan lo maravilloso que era que mis dedos descubriesen la intensidad de ese deseo. No hubo preliminares. Estábamos listos. Se agarró a mi cuello y me hundí dentro de ella. Retrocedí sin soltarla hasta el tronco de un árbol en el que me apoyé. La corteza estaba caliente y lisa a mi espalda, casi quemaba. Volví a sentir esa estúpida sensación de gloria, completamente fuera de lugar, cuando oí sus jadeos elevarse en la espesura del bosque. Y después mis gruñidos, sin duda comparables a los bramidos de un viejo ciervo herido de muerte a la altura del corazón. Los animales callaron. Acabábamos de superarlo todo.

Una vez terminamos, no nos pusimos en camino inmediatamente. Como suele pasar en los bosques de las Landas, había un arroyo claro, con un fondo de arena blanca y azucenas salvajes en las orillas. Se agachó para lavarse el sexo con las manos. Yo la contemplaba. Qué hermoso espectáculo.

Muy hermoso.

Lancé un suspiro tan vasto que mis pulmones no habrían podido contenerlo por sí solos. Me sonrió.

—¿Y si ahora fuésemos a dormir los dos, en una cama?

Una colonia de hormigas enormes atravesaba el camino. Nos detuvimos a observarlas.

Permanecimos desnudos hasta el momento de volver a subir al coche. Como Adán y Eva, antes de empezar a degenerar.

*

En aquel momento, follar con Mylène me había parecido tan sano y natural como si hubiese tenido la misma edad que ella. Mis escrúpulos se habían hundido, como un cadáver lastrado, hasta el fondo de unas aguas negras y profundas. Nuestro episodio en la montaña había arrasado con todo.

Pero en el momento de lavarme los dientes, al día siguiente, el cadáver se había soltado de su lastre y había vuelto a la superficie. ¿Qué podía ganar una chica como

Mylène enamorándose de un viejo vasco de futuro tan prometedor como el de una especie en vías de extinción?

Me sentía como un oso polar que va a la deriva montado en un iceberg, justo en el momento en que su tierna hembra le propone fundar una familia.

Pero quizás no me pidiera tanto...

—Escucha, viejo —dije al anciano que me miraba en el espejo—, tómate las cosas tal y como vienen y deja de joder a los demás. Esa chica parece feliz de hacer el amor con un abuelo, es asunto suyo.

Ya era bastante duro soportar el coma de Valentin, toda la angustia y melancolía que eso generaba...

La vida es una cuestión de equilibrio, de compensación.

Lo que voy a contar a continuación no está exento de cierto toque salvaje. Pero le había pedido que se depilara las axilas. Los pelos bajo los brazos de las mujeres me ponen triste.

—Vale, de todas formas ya estaba un poco harta de la música folk —consintió.

—Aparte de Piers Faccini...

—Aparte de Piers Faccini.

Esa misma noche, tenía el pubis y el pelo rubios. Un corte a lo *garçon*, revuelto; muy de principios de los ochenta. Y se había hecho la línea del biquini: clara, limpia, irreprochable. Tampoco llevaba ni rastro de henna en sus senos. Silbé de admiración.

A mí me quedaba una vieja caja de Viagra a medio terminar.

—¿Tienes punk de la época? —preguntó.

Claro que tenía. Pero, en mi opinión, el tema que se imponía se encontraba más bien en el primer álbum de Eurythmics.

¿O quizás un Gary Numan?

Puse «We Are Glass».

—Somos frágiles como el cristal —dije.

Palideció de golpe.

—¿Valentin?

—No, no, digo eso por el título del tema.

Sin embargo, él seguía sin despertarse.

Pasó una semana, durante la que llamé a Al varias veces al día.

—¿El pequeño sigue desactivado?

Y siempre la misma respuesta.

—Sabes que te habría llamado si hubiese vuelto a ser una amenaza para la humanidad.

Victoire estaba a su lado. Había vuelto de Córcega en cuanto habíamos conseguido avisarla.

—Hay que despertarlo, Jon. Tenéis que devolverme a mi hombre.

*

Continuábamos sin noticias de Burger.

En la web del *Sud-Ouest*, seguía las noticias referentes al «tiroteo de los Soldados de Jesús», así lo habían titulado.

Pero la investigación patinaba. Los polis estaban llevando las cosas a su manera. La lectura del periódico se convirtió en la distracción número uno de Jean-Luc:

—Escucha esto: «Muy probablemente, el origen del conflicto en la hermandad de los Soldados de Jesús sería de índole material, y no espiritual. Su tesorero, el hermano Alexis Burger, consejero educativo del colegio privado Saint-Amour, y su presidente, Marc-Aurèle Cassou, consejero general sin filiación, pero conocido por sus sólidas convicciones religiosas, se habrían comprometido en asuntos dudosos con directivos de empresas locales cercanas a medios católicos integristas...».

—Sí, sí, ya he leído todo eso.

Aun así, al día siguiente continuó dándome la tabarra:

—«Los empresarios que fueron abatidos en el Barranco de los Buitres son con toda seguridad los asesinos de Marc-Aurèle Cassou, el consejero general encontrado “suicidado” en su casa. Una autopsia del cuerpo del consejero ha revelado que en efecto había sufrido un trato violento en los minutos que precedieron a su ahorcamiento. Había sido atado y tenía la nariz rota.»

—Debo reconocer que me faltó precisión en ese golpe.

Le quité el periódico de las manos y leí el resto. Se lo devolví lanzando un suspiro de exasperación. ¡La policía no encontraba el vínculo con los asesinatos de los Fucking Puppets! Y ni siquiera era capaz de agarrar a un viejo canceroso fugado en la montaña.

—Si no hubiese tenido roto mi dedo gordo, las cosas habrían sido muy diferentes... —me justifiqué.

Pero la verdad es que un crimen de buena voluntad es generalmente un crimen no preparado, y un crimen no preparado es prácticamente tan arriesgado como un solo de free jazz, que no es mi estilo de música preferido, ya que estamos.

—De todas formas, ese Lacaze no tuvo un final muy feliz —se quejó Taureau.

—Deja de torturarte así, tuvo su merecido.

Cuando le pregunté a Paco qué había sido del faquir, me respondió simplemente:

—No sé, no he abierto el baúl.

El Gato se había encargado de confiárselo a un pescador.

—Quinientos euros por tirar un baúl en alta mar, créeme si te digo que el tipo estaba contento.

Había pasado un mes, mi pie se había curado, Valentin seguía inmerso en su sueño ligero.

Sonó el teléfono y descolgué al segundo timbrado. Era Al. Su voz era espantosamente gélida, producía escalofríos.

—Tengo algo que contarte, Jon, pero no por teléfono. ¿Puedes pasarte por casa? Hoy no trabajo.

—¿Novedades sobre Valentin?

—No, en cuanto a eso no hay ninguna variación.

¿Un secreto?

Hum. Presentía algo gordo.

Mylène tenía que ir a abrir su peluquería. Siempre llegaba o tarde o muy tarde, así que yo había adoptado la costumbre de gritar cada mañana:

—¡Es la hora de las zorras!

Esta vez no fue diferente. Debía evitar despertar sospechas.

—¡Es la hora de las zorras!

—¡Estoy casi lista!

Era inútil contarle nada. Esperaría a que se marchase para levar el ancla.

Salió del cuarto de baño.

Le entusiasmaba la idea de ver el efecto que producía en sus clientas su nuevo look: un traje sastre pata de gallo, gafas y flequillo recto.

Resultaba asombroso cómo el conjunto le daba un aspecto malvado.

—Están todas en pleno periodo hippie, ¡se van a quedar a cuadros! ¿Me sirves un café?

Nos pusimos en marcha con algo de retraso: había tenido la mala idea de poner a Aloe Blacc. El cantante de soul. El chavalín no parece gran cosa, y sin embargo puede echarse a todos los precursores del género sobre sus modestos hombros.

La simplicidad de «Take Me Back» alteraba los sentidos.

Se desabrochó la camisa y me dijo suspirando:

—¿Ves? Lo que me desespera es que nunca podré tener un look soul.

Hicimos el amor a modo de consuelo. Estábamos al final de la escalera y...

De repente, pensé con ternura en Louise. Confieso que no era la primera vez desde que estaba con Mylène. Era algo que debía guardar para mí. Ni hablar de contárselo. Quizás no se habría enfadado, pero nunca se sabe.

—¿Jon?

—Sí, Mylène.

—Acabas de llamarme Louise.

—Oh, lo siento.

Pero entonces dijo esto tan bonito, el tipo de frase que hace que la quiera más de lo que debería:

—No importa, me gustaba Louise, era genial.

—Gracias.

—¿Sabes? Siempre buscamos amar más o menos a la misma persona.

—¿Y ya sabes eso a tu edad? —me extrañé.

—¿Crees que soy tan idiota como aparento?

—No, no tanto.

Me dio un puñetazo en el abdomen. Y añadí riendo:

—Pero confieso que me costó algún tiempo comprender que en realidad fingías.

Al final, amar a Mylène era algo bastante sencillo. Y muy bueno, en aquella parte de mi vida. Excelente, incluso.

*

Al vino a abrirme. Tenía cara de entierro.

Me esperaba que finalmente me anunciase una mala noticia. Del tipo: «Valentin no volverá a despertarse, Jon. Es algo que no podía decirte por teléfono».

Pero Al no quería hablarme de Valentin.

No me invitó a entrar.

—Vamos a dar una vuelta.

Llegamos a la playa. Al miraba el océano y yo lo miraba a él. Tenía su cara de antaño, cuando la inquietud no lo abandonaba un solo instante, ni siquiera en brazos de Perle.

La ridícula muleta de flores rosas que le había plantado Perle poco podía hacer.

—Un compañero médico me ha llamado esta mañana.

Esperé a que continuara.

—Trabaja en un centro de cuidados paliativos dirigido por monjas.

Las olas parecían acantilados derrumbándose.

—Él acaba de ingresar bajo el nombre de hermano Cielo.

*

Fui a bañarme. Cuando salí del agua, Al seguía sin moverse. Recogí mis cosas a sus pies.

Intentó razonar:

—¿No puedes dejar que el cáncer haga el trabajo? No le quedan más que unos días de vida. ¿Qué ganarías con eso?

Su último argumento me sorprendió, viniendo de un matasanos:

—Sufrirá más si lo dejas en manos de los médicos.

Necesité varios segundos para darme cuenta de su mala fe.

—Sé lo que es un centro de cuidados paliativos, Al. No me tomes por imbécil.

Van a hacer lo que sea para ahorrarle sufrimientos. Ese cabrón estará rodeado de docenas de personas formidablemente devotas que consagran sus vidas a compartir el sufrimiento de los demás.

La gente que acompaña a los moribundos.

Lo mejor de la humanidad.

—Se merece lo peor, no lo mejor —dije.

Y lo peor de la humanidad, una vez más, era yo.

Al final, Al me puso una mano en el hombro.

—No te dejes coger.

*

Estuve a punto de no reconocerlo.

Estaba *descarnado, roto, gris*; sopeso las palabras, pero precisamente esas palabras no pesan demasiado.

Sus manos caían hacia delante como si estuviesen partidas.

Sus ojos devoraban su rostro demacrado.

En apariencia, pasaba la mayoría de las noches sin dormir. Me había deslizado a través del parque acompañado por el ulular de una lechuza y me había introducido por una ventana de la planta baja en la habitación de otro paciente.

Los pasillos bullían de sigilosa actividad.

Esperé un momento antes de lanzarme.

Al me había indicado que el número de su habitación era el 66, lo que no parecía demasiado apropiado.

Abrió los ojos cuando me planté ante su cama.

Hube de reunir todo mi valor solo para decirle:

—¿Cómo ha podido ser lo bastante retorcido para concebir la idea de lanzar a unas mujeres desde un helicóptero, someter a unos hombres a los rayos o convertirlos en pasto de los buitres? Yo he cometido bastantes homicidios, pero ninguno iguala a los suyos en ignominia.

No me esperaba que pudiese hablar.

—Mi inspiración viene de lo alto —me dijo con voz débil pero decidida.

—Está usted enfermo.

—Por eso estoy aquí —sonrió.

Su voz sonaba extrañamente pura. La muerte estaba tan cercana que ninguna tentativa de disimulo podía distorsionarla.

Permanecí un buen rato en silencio. Él lo interpretó a su manera.

—No es fácil, ¿verdad?

No respondí. Añadió:

—No sabe la lástima que me da por no creer en Dios.

Una mueca de dolor crispó su rostro. Manipuló una ruedecita que le permitía

regular su chute de morfina.

—Y eso ¿es la ayuda de Dios o de la química? —dije.

Había llegado el momento de pasar a la acción.

Le arranqué el catéter que tenía clavado a una vía bajo la piel, por debajo de la clavícula izquierda. El que lo ligaba a la máquina de alivio y consuelo.

Ahora iba a empezar a sufrir de verdad.

—Seamos serios, no se va a librar fácilmente. He venido a obligarlo a pasar un último cuarto de hora de mierda.

Le crucé la boca con dos trozos de esparadrapo. Después cogí mi iPod y puse *Dios el Hijo*. Pegarle los cascos a las orejas fue un juego de niños, de niños con mala idea, lo reconozco. Se iba a tragar el álbum entero, para que aprendiese que el rock 'n' roll nunca muere.

—Lo va a pasar mal, Burger.

No me costó nada levantarlo. Era tan ligero que sentí un escalofrío. Lo empujé por la ventana. Se deslizó de cabeza sobre un arriate embarrado.

Salté a mi vez y lo recogí. Después me lo eché a la espalda y atravesé el parque desierto.

Llegué a la clínica en mitad de la noche. Al me estaba esperando, como habíamos acordado, en el recibidor vacío. Pero lo que no estaba previsto era que Frida estuviese con él.

—He conseguido librarme de Victoire, pero Frida se presentó y...

—Quería verle la cara —dijo Frida, sin darme más precisiones sobre el modo en que había sabido de nuestra llegada.

Al me hizo dejar a Burger sobre una camilla. Se había dormido en el coche y nada parecía poder despertarlo.

—¿Qué es esta gilipollez? —gruñó Al, señalando los cascos pegados al hermano.

—Me he dado ese placer.

Levantó delicadamente el esparadrapo, lo que provocó el despertar de nuestro durmiente. A pesar de ello, lo trasladamos sin darle ninguna explicación.

Una vez llegados a la habitación de Valentin, me asaltó una duda. ¿Había sido buena idea llevar hasta su lecho al verdugo de un hombre en coma? Era demasiado tarde para echarse atrás. Entramos y pegué inmediatamente la cabeza de Burger a la nariz de Valentin.

¿Conocen la historia de la Bella Durmiente?

No esperaba un beso. Esperaba solo que le hablase. Que retomase su repugnante arenga allí donde la había dejado.

Le quité de un tirón el esparadrapo de la boca y dije:

—Ya va siendo hora de pedirle perdón, hermano.

*

Y se produjo el milagro.

—Ni hablar de pedirle perdón. Ese hombre, si todavía merece que se lo llame hombre, ha profanado a su Creador, ha osado blasfemar contra Cristo, la Santa Virgen y todos los santos. Todo lo que consideramos lo más sagrado y...

—¡Me follo el cadáver de tu madre!

El que acababa de hablar era Valentin.

Pero, esta vez, el hermano no tenía ningún arma para golpearle el cráneo.

Y, además, tampoco habría tenido fuerzas.

*

Al final, nadie mató al hermano. Ni Valentin, ni yo, ni ningún fan de los Fucking Puppets.

Ni siquiera el mismo Dios quiso encargarse de llamarlo a su lado en el momento fatídico en que Valentin expresaba su propuesta para reanimar a su pobre madre.

Por muchas barbaridades que gritase Valentin, el hermano no sufrió un infarto. Solo un desvanecimiento de nada. Su cabeza se inclinó hacia delante y se durmió. Al comprobó su pulso y dijo:

—No está muerto, pero me extrañaría mucho que pasase de esta noche. ¿Qué vas a hacer?

—Volver a dejarlo en su habitación, claro.

—¿Y si muere durante el trayecto?

—Pues lo haré igual.

La entrada de Frida en la habitación cortó la conversación. Y tanto mejor, porque el ambiente se estaba enrareciendo. Y lo hizo más aún cuando ella pronunció aquellas palabras históricas al constatar que Valentin estaba sentado en su cama:

—Jesús vuelve de entre los muertos.

Sin duda a causa del ambiente.

Y añadió:

—El hermano tiene mala cara.

Hice como si no me hubiera dado cuenta.

—Lo llevo a casa —propuse.

No estaba en condiciones de responder.

Volvimos a hacer el camino en sentido inverso, pero esta vez no me molesté en ponerle los cascos y el esparadrapo en la boca.

Durante el trayecto, tuvimos una pequeña conversación: le dejé las cosas claras. Pero sería un poco largo de contar.

Los pasillos del centro de cuidados paliativos estaban despejados. El sol no tardaría en salir. Había dos puertas abiertas y se podían escuchar algunos gritos bastante ajenos a ese remanso de paz. Algunas enfermeras registraban entre los matorrales con linternas.

El hermano Burger recobró entonces súbitamente la palabra; un hilillo de voz no más grueso que una fuga de agua en el grifo del tiempo, para ser preciso.

Acerqué mi oído a su boca.

—Dígale a mi hermano que nuestra madre está a punto de morir.

Ya está, deliraba.

—Debe venir a verla sin falta. Prométame que se lo dirá.

—Me ocuparé de ello —prometí.

Porque es difícil negar cualquier cosa a un hombre que acaba de perder lo esencial de su peso sobre la tierra.

Lo abandoné en un parterre y hui entre las sombras.

Un enfermero gritó:

—Está aquí.

Y se precipitaron todos en su dirección, mientras yo me dirigía tranquilamente hasta mi coche sin ser visto.

El sol apareció en todo su esplendor en el momento preciso en que oí a una enfermera gritar:

—Está muerto.

Y el cielo se incendió en un alba fantásticamente coloreada.

¿La música en ese momento?

¡Pues, Gainsbourg, «Requiem pour un con»,^[20] claro!

*Do Do Do, Do Do Do, Do Do Do, Do Do,
Do Do Do Do, Do Do Do, Do Do Do-oo.*

*You took me riding in your rocket, gave me a star.
but at a half a mile from heaven you dropped me back,
down to this cold, cold world.*

STEVIE WONDER, «Rocket Love»

Conque el amor dura tres años, ¿no?

Estábamos de picnic, Mylène y yo, a orillas del Adur.

—Oh, mira los patitos, qué ricos.

Empezó a tirarles migas de pan.

Entonces llegaron unas carpas enormes que se quedaron con los trozos de pan.

—Asco de bichos —dije.

En menos de tres minutos uno de los peces devoró a un patito. Mylène estaba muy afectada.

—Qué horror.

—Hum.

Me tumbé en la hierba y esperé.

A que se tumbase encima de mí.

Es lo que suele hacer.

Me incorporé y la miré. Vino por fin hacia mí, pero después de suspirar. Tras lo cual se sentó sobre mí mientras se levantaba el vestido y me decía:

—Me gustaría que me amases por última vez y después nos olvidamos, ¿vale?

—Es lógico —contesté, abriéndome la bragueta.

Después de amarnos, intentó dar marcha atrás.

—Lo he dicho para relanzar la cosa. Era una broma. Quería hacer el amor como si fuese la última vez, y que fuera maravilloso.

—¿Y no lo ha sido?

—¡Oh, sí!

—Entonces, creo que sería mejor dejarlo aquí, ¿no?

—¿Estás de broma?

—Lo digo muy en serio, Mylène.

Se echó a llorar.

—Es la primera vez que me dejan.

—No me gustaría contradecirte, pero me parece que has sido tú la que...

—Buah...

Lloraba como una niña.

—No quería hacerte daño.

—Es tan hiriente que te plante un viejo...

*

Por fin podría continuar mi crónica. Ya la tenía casi terminada. Me veía entregándosela a Marconi esa misma semana. Estaba algo nervioso. Acababa de encender el ordenador cuando llamaron a la puerta.

Bajé a abrir, diciéndome que, si era Mylène, la mandaría a su casa, pero no estaba seguro al cien por cien de poder mantener esta decisión. La última vez que le había dicho: «Me mantengo firme», hablando de mi resolución, ella me había respondido: «Sí, claro: firme, como tu sexo cuando me ves». (Porque, si quieren saberlo todo, no era la primera vez que intentábamos dejarlo.)

Así que abrí la puerta y... era Jean-Luc. Triste como nunca. ¿También lo había mandado a paseo Amparo?

—¿Qué tal? —nos preguntamos al unísono.

—Bien, ¿por qué? —nos respondimos.

—Me he enterado de que Mylène te ha dejado. ¿Estás muy hecho polvo?

Sonó el teléfono antes de que pudiera responder... Que se fuera a tomar por el culo.

—¿Hola? ¿Abuelito?

Perle.

—¿Qué tal estás? ¿Lo llevas bien?

Me pregunté si no me estaban tomando el pelo. Pero no. Conozco bien la voz de Perle cuando está inquieta y la de Jean-Luc cuando no sabe qué hacer para ayudarme.

—No me toquéis los cojones. ¿Por qué no os ocupáis de vuestros asuntos?

Y por fin me puse a redactar mi crónica. Y tanto peor si aquello me enviaba, doce años atrás, a una ciudad cuya sola evocación bastaba para ponerme nervioso.

De interés general (III)

Ejecución de una prefecta hipócrita (enero de 1998)

A un burgués se le detiene con metralla en el vientre.

LÉON BLOY

Tras el asesinato del segundo secretario general venía el de la prefecta. Aquello cerraría mi serie republicana. Marconi me había llamado:

—Jon, ¿estarías dispuesto a volver a la Prefectura de Pirineos Atlánticos?

—¿Un nuevo secretario general? —me extrañé.

La prensa nacional no hablaba más que del caso de las muertes de altos funcionarios. Había salido bastantes veces en el telediario.

Iban a acabar reprochándonoslo.

—No, esta vez se trata de la prefecta.

Suspiré.

—¿Está seguro de que no me está encargando asesinatos políticos?

—¿Temes matar en contra de tus convicciones?

No, no era exactamente eso. Temía más matar por convicción, prefería seguir siendo un asesino sin ideas.

Marconi supo encontrar las palabras que me tranquilizaran.

—Mis clientes son auténticos demócratas, créeme. Esa prefecta está fuera de lugar, su retórica es tan dulzona como la de una actriz porno, pero es un auténtico demonio de mujer^[21].

Me costaba creer que estuviéramos solucionando un caso de acoso moral. Marconi debió de adivinar mi escepticismo porque añadió:

—Está más corrupta que el agua del arroyo a la salida del santuario de Lourdes.

Seguía sin estar demasiado convencido, entiendan que matar a una mujer tiene su importancia.

—Se obstina en querer modernizar el Bearne.

Ah, eso estaba más claro.

—Quiere industrializar los valles y parece ser que intriga en secreto para la construcción de una planta de tratamiento de desechos nucleares en el Adur.

Esta vez no pude ocultar mi indignación.

—¡Joder!

—Multiplica los controles de alcoholemia a la salida de las fiestas de los pueblos.

—¡Espero que haya acordado un precio de amigo!

Al final, quien le dio el tiro de gracia fue su propio marido.

Les contaré cómo sucedió:

Me presenté en su domicilio y allí estaba el marido, tumbado en el sofá viendo *Colombo*. Bajo la amenaza de mi fiel .38, resultó ser una compañía bastante

agradable.

La señora estaba en la cama.

—Cuando está en casa se pasa el tiempo durmiendo, y francamente lo prefiero.

Le dejé terminar su episodio. Aquello me dio tiempo para pensar. Además de que soy bastante fan de Peter Falk. Al cabo de un momento, me dio la impresión de que el hombre estaba nervioso.

—Me cuesta un poco concentrarme...

—Este episodio es uno de los más famosos de la serie, es el único en el que nuestro buen teniente se enfada. Le aconsejo que lo vea hasta el final.

Declinó mi oferta. Peor para él.

—¿Tiene usted un arma de caza? —le pregunté finalmente.

—Tengo un Winchester Magnum calibre 300 para la caza mayor y una Sagittaire de cañón corto para las perdices.

Dudé un instante. En cierto modo, la escopeta de perdigones era tentadora, pero sus cualidades de dispersión no eran las que buscaba.

—Que sea el Winchester —dije.

No me costó nada convencerle para que fuese a buscar su arma y matara a su mujer.

Debo decir incluso que lo convirtió en un asunto personal:

—¡Muere, zorra! —dijo en el momento de apretar el gatillo.

Yo mismo me sorprendí. Hasta me planteaba dejar de apuntarle con mi arma. Pero claro, tras desencadenar la violencia, ¿no podría volver su arma contra mí?

—Soy un tirador de élite, tío. Una especie de Lucky Luke moderno. Si lo intentas, no tendrás ninguna oportunidad.

No puso reparos en darme el arma. Después, le dije que se fugara en el coche robado que tenía aparcado en una calle adyacente. Le di veinte billetes de doscientos y me disponía a desearle buena suerte cuando protestó:

—¿Eso es todo? No tengo con qué rehacer mi vida, precisamente. También podría ir a denunciarlo.

Lo miré con dureza.

—No me obligue a ser desagradable.

—Vale, vale —dijo—, no se enfade.

Se había decidido a salir corriendo, pero la confianza se había roto entre nosotros. Conseguí hacerle una llave por la espalda en el momento en que se ponía la chaqueta en el vestíbulo. En cambio, no pude meterle el cañón de su fusil en la boca, lo que se habría interpretado enseguida como un suicidio. Acabé disparándole en el ojo izquierdo. La bala le abrió un hueco en la parte trasera del cráneo. Era demasiado tarde para colocar el cuerpo en una posición que hiciera pensar en la autoinmolación.

De todas formas, puse su dedo en el fusil.

No era un trabajo irreprochable: pase aún que uno se dispare en el ojo en vez de en la boca, que es la vía natural (algunos conservan su sentido de la originalidad hasta

el último aliento), pero nadie se suicida en el vestíbulo después de haberse puesto el gabán... Era consciente de ello.

Pero les recuerdo que:

Sin antecedentes penales.

Ni un solo problema con la pasma.

Ni siquiera un simple arresto.

Cuarenta años de carrera de asesino a sueldo y jamás he tenido que soportar el aliento alcoholizado de un poli.

Podía permitirme cierta falta de rigor en alguna ocasión.

Liberté mon cul, égalité mon cul, fraternité mon cul.^[22]

KATERINE

Valentin no recordaba nada de lo que había pasado en la montaña. Parece ser que es normal. El cerebro te hace ese favor: no graba los ficheros que podrían dañar el disco duro.

Yo estaba presente cuando se vio por primera vez en un espejo. Habíamos intentado prepararle bien...

Pero a Victoire se le ocurrió decirle:

—A mí me pareces aún más seductor que antes.

El amor vuelve ciego, si quieren mi opinión.

—¿Y esto va a durar mucho? Quiero decir, hasta que pueda ver cuando me quiten la venda —decía mientras le traíamos el espejo.

Le costaba grabar la información.

—Es que te falta un ojo, Valentin.

Y así fue como descubrió su nuevo rostro. Incluso visto con un solo ojo, le produjo impresión.

—Estoy desfigurado.

Estuvo repitiendo aquello durante tres días, hasta que Victoire encontró las palabras adecuadas.

—Solo la mitad, Valentin.

Hay que decir que el buitre había olvidado cortarse las uñas, y que Al había minimizado mucho la extensión de los daños.

—Cuando agarre a los tipos que me han hecho esto...

—Están muertos. Los hemos masacrado. Te puedo decir que lo pagaron con creces.

En aquel momento, aquello pareció calmarle, pero la noche siguiente tuvo una pesadilla tan violenta que Victoire me pidió que la socorriera.

Solo se me ocurrió decirle una cosa:

—No me lo perdonaré nunca.

*

Mylène se presentó en la playa una mañana, yo estaba contemplando las olas más gigantescas del año.

Me estaba planteando incluso bañarme.

—Hola, viejo. ¿Sabes que he seguido soltera al cien por cien desde que nos

separamos?

—¿Por qué me dices eso?

—Pues porque tengo ganas de follar, claro.

—¿Aquí? ¿Ahora?

—Sí. Podríamos hacer como si fuese la primera vez.

—Pues no sería la primera vez, ¿sabes?

—Allí en las dunas, los dos, sí.

Me levanté. Evité mirar cómo se quitaba el vestido. Y salí corriendo a tirarme al agua. La primera ola me devolvió a la orilla con una violencia tal que tragué arena por la nariz, la boca y las orejas.

Mylène me tiró de los pies.

—Estarás más seguro en las dunas, incluso conmigo.

*

Por muy raro y poco atractivo que pueda parecer, Mylène y yo estamos de nuevo juntos.

Todos los días, al volver de mi paseo matinal, escucho mi contestador para ver si me ha dejado algún mensaje desde la peluquería. Esta mañana ha sido:

—Jon, no tomes Viagra hoy, te recuerdo que vamos al concierto de Katerine en San Sebastián. Y estaría completamente fuera de lugar que la llevases empinada como un burro.

Tenerla empinada como un burro en un concierto de Katerine, ¿estaba realmente fuera de lugar?

Jean-Luc nos había estado hablando del concierto durante toda la comida. Le preocupaba la idea de que no cantase «Je vous emmerde» y «Louxor j'adore».^[23]

Luna se echó a llorar:

—¡Pero eso sería horrible!

Me vi obligado a sentarla en mis rodillas y consolarla.

—No está bien asustar a la pequeña.

Para ella era muy importante: su primer gran concierto.

*

Las canciones se iban sucediendo, compitiendo todas en humor. Ese tipo en pantalón corto tenía tanto talento como locura.

Había unas bailarinas divertidas. Y no estábamos mal situados. Todo el mundo se había quejado de que hubiese que estar sentado, y yo el primero, pero en realidad estaba contento. No se lo digan a nadie.

Perle y Al a mi derecha, Mylène a mi izquierda, Luna sobre mis rodillas. Jean-

Luc había conseguido traer a Amparo.

Crecía una especie de felicidad.

Y todavía me quedaba lo mejor.

Al final de «Vieille chaîne», Katerine hizo una pausa.

Pidió silencio, repitiendo simplemente tres veces con su voz aguda:

—¿Os vais a callar de una vez?

Todo el mundo esperaba que caldease el ambiente con «Louxor j'adore», pero no fue lo que pasó.

De pronto adoptó un tono serio, incluso solemne.

—Hace ahora un año, dos intérpretes negras y tres músicos blancos fueron asesinados en vuestra hermosa región, en circunstancias que la policía no ha aclarado. Esos asesinatos horribles e injustos fueron con toda probabilidad fruto del racismo y el fanatismo. Y ahora me gustaría recibir a un hombre al que hemos echado de menos. Un hombre que ha estado todo este tiempo oculto porque ha sufrido más que todos nosotros por su desaparición. Os pido que le deis la bienvenida, para que cante una de sus nuevas canciones conmigo, a Valentin, el indestructible cantante de los Fucking Puppets.

Hubo una gran ovación. Me quedé atontado.

No pude ver bien la cara de Valentin porque, sí, lloraba como una nena, pero me pareció que estaba tapada con un parche como el de un pirata.

Y cuando gritó su estribillo, comprendí que el título de su próximo álbum sería *Fuck off Vultures*.

Y que el punk había vuelto.

*

Al día siguiente, Perle invitó a todo el mundo a cenar.

Luna no se estaba portando bien. Puede pasar, ¿verdad?

—¿Por qué nos estás dando la lata, mi niña?

—No lo sé. Quizás me sienta desgraciada.

Aguanté una sonrisa y con aire serio le dije:

—¿Quieres escuchar un remedio milagroso?

«Ladies», de Lee Fields.

Bailamos suavemente en la terraza.

—¡Está muy bien, abuelito!

—¡Mejor que bien!

Perle y Al dejaron de preparar la comida.

Valentin se plantó también a mi lado.

Miré a Mylène, que no dejaba de ponerme caliente, mientras pensaba: «Qué puta es la vida».

Sentí ganas de llorar.

Pero me limité a sonreír.

Sonreír, joder.

Soy un viejo chocho: cuando era más joven, los finales felices me daban por culo.

Notas

[1] Louise, amante de Jon Ayaramandi, muere acribillada en la casa de este por las balas de Burger el Malo en *Un gramo de odio* (Alfaguara, 2013). Su cadáver es enterrado en los terrenos de una futura autopista. (N. del T.) <<

[2] Localidad imaginaria en el País Vasco francés en la que se desarrollan las peripecias narradas en *Un gramo de odio*. (N. del T.) <<

[3] «Y nos seguiremos amando / cuando el amor haya muerto.» (*N. del T.*) <<

[4] Véase *Un gramo de odio*. (N. del T.) <<

[5] Burger el Malo, asesino a sueldo que antaño había trabajado con Jon, fue asesinado por Valentin en *Un gramo de odio* cuando se disponía a acabar con la vida de Ayaramandi. Por su parte, la viuda Martínez, cabecilla de la organización mafiosa para la que Burger había sido reclutado con el fin de matar a Al, fue ejecutada por Jon. (N. del T.) <<

[6] Presentador de la televisión francesa. (*N. del T.*) <<

[7] Groupe d'Intervention de la Gendarmerie Nationale: cuerpo de élite de la seguridad francesa dedicado principalmente a actividades antiterroristas. (*N. del T.*)
<<

[8] «¡Eres rock, rojeras!» (N. del T.) <<

[9] Véase *Un gramo de odio*. (N. del T.) <<

[10] Terreno cubierto de césped y salpicado de robles, típico de las casas de las Landas de Gascuña. (*N. del T.*) <<

[11] Apuesto a que se han perdido. Recapitulo: los primeros éxitos: «Deja de reír, mi amor», «Viernes de suicidio», en 1997; la consagración: «Como me hayas rayado el Mercedes», en 1998; las canciones del nuevo álbum: «Dios es hijo de Papá Noel», «No seas lerda, Lourdes», «Paga tus deudas y después ya veremos», en 2011. <<

[12] «Fachas de mierda.» (*N. del T.*) <<

[13] Véase *Un gramo de odio*. (N. del T.) <<

[14] «¡Le gusta reír, le gusta beber, / le gusta cantar como a nosotros!» (*N. del T.*) <<

[15] Jon Ayaramandi parece ignorar que este episodio ya fue relatado por el autor de este libro en *Un gramo de odio*. <<

[16] *Bad City Blues*, de Tim Willocks. <<

[17] De acuerdo, es un tópico, pero ¿por quién me tomarían si evocara las composiciones para piano de Schoenberg? <<

[18] «Entramos sin llamar, llegamos a pie, / los que viven allí tiraron la llave.» (*N. del T.*) <<

[19] No se rían, existen. <<

[20] «Réquiem por un gilipollas.» (*N. del T.*) <<

[21] Si hubiese sido algo más culto, sin duda habría utilizado el bonito término «súcubo». <<

[22] «Libertad y una mierda, igualdad y una mierda, fraternidad y una mierda.» (*N. del T.*) <<

[23] «Idos a la mierda», «Me encanta el Louxor». (N. del T.) <<